LAURA GRIFFIN

EL RASTRO DEL MIEDO

Phoebe

LAURA GRIFFIN

EL RASTRO DEL MIEDO

Traducción de Mª José Losada

Phoebe

Título original: Thread of Fear

Primera edición: abril de 2015

Copyright © © 2007 by Laura Griffin

© de la traducción: Mª José Losada Rey, 2015

© de esta edición: 2015, Ediciones Pàmies, S.L.
C/ Mesena,18
28033 Madrid
phoebe@phoebe.es

ISBN: 978-84-16331-23-9
BIC: FRD

Ilustración de cubierta: Calderón Studio

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Índice de contenido

Prólogo
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24
Agradecimientos

Para Lois

Prólogo

******23:25 p.m. ♥shelB se ha unido a la sala
♥shelB: kiere hablar alguien?
Justin5: chica, k pasa
♥shelB: nada bueno
Justin5: te estaba esperando
♥shelB: quién hay por aquí?
Justin5: solo nosotros
♥shelB: dónde está Kylie de NY?
Justin5: no lo sé. xk no tienes foto?
♥shelB: pronto la pondré
Justin5: pareces muy sexy, lo eres?
♥shelB: jajaja
Justin5: lo digo en serio
♥shelB: gracias
Justin5: tus padres te dejan estar hasta más tarde?
♥shelB: solo está mi madre y no le importa
Justin5: y tu padre?
Justin5: sigues ahí?
♥shelB: murió el año pasado
Justin5: estás de coña
♥shelB: es cierto
Justin5: cómo?
♥shelB: en un accidente de coche
Justin5: qué fuerte!
♥shelB: mi madre me dijo k se quedó dormido, pero estaba borracho. Ella siempre me miente
Justin5: es increíble!
♥shelB: por?
Justin5: mi padre tb murió en un accidente de coche el año pasado
♥shelB: k coincidencia!
Justin5: tenemos demasiado en común, quiero conocerte
♥shelB: yo tb quiero conocerte
Justin5: dónde vives?
♥shelB: acaba de llegar mi madre! !
Justin5: hasta luego
******11:32 p.m. ♥shelB ha salido de la sala

1

Hartsfield-Jackson Atlanta International Airport
Miércoles, 4:05 p.m.

Fiona Glass estaba entrenada para observar rostros, pero incluso aunque no hubiera sido así, habría mirado ese.

El hombre que la observaba desde el otro lado de la explanada abarrotada era un cúmulo de contrastes, desde el nacimiento del pelo, en retroceso, a sus juveniles mejillas sonrojadas. Su cabello era rubio, del mismo tono que el de ella, y un puñado de pecas le salpicaban el puente de la nariz, que le habían roto en algún momento.

Pero fueron los ojos los que realmente capturaron su atención. Eran castaños, serios y estaban clavados en ella.

Fiona se detuvo ante la puerta de llegadas, interrumpiendo el paso al resto de pasajeros.

—Lo siento —murmuró, retirando el *trolley* negro que obstaculizaba a la marea humana.

—¿Señorita Glass?

Ella miró los ojos que le habían llamado la atención minutos antes.

—Garrett Sullivan, FBI —dijo el hombre.

Un agente especial. El traje gris y la anodina corbata deberían haber hecho que se imaginara a qué se dedicaba. Se colgó el abrigo en el brazo y la correa del maletín del hombro para poder estrechar la mano que le acababa de ofrecer.

—No sabía que iban a venir a buscarme —repuso tras retirar la mano—. Tenía pensado coger un taxi.

Él curvó la comisura del labio.

—No me gustaría que se perdiera.

—¿No vamos a comisaría?

—Cambio de planes. —Él se ocupó de la maleta y se incorporó a la marea de personas, creando un camino que ella debía seguir. No era demasiado alto, como mucho un metro ochenta, pero sí voluminoso como un deportista que ha descuidado su forma física.

—¿Ha facturado algo? —preguntó él por encima del hombro.

—No.

Resultaba evidente que todavía no iba a ponerla al tanto de nada, así que lo siguió a través de la explanada. Miró a su alrededor, a los ejecutivos que se apresuraban, se alisó los cabellos que se le habían

escapado del moño francés y se subió las solapas de la chaqueta. No le gustaban nada los trajes, pero no se le ocurriría ponerse otra ropa para reunirse con la policía y los agentes del FBI; la mayoría eran hombres. Era la ocasión de usar la ropa resistente a las arrugas que guardaba en la bolsa de viaje que vivía en su coche. El traje gris que llevaba en ese momento era cruzado y tenía la ventaja añadida de ocultar su figura. Parecía un reflejo de ella misma; conservador y profesional.

Parecía Sullivan.

—Vamos a la casa —explicó por fin el agente—. La prensa quiere noticias frescas para las cinco, así que hay programada una rueda de prensa en comisaría dentro de veinte minutos. En este momento las cosas están tranquilas en la residencia, así que hemos pensado que sería un buen momento para ir allí.

—De acuerdo. —Fiona dejó escapar un suspiro y reorganizó mentalmente sus expectativas sobre esa noche. Había esperado que la informaran a fondo del caso antes de que se reuniera con el niño. No quería ir mal preparada y todo lo que sabía sobre ese chico era que estaba «muy traumatizado», lo que podía significar cualquier cosa.

Subieron las escaleras que conducían a la terminal de transportes de superficie y ella se detuvo.

—¿No tenemos que…?

—Salimos por aquí.

La condujo hacia una zona acordonada, cerca del control de equipaje y de los arcos voltaicos detectores de metales. La larga fila de pasajeros serpenteaba de un lado a otro, con las tarjetas de embarque y las identificaciones que necesitarían para el proceso. Uno de los guardias de seguridad saludó a Sullivan con una inclinación de cabeza antes de soltar la cinta retráctil de nylon de la catenaria e indicarles que pasaran. Menos de un minuto después, Fiona estaba en la acera, junto a un Ford Taurus blanco estacionado de manera ilegal en el carril subida y bajada de pasajeros. Sullivan hizo un gesto al guardia de uniforme naranja que recorría la acera mientras le abría a ella la puerta.

Fiona se sentó en el coche, descolocada por el cambio de planes, pero agradecida de que la hubieran recogido en el aeropuerto de manera tan eficiente. Odiaba las terminales. Estaban llenas de gente que, o bien parecía frenética y estresada, o aburrida y cansada.

Se abrochó el cinturón de seguridad y dejó sus cosas a los pies. Hacía calor en el interior del Taurus, lo que significaba que Sullivan no podía llevar mucho tiempo esperando en la terminal. Por alguna razón ese detalle la alivió. Sullivan guardó su equipaje en el maletero y abrió la puerta del conductor, permitiendo el paso a una ráfaga de aire helado. Georgia no era conocida precisamente por sufrir inviernos duros, pero todo el Sur estaba siendo víctima de una ola de frío.

Incluso se esperaba nieve en Austin esa misma noche.

Fiona observó cómo el agente se instalaba detrás del volante. Le calculó unos treinta y ocho, quizá cuarenta años.

—Hábleme del caso —pidió.

Él encendió el motor y se incorporó al tráfico.

—Shelby Sherwood. Diez años. Fue vista por última vez la tarde del lunes, por su hermano.

—¿Se la llevaron de su casa?

—Sí. El hombre llegó por la puerta principal. Pensamos que llamó al timbre.

Hasta ese momento solo estaba repitiendo lo que ella ya sabía, y de lo que se había enterado a través de la CNN. Por lo general evitaba los informativos, pero esa mañana había estado pendiente del clima y la historia le llamó la atención. Poco imaginaba entonces que, al cabo de unas horas, abandonaría su clase de arte occidental para dirigirse al aeropuerto.

—Hábleme sobre el testigo —dijo.

Sullivan se giró para coger algo en el asiento trasero mientras seguía conduciendo el vehículo por la interestatal 85.

—Colter Sherwood. Seis años. Acababa de llegar de la escuela y estaba viendo los *Power Rangers* en la sala cuando Shelby abrió la puerta. —Hojeó el dossier en su regazo sin apartar la mirada de la carretera, lo que provocó que a ella se le acelerara el corazón—. Estudia primero de primaria en Green Meadows, en la misma escuela que su hermana.

Sullivan retiró algo de la carpetilla y se lo pasó. Era una copia a color de la foto de Shelby para la escuela, la que había visto en la televisión esa mañana. El liso pelo castaño de la niña llegaba hasta los hombros y llevaba una camiseta a rayas rosas y púrpuras. La imagen la hizo sentir incómoda. La expresión de Shelby no era la sonrisa despreocupada que debería tener una niña de diez años, tampoco era la mirada hosca que podría esperarse de una alumna de secundaria, era una sonrisa tensa, muy consciente de sí misma. Fiona estudió los labios apretados de la cría.

—¿Lleva braquets?

Sullivan la miró con sorpresa.

—¿Cómo lo sabe?

—Por la imagen. Trata de ocultarlos. ¿Por qué lleva maquillaje?

Él volvió a mirar hacia la carretera.

—También me he dado cuenta de eso. No es demasiado apropiado para su edad, ¿verdad?

—Está en quinto, así que no. En especial si hace quinto en una escuela primaria, como dijo antes. Es necesario poner otra foto de

Shelby en circulación cuanto antes.

—Estamos en ello. Al parecer Shelby no sonreía para la cámara porque llevaba aparato.

—¿De cuándo es esa foto?

—De septiembre, creo.

Cuatro meses no habrían cambiado demasiado el aspecto de la chica, eso suponiendo que no se hubiera cortado o teñido el pelo en ese lapso de tiempo. Incluso así, necesitaban otra imagen que mostrara los braquets.

Sonó un claxon cuando Sullivan atravesó bruscamente dos carriles. Ella miró por encima del hombro.

—¿Llegamos tarde?

—Trato de llegar a la casa mientras los periodistas están distraídos —se justificó él—. Nadie sabe que usted está aquí, y nos gustaría que siguiera siendo así.

—Eso será complicado en cuanto hagamos público el boceto, esta noche.

—Eso será si hay algún boceto que publicar. No sabemos si el hermano vio algo.

Ella apartó la vista de la fotografía, sorprendida.

—Entonces ¿para qué estoy aquí?

—Estaba sentado frente a la televisión, a menos de quince metros de la puerta, pero afirma que no vio a nadie.

—¿Y por qué no lo creen?

—Porque cuando la madre llegó a casa de trabajar, el chico estaba angustiado. Shelby se había perdido y lo único que decía era: «Yo no lo vi». Y no ha dicho nada más en los últimos dos días. Nadie puede conseguir que suelte otra cosa, ni su madre ni la policía ni el psiquiatra que llevamos. Está asustado, así que estamos bastante seguros de que vio algo. Por eso la llamamos.

Fiona siguió con la vista clavada en el retrato mientras negaba con la cabeza.

—¿Qué? ¿No cree estar a la altura? —Ella alzó la mirada y vio que Sullivan estaba sonriendo—. Venga ya —insistió él—. Se supone que hace magia con los niños traumatizados. Eso pone en su ficha; usted es la estrella en ascenso del arte forense.

Ella apretó los labios y miró hacia otro lado.

—Este será mi último caso. Voy a retirarme.

En el coche reinó el silencio mientras él digería aquella información. Ella esperó que no la presionara con preguntas, no quería dar explicaciones. Lo único que deseaba era realizar su trabajo y tomar un avión de regreso.

Lo miró de reojo. Sullivan la contemplaba con divertida incredulidad.

—Va a retirarse. ¿Cuántos años tiene? ¿Treinta?

—Veintinueve.

Él echó la cabeza hacia atrás y se rio. Ella se puso rígida. No esperaba que la entendiera, pero tampoco le debía explicaciones.

—¿Quién está en casa con Colter? —preguntó, cambiando de tema.

La sonrisa desapareció.

—Su madre y su abuela.

—¿Y el padre?

—Muerto. Falleció por conducir borracho hace aproximadamente un año.

—Bueno…

—La madre no ha salido de la casa desde la noche del lunes —continuó él—. No quiere moverse por si telefonea. Está convencida de que Shelby lleva el móvil, aunque no hemos podido confirmar ese punto.

—¿La madre es una de los sospechosos?

Él la miró de soslayo.

—La madre siempre es sospechosa.

—Ya sabe lo que quiero decir. ¿Ha tenido un comportamiento extraño? ¿Algún novio al que vigilar de cerca?

—Por ahora no. Todo lo que hemos encontrado indica un secuestro muy raro.

Así que Sullivan tenía información que no compartía con ella. No le sorprendió. Su trabajo consistía en proporcionar datos, tanto visuales como de cualquier otro tipo, a los investigadores, pero la información tendía a fluir a su manera. La mayoría de los detectives con los que había trabajado basaban sus actos en la necesidad de conocer, y ella, como artista, no necesitaba saber nada que no estuviera directamente relacionado con el dibujo.

Las notas ahogadas de un fragmento de Vivaldi llegaron desde el bolso, a sus pies. Dejó la carpetilla en el regazo, sobre el abrigo doblado, y rebuscó hasta encontrar el móvil. En la pantalla aparecía un código del área de Texas; era la tercera vez que recibía esa llamada en el día. Sería aquel detective de nuevo. Había dejado dos breves mensajes y estaba posponiendo devolverle la llamada. Tenía que poner fin a eso.

—Fiona Glass —respondió con energía.

—Hola, señora. Soy Jack Bowman, del Departamento de Policía de Graingerville. —Hizo una pausa, como si esperara que ella dijera algo, quizá una excusa por no haberle devuelto las llamadas. No lo hizo—. Es difícil ponerse en contacto con usted.

—¿En qué puedo ayudarle, señor Bowman? —Notó un nudo en el estómago; temía lo que diría a continuación. Se trataría de un

asesinato. De un secuestrador. De que había suelto un violador en serie…

—Bueno, nos enfrentamos a un homicidio y nos gustaría que nos ayudara. —Su voz sonaba relajada, con un dejo texano. Pero ella sintió algo más, percibió una determinación acerada que le dijo que iba a ser una persona difícil de rechazar.

—Lo siento, no puedo ayudarle, señor Bowman. Ahora mismo me estoy ocupando de otro caso. —Sintió la mirada de Sullivan al decirlo—. Va a tener que llamar a otra persona.

Silencio. Aquello iba a ser más difícil de lo que esperaba. Contuvo la respiración y rezó para que no le hablara sobre la víctima.

—Bien, en realidad ese es el problema, señora. No hay nadie más.

Ella se aclaró la garganta.

—Puede intentar ponerse en contacto con Nathan Devereaux, del Departamento de Policía de Austin. Estoy segura de que podrá ayudarle.

—Es él quien la ha recomendado.

Apretó el móvil con fuerza entre los dedos. Había dicho a Nathan que se retiraba. ¿Qué pasaba allí?

De pronto, Sullivan frenó y salió de la interestatal. Atravesaron algunos semáforos mientras ella miraba por la ventanilla. Parecían estar entrando en un barrio dormitorio, uno como tantos otros que habían surgido a las afueras de las ciudades americanas. El paisaje consistía en una serie de centros comerciales, supermercados gigantescos y verdes prados. Todos los postes telefónicos y las paradas de autobuses estaban adornados con cintas amarillas y papeles que informaban de la desaparición de Shelby Sherwood.

—¿Señora? —La voz de Jack Bowman hizo que volviera a centrarse en él—. ¿Sigue ahí?

—Lo siento, señor Bowman, pero no puedo ayudarle.

Colgó y metió el móvil en el bolso. Mientras cerraba la cremallera, le temblaban las manos. Apretó las palmas contra los muslos y respiró hondo. Tenía que concentrarse en la tarea que le esperaba. Aquel era su último caso; tenía que hacerlo bien.

«Nos enfrentamos a un homicidio». ¿Cuántas veces había oído esas palabras? Demasiadas para contarlas. No quería pensar en ello. No quería pensar en lo que Jack Bowman no había dicho, porque ya lo había escuchado antes; cada vez que le llamaba un detective desde algún punto del estado, y últimamente de la nación. «Hemos encontrado a una joven…», decían por lo general. Y la mujer había sido violada, asesinada o golpeada hasta dejarla sin vida. «Quizá su hijo haya visto lo que pasó. El testigo está traumatizado y hemos oído que podría ayudarnos…».

Sullivan se acercó a un cruce y tomó el carril que giraba a la izquierda.

—¿Es aquí? —preguntó.

—Sí.

Se inclinó hacia delante y miró por la ventanilla hacia la calle residencial. Todas las casas tenían el mismo aspecto pequeño, con fachadas de ladrillo rojo, un solo piso y garajes en el frente. La entrada al barrio estaba marcada por un magnolio joven y un letrero que rezaba «Rolling Hills».

Miró por encima del hombro el centro comercial que acababan de dejar atrás y vio un supermercado.

—¿Puede volver atrás? —preguntó.

—Claro, ¿para qué?

—No voy vestida para lo que voy a hacer —explicó—. Tengo que parar y cambiarme de ropa.

Las casas de los niños desaparecidos estaban cargadas con una energía peculiar. Los padres esperaban el regreso de sus vástagos con la mente llena de pensamientos increíbles, y su desesperación cargaba las estancias con electricidad. Su energía era poderosa y llevaba a auténticos desconocidos a atravesar bosques y distribuir folletos. Pero eso no duraba siempre y según pasaban los días, las semanas y los meses, esa energía se desvanecía.

Fiona sabía lo que ocurriría. Sabía que era muy posible que si visitaba la casa de Shelby un año después, esa energía habría desaparecido por completo, sofocada por una única llamada telefónica.

Contempló la casa de los Sherwood mientras recorría el camino de acceso. El sendero de cemento que conducía a la entrada había sido acordonado con cinta amarilla para delimitar la escena del crimen. El timbre y el marco de la puerta habían sido espolvoreados en busca de huellas por los esperanzados investigadores. El patio no poseía un diseño que alabar, salvo un árbol gris sin hojas cuyo delgado tronco había sido decorado con un gran arco amarillo.

Un puñado de reporteros de segunda fila mantenía el lugar bajo vigilancia mientras sus colegas cubrían la rueda de prensa. Aunque la mayoría esperaban que ocurriera algo en la comodidad de sus unidades móviles, algunos hablaban y fumaban frente a la casa. Sullivan ignoró sus miradas inquisitivas mientras recorría el camino a su lado. Sus movimientos parecían decir «no hay nada que hacer, nada nuevo de lo que informar».

—Hay en camino un miembro del equipo CARD, contra el secuestro infantil —dijo Sullivan en voz baja—. Este se encargará de distribuir el boceto, así que seguramente le hará algunas preguntas cuando termine la entrevista.

—¿Están trabajando con los CARD?

—Sí, nos han asignado a cuatro agentes para este caso.

—Muy bien —repuso ella, impresionada. Los CARD eran equipos de intervención rápida en los casos de desaparición de menores, formaban parte de la élite del FBI y le extrañó que Sullivan no hubiera mencionado antes que estaban cooperando.

Subieron por la escalera trasera. Una olvidada corona de Navidad de plástico, formada por hojas de acebo, decoraba la puerta de los Sherwood. Sullivan golpeó con suavidad el cristal de la ventana mientras ella se detenía tras él en el porche. Echó un vistazo al patio trasero, con hierba amarillenta y un columpio azul y blanco.

Apretó con dedos helados el asa de la cartera de cuero marrón. Había dejado el abrigo en el Taurus, junto con el equipaje, donde ahora había también un traje pantalón bien doblado. Se había puesto unos vaqueros, unas zapatillas deportivas blancas y una sudadera de Mickey Mouse que había comprado en Anaheim hacía varios años. También se le había deshecho el moño francés y el pelo suelto le caía ahora sobre los hombros.

La puerta se abrió con un chirrido y apareció en el umbral una mujer morena y delgada. Algunos mechones rodeaban su rostro anguloso y llevaba un cigarrillo encendido. Parecía una versión apenas adulta de Shelby. A Fiona le sorprendió su escasa edad y el hecho de que hubiera abierto ella misma la puerta, la mayoría de las personas en esa situación tenían parientes que montaban guardia para protegerlas.

—Buenas tardes, señora Sherwood. Esta es la artista forense que le mencioné, Fiona Glass. —Sullivan se hizo a un lado para ella pudiera ponerse a su lado.

La mujer asintió con la cabeza a modo de saludo, con una mirada de cautela que no contenía ni pizca de desagrado.

—Pasen, por favor —les invitó, abriendo más la puerta.

Accedieron a un pequeño comedor para desayunos. Olía a Pine-Sol, como si alguien hubiera acabado de fregar hacía poco tiempo. Las persianas estaban bajas y la única luz procedía de una lámpara encima del fregadero. Ese tipo de casas solían estar mal iluminadas, como si la gente que las habitaba tuviera aversión a las luces brillantes. Fiona había observado ese fenómeno las veces suficientes como para pensar que debía haber alguna explicación psicológica. Sin embargo, ella no era psicóloga y no sabía a qué podía deberse.

Un tarareo hueco llenaba de vida otra parte de la casa. La madre de Shelby se apoyó en el mostrador de formica. Llevaba vaqueros de cintura baja y una camiseta negra de manga larga. Los pies estaban cubiertos por unos calcetines de lana color beige.

—¿Quieren tomar algo? —preguntó, señalando la interminable fila de pasteles y guisos que cubrían la barra—. Solo estamos mi madre, Colter y yo; sería imposible que nos comiéramos todo esto.

—No, gracias —repuso Sullivan—. ¿Qué tal se encuentra hoy?

La mujer dio una larga calada al cigarrillo mientras les miraba pensativa. Luego alargó la mano para dejar caer la ceniza en el fregadero.

—Más o menos igual. Esta mañana me pidió Froot Loops para desayunar, pero no los ha probado. Ahora está jugando en la habitación de Shelby. Le dije que iban a venir.

—Si le parece bien —intervino Fiona con suavidad—, me gustaría hablar con él a solas. Suele funcionar mejor de esa manera.

La joven lanzó la colilla al fregadero y la miró durante un buen rato. Empezó a decir algo, pero se interrumpió y miró al suelo. Luego cruzó los brazos, aclarándose la garganta antes de mirarla con unos brillantes ojos azules. Una vez más, era sorprendente el parecido con su hija.

—Podría dejar la puerta abierta si así se queda más tranquila, señora Sherwood, pero me gustaría minimizar las distracciones lo máximo posible.

—Llámeme Annie —dijo la mujer, limpiándose las mejillas—. Y haga lo que sea necesario. —Se apartó de la encimera y salió de la cocina.

Mientras recorrían la casa, Sullivan hizo una breve pausa para mostrarle la zona de estar junto a la entrada principal. Había un sofá azul, una mesita de café de roble y un mueble para la televisión. El enorme aparato estaba sintonizado con la CNN, pero habían quitado el volumen.

—Colter estaba allí sentado —explicó Sullivan, señalando una silla infantil junto a la mesa.

—¿Y qué luz había? —preguntó ella.

—Las persianas estaban levantadas —repuso Annie desde la puerta—. También estaba encendida la luz de la lámpara del techo. —Accionó el interruptor para hacer una demostración y la habitación se iluminó de manera considerable.

Fiona se acercó a la sillita y miró hacia la puerta. Sullivan tenía razón, era muy probable que el niño hubiera visto algo.

Annie les guió hasta los dormitorios de la casa, que eran todavía más oscuros que el resto y olían a tabaco.

—Mi madre no para de limpiar —comentó la joven mientras

se acercaban al ruido ahogado que salía de una de las habitaciones del fondo—. Se desplazó desde Albany el lunes por la noche.

Annie se detuvo junto a la primera puerta.

—Colter, cariño, la chica que dibuja ha venido a verte.

Fiona echó un vistazo a la habitación y vio a un niño con el pelo rubio rojizo sentado en la alfombra con las piernas cruzadas. Llevaba un pijama verde del Increíble Hulk que la hizo preguntarse si estaba listo para dormir o no se había vestido. Él no levantó la mirada de su juego, una estructura de Lego con múltiples capas que parecía ser una especie de almacén para sus dinosaurios de plástico.

Annie miró a su hijo durante un buen rato antes de concentrar en ella su atención.

—Bien, supongo que os dejo a solas.

Fiona asintió y entró en la habitación. Las paredes estaban pintadas de color lila, a juego con el estampado de flores que llenaba la colcha y la funda de la almohada de la cama de Shelby. Había un escritorio de mimbre bajo la ventana y eran visibles unas huellas grises en el alféizar, lo que indicaba que alguien había buscado huellas dactilares. Junto a la cama había otra ventana, también manchada. Pinchadas en un corcho, vio varias chinchetas doradas separadas a intervalos de tres centímetros. De cada una de ellas colgaba una pulsera confeccionada con brillantes hilos de bordar, todas en diferentes fases de ejecución. Las observó un momento, pensando que eran precisamente el tipo de actividad que ella había disfrutado cuando era niña.

Eligió un lugar en la alfombra lo suficientemente lejos de Colter para que no se sintiera agobiado. Él seguía sin levantar la mirada de los dinosaurios, sin reconocer que tenía una visita.

—Hola, Colter —dijo con suavidad, como quien no quiere la cosa, mientras cruzaba las piernas—. Me llamo Fiona. Si no te importa, me gustaría pasar un ratito contigo.

Colter no dijo nada, pero la miró desde debajo del pelo revuelto.

Ella bajó la cremallera de la cartera de piel y sacó una tabla de madera. En realidad eran cuatro tablas con un mecanismo de bisagras de latón. Doblado, el tablero era un cuadrado de aproximadamente dieciocho centímetros de lado, el tamaño perfecto para caber en una cartera de mano. Desplegó las alas y colocó los pasadores de latón en su lugar, creando una superficie de trabajo de sesenta centímetros cuadrados. Su abuelo había construido aquel tablero de dibujo en su taller de carpintería el verano anterior, y ella lo consideraba una proeza de la ingeniería. Los pasadores que unían las piezas también servían de clips para fotografías u otras ayudas visuales. Había una pequeña ranura para los lápices, y una muesca en la parte superior

donde podría añadir una luz si fuera necesaria.

Colter no levantó la vista, pero había detenido las manos.

Fiona sacó un tubo de carbón y desenrolló una gruesa hoja de papel de acuarela. La extendió sobre el tablero y luego buscó un lápiz en el bolso, junto con un pequeño paquete de plastilinas Play-Doh. Vio el catálogo de identificación facial del FBI y lo dejó sobre la alfombra. Prefería trabajar sin él, pero cuando trataba con niños pequeños o personas que no eran nativas de Estados Unidos, era muy útil para describir algo que no sabían nombrar. Un niño de seis años podía no saber qué era «barbilla en retroceso», pero sí señalar a una imagen.

Fiona rebuscó en la colección de Beanie Babies un suave dragón verde con aletas triangulares de color morado en la espalda. Era lo más parecido que tenía a un dinosaurio, y lo puso sobre la parte superior del tablero de dibujo. Realizó un rápido bosquejo del dragón y miró a Colter, que tenía la atención concentrada en el papel.

—¿Cuál es tu dinosaurio favorito? —le preguntó.

Él ladeó la cabeza, como si estuviera considerando la pregunta.

—El mío es el triceratops —dijo, dibujando uno con rapidez. Al final se parecía más a un rinoceronte que a un dinosaurio, pero había captado la atención de Colter.

—A mí me gusta el velocirraptor —murmuró el chiquillo.

A ella le dio un vuelco el corazón, pero asintió con rapidez.

—No sé cómo es. ¿Es el que tienes en la mano?

—Esto es un paquicefalosauro.

¡Guau! Y eso que no hablaba. Ella echó un vistazo a los dinosaurios de juguete y se dio cuenta de que habían sido divididos en batallones. Sus conocimientos sobre animales prehistóricos estaban bastante oxidados, pero estuvo segura de que los había agrupado como carnívoros y herbívoros.

Colter cogió varios y se acercó más a ella.

—Ten —le dijo, poniéndolos en la alfombra, junto a ella—. Estos son los mejores.

Uno por uno, Fiona dio nombre a cada juguete, interrogando a Colter sobre su acierto. Él era la fuente de información.

—A veces también dibujo gente —comentó al niño mientras daba color a un T-Rex—. Me gustaría dibujar a la persona que viste en la puerta el lunes, después de la escuela. ¿Crees que podrías ayudarme?

Él se sentó en la alfombra, frente a ella, y ladeó la cabeza.

Fiona retiró las imágenes de dinosaurios y las reemplazó por una página en blanco. Cruzó las piernas y apoyó el tablero en los dibujos anteriores para que no les distrajeran.

—¿Me ayudarás, Colter?

—No lo vi —murmuró él.

Fiona trató de mantener la voz calmada. No quería que Colter se sintiera presionado, aunque era evidente que ya lo hacía.

—Está bien. Solo dime lo que puedas.

Él se quedó callado.

—¿Colter? ¿Te acuerdas de que el lunes llamó alguien a la puerta?

Él asintió.

—¿De qué color tenía el pelo? ¿Te acuerdas? —Preguntar sobre las características en abstracto era menos amenazador, y el color del cabello era el primer rasgo sobre el que hablaban la mayoría de los testigos.

—Castaño —susurró.

«Cabello castaño».

—Muy bien. —Se inclinó para seguir hablando con voz tranquila—. ¿Qué más viste?

—Era un hombre muy grande.

—Muy bien. Muy bien, Colter. —Pero todavía no empezó a dibujar. Casi todas las personas eran grandes para un niño sentado en el suelo, sobre todo para un niño asustado—. ¿Te acuerdas de cómo era?

El silencio se alargó mientras Colter se miraba el regazo. Una lágrima salpicó el pantalón de su pijama y él la frotó con un pulgar carnoso. Ella notó una opresión en el pecho.

—Me dijo que no lo hiciera.

—Bien, Colter, no importa. ¿Qué más recuerdas?

—Hizo llorar a Shelby —confesó el chico con un hilo de voz, encogiendo los hombros.

—Muy bien. —Se le rompía el corazón—. Tómate tu tiempo.

—Me acercó el cuchillo a la cara —continuó antes de soltar un sollozo que pareció brotar de lo más profundo de su pequeño cuerpo —. Dijo que no hablara sobre él o vendría a cortarme la lengua.

2

Jack no esperaba que fuera tan joven.

Observó a Fiona Glass, que se movía al otro lado de la habitación oscura, y comenzó a recopilar datos, anotándolos en su cerebro: metro setenta, aunque era difícil adivinar su constitución por culpa del traje. Pelo castaño claro, piel pálida, labios gruesos y rosados iluminados por el resplandor del proyector de diapositivas.

La escuchó hablar. En realidad no se fijó en las palabras que ella soltaba mientras permanecía junto al atril, pasando las imágenes. Su voz era clara y segura, sin ningún acento identificable. Sabía que era nativa de California, pero su actitud no coincidía con la idea que él tenía de una profesora de arte de la tierra de la fruta, las nueces y las palomitas.

Se giró hacia la clase y paseó la mirada por los cuerpos que llenaban las sillas de la sala de conferencia. Ella usó un puntero láser para señalar algo en la pantalla, algo que a juzgar por su tono, la excitaba. Pero en aquella habitación sin ventanas hacía calor, lo que añadido a la tenue iluminación podía adormilar a cualquiera, y él lo sabía muy bien después de su paso por la universidad. En especial cuando uno había estado la noche anterior bebiendo cerveza.

Sin inmutarse por la somnolencia de sus alumnos, ella continuó señalando con el puntero mientras explicaba el Humanismo. Notó que ella recorría la sala con la mirada y que acababa posándola en él. Su discurso vaciló un instante, y él supo que estaba preguntándose qué hacía un hombre de su edad en la sala de conferencias, escuchando a escondidas una clase sobre los pintores florentinos.

Se escuchó una campana en el pasillo y la habitación se puso en marcha. Los estudiantes se levantaron de las sillas entre bostezos, estirándose, y recogieron las mochilas para dirigirse a la clase siguiente.

Él se apoyó en la pared y esperó hasta que salió el último, dejándolo a solas con Fiona Glass.

Tenía el pelo recogido en un moño. La observó recoger la máquina de diapositivas con movimientos eficientes y cargarla en un maletín. Luego se colgó el abrigo del brazo y cruzó la sala hasta el lugar donde él estaba, junto a la puerta.

—¿Puedo ayudarlo en algo?

—Depende —repuso, mirándola de arriba abajo. A distancia parecía una abogada legislativa, pero de cerca era otra cosa. El pelo castaño claro era en realidad dorado rojizo y el cuerpo que había

descartado sin más se curvaba en los lugares correctos.

—¿Depende? —Lo miró con impaciencia y notó que a ella no le gustaba la manera en que estaba examinándola.

—¿Es usted Fiona Glass?

—Sí.

—Jack Bowman. —Le tendió una mano—. Hemos hablado por teléfono.

Ella miró la mano pero no la estrechó. Divertido por su actitud, apoyó el hombro en la pared y cruzó los brazos.

—Creía haber sido clara —dijo ella lacónicamente—. No voy a aceptar más casos en este momento.

—Eso no es lo que yo entendí —señaló él—. Mencionó que estaba ocupándose de otro caso en ese momento, y he supuesto que ya ha terminado porque ayer vi el dibujo en Fox News.

Ella resopló.

—Señor Bowman…

—Jack.

—Vale, Jack… —repuso poniendo los ojos en blanco.

—¿Por qué no vamos a tomar una taza de café, señorita Glass? Le hablaré de mi caso.

—Fiona, por favor.

Él asintió con la cabeza.

—Fiona, pues.

—Como te dije por teléfono, Jack, no puedo ayudarte. Vas a tener que encontrar a otra persona.

Él estudió su expresión. Estaba claro que se sentía molesta con él, pero también se dio cuenta de algo más; por alguna razón le tenía miedo.

Bueno, era normal. Un extraño de casi metro noventa se presentaba en su lugar de trabajo y le exigía una reunión. ¡Joder!, ella se dedicaba a dibujar pervertidos y asesinos para ganarse la vida, quizá le daban miedo los hombres. Intentó una táctica diferente.

Jack metió la mano en el bolsillo trasero de los Levi's y sacó una billetera de cuero. La abrió y cogió una tarjeta de visita que le tendió. Desde que se había mudado a su pueblo natal había encontrado pocas oportunidades de utilizar las tarjetas, la mayoría de la gente con la que trataba le conocía de toda la vida, pero esa mujer necesitaba poder confiar en él.

—Soy el jefe de policía de un pequeño pueblo llamado Graingerville, a unas dos horas al sur. Esos son mis datos de contacto. Entiendo que esté ocupada, pero conozco a Nathan Devereaux desde hace muchos años y él piensa que me puede ayudar. Confío mucho en su juicio y no quiero recurrir a alguien diferente.

Notó que le caía un mechón de pelo sobre la cara mientras

estudiaba la tarjeta. Ella parecía dividida, así que decidió que lo mejor sería retroceder temporalmente.

—Piénsalo y me llamas.

Ella lo miró con la preocupación grabada en sus ojos color avellana. Él se dio cuenta de que mantenía una batalla interna.

—El homicidio que has mencionado… ¿Tienes algún testigo?

Lo tenía.

Pero no quería asustarla contándole toda la verdad.

—Eso parece, sí. Una mujer que sobrevivió a un ataque anterior.

Ella permaneció en silencio un minuto antes de respirar hondo.

—De acuerdo, escucharé la historia. Pero no prometo nada.

Él no pudo reprimir una sonrisa. Estaba absolutamente estancado en la investigación y ella no se imaginaba cuánto necesitaba un respiro.

—Gracias. —Asintió educadamente.

Fiona miró el reloj.

—Dispongo de cuarenta y cinco minutos antes de la siguiente clase. Vamos a sentarnos en algún sitio donde puedas ponerme al tanto del caso.

El Java Stop del campus estaba siempre lleno de universitarios en busca de cafeína, conexión Wi-Fi y diversión. Fiona solía tomar allí un café entre las dos clases de historia del arte que impartía tres días a la semana. Supuso que sería el lugar perfecto para hablar con un hombre que no conocía de nada.

—¿Cuánto tiempo hace que das clase en la universidad? —preguntó Jack mientras se acomodaban en las sillas.

Él tuvo que ponerse de lado porque no le cabían las piernas debajo de la diminuta mesa. Se había quitado la cazadora de cuero marrón con borreguillo en el cuello y ahora solo llevaba una camisa de franela remetida en los vaqueros. Tenía el cabello castaño muy corto, casi al estilo militar, y las botas estaban tan llenas de ralladuras que parecían fuera de lugar junto a los muebles minimalistas de estilo escandinavo que podían encontrar en la cafetería.

—Este es el cuarto semestre. —Ella sopló el café con leche y miró a su alrededor, notando que muchas de las miradas femeninas estaban clavadas en Jack—. Doy clases los lunes, miércoles y viernes y me paso el resto del tiempo en mi estudio. —O al menos ese era su objetivo. No podía recordar la última vez que había disfrutado de un

día sin interrupciones en el que poder pintar.

Jack cerró los largos dedos alrededor de una taza que contenía café solo. Poseía unas manos fuertes y callosas, como las de un agricultor. Jamás lo habría tomado por un poli. No llevaba alianza y se preguntó si se habría casado alguna vez.

Sus ojos, de un inusual tono azul grisáceo, la observaron por encima del borde de la taza. Su mirada era directa y penetrante. No se perdía nada, pensó ella mientras bebía el café. La espuma le quemó la garganta.

—No creo que eso deje mucho tiempo para trabajar en la Policía.

—Ahora mismo estoy tratando de concentrarme en la pintura —explicó ella—. He vendido algunas obras recientemente y pronto expondré en una galería.

Él no dijo nada, se limitó a levantar la taza humeante y a tomar un sorbo de café. Era ella la que había pagado las consumiciones porque no quería deberle nada. Había predicho que el gesto le irritaría, y así había sido. Había algo anticuado en ese hombre.

Jack la miró durante un buen rato y ella trató de mantenerse inmóvil en el asiento.

—Si no es mucho preguntar, ¿por qué una mujer con tu fama quiere dar un giro a su carrera?

Ella pensó en la cuestión, pero no quería parecer sorprendida. No estaba acostumbrada a tomar café con hombres atractivos y sus habilidades sociales necesitaban una puesta a punto.

—Me pasé seis años formándome para ser pintora. Hacer bocetos para la Policía solo era una manera de pagar las facturas.

Él frunció el ceño.

—¿Y ahora esas necesidades ya están cubiertas? ¿Ya no es necesario el dinero?

Ella se envaró. Él estaba consiguiendo que pareciera algo superficial, como si solo fuera una cuestión de dinero. Aunque ¿qué iba a pensar él, con los pocos datos que le había dado? Nadie entendía su deseo de pintar, ni uno solo de los policías a los que conocía. Y aunque pudiera llegar a entender lo que estaba suponiendo para ella la carga emocional del trabajo, no era un tema que quisiera tratar con él. La consideraría un ser débil.

Cuadró los hombros.

—Creía que estábamos aquí para hablar del caso.

Él se reclinó en la silla y cruzó los brazos sobre el pecho. Era un torso musculoso rematado con anchos hombros. Como artista, no podía dejar de percibir esas cosas. También se había fijado en su mandíbula cuadrada y en el hoyuelo que tenía en el centro de la

barbilla. Sin duda una estructura ósea maravillosa. Y buenos labios.

—La víctima fue descubierta el martes.

Fiona puso fin a sus descarriados pensamientos.

—¿La han identificado?

—Lo único que sabemos hasta ahora es que se trata de una mujer de origen hispano, de unos dieciséis o diecisiete años, según el forense. Fue violada y estrangulada antes de ser abandonada en el campo, fuera de los límites del pueblo. No coincide con los datos de ninguna persona desaparecida, aunque las denuncias no siempre se presentan cuando ocurren los hechos.

—Pero es menor de edad —adujo ella—. La mayoría de los padres no tardan en informar de que sus hijos han desaparecido.

Él ladeó la cabeza.

—Es cierto. Pero podría ser una fugitiva o una mexicana sin papeles. Tampoco estamos seguros de la edad.

—Vale. Antes me pareció entender algo sobre otra víctima que sobrevivió.

Él bajó la mirada al café y asintió.

—Otra adolescente, de ascendencia mexicana. La mantuvieron cautiva y abusaron de ella durante unos días. Fue golpeada y violada repetidas veces antes de que lograra escapar.

Seguía manteniendo la mirada baja, algo que ella encontró inusual en un jefe de policía experimentado. Le calculó treinta y pocos años, quizá menos. El trabajo policial era muy intenso. Conocía a agentes de veintitrés años en la policía de Los Ángeles que habían visto más violencia que muchos jefes de policía rurales. Quizá los asesinatos eran algo raro en la pequeña comunidad de Jack Bowman. Ojalá el resto del mundo fuera tan afortunado.

—¿Piensas que es obra de un asesino en serie? —preguntó—. ¿Alguien obsesionado con las adolescentes?

—Es posible —repuso él, levantando la mirada—. Ahora mismo es solo una corazonada, una que me gustaría poder desechar.

—¿Has buscado en la VICAP? —Hubiera sido lógico indagar en la base sobre delitos sexuales del FBI.

—No hay nada.

—¿Nada en absoluto? —preguntó sorprendida. La base de datos del FBI era enorme.

—Bueno, en realidad hay algo. —Él frunció el ceño—. Pero es de hace doce años.

—¿Y?

—Y al tipo condenado por ese delito le cayó una pena de cuarenta años. Murió en Huntsville la primavera pasada.

—¿Qué teoría barajan los federales?

Él apretó los dientes.

—No tengo ni idea.

—¿No suelen estar involucrados en los casos de asesinos en serie?

Jack hizo una mueca irónica.

—Hasta ahora solo tengo un cuerpo; que está en el depósito de cadáveres, sin identificar. No es que haya mucha gente reclamando una investigación a gran escala.

Sin embargo, el jefe de policía había acudido a Austin para contratar a una artista forense para el caso. No le quedó más remedio que admirar la tenacidad de Jack a la hora de buscar justicia para la víctima, estuviera identificada o no.

—Estoy segura de que el Departamento de Policía de San Antonio estaría dispuesto a echar una mano —sugirió—. Son el área metropolitana más cercana, ¿verdad?

Jack estudió su rostro, haciéndola sentir de nuevo el poder de aquellos ojos azul grisáceo.

—No eres de por aquí, ¿verdad?

Tragó saliva.

—Me crié en California.

—Yo vivo a dos horas de Río Grande, y las fuerzas del orden en este estado, particularmente en mi zona, están metidos hasta el cuello en casos de tráfico de drogas, guerras de pandillas e inmigración ilegal. Por no hablar del flujo regular de adictos a la metanfetamina y pedófilos. Y yo solo tengo una víctima sin identificar. ¿Cuánta ayuda crees que voy a conseguir para localizar a un tipo que puede haber participado, o no, en un delito anterior?

—No mucha.

Jack asintió.

—Por eso te necesito. Creo que ambos crímenes están conectados. Creo que estamos buscando a alguien muy experimentado que ya ha matado antes, aunque no puedo probarlo.

—Pero un bosquejo mío no te proporcionará ninguna prueba. Será solo una herramienta.

—Soy consciente de ello, pero quizá nos ponga en el camino correcto.

Fiona suspiró y él se inclinó hacia delante.

—Mira, me gustaría poner en circulación una imagen de ese tipo antes de que mate a otra chica. La única testigo que tengo ha vivido un infierno y tú tienes buena reputación tratando con niños y víctimas de violación. Sé que hay otros artistas forenses, pero no los quiero.

Ella tomó otro sorbo de café con leche y lo encontró amargo. Lo dejó a un lado.

Otro día que había comenzado brillante y soleado se había

vuelto sombrío en un parpadeo. Otro asesinato. Otro testigo. Otra oportunidad de torturar a una mujer minando su memoria sobre los momentos más terribles de su vida.

—¿Vas a ayudarme?

Miró a Jack Bowman. Observó el gesto determinado de su boca. Ya había notado por teléfono que sería un hombre difícil de disuadir. La fuerza de su personalidad estaba minando la de ella.

Pero no se trataba solo de su carácter. Fiona bajó la mirada a la mano con la que rodeaba la taza de café y se preguntó de nuevo si habría alguna mujer en su vida. No es que le importara, claro está, no se liaba con policías. Había aprendido esa lección de la peor manera y no necesitaba una dosis de actualización. Miró hacia otro lado.

No podía creerse que estuviera considerándolo. Apenas conocía a ese hombre y había establecido un compromiso consigo misma para dar una vuelta a su vida. En esa ocasión iba a hacer un descanso de verdad. No más muerte, ni violencia, ni rostros malvados que la seguían allá donde fuera. Si no se plantaba ahora, no lo haría nunca.

—¿Fiona?

—Déjame pensarlo —pidió—. Te llamaré para darte mi respuesta.

Las palabras de Jack Bowman seguían resonando en su mente cuando abrió la puerta de su apartamento tipo *loft* en el centro de Austin. Dejó caer el maletín y el abrigo en el banco de madera que había junto a la puerta y se quitó las bailarinas. Luego giró la llave en la cerradura y puso la cadena.

En casa.

Se deshizo de la chaqueta del traje en dos segundos. Sacó la blusa de seda de la cinturilla del pantalón y cruzó la salita, dejando el correo en el mueble de cajones que separaba la cocina del resto del ático. Solo atravesar el apartamento mejoraba su estado de ánimo. Era su isla de tranquilidad. El primer fin de semana que pasó allí había pintado las paredes de verde y comprado alfombras de sisal color trigo que añadieran calidez al suelo de baldosa. Los colores suaves la relajaban.

Abrió el refrigerador y soltó un suspiro de alivio al ver que todavía quedaban unos sorbos en la botella de Sauvignon Blanc. Había sido un día largo y tedioso, en el que había pasado por una reunión del claustro de profesores de dos horas y otra hora más, larguísima, en la biblioteca, buscando las diapositivas de la clase del lunes.

Necesitaba descansar y concentrarse en su pintura.

Vació el vino en una copa y se sentó en un taburete, ante la barra, para pasar los dedos sobre el correo. Se trataba de las facturas habituales además de una carta de su abuelo, que vivía cerca de Wimberley. Sus cartas eran fáciles de identificar debido a que estaban escritas a mano —siempre con tinta negra— sobre unas líneas que trazaba a lápiz con una regla antes de escribir la dirección. Su abuelo, que había sido ingeniero de estructuras, tenía una marcada personalidad tipo A, pero ella le adoraba, que era más de lo que podía decir del resto de su familia. A pesar de que los separaban más de cincuenta años, su abuelo y ella se llevaban muy bien. Sabía, por ejemplo, que el sobre contendría un recorte del *San Antonio Express-News* relatando alguna desgracia sufrida por una mujer soltera que vivía sola en algún lugar. Eso sería todo. No habría una nota, ni siquiera un post-it, solo un artículo que su abuelo esperaba que la llevara a establecerse y casarse con un joven agradable.

Suspiró y dejó la misiva a un lado. El otro elemento de interés era un sobre blanco con su apellido escrito a mano, «Glass». El matasellos era de Binford, Texas. Tomó el cuchillo que había dejado sobre la tabla de picar y rasgó la solapa.

Del interior cayó un pequeño trozo de papel. Una hoja de una libreta de bolsillo con espiral. La recogió y leyó las letras mayúsculas escritas en ella. «PREPÁRATE, ZORRA. VOY A POR TI».

Dejó caer la nota en el mostrador y tomó el sobre de nuevo para leer el remitente. Binford, como el matasellos. No conocía ninguna cárcel en Binford, pero eso no significaba que no fuera un preso quien lo hubiera escrito. Había recibido mensajes de odio antes de marcharse de Los Ángeles, aunque eran diferentes al que contenía ese sobre. Aquellas inquietantes misivas habían sido enviadas desde la casa del hermano de un asesino convicto, y se interrumpieron cuando se mudó a Texas. Llevaba dos años sin recibir ningún anónimo amenazador.

¡Oh, Dios! No podía estar ocurriendo otra vez. ¿Se pasaría los próximos seis meses mirando por encima del hombro y aterrada cada vez que se acercara al buzón? No tenía estómago para eso.

Tomó el móvil de la encimera y marcó un número que sabía de memoria.

—Devereaux.

—Nathan, soy Fiona.

—Vaya, vaya, hablando del rey de Roma… —Su voz sonaba alegre, lo que significaba que no estaba de servicio.

—Tengo que hacerte una pregunta. ¿Sabes si hay alguna cárcel o prisión en Binford, Texas?

—En Binford, ¿eh? —Su voz se volvió seria—. Eso queda al

este de Texas. No hay nada por allí, a menos que estés pensando en la cárcel de una comisaría, de esas que tienen una celda y una litera. ¿Por qué?

Se tomó su tiempo, reacia a contarle lo ocurrido, pero sabiendo que sería inútil mentir a un hombre que llevaba diez años como detective de homicidios.

—Hoy he recibido una carta.

—¿Amenazadora?

Se mordió el labio.

—Quizá sería mejor denominarlo «acoso».

—¿Qué pone?

—Te lo enseñaré.

Se aclaró la garganta; odiaba pedir favores, pero él le había pedido muchos desde que comenzó a trabajar para el Departamento de Policía de Austin.

—Si os facilito una lista de los casos en los que trabajé allí, ¿podrías comprobar en cuál aparece una dirección de Binford?

—Sin problema. Tengo turno de mañana, así que ven y entrégamela junto con la nota. Haré copias.

Ella dejó escapar un suspiro de alivio.

—Gracias.

—Y no la toques. Métela en una bol….

—Ya conozco el protocolo.

—Entonces… —empezó Nathan, y ella supo lo que iba a decir —. He oído que has mandado al viejo Jack Bowman a tomar viento.

—No le he mandado a tomar viento, solo me negué a intervenir en su caso. Le dejé un mensaje en el contestador de su despacho con el nombre y el número de alguien que conozco en Dallas.

—Jack te quiere a ti. Cree que eres la mejor y quiere que uses tus dotes con la víctima de la violación.

—Bueno, me pregunto de dónde habrá sacado esa idea…

Él se echó a reír.

—Sí, ya. Presumo cada vez que puedo, cariño. Has ayudado en más de la mitad de los casos del departamento.

—Necesito un cambio, Nathan. Lo necesito…

—Ya lo sé, y esta es la última vez. Llama a Bowman. Échale una mano con esto.

Notó que su irritación iba en aumento. Siempre le molestaba que los hombres cuestionaran sus decisiones, como si no fuera capaz de pensar por sí misma. Había puesto fin a más de una relación precisamente por eso.

—Te agradezco los cumplidos, pero por favor, no me envíes más casos. —Ni detectives.

Sonó el teléfono fijo y Fiona agradeció la interrupción.

—¿Podemos hablar mañana en comisaría? Tengo otra llamada.

—Claro, hasta luego.

Descolgó la segunda llamada.

—¿Qué estás haciendo? —exigió su hermana, sin darle tiempo a saludarla.

—¿Ahora mismo?

—Sí, ahora mismo. En este mismo segundo.

Fiona miró la copa de vino intacta. Seguramente estaría ya caliente. Salvo eso, no tenía ninguna otra distracción a la vista.

—No demasiado —repuso con tristeza.

—¡Perfecto! Así me acompañarás al Club Continental.

Gimió. Un concurrido y ruidoso club nocturno lleno de imitadores de estrellas del rock era el último lugar al que quería ir esa noche. Y Courtney solo la querría allí para tener alguien con quién hablar mientras pescara al tipo que estuviera en su punto de mira esa semana.

O eso, o su coche había vuelto a estropearse y necesitaba un paseo.

—¿Fi? ¿Estás ahí?

—Esta noche no me apetece, Courtney. Tengo que evaluar unos exámenes y estaba pensando en pintar algo.

—¡Fiona! Ni que tuvieras ochenta años. Te lo juro por Dios, siempre estás haciendo tareas o embarcada en algún proyecto chorra.

—¡Oye!

—¡Tienes que salir! Venga, incluso te invito a una copa.

Se mordió el labio. Se sentía tentada. Pensó en los cuarenta y dos ensayos que le esperaban sobre el Renacimiento europeo. Si leía uno más que citara a Dan Brown como fuente autorizada sobre los frescos italianos, gritaría.

Además, era viernes por la noche y se sentía sola. El café de esa tarde había sido lo más parecido a una cita desde hacía meses, y empezaba a sentirse fuera de onda.

—De acuerdo, iré.

El chillido de su hermana le atravesó el tímpano.

—¡Sabía que lo harías! Ponte algo divertido, ¿vale? No se te ocurra venir con uno de tus modelitos Laura Bush. —Ella apretó los dientes—. Ah, y mi coche está *caput*, así que puedes conducir.

Mientras subía en el ascensor hasta el elegante *loft* de Fiona Glass, Jack se preguntó qué demonios estaba haciendo. No tenía tiempo para

tonterías. Tenía una mesa llena de papeleo pendiente, una oficial de baja por maternidad y un homicidio sin resolver esperándolo en Graingerville. Había desperdiciado un día completo en conducir hasta Austin para convencer a una malhumorada profesora de arte.

Cuando se abrieron las puertas, miró a su alrededor. Había seis apartamentos en esa planta, y el de ella era el último de la izquierda. Nathan le había dado su dirección sobre un humeante plato de carne a la barbacoa en County Line. Eso fue unos momentos antes de que ella llamara al móvil de Nathan para hablarle de una nota que había recibido y pedirle que no le enviara más casos.

Sin embargo, allí estaba.

Durante toda su vida había tenido dificultades para aceptar un no por respuesta. Su madre le había enseñado que si quería algo, debía pedirlo en persona, con educación e insistir una y otra vez. Y todas las veces que fuera necesario. Era el credo de la familia Bowman; la explicación de que sus hermanas hubieran vendido más galletas con las Girl Scout que cualquier otra persona en la ciudad y el porqué de que en el equipo de perforación fueran ellos los que generaban dinero suficiente como para financiar los viajes a South Padre en las vacaciones de primavera. Los Bowman podían vender leche a una vaca lechera y él se negaba a aceptar el fracaso tras haberlo intentado solo una vez. Se detuvo ante la puerta 4A y esbozó una sonrisa encantadora.

La puerta se abrió antes de que tocara la puerta con los nudillos.

Fiona dio un salto hacia atrás.

—¿Qué estás haciendo aquí?

¡Joder! Ella se había quitado el traje. Y de qué manera. Se quedó mirando con la boca abierta los dos cremosos montículos de carne que desaparecían entre los pliegues de la tela púrpura. Se las arregló para apartar la mirada de su escote, pero acabó obnubilado por sus brillantes labios rojos, como si fueran la cereza que coronaba un helado.

—¿Jack?

Entonces ella salió al pasillo y él vio las botas.

Muchas mujeres en Graingerville llevaban botas. Tipo western. Esas eran de cuero negro y encaje hasta la rodilla, con finos tacones de aguja de unos diez centímetros de altura. Una minifalda, también negra, le ceñía las caderas.

—¿Ho-la? Tierra llamando a Jack…

Él volvió a mirarla a la cara.

—Es… Es toda una equipación, profesora.

Ella frunció el ceño y se puso un largo abrigo negro que le cubrió hasta la barbilla. Luego le dio la espalda para cerrar la puerta.

El cabello caía en ondas sobre su espalda. Era rubio rojizo… O rojo dorado. Sabía que había una palabra para describirlo, pero era imposible que se acordara de ella cuando casi toda la sangre había abandonado su cabeza.

Ella se giró para mirarlo.

—Pensaba que habías regresado a Graingerville.

Él se aclaró la voz.

—Estaba camino de casa cuando me di cuenta de que me había olvidado de mencionar algo.

Ella miró el reloj.

—Llego tarde. Tengo que recoger a mi hermana.

—¿Dónde tienes el coche?

—En el garaje.

Él sonrió.

—¿Qué te parece si te acompaño hasta allí? Luego te dejaré en paz, te lo prometo.

La vio resoplar. Parecía hacerlo mucho cuando él estaba cerca.

—Vale. —Ella guardó las llaves y comenzó a recorrer el pasillo—. ¿Qué es lo que olvidaste mencionar?

—Olvidé hablarte de las amapolas.

—De las amapolas. —Fiona se detuvo frente al ascensor y presionó el botón de llamada antes de volverse hacia él con el ceño fruncido—. ¿De qué amapolas me hablas?

Las puertas de la cabina se abrieron y él entró con ella. Apretó el botón del vestíbulo.

—Tenemos las mejores amapolas del estado. Están justo a las afueras de Graingerville. Artistas y fotógrafos vienen desde todas las partes del mundo… Incluso tenemos un festival.

Ella lo miraba como si se hubiera vuelto loco… Y tenía razón. Como argumento para convencerla de que cambiara de idea era un poco pobre.

Arqueó las cejas.

—Y se te ocurrió que podría interesarme saberlo por…

—Nathan me contó que pintas paisajes y temas de la naturaleza. —¡Guau! Fiona tenía una boca preciosa. Se preguntó si planeaba usarla esa noche—. Los mejores campos están en carreteras secundarias, quería ofrecerte un *tour* privado. Quizá puedas conseguir material para tus pinturas, o para tu clase.

Las puertas se abrieron y ella cruzó el vestíbulo hasta la entrada lateral. Sus tacones repicaron en el suelo de mármol y el sonido le recordó cuánto tiempo había pasado desde que se tomó la molestia de salir con una mujer.

Le abrió la puerta y entraron en el pasillo que comunicaba con el garaje. Una ráfaga de aire frío elevó el pelo de Fiona. Él miró a su

alrededor mientras ella caminaba junto a una fila de coches aparcados. Aquel lugar necesitaba más iluminación y una cámara de seguridad.

La vio detenerse ante un Honda Civic blanco. Un híbrido, nada menos.

—A ver si lo entiendo… Si transijo y decido ayudarte con este caso, me llevarás a ver las amapolas.

Él se frotó la mandíbula.

—Bueno, no lo había pensado como un intercambio, pero me parece una buena idea. Por supuesto, tus honorarios van aparte. Lo que acostumbres a cobrar.

—¿Las amapolas no florecen en primavera?

—Sí. ¿Y?

Ella sacudió la cabeza, pero él percibió su sonrisa mientras sacaba la llave del bolso. El llavero era un silbato de aviso.

—¿Sabes? —dijo frunciendo el ceño—, una porra puede ser mucho más eficaz. Puedes comprar una en cualquier establecimiento.

Ella lo miró.

—Soy consciente de ello, pero como me paso la vida de aeropuerto en aeropuerto, me conformo con esto.

Para él, el dispositivo más seguro era una SIG P229, que superaba con creces a un silbato antipánico, pero dudaba que Fiona supiera nada sobre armas, siendo una chica californiana.

Ella abrió la puerta y miró.

—No piensas rendirte, ¿verdad?

—No.

Jack apoyó la mano en la puerta. Sus dedos se rozaron y entre ellos pasó una especie de corriente. Captó al instante la expresión de alarma de Fiona.

Ella se sentó tras el volante y metió la llave en el contacto.

Jack apoyó el antebrazo en el techo del Civic y la miró. Ella caviló durante unos minutos y él quiso saber lo que podía salir de aquellos fruncidos labios rojos.

—De acuerdo, lo haré.

Él sonrió y ella encendió el motor.

—¿Qué te parece mañana a las diez de la mañana? —sugirió—. Puedes reunirte conmigo en la comisaría de Graingerville. Son unas dos horas de viaje desde aquí, una hora cuarenta si vas rápido.

Ella tiró de la manilla y él se apartó. La vio cerrar la puerta y bajar la ventanilla unos centímetros.

—A las once. Seguramente esta noche llegaré tarde y mañana tengo que hacer un recado.

—¿Vas a regresar sola a casa? —No era asunto suyo, pero tuvo que preguntar. Había sido policía de homicidios durante nueve años.

Las mujeres que salían solas de los bares a altas horas de la noche eran presa fácil.

—Eso —repuso ella— no es de tu incumbencia.

Dio un paso atrás y ella puso en marcha el coche.

—Cierto. Bueno… ten cuidado.

—Siempre lo tengo —sonrió ella.

3

El cielo seguía negro cuando Fiona dejó de intentar dormir y apartó la colcha.

Era inútil. No ganaría nada quedándose en la cama dos horas más, solo rigidez en el cuello. Se envolvió en la bata de satén verde, se puso las chanclas y se arrastró hasta la cocina en busca de una taza de café. Mientras la máquina silbaba y gorjeaba, se miró los pies.

«¿Por qué no puedes ir descalza como la gente normal? Estás como una puta cabra».

Recordó las palabras de Aaron y se sintió aliviada al ver que ya no le importaban. ¿Qué más daba que no pudiera soportar los pies descalzos, la música demasiado alta o los cartones de leche vacíos dentro de la nevera? Eran sus preferencias y no era asunto de nadie que estuviera loca o fuera exigente, ni que fuera imposible vivir con ella.

Mejor sola que mal acompañada.

La cafetera terminó y se sirvió una taza mientras reorganizaba su día mentalmente. Se pasaría por el departamento de policía, como había previsto, pero en vez de entregar la nota a Nathan en persona, como habían acordado, la dejaría en recepción junto con su lista de casos. Así conseguiría salir de viaje más temprano y también evitaría una conversación que no le apetecía mantener. Al menos por el momento. Una vez que hubiera terminado ese último trabajo, cuando fuera asunto cerrado, entonces entraría en el despacho de Nathan y le diría que se retiraba de manera oficial. Punto. No aceptaría más casos.

Antes de que pasara una hora, salía de la dependencia policial y regresaba al coche. Todavía no había amanecido. Una vez dentro del Civic puso al máximo la calefacción y se frotó las manos, deseando haber recordado los guantes. Cuando se calentó el interior, revisó las instrucciones que había impreso del MapQuest. Tiempo de viaje estimado, dos horas y trece minutos. A las ocho de la mañana estaría entrando en la bulliciosa metrópolis llamada Graingerville, en Texas; población, diez mil trescientas veinte personas.

Con un poco de suerte, pillaría a Jack Bowman en el trabajo.

No sabía por qué, pero la idea de volver a verlo, incluso de esa manera, la complacía. Supuso que era porque había logrado convencerla para considerar lo que ella pensaba que era una decisión firme. Realmente su intención había sido rechazarlo, y de hecho lo hizo, pero cuando le dijo que las víctimas de aquel caso eran adolescentes se había ablandado. Solo necesitaba un empujón más para aceptar, y lo recibió.

Sospechaba que era lo que él había planeado desde el principio.

A pesar de su fachada de tipo duro, Jack resultaba inusualmente sensible para ser policía. Lo notó cuando le habló de esas chicas de su pueblo como si se sintiera responsable de lo que les había ocurrido. Fiona había conocido a muchos policías entregados a lo largo de los últimos años, y la mayoría mostraban un cierto distanciamiento que les permitía hacer su trabajo día tras día. Jack no poseía esa característica. Por el contrario, parecía personalmente involucrado en el caso. Reconoció las señales porque también ella poseía esa tendencia, y era una de las razones por las que anhelaba un descanso en lo referente a la aplicación de la Ley.

Tomó el viaducto que conducía a la interestatal 35 en dirección sur y miró de reojo Town Lake mientras cruzaba el puente. Incluso a esa hora tan temprana, la gente trotaba por el camino que rodeaba el agua.

Era algo que había tenido intención de hacer ella misma, pero el tiempo para hacer ejercicio —lo mismo que el destinado a pintar— se caía de la agenda mientras su vida se volvía más y más ajetreada. Si no era una reunión del claustro de profesores o una conferencia, era una llamada tardía de algún detective que necesitaba su ayuda urgente. Tras unos casos importantes y un par de grandes arrestos, su carrera como artista forense había despegado dejándole apenas tiempo para dedicar unas horas a la pintura que tanto amaba. Y, con respecto a su intención de hacer deporte, sus pies no tocaban una cinta de correr desde hacía meses. Tenía que volver al gimnasio, aunque a juzgar por cómo se le había trabado la lengua a Jack la noche anterior, todavía poseía activos a tener en cuenta.

Vio un par de faros por el retrovisor. Entrecerró los ojos para protegerse del resplandor mientras el conductor se acercaba.

—Gilipollas… —murmuró, ajustando el espejo. Parecía una *pickup*, la testosterona móvil por excelencia en el estado de la Estrella Solitaria.

El tipo continuó cegándola, así que cedió y se pasó al carril derecho.

Tensó los hombros cuando el otro vehículo le adelantó a toda velocidad para colocarse delante de ella. Entonces aceleró todavía más, envolviéndola en la nube de gases que salían por el tubo de escape.

Respiró hondo cuando desparecieron las luces traseras. Era solo un vehículo con prisa, por el amor de Dios, tenía que conseguir relajarse. Aspiró aire al tiempo que movía los hombros para aliviar un poco la tensión.

El cielo púrpura se tornaba amarillo por el este cuando ella

dejó la interestatal poco después. Pasó por delante de varias gasolineras cochambrosas antes de encontrar una que parecía lo suficientemente nueva y bien iluminada. Necesitaba ingerir algo de cafeína para mantenerse despierta durante el resto del viaje.

Una campanilla sonó sobre la puerta cuando entró.

—Buenos días. ¿Puedo ayudarla en algo?

Echó un vistazo al empleado que había detrás del mostrador y sacudió la cabeza. Llevaba dos años en Texas y todavía la pillaba desprevenida la amabilidad injustificada de los extraños.

Después de tomar una Coca-Cola light, se detuvo en el pasillo, junto a las cajas de barritas Nutri-Grain. Ignoró aquellos productos saludables a favor de Snickers extra grandes y se dirigió a la caja. Después de todo, el desayuno era la comida más importante del día. Mientras rebuscaba en el bolso, sintió que había alguien a su espalda. Miró por encima del hombro y se quedó inmóvil.

Ella había dibujado a ese hombre.

La cabeza le daba vueltas. ¿Había sido un caso en Austin? ¿En Los Ángeles? Le recorrió las facciones con la vista, en busca de alguna pista. Tenía la nariz ganchuda y la frente alta. Escaso cabello castaño… Sabía que lo había dibujado.

¿O no?

Lo observó sacar la cartera mientras trataba de recordar.

—¿Algo más, señora?

Al escuchar al dependiente, el hombre alzó la cabeza y la pilló mirándole.

—¿Qué pasa? —preguntó agresivamente, arqueando las cejas.

Jamás lo había visto antes. No lo había esbozado. No era un fugitivo en busca y captura, solo un tipo que acababa de echar gasolina.

—¿Señora?

Se dio la vuelta. El empleado la observaba con expectación.

—Lo siento. —Dejó cinco dólares en el mostrador y salió corriendo de la tienda.

La artista forense de fama nacional llegó temprano y de mal humor al despacho de Jack.

—¿Seguro que no quieres un café? —preguntó él, mientras salían de la comisaría.

Ella lo miró.

—Repito: no. Si cambio de opinión, serás el primero en enterarte.

—Lo que quieras. —Jack encogió los hombros bajo la cazadora de invierno que hacía juego con el resto del uniforme oficial. No era demasiado gruesa, pero evitaba que se le congelara el culo.

Bajaron las escaleras y atravesaron el aparcamiento. El aliento de Fiona formó una nubecilla en el aire fresco de la mañana, y él se preguntó por qué no se habría puesto algo que abrigara más que un jersey de cuello vuelto. No es que le importara, dado lo bien que le quedaba, pero debía de estar a punto de congelarse.

La guió hasta su *pickup*. Ella quería llevar su coche, pero después de muchos tira y afloja la había convencido de que sería mejor que fueran en el mismo vehículo. Quería enseñarle la ciudad y, de todas maneras, era un trayecto corto.

Ahora en cambio se preguntaba si podría soportarla durante tanto tiempo.

Desbloqueó la cerradura con el mando a distancia. Después de conducir un Buick de dos colores durante casi diez años, ahora era el orgulloso propietario de un Ford F-250 de color gris piedra con los asientos de cuero. Era una *pickup* muy bonita y había decidido utilizarla esa mañana porque quería parecer más accesible, no porque quisiera impresionar a Fiona Glass, que hoy parecía decidida a tocarle las pelotas.

Abrió la puerta del pasajero y ella suspiró al mirar el interior de la cabina. Él le ofreció la mano para ayudarla a subir, pero ella la rechazó.

«Vaya… ¡joder!».

Rodeó la *pickup* por delante y se situó tras el volante.

—¿Alguien se ha levantado con el pie izquierdo esta mañana?

Ella le lanzó una mirada furibunda.

—He tenido un viaje estresante.

Él giró la llave y el V8 volvió a la vida.

—¿Has tenido problemas con el coche?

—No. Al poco de salir de Austin un chiflado casi me saca de la carretera.

—Nathan me contó que has recibido una amenaza por correo. ¿Crees que…?

—Era un gilipollas, pero de otra clase. Solo un idiota al que le gusta conducir de manera temeraria en su *pickup*.

Así que no era una fanática de las camionetas. Subió la temperatura de la calefacción y ajustó los difusores hacia ella. Mientras salía del aparcamiento, saludó a Lorraine Snelly, que cruzaba la calle principal. La vecina ladeó la cabeza, intentando sin duda echar un vistazo a su pasajera. Se resignó a la realidad inevitable de que su nueva «amiga» sería el tema de la jornada en las conversaciones que habría en el restaurante de Lorraine ese mediodía.

—Por favor, háblame de la testigo —le pidió Fiona con la voz quebrada. Él se había dado cuenta de que ella tenía tonos diferentes según los temas, como si tuviera armarios distintos. Además del jersey de cuello vuelto verde, llevaba vaqueros y prácticos botines marrones. Echaba de menos las puntiagudas botas de la noche anterior.

Jack reordenó sus pensamientos.

—Se llama María Luz Arrellando. Vive en las afueras de la ciudad.

—¿Tienes jurisdicción allí?

—No, pero como fue secuestrada en Graingerville, nos corresponde a nosotros.

—De acuerdo. Me gustaría dar sentido al crimen. Quiero asegurarme de que no me encuentro con ciertos desencadenantes.

—¿Desencadenantes?

Ella abrió el maletín de cuero que había llevado consigo y sacó un móvil.

—Me explicaste que la víctima fue agredida sexualmente. La mayoría de las mujeres que sufren una violación padecen trastorno de estrés postraumático. Algunas experimentan sentimientos de pánico desatados cuando algo les hace recordar el ataque de manera inesperada. —Ella encendió el móvil y presionó la pantalla—. En una ocasión conocí a una adolescente que había sido drogada con una inyección. La entrevisté en el hospital al día siguiente y cuando entró la enfermera para administrarle unos medicamentos con jeringuilla, se puso histérica.

Jack la miró, consciente de que Fiona no conocía todavía los principales conceptos del caso.

Conceptos que eran erróneos porque él así lo había querido.

—¿Estás pensando en pinchar a mi testigo?

Ella puso los ojos en blanco.

—No. Solo estoy pidiéndote que me ayudes a prepararme. Dime de dónde proviene. ¿Qué puedes contarme del ataque que sufrió?

Bien, había llegado el momento de ser sincero.

—Para empezar, fue secuestrada por la noche, en un camino no muy lejos de aquí. El individuo detuvo un sedán gris a su lado y se ofreció a llevarla. Ella aceptó porque tenía frío.

Fiona meneó la cabeza, seguramente porque había oído ese tipo de historia antes. Después de tantos años sirviendo a la ley, Jack no era capaz de entender cómo la gente podía cometer tales imprudencias con su seguridad.

—En vez de llevarla a casa —continuó él—, la arrastró tras unos matorrales, la ató con cordel verde y le vendó los ojos. Después la llevó a un lugar desconocido, donde la retuvo durante dos días. Ella

perdió la consciencia durante los ataques. La forzó a tomar algo, ella piensa que fue jarabe para la tos. Por fin, cuando recobró el conocimiento, él había desaparecido. La chica consiguió romper el cordón, se puso algo de ropa y consiguió escapar. Unos cazadores la encontraron a unos setenta kilómetros de aquí.

Ella suspiró.

—¿Qué pasa?

—No sabía que la había sedado. Podría afectar a sus descripciones.

—Insiste en que recuerda muy bien al hombre que la invitó a subir al coche. Y también más tarde, cuando recobraba y perdía el conocimiento. De hecho, asegura que fingió estar inconsciente en algunos momentos, para que fuera más cuidadoso con ella.

Tomó la carretera que conducía al sur de la ciudad y aceleró. Cientos de acres de tierras de cultivo se extendían a ambos lados. Los campos parecían empapados y desolados.

La reciente ola de frío había causado estragos en los cultivos de la zona, sobre todo en los cítricos. A una hora de allí, bosques de naranjos y cerezos habían resultado diezmados por el hielo. Al principio, los productores de la zona habían intentado luchar contra la helada, bombeando agua en los campos para aumentar la temperatura del suelo al tiempo que distribuían aire caliente con ventiladores gigantes, pero cuando las gélidas temperaturas se prolongaron, el esfuerzo se convirtió en esperanza. Después de salvar lo poco que pudieron, se despidieron con tristeza del resto.

Jack se había criado en una granja y sabía de primera mano que era una tarea dura, pero saberlo no hacía que resultara más fácil aceptar aquel tipo de desastre. La repercusión de los tres días de frío se notaría en la zona durante años.

El letrero del Texas Fruit se alzaba ante ellos y Jack aminoró la velocidad un poco. Un típico día de enero el lugar rezumaría actividad, con camiones de reparto y personas por todas partes, pero se habían visto obligados a despedir a cientos de trabajadores recientemente y casi resultaba extraño lo silencioso que estaba el cobertizo.

—Ya hemos llegado —comentó—. ¿Quieres saber algo más?

—Sí. ¿La ha entrevistado antes una artista forense?

Él esperaba esa pregunta. Abrió la guantera y sacó un sobre de buen tamaño.

—En el momento, habló con uno de los oficiales. Este es el resultado.

Fiona abrió el sobre y sacó un dibujo generado por ordenador. Mostraba a un varón de raza blanca de una edad que podría situarse entre veinticinco y cincuenta. Tenía rasgos comunes y sosos que a él le

recordaban a los padres de los cuentos con los que se aprendía a leer en la escuela. Claro que en vez de sonrisa, la figura miraba el vacío.

Ella frunció el ceño al ver la imagen.

—Esta imagen es genérica. Podría ser cualquiera.

—Lo sé. El chico que se ocupó del asunto se llama Lowell y nunca había entrevistado a una víctima de un asalto sexual. Imagino que el tema le vino grande.

Fiona lo miró con horror.

—¿Cómo permitiste que ocurriera algo así? Esa chica necesitaba hablar con alguien con experiencia, mejor si era mujer. Si no tienes personal, deberías haber recurrido a alguien experto.

—Créeme, lo sé, pero entonces yo no estaba aquí.

—Y ni siquiera voy a pronunciarme sobre el uso de un programa de ordenador. Para obtener un boceto útil, se necesita una buena entrevista con un profesional entrenado. No se puede decir a un novato que se siente ante el ordenador y componga una cara como si fuera el señor Patata. ¡Se trata de una mujer que ha sido violada!

Era evidente que ese tema era importante para Fiona. Jack la miró, esperando que asimilara lo que él había dicho.

De pronto, la vio fruncir el ceño.

—¿Has dicho que no estabas aquí cuando ocurrió?

Él se aclaró la garganta.

—Entonces trabajaba en la brigada de homicidios, en Houston.

—¿Cuánto tiempo hace que fue secuestrada?

—Once años.

Ella se quedó paralizada. Lo único que se oía en el interior de la *pickup* era el zumbido de la calefacción.

Miró a Fiona. Ella le contemplaba con la boca abierta y una mirada de incredulidad.

Volvió la vista a la carretera. La propiedad Arrellando se extendía ante ellos, más allá de las vías del ferrocarril. Giró el volante y aparcó junto a una valla de alambre de púas.

—Once años… —repitió Fiona.

Se volvió hacia ella y percibió que tenía las mejillas rojas. Había imaginado que se cabrearía, pero estaba dándose cuenta de que había subestimado su reacción.

No le quedaba más remedio que lidiar con ella.

—Correcto —asintió con la cabeza—. Once años.

Ella se echó a reír, pero su carcajada no contenía ni pizca de humor. De hecho, estaba bastante seguro de que lo que hacía brillar sus ojos eran lágrimas.

—No me puedo creer que hayas hecho esto —murmuró ella—. ¿Lo sabe Nathan?

—¿Qué quieres decir?

—¿Que si Nathan, nuestro amigo común, sabe que me has arrastrado hasta aquí con falsas pretensiones? ¿Que me mentiste y me trajiste para una búsqueda inútil?

—No es una búsqueda inútil.

Ella se giró en el asiento para mirarlo de frente.

—¿Que no es una búsqueda inútil? Te equivocas, ¿lo sabías? Basas la investigación de un homicidio en una fantasía. No puedo ofrecerte un boceto viable basado en un recuerdo de alguien que la víctima vio hace once años.

—¿Por qué no?

—Porque no. ¿Te haces una idea de…?

—He investigado un poco. Alguien hizo ese famoso boceto de Unabomber basándose en un recuerdo de siete años atrás —argumentó—. Era un buen dibujo. Cuando pillaron a Ted Kaczynsky superpusieron las fotografías y…

—¡Siete años no son once! —Ahora Fiona tenía las mejillas encendidas, lo que hacía resaltar unas pecas que no había visto antes —. Incluso si lograra hacer un buen retrato, y hago hincapié en el «si», tendría que hacer una progresión de edad.

—He oído que eso se te da muy bien, también —adujo él—. Hiciste una a ese niño en Idaho. Ayudó a que su madre lo localizara después de que se lo llevara el padrastro. —Jack esperó que adularla fuera una buena manera de convencerla, lo demás solo parecía incrementar su ira.

—No te atrevas a usar esa táctica.

O quizá no.

—¿Qué táctica?

—¡Esa táctica de la falsa adulación!

—No es falsa, es…

—No quiero oír nada más. —La vio cruzarse de brazos y volverse hacia el parabrisas—. Me has engañado a propósito. Me camelaste para venir.

—Tienes razón, lo hice. —Observó su perfil—. No pensé que te interesaras por mi caso si sabías el tiempo transcurrido desde el otro delito.

—Y tenías razón. Esto es una locura. Lo que quieres es imposible.

—Yo no lo creo, y tú tampoco. Es más, estoy seguro de que quieres probar pero tienes miedo de fracasar. Temes estropear tu historial.

Se volvió hacia él con los ojos ardiendo.

—No me puedo creer que hayas dicho eso. ¡Tú no sabes nada de mí!

—Sé que eres buena —repuso con firmeza—. Que eres la

mejor. Nos guste o no, tienes una reputación. En especial, cuando las víctimas han sido violadas.

Jack miró a través del parabrisas y vio el tejado gris de chapa de la casa de los Arrellando, a una distancia no mayor que la longitud de un campo de fútbol.

—Lucy pasó por un infierno —dijo—. Durante años, después…

—¿Quién es Lucy?

—María Luz. —Miró a Fiona. Le estaba escuchando—. La llaman Lucy. Lo peor de su terrible experiencia fue que mucha gente no la creyó. Pensaron que se lo inventó para llamar la atención.

Fiona arqueó las cejas.

—¿Que se lo inventó? Has dicho que fue golpeada y vio…

—Y lo fue. —Jack hizo una pausa, tratando de encontrar la manera de explicarse. No podía creer que estuviera tratando de salir en defensa del pueblo que le había hecho eso a una de los suyos.

Claro que no todo el mundo sentía lo mismo que él, no todos los que se consideraban parte de esa comunidad pertenecían a aquel lugar.

—Lucy era una chica bastante rebelde —explicó—. Sus padres, católicos estrictos, siempre tenían presente una fiera fe religiosa, en especial su padre. Justo antes del secuestro, Lucy se peleó con él y salió corriendo. No la vieron durante dos días, y creo que fueron muchos los que pensaron que había escapado. Cuando los cazadores la encontraron, muchos no se creyeron que la habían retenido contra su voluntad. Pensaban que se había enredado con un tipo algo salvaje y que quizá le había dado lo que se merecía.

Fiona negó con la cabeza y miró a otro lado.

—Se podría decir que Lucy recibió un trato injusto, tanto de la policía como de sus vecinos. —Apretó los dientes—. Incluso de su padre. Estoy seguro de que nunca la creyó. Fue su madre quien la obligó a rellenar el informe de la policía, y lo hizo días después de los hechos. Demasiado tarde para utilizar un kit de violación.

Vio que Fiona apoyaba la cabeza en el respaldo y suspiraba.

—Y quieres que yo lo arregle ahora. Once años después. Es imposible.

—Fiona, mírame.

Ella lo miró, y él supo que todavía tenía una oportunidad. Sus palabras la habían conmovido, lo percibió en sus ojos.

—Yo creo firmemente… No, no lo creo, lo sé, que el secuestro de Lucy está relacionado con este homicidio —dijo—. Existen demasiadas similitudes para ignorarlas. ¿Y sabes qué me hace pensar eso? Que un tipo con fuertes lazos en esta comunidad es un violador y un asesino. Que cree que puede hacer daño a las chicas porque son objetivos fáciles. Se aprovecha de aquellas que tal vez son ilegales, o

de las que sus familias no confían en la policía. Y tiene experiencia. Creo que lo hará de nuevo. Tengo que atraparlo antes de que lo haga.

Fiona bajó la mirada.

—Solo tienes que hablar con ella. ¡Joder! Esa de ahí es su casa. Dale una hora. Si no consigues nada, pues te largas y te olvidas de este caso. Sin resentimientos.

La vio morderse el labio inferior.

—Por favor… —Cuando la palabra salió de sus labios, se dio cuenta de lo rara que se le hacía.

Ella asintió con reticencia.

—Gracias. —Suspiró y puso la *pickup* en marcha—. Antes de que te des cuenta, todo habrá terminado.

Lucy Arrellando vivía a tiro de piedra del cruce del ferrocarril, en una casa de madera blanca con el tejado ondulado. Había un Cavalier negro lleno de polvo junto a la acera. El pequeño patio estaba rodeado por una valla de tela metálica y Fiona vio al instante el letrero que advertía que tuvieran cuidado con el perro.

Jack abrió la puerta y la sostuvo para que ella entrara. No parecía preocupado por que hubiera un perro, a diferencia de ella, que sentía un miedo profundamente arraigado hacia los chuchos —incluso los falderos— desde que un terrier escocés le mordió el cuello cuando era niña. Permaneció pegada a la espalda de Jack y resistió como pudo la tentación de aferrarse a su cazadora mientras recorrían el sendero de grava hasta la puerta.

La casa tenía el diseño típico de la posguerra, similar a las demás que se extendían en paralelo a las vías del ferrocarril. La hilera de viviendas se alargaba por lo que parecían kilómetros y kilómetros, y sus tejados de chapa, una ordenada fila de paquetes. Las estructuras construidas en los alrededores parecían fuera de lugar en medio de tanto espacio abierto.

Fiona miró al patio con ansiedad. No se veía ningún perro ni se escuchaban ladridos. Solo había un árbol gigante que daba sombra a la casa. Desde una de las ramas bajas colgaba un columpio y junto a la base del tronco había una carretilla roja, oxidada. Hubiera valla o no, no le gustaba pensar que un niño podía estar jugando tan cerca de las vías.

—Es bastante temprano —dijo Jack, subiendo los escalones—. Sin embargo los hombres estarán en la refinería, así que no creo que importe.

Fiona estaba digiriendo lo que implicaban esas palabras

cuando se abrió la puerta con un chirrido. Alzó la vista y vio a una joven guapísima en el umbral, con un bebé apoyado en la cadera.

La mujer la observó con rapidez antes de clavar sus ojos castaños en Jack.

—Has venido muy temprano —le saludó con un deje de amargura.

—¿Importa?

—Imagino que no, ¿verdad?

Intercambiaron una mirada cargada de significado que la hizo sentir incómoda. Había algo subyacente allí, pero no se imaginaba qué podía ser.

El bebé se retorció y llenó el silencio con su húmedo gorjeo.

La joven volvió a mirarla, examinándola de arriba abajo antes de dar un paso dentro de la casa y hacer un gesto con la cabeza para que entraran.

Cuando los tres estuvieron en el vestíbulo, Jack se aclaró la garganta.

—Lucy, esta es la artista de la que te hablé, Fiona Glass.

Lucy movió al bebé, apretándolo contra el pecho, lo que impidió cualquier apretón de manos. A Fiona se le daba muy bien leer el lenguaje corporal y Lucy había sido firme y clara.

La vio darles la espalda y dirigirse a la parte posterior de la casa. Jack la siguió; parecía saber perfectamente adónde iba.

Fiona recolocó el maletín en el hombro y avanzó tras ellos.

¿Por qué importaba tanto que los «hombres» se hubieran ido? ¿Quiénes vivían allí además de Lucy? ¿Qué amenaza suponía esa reunión? Una vez más, sintió una opresión de frustración en el pecho. Jack mantenía demasiados puntos de ese caso en secreto y a ella no le gustaba nada.

Terminaron en una luminosa y espaciosa habitación en la parte trasera. Parecía una habitación añadida posteriormente a la construcción de la casa y que era utilizada como una especie de taller. Había una máquina de coser en el rincón más alejado. Una brillante tela blanca caía en cascada desde la máquina y alfombraba el suelo. Detrás de la mesa de costura, unos tornillos blancos sujetaban un rollo de tela color pastel y una unidad de ordenados estantes de plástico. Una tabla de madera contrachapada ocupaba el centro de la estancia y sobre la superficie de trabajo había alineadas diferentes bandejas de plástico con un amplio surtido de perlas, lentejuelas y cuentas de colores.

—Sebastian está durmiendo —dijo Lucy, dejando al bebé en un corral cercano a la máquina de coser.

Nadie se molestó en presentar al bebé, que llevaba un pijama color lavanda con un gorrito a juego. En cuanto Lucy la dejó en el

interior del corralito, la niña cogió un anillo de dentición y se lo llevó a la boca. Fiona calculó que tendría unos nueve meses. La observó mientras se sentaba entre sus juguetes; sin duda era un bebé precioso, con los ojos grandes y espabilados.

—¡Jack!

Fiona se giró justo a tiempo para ver que un niño de cabello oscuro atravesaba la habitación y se lanzaba hacia las rodillas de Jack. Se las rodeó con los bracitos.

—Hola, chico —le saludó el jefe de policía, despeinándolo—. Pensaba que estabas durmiendo.

El chico le tomó la mano y tiró con fuerza.

—¿Quieres ver mi Nintendo DS? ¡Me la regalaron en Navidad! —El niño, que parecía tener cuatro o cinco años, miraba a Jack con descarada adoración.

—Me parece una buena idea —repuso él, buscando a Lucy con la vista—. ¿Dónde está Dolores?

—Trabajando. Como todos los demás. —Lucy se volvió y se dirigió a ella por primera vez—. Imagino que quieres hacerlo en privado.

—Será lo mejor.

—Entonces Jack puede ir a ver lo que quiere enseñarle Sebastian. —Señaló el corralito con la cabeza—. Vanessa no nos molestará.

Jack dejó la habitación con el niño antes de que ella pudiera pedir algunas explicaciones, como por ejemplo, por qué aquello parecía una entrevista hostil.

Se volvió hacia Lucy. Eran de la misma edad, pero Lucy parecía más joven. Vestía vaqueros ajustados con algunos agujeros y una camiseta gris que ponía de manifiesto sus generosos pechos. También lucía media docena de aros plateados en la oreja izquierda, un cinturón con una cadena de plata y unas bailarinas, también plateadas. El pelo lacio le llegaba por la cintura y ella se preguntó qué haría con él mientras estaba cosiendo.

Sí, como parecía, ese era su lugar de trabajo.

—¿Eres diseñadora? —le preguntó, mirando a su alrededor.

Lucy giró la cabeza y la estudió durante un momento antes de responder.

—Modista.

—¿Los diseños son tuyos? —Miró los dibujos que se alineaban en la mesa, al lado de una caja de lápices de Prisma bien afilados.

—Sí. —La joven siguió la dirección de su mirada—. La mayoría de las chicas quieren algo personalizado, así que eso es lo que hago.

Fiona se acercó a la mesa para dejar el maletín.

—¿Te importa?

Lucy sacudió la cabeza.

Ella estudió de cerca los vestidos que había diseñado con mano experta.

—¿Son vestidos de novia?

—De *quinceañera*[1].

Asintió. Había escuchado que el decimoquinto cumpleaños de una chica era una etapa importante en la cultura mexicana, algo parecido a una puesta de largo.

—Son preciosos —dijo, observando el elaborado bordado y el drapeado de la pieza—. Y también caro, imagino.

Lucy se encogió de hombros.

—Me gano la vida. —Cruzó la habitación y sacó un refresco de la pequeña nevera que quedaba oculta detrás de la puerta—. ¿Quieres uno?

Ella asintió, más por ser sociable que porque tuviera sed. Trataba de evitar las bebidas azucaradas con gas, si iba a consumir calorías, prefería que fueran en forma de chocolate.

Lucy le entregó una lata fría del refresco de naranja y luego se acercó a la silla que había ante su Singer 6000. Ella tomó la bebida y decidió sentarse en el sofá beige que había paralelo a la otra pared de la habitación. Eso dejaba a Lucy con un punto de vista más elevado, lo que esperaba la hiciera sentir más segura. También esperaba que estar próxima a su trabajo proporcionara a Lucy una buena distracción. Las víctimas de violación tenían tendencia a evitar las miradas directas a los ojos durante las entrevistas y, a veces, querían tener ocupadas las manos. Aunque ella no les pedía detalles sobre el ataque, solo sobre el autor, muchas facilitaban el resto de información de manera voluntaria, lo que podía convertir la conversación en algo muy emotivo.

Aunque, como el ataque se había producido hacía once años, en esta ocasión se movía por aguas desconocidas.

Abrió la lata y tomó un sorbo. El sabor era demasiado dulce y le recordó al instituto y a las agónicas horas dedicadas al estudio sobre la mesa del comedor. La puso en el suelo.

Lucy accionó el botón de la máquina de coser y deslizó la silla al lado de la mesa.

—Sebastian y Vanessa son hijos de mi hermana. Los cuido mientras ella trabaja.

—¿Vivís aquí todos juntos?

Lucy asintió.

—Mi hermana, mi cuñado y mi hermano mayor. Además de mis padres, claro. Todos están fuera hoy.

El bebé canturreó desde el parque y Lucy la miró,

murmurando algo en español.

Luego clavó los ojos en Fiona con una expresión dura.

—Cuando Jack me llamó ayer, le dije que estaba loco.

—Bueno, yo le he dicho lo mismo hace quince minutos.

Había decidido que lo mejor era ser brutalmente sincera. Lucy parecía una mujer sencilla, y ella no quería que vertiera sus esperanzas en lo que pudiera conseguir ese día.

Lucy curvó las comisuras de los labios.

—Se olvidó mencionar que era un caso sin resolver, ¿verdad?

—Me lo dijo esta mañana.

—Típico de Jack —repuso la otra, sacudiendo la cabeza.

Fiona sintió una punzada de irritación al notar la intimidad que implicaba. Era evidente que a Jack y a Lucy los unía algún tipo de relación anterior, y que él había evitado mencionarlo de manera deliberada. Sacó el tablero de dibujo y los lápices mientras maldecía a Jack para sus adentros. Estaba segura de que nunca había tenido tan poca información sobre un trabajo.

Cuando tuvo listo el material, respiró hondo y trató de aclarar su mente. Este era el último caso y uno de sus mayores desafíos. Tenía que concentrarse.

—La imagen que utilizaron estaba mal —afirmó Lucy—. Se lo dije a los polis una y otra vez, pero nadie me escuchó. —Ladeó la cabeza y la miró con un evidente desafío en los ojos—. Pero ¡joder! ¿Qué coño sabía yo? A fin de cuentas, solo era la testigo.

—Yo no soy poli —aclaró Fiona—. Solo soy artista, igual que tú.

Lucy se encogió de hombros y cargó un carrete de hilo blanco en la máquina. Humedeció el extremo del hilo con la lengua y lo pasó con cuidado por el ojo de la aguja. Las manos de la joven eran diestras y estaban estables, lo que era raro en ese tipo de entrevista. La máquina de coser comenzó a quejarse cuando ella pisó el pedal.

—Jack tiene ganas de atrapar a este tipo —agregó Lucy sin levantar la vista del trabajo.

—¿Y tú?

La máquina se detuvo y Lucy alzó los ojos. Fiona reconoció aquella mirada, era casi salvaje.

—Ese cabrón me torturó durante dos días enteros. Quiero que arda en el infierno.

Ella asintió. Seleccionó un lápiz.

—¿Estás segura de que lo recuerdas lo suficientemente bien como para describirlo?

Lucy apretó los labios y miró su labor. La aguja se convirtió en un borrón mientras alimentaba la tela blanca.

—Sí.

—Piensa que no pasa nada si no es así. Si hay algo que no recuerdas, dímelo. Lo haremos lo mejor que podamos.

—Lo recuerdo. —Sacudió la cabeza—. Incluso los pequeños detalles. Lo recuerdo todo como si acabara de suceder.

La mente era algo extraño. Almacenaba con cuidado hechos acaecidos mucho tiempo atrás y desechaba otros del día anterior. Fiona podía recordar la ropa que llevaba puesta del día que vio el atentado del World Trade Center. Recordaba el color exacto del cielo esa mañana, la taza de café que llevaba en la mano cuando se puso ante la televisión. Sin embargo, si alguien le preguntara lo que había llevado al cine dos semanas antes, no tendría ni idea de qué responderle.

El trauma emocional, en especial el miedo, hacía que los recuerdos se fijaran para siempre. Había aprendido que era uno de los mecanismos de supervivencia del cuerpo.

—Háblame de su rostro —pidió—. Dime todo lo que puedas recordar.

La máquina se detuvo. Lucy puso las manos sobre la tela y miró al exterior, más allá del paisaje invernal que se veía a través del cristal de la ventana

—Me acuerdo de todo —repitió en voz baja—. Se ha tatuado en mi cerebro.

—¿Y? ¿Qué has conseguido?

El ayudante de Jack suspiró al otro lado de la línea.

—No es tan fácil como crees, J.B. Para estas mierdas se necesita una orden judicial.

Jack apoyó la cadera en la barandilla de madera que rodeaba el porche de los Arrellando. Echó un vistazo al reloj. Había pasado ya una hora y cuarenta minutos y todavía seguían allí.

—Se resolvería un problema —insistió Jack—. Venga, Carlos. Eso es lo bueno de ser poli en un pueblo pequeño, podemos saltarnos algunos trámites burocráticos.

Carlos maldijo por lo bajo en español.

—¿Por qué no vas a hablar tú con ella? Eres el macizo. Yo solo soy el que tiene la barriga cervecera y seis críos.

Jack sonrió.

—No te olvides de la esposa.

Otra maldición.

—Vale, así que Norma no quiere cooperar —dijo Jack—. No es la única que lleva Parques y Vida Salvaje. ¿Y Melvin?

Carlos no dijo nada y Jack fue consciente de su error. Melvin era bastante racista. No hablaba de ello abiertamente, pero resultaba evidente cuando el anciano tenía que vérselas con los dos oficiales hispanos del departamento.

—Olvídalo, yo hablaré con él —rectificó sobre la marcha al tiempo que echaba un vistazo al reloj. Tenía mucho que hacer ese día y todavía no había resuelto nada. Seguramente estaría una hora intentando sonsacar a Melvin en las dependencias locales de Parques y Vida Salvaje de Texas; tratando de disuadirlo para que le facilitara una lista de todos los tipos que habían solicitado una licencia para cazar ciervos en la zona del tricondado once años atrás. Quizá debería encargárselo a Lowell.

Como pista era muy difusa, pero él había examinado el informe original del caso de Lucy más de una docena de veces durante los últimos días, así como las declaraciones de los cazadores que la encontraron después del secuestro. La habían encontrado en una zona remota, al noroeste de allí, a la que solo se accedía por caminos de tierra y rodeada de miles de hectáreas de matorrales. Pasto de ciervos. Y ninguno de los que trabajó en el caso en aquel momento comprobó quien era el dueño de esas tierras o quién tenía permiso para cazar ciervos. Según la declaración de Lucy, la habían retenido en una especie de caravana, de las que se enganchan a los coches. Lucy aseguró que el tráiler no estaba enganchado a ningún vehículo cuando escapó. Era posible que no tuviera propietario, pero un oficial como Dios manda debería al menos haber intentado averiguar si podría haber pertenecido a alguien con motivos para estar cerca de esa zona.

Y si pudiera cotejar esa lista con la de los que poseían un Chevrolet Caprice hacía once años…

Por supuesto, el vehículo que Lucy describió podría haber sido robado. O quizá el propietario no tuviera nada que ver con la caravana a la que habían llevado a Lucy y él estaba dando palos de ciego. Incluso así, valía la pena intentarlo. El culpable era del pueblo, lo sentía en los huesos.

El vehículo, los propietarios de los inmuebles cercanos y las licencias de los cazadores eran aspectos del caso que deberían haberse comprobado hacía más de una década, pero se habían pasado por alto. Por supuesto, el responsable del caso en aquel momento estaba más interesado en su próximo ascenso que en descubrir dónde podía estar escondido el agresor. Jack no podía cambiar el pasado, pero sí podía evitar que se repitiera. En esa ocasión no sería una chapuza, no sería una investigación a medias. Ahora todo el Departamento de Policía de Graingerville —los seis que lo formaban—, haría un buen trabajo.

—JB, ¿me estás escuchando, tío?

—Lo siento, ¿qué estabas diciendo?

La puerta se abrió con un chirrido y Fiona salió de la casa.

—Te he dicho que tengo una pista en el cordón que apareció en la víctima. El mismo que Lucy describió. Se suministró en las ferreterías del suroeste y en Wal-Mart.

Lucy siguió a Fiona al porche con Vanessa de nuevo en la cadera. Ninguna de las dos le miró. Mientras las observaba, Fiona se acercó y apretó la mano de Lucy antes de que —para su asombro absoluto— esta le respondiera con un abrazo. Notó que le susurraba algo al oído antes de apartarse.

—Así que nos han dado una muestra… —estaba diciendo Carlos.

¡Joder!

—Lo siento, ¿puedes repetirlo?

—Te he dicho que ¡no puedes conseguir más! —Era evidente que Carlos pensaba que tenía problemas de cobertura—. Ahora solo lo fabrican para algunos clientes. Dejaron de distribuirlo hace unos seis años.

Lucy se despidió de él con un breve gesto de cabeza y volvió a entrar. Fiona bajó las escaleras del porche y esperó en el patio, de espaldas a él.

—Entonces se reduce a tiendas especializadas. Almacenes de suministro de material agrícola. Puedes encontrar cordel verde, pero ese tono exacto tienes que buscarlo a propósito.

—De acuerdo.

Jack puso fin a la llamada y se metió el móvil en el bolsillo. Fiona comenzó a recorrer el camino y se vio obligado a dar un par de zancadas para ponerse a la par.

—¿Fiona?

Ella no se dio la vuelta.

—¿Podemos irnos ya, por favor? Tengo frío.

La vio empujar la puerta de la valla y detenerse junto a la *pickup* aferrando el maletín sin dejar de temblar. Él desbloqueó la cerradura y le abrió la puerta. Ella no lo miró; dejó su material en el suelo y se sentó en el asiento. Luego clavó los ojos en el parabrisas.

—¿Dónde has dejado el abrigo?

—En mi coche. —Lo miró—. Se me cayó algo en él antes.

Tenía la nariz roja, así como las mejillas y los ojos. Había estado llorando.

Él se acercó y tomó una camisa de franela arrugada de la parte posterior de la cabina. La sacudió y se la tendió.

—Ponte esto —le dijo antes de cerrar la puerta.

Rodeó el vehículo para sentarse detrás del volante, pensando en el intercambio que acababa de ver entre ambas mujeres. No conocía a Fiona demasiado bien, de hecho no la conocía en absoluto,

solo conocía datos que había recabado en Internet y lo que Nathan le había contado. Pero a Lucy sí. Y era la mujer menos emotiva que hubiera conocido nunca. No acariciaba, besaba, abrazaba ni mostraba ningún tipo de cariño en público, en especial a otras mujeres. Era dura, solitaria y, según mucha gente, una cabrona.

Sin embargo, era evidente que Fiona y ella habían llegado a entenderse.

Condujo la camioneta mientras lanzaba una mirada aprensiva a su pasajera. Se había puesto la camisa y había doblado los puños, pero aun así le quedaba enorme. No sollozaba. No se veían lágrimas, pero se limpió la nariz con el dorso de la mano.

Él abrió la guantera y sacó un montón de servilletas del Dairy Queen. Las dejó en el posavasos y le tendió una.

—Gracias. —Ella tomó la servilleta y se la pasó por la nariz con delicados toquecitos—. Lo siento. Por lo general se me da mejor.

—¿El qué?

—No sé, ¿crear barreras?

—Es un caso difícil —la apoyó. Ese era el eufemismo del siglo. La terrible experiencia de Lucy era tan horrible como siempre, y resultaba increíble que hubiera sido capaz de sobrevivir. Mirándolo retrospectivamente, él dudaba que hubiera formado parte del plan que Lucy sobreviviera.

Fiona cruzó las manos en el regazo y respiró hondo.

—Bien… ¿hay algún motel por aquí?

—Claro, ¿para qué?

Ella lo miró fijamente. Sus ojos parecían ahora de color verde esmeralda después de haber estado llorando.

—Necesito un lugar tranquilo para trabajar. Todavía tengo que perfeccionar el dibujo preliminar y hacer la progresión de edad.

¡Joder!

—¿Tienes un boceto? —Casi había perdido la esperanza.

—Tengo algo, sí. —La vio mirarse las manos—. La cuestión es si se puede utilizar o no. Lo cierto es que no lo sé. Voy a tener que dedicarle algo más de tiempo y hacer una valoración.

Él se concentró en la carretera, tratando de abrir la mente. En realidad esa no era decisión de Fiona; puesto que pagaba sus honorarios, él decidiría lo que haría con la imagen.

—¿Cuánto tiempo te lleva hacer una progresión de edad? Quizá podrías trabajar en la comisaría.

Ella miró por la ventanilla.

—Prefiero no tener distracciones. Y podría llevarme algún tiempo, en especial si hago lo otro.

¿Lo otro…?

Ella lo miró.

—Tenías pensado pedírmelo, ¿verdad?

Se debatió entre responder la verdad o no. Le había mentido sobre casi todo desde el primer momento y eso no fue una excepción.

—No se me había ocurrido —dijo—. Si no quieres que…

—No me mientas más. No se puede investigar un homicidio con un cadáver sin identificar.

Tenía razón, por supuesto. La identidad de la víctima era una pieza fundamental en ese rompecabezas, pero Fiona parecía agotada. No había esperado que el caso la afectara de esa manera, y la culpa era de él.

—¿Quieres ir antes al motel? —preguntó—. Quizá te venga bien echarte una siesta o algo así.

Ella sacudió la cabeza y miró hacia otro lado.

—No necesito descansar —aseguró—. Llévame al depósito.

1 En castellano en el original. A partir de ahora las palabras en español en el original irán en cursiva (N de la t.)

4

El secuestrador de Shelby Sherwood había alquilado una minifurgoneta Chrysler en Minneapolis el día anterior por la tarde.

Una hora después se registraba en el Econo Lodge de Bangor, Maine, y a las 7:15 a.m. fue visto echando gasolina súper, sin plomo, en una gasolinera Shell en Tucson. El empleado que le atendió aseguró que era exactamente igual que el boceto que había visto en las noticias, quizá un poco más pesado y con coleta.

Garrett Sullivan apuró el último trago de café en el aparcamiento del bar de camioneros y comenzó a hojear el archivo en el asiento del Taurus. Desde que habían distribuido el boceto que dibujó Fiona Glass tres días antes, habían recibido cientos de avisos. El tipo era de Nashville. No, concretamente de Roanoke. Alguien le había vendido unos neumáticos para nieve en Peoria…

Un entregado equipo de policías y voluntarios se habían pasado horas tamizando esos avisos. Los más prometedores eran investigados por la Policía y un pequeño puñado eran seleccionados porque consideraban que valía la pena seguirlos. Era un trabajo tedioso y estresante porque se podía pasar por alto el único aviso importante. Todos los que trabajaban en secuestros de niños recordaban el caso de Polly Klaas y andaban con pies de plomo. Apenas doce horas después de que la niña de doce años fuera secuestrada de su casa, en plena fiesta de pijamas, la poli fue advertida de que un hombre se había quedado atascado con su coche en una propiedad privada a menos de treinta kilómetros de la casa de Pol y. No se dieron cuenta de que el tipo era buscado por haberse saltado la libertad condicional y le ayudaron a retirar el vehículo de una zanja y a reanudar su camino.

Semanas después, el intruso, Richard Allen Davis, confesó haber matado a la niña y condujo a los investigadores hasta su cuerpo.

Los secuestros de niños eran auténticas pesadillas, pero Sullivan tenía esperanzas con este, debido en gran parte a Fiona Glass. Tenía fe en su boceto y, ahora que por fin la conocía, entendía cómo se había ganado su reputación.

Algunos decían que era psíquica. Otros que usaba la telepatía. Cuando un caso importante caía en sus manos, todas esas etiquetas eran material jugoso para los medios de comunicación. Pero él creía en los hechos, no en la magia. Fiona no era psíquica, pero poseía un don. No tenía dudas, cuando por fin localizaran a ese cabrón, sería la viva imagen del boceto que ella había trazado. Era una mujer intuitiva. La había visto en acción, espió sus métodos de pie, en el

pasillo, mientras ella trabajaba en el dormitorio con Colter Sherwood. Mostraba un instinto increíble con la gente, como si de alguna manera supiera exactamente la forma de arrancarles toda una información que no eran conscientes de poseer.

Sullivan hojeó el expediente hasta dar con el breve texto en el que aparecía la mujer que estaba a punto de visitar. Revisó algunos datos clave antes de salir del coche, dejando el archivo sobre el asiento del copiloto. Le gustaba enfrentarse a las entrevistas con las manos vacías. La gente tiende a permanecer en silencio cuando cree que se están tomando notas, aunque la mayoría de las veces era eso lo que se hacía. Bloqueó el cierre del Taurus, cruzó la acera y fue a jugar la segunda ronda.

La propietaria de la tienda de ropa de segunda mano lo llevó a la trastienda mientras reiteraba todo lo que había dicho en la primera entrevista.

—Se trata de Ron —aseguró—. Estoy segura. Como le dije al agente por teléfono, tengo un don para las caras. No me cabe ninguna duda.

La vio empujar a un lado una montaña de ropa y atravesar una puerta estrecha. La siguió a un despacho trasero con escasa iluminación.

—Disculpe el desorden —dijo ella.

La habitación olía a humedad y a ambientador de vainilla. Y llamarlo desastre era subestimar la situación. Enormes montones de ropa se alineaban junto a las paredes; camisas, pantalones, vestidos. Un gran contenedor negro con ruedas estaba lleno de zapatos. En otras cubetas similares había cazadoras infantiles y abrigos. A lo largo de la pared trasera había una fila de cajas de plástico transparente desbordando calcetines, cinturones y otros artículos que él no pudo distinguir. Era difícil ver con claridad. La única luz de la estancia provenía de una lámpara de pie antigua con una pantalla amarilla con flecos.

—Antes ordenaba la mercancía —dijo la propietaria—. La gente entrega de todo. Ahora está todo mezclado. —Señaló varios bastidores llenos de perchas pero sin ropa—. Desde que él se fue no doy abasto, especialmente después de año nuevo, cuando la gente se dedica a hacer limpieza en sus armarios y todo eso.

La puerta trasera estaba entreabierta y la sujetaba un oxidado carrito de compras. Él se preguntó si sería para que entrara más luz o por ventilación. Pasaron junto a un montón de jerseys de hombre.

—Me ha indicado que él rellenó una solicitud de empleo. ¿La tiene a mano?

—Claro. —Ella se acercó a un escritorio metálico de color negro que apenas se veía bajo una pila de papeles—. La tengo

archivada en alguna parte.

Sullivan hizo una descripción mental de la testigo. Pelo rubio platino que recogía en lo alto de la cabeza en una especie de moño, del que algunos mechones caían sobre su rostro mientras movía los papeles de la mesa. Por teléfono indicó que tenía cuarenta y nueve años, pero él hubiera calculado que estaba más cerca de los sesenta.

—¡Aquí está! —Alzó un papel de la bandeja y se lo tendió.

—Gracias. —Tomó el impreso y dio un paso hacia la puerta de atrás, donde había más luz.

Ron Jones. La caligrafía se inclinaba de manera contundente hacia la izquierda. 339 Elm St. Había también un número de teléfono que después había sido tachado de forma compulsiva.

Un cosquilleo de anticipación le recorrió la espalda. Cada pieza de información del formulario parecía inventada.

—¿Ha comprobado las referencias? —preguntó.

—Qué va… Estaba demasiado feliz por haber conseguido a alguien. —Puso los brazos en jarras—. Esto no es precisamente el trabajo soñado por nadie y no puedo pagar más que el salario mínimo.

A Sullivan se le aceleró el corazón al seguir leyendo el impreso. Ron había incluido un número de la Seguridad Social.

—¿Pudo ver su carnet de conducir? ¿La tarjeta de la Seguridad Social?

La mujer negó con la cabeza.

—Me dijo que había perdido la tarjeta, pero que esperaba recibir una copia. Era americano, me di cuenta con solo mirarlo, así que le dije que no se preocupara —confesó mordiéndose el labio con aire de culpabilidad—. Siempre le pagué en efectivo. No estoy muy al día con el tema de los impuestos, la verdad.

Él no comentó nada al respecto, así que ella se apresuró a llenar el silencio.

—Parecía un tipo normal, ¿sabe? Hasta que la semana pasada dejó de venir. No me dejó ninguna dirección, nada.

—¿Cómo venía a trabajar?

—En bus. —Ella alzó la mirada al techo mientras se acariciaba la barbilla; parecía estar tratando de recordar—. No soy capaz de acordarme de la línea.

Él miró a su alrededor.

—¿Tiene un ordenador en el negocio?

—Sí, en la oficina delantera.

Los investigadores estaban trabajando en la teoría de que Shelby había conocido a alguien en un chat durante las semanas anteriores a su secuestro.

—¿Sabe si él lo utilizó en alguna ocasión?

—Lo hacía de vez en cuando, si no había mucho trabajo, pero

la mayoría de los días permanecía aquí. Era un tipo muy tranquilo.

Él miró hacia la puerta que llevaba a un cuarto de servicio. El corazón le latía acelerado, como cuando conseguía una buena pista.

—¿Le dio la llave? —preguntó.

—No, pero cerró un par de veces, así que le mostré dónde la escondo y siempre la dejó allí. Como le digo, jamás he tenido un problema con él.

Sullivan asomó la cabeza.

—Ahí es donde recibimos el material —explicó la mujer—. Nos lo dejan y luego vuelven y les ofrezco un precio. O lo toman o lo dejan.

Inspeccionó los alrededores. A través de la entrada se veía una estrecha franja de césped seguida de otro aparcamiento. El centro comercial estaba a unos cuarenta metros, e incluía apartados postales, una tienda de sándwiches, un estudio de ballet. Vio a tres chicas en el exterior, se guarnecían del frío con voluminosas cazadoras pero tenían las piernas desnudas, solo cubiertas por medias de color rosa pálido. Una *pickup* se detuvo junto a la acera para recogerlas.

Sullivan sacó el móvil. Su superior respondió al primer timbrazo.

—Soy Sullivan. Estoy en Birmingham.

—¿Y?

—Creo que tenemos algo.

Fiona entró en la sala de autopsias y dio las gracias mentalmente al agente que la había dejado a solas.

Mientras ella firmaba un registro y recibía un pase de visitante, alguien llevó al cadáver sin identificar desde la cámara frigorífica a una camilla en la sala de autopsias, donde había unos soportables quince grados. Había una silla plegable de metal junto al cuerpo cubierto por una sábana blanca. Después de haber trabajado agotadoras horas en condiciones mucho menos favorables, apreciaba aquel tipo de consideraciones. Las atribuyó a Jack. Desde el momento en que la acompañó al Edificio Administrativo del Condado de Grainger, resultó evidente que era un hombre popular. Aunque eso no debería sorprenderla, poseía ese carácter seguro y tolerante que conseguía que los hombres quisieran hablar con él de deportes y las mujeres agitar las pestañas.

Fiona atravesó la sala, que parecía muy tranquila para ser del depósito de cadáveres del condado. Miró a su alrededor, tomando nota con rapidez de tablas, fregaderos de acero inoxidable, luces y

mangueras, así como del carro de metal con todas las herramientas esterilizadas. Sintió una pizca de consuelo; daba igual el condado y el estado, esa clase de habitaciones mostraban una uniformidad.

Sacó un pequeño recipiente de plástico del bolso y lo abrió. Tras ponerse un poco de Vicks Vaporubs debajo de la nariz, se sentó, sintiendo la fría y dura silla a través de los pantalones. Se estremeció. Agradeció una vez más a Jack que le hubiera prestado la camisa de franela.

Se puso unos guantes quirúrgicos de color azul antes de retirar la tela que cubría la cara de la chica y dejársela sobre los hombros. Se forzó a seguir la rutina mental acostumbrada, para que la tarea le resultara más fácil. Mujer hispana; edad aproximada, dieciséis o diecisiete años; altura algo menor de uno sesenta; peso, cincuenta kilos; nombre, desconocido. Esos detalles y otros habían sido proporcionados por el informe preliminar de la autopsia que el forense compartió con ella. En el documento había incluidas algunas fotos Polaroid, realizadas con buena intención pero prácticamente inútiles.

Muchas fotos de las autopsias eran tomadas con las víctimas acostadas, dando poca importancia a la escala, la iluminación o el efecto de la gravedad. Para que dieran una idea útil, el fotógrafo debería esperar a que pasara el rigor mortis, y luego sostener el cuerpo permitiendo que los tejidos colgaran de manera natural. A continuación colocar una regla o cualquier otro objeto que mostrara la escala. Sin embargo en muchos depósitos no hacían nada de eso, lo que significaba que ella debía realizar un boceto del propio cuerpo, si estaba disponible, en vez de la fotografía.

Dejó pasar un rato tranquilamente, mirando a la chica.

Había sido guapa, lo percibió de inmediato. El aspecto marrón y algo arrugado de los labios y los párpados no ocultaban el evidente atractivo para alguien acostumbrado a ver la muerte. En la sien derecha y el labio superior había varias laceraciones moderadas y una serie de contusiones alargadas y oscuras le rodeaban el cuello, evidencia de la estrangulación manual que detallaba el informe del forense. Otro signo revelador eran los pequeños puntos rojos visibles en las esquinas de los ojos. Los moratones que cubrían las mejillas y la mandíbula le indicaron que sus últimas horas habían sido dolorosas. Y si la experiencia de Lucy era una guía, habían sido realmente horribles.

Por primera vez en semanas se sintió contenta de que hiciera frío. Los investigadores de homicidios prefieren el clima frío, en especial en Texas, donde es más frecuente tratar con calor, humedad y muchos insectos. En este caso, las recientes temperaturas bajas, junto con el rápido hallazgo del cuerpo, habían cooperado para que la descomposición fuera mínima. El informe situaba el descubrimiento

entre ocho y doce horas después de la muerte. También señalaba que las marcas de dedos que rodeaban el cuello eran consistentes, de un atacante con manos muy grandes.

Miró la cara de la chica intentando ver detrás de todas las señales de violencia y visualizar la forma que habían poseído en vida. Los datos críticos serían la disposición y la proporción de sus rasgos, y no los propios rasgos. Una proporción correcta era más importante que reproducir a la perfección los ojos o la nariz. Esa era la razón de que algunos criminales pudieran ser apresados con la única prueba de una cinta de vigilancia borrosa. A la hora de un reconocimiento, lo más importante era la impresión general de la cara.

Una vez que se hiciera una identificación provisional, la poli podría usar métodos más contundentes para conseguir la definitiva. Ella solo era una intermediaria, y el dibujo sería el puente que uniría aquel cadáver solitario a un ser vivo, a alguna parte de su familia. Al menos eso esperaba.

Pasó unos momentos seleccionando los materiales de dibujo y luego se puso en pie para comenzar el boceto. Apoyó el tablero en la cadera para poder mirar a la chica. Empezó trazando el rostro, en forma de corazón, luego el resto de los rasgos. De arriba abajo, esbozó la línea de la frente, los ojos, la nariz y luego los suavizó. Poco a poco, añadió más detalles hasta que la imagen comenzó a tomar forma. Cuando hubo perfeccionado lo suficiente ojos y nariz, se trasladó a la boca.

Con un dedo cubierto de látex, separó los labios de la muchacha y examinó sus dientes. El incisivo lateral superior había desaparecido, pero el forense había concluido que aquella lesión se produjo a la hora de la muerte, así que no era un rasgo físico que pudiera utilizar para identificarla, por lo que lo ignoró. Se pasó unos momentos reposicionando la barbilla, tratando de corregir el defecto de la mandíbula floja, que puede hacer que un cadáver parezca muy diferente de una persona viva. Una vez que lo consiguió, esbozó lo que esperaba fuera una boca natural, y luego alejó el tablero para estudiar su obra.

No estaba mal.

Por último, añadió la característica más difícil de todas: las orejas. La mayoría de los bocetos que realizaban eran de hombres sospechosos que dibujaba solo por lo que oía. Que fueran realistas era una habilidad que se vio obligada a aprender al principio de su carrera. En este caso, las orejas podían ser importantes porque la víctima tenía dos perforaciones en cada lóbulo, lo que podía ser útil para la identificación.

Notó las piernas un poco rígidas, así que se sentó e imprimió al boceto algunas sombras. Durante unos minutos añadió luces y zonas

oscuras con una variedad de lápices.

—¿No hace mucho frío para usted?

Alzó la mirada y encontró los amables ojos castaños del forense del Condado de Grainger. El doctor Russell Jamison tenía el pelo blanco y aspecto de abuelito, con aquella nariz grande y bulbosa. Lo había conocido al llegar, pero pensaba que se había marchado y no esperaba volver a verlo.

—Estoy bien. —Contuvo un escalofrío—. Hoy es un día tranquilo, ¿no?

Él echó un vistazo a la sala de trabajo vacía.

—Hasta ahora, todo bien. —Le guiñó un ojo—. Sin embargo, no hago planes. Algo me dice que vamos a tener una noche complicada en las carreteras. ¿Qué se apuesta a que a las nueve ya se ha estrellado alguien contra un árbol?

Ella alzó las cejas, pero no hizo comentario alguno. Según había aprendido, los forenses tenían un extraño sentido del humor. Para algunos podía parecer que Jamison tenía ganas de hacer un descanso, pero ella no lo creía. Jack le había descrito como «muy volcado con su trabajo», y las meticulosas notas que había visto en el informe lo corroboraban.

—¿No encontró ningún tatuaje? —preguntó. Ella siempre hacía dibujos separados de los tatuajes que no aparecían en la cara, dejando que fueran los investigadores los que decidieran si deseaban compartir o no esos detalles.

—Ni uno —aseguró el forense, metiendo las manos en los bolsillos de los pantalones color caqui. Con una cazadora verde acolchada y una gorra de CCA, parecía preparado para ir de pesca.

—¿Y el peinado? No pude verlo en la foto.

Por desgracia para muchas víctimas, especialmente para las mujeres, el lavado del cuerpo durante la autopsia eliminaba la posibilidad de recrear un estilo de peinado. Una vez más, las Polaroid no habían sido de ayuda, pero no quería criticar.

Jamison frunció el ceño.

—Era un desastre. Sangre, polvo, enredos… Estoy seguro de que tenía melena recta, con raya al medio.

Ella murmuró algo evasivo. Había observando la zona durante todo el día y la tendencia actual para las adolescentes de la localidad parecía ser la raya lateral, por lo que al no disponer de nada cierto, se decidió por ella.

Jamison se acercó a ella, que tensó el cuello. No le gustaba que miraran por encima de su hombro mientras trabajaba, pero no quiso quejarse.

—Qué lástima que alguien tan joven… —murmuró el forense a su espalda—. Y luego lo que hicieron las bestias… No creo que llevara

allí demasiado tiempo, pero les dio tiempo a actuar. Yo apostaría por un perro callejero o un coyote.

Ella permitió que su mirada bajara hasta el desgarro en la clavícula de la joven, justo encima de la incisión en forma de Y. En el informe aparecía también la descripción de actividad animal postmortem, y ella había tratado de borrarlo de su mente por el bien del dibujo.

De pronto, le ardieron los ojos y tuvo que parpadear con rapidez.

—Una verdadera lástima —repitió el doctor—. Tengo una nieta de su edad.

Ella no dijo nada, pero sintió que tenía que hablar.

—Sé que suena extraño —continuó él.

—¿El qué? —preguntó tras aclararse la garganta.

—Quería pedirle si podría…, sabe…, ahí en el dibujo… Si cree que podría dibujar su sonrisa.

Jamison parecía muy incómodo al hacer aquella solicitud tan sentimental, pero no sabía que era algo que ella escuchaba muchas veces, no solo de los médicos forenses, sino de los policías y de los duros y gigantescos detectives.

Algunos casos eran así.

Respiró hondo y miró a la joven, que tenía un no demasiado sorprendente parecido con Lucy.

—Lo intentaré —respondió.

Jack vaciló ante la puerta de la habitación de Fiona en el motel, sobre todo por la falta de luz que atisbaba a través de las cortinas. ¿Estaría durmiendo? Eran las nueve menos cuarto y le había invitado a que se pasara a echar un vistazo a los bosquejos a eso de las nueve.

Llamó con suavidad, dividido entre la necesidad de tener en sus manos los dibujos y no querer molestarla. Se acercó a la puerta y escuchó. Los únicos sonidos que detectaba eran los camiones que atravesaban la autopista 44 a toda velocidad y la risa ahogada de la televisión, dos habitaciones más allá.

La puerta se abrió.

—Estaba pensando en ti —le saludó una muy despierta Fiona.

—¿De veras? ¿Por qué?

Ella le hizo una seña para que entrara en la habitación. La única luz provenía de una lámpara de pinza unida a un caballete de madera. No lo había visto antes. Ella debía haberlo tenido oculto en el coche.

—Estoy terminando, pero necesito algo de información —agregó ella.

Jack percibió un fuerte olor a productos químicos después de cerrar la puerta. Siguió a Fiona a través de la estancia, notando que ella seguía llevando su camisa.

—Los efectos personales de la víctima están en el laboratorio —comentó ella—, así que tengo que guiarme por el informe. Dice que llevaba pendientes colgantes de cuatro centímetros, con un diseño de plumas. ¿Se trata de plumas de verdad o de algo metálico, como plata?

Él entornó los ojos un momento para visualizar la escena del crimen. En la oreja izquierda de la víctima había un pendiente cuando los técnicos la metieron en la bolsa. La pareja fue encontrada más tarde, enredada en su pelo. Había visto que lo retiraba el forense cuando comenzó la autopsia.

—De metal —repuso—. Creo que eran de plata, pero podría haber sido otro material.

—¿Algún pendiente más? ¿Quizá tachuelas? Tiene dos agujeros en cada oreja.

—Esas eran todas las joyas que llevaba.

Los dos pendientes de plumas mostraban rastros de sangre seca y estaban siendo analizados en el laboratorio criminalístico del Estado. También estaban estudiando allí otras muestras de evidencias forenses que recogieron en el cuerpo de la víctima, así como el molde de yeso de una huella de neumáticos que Carlos había creado en la escena del crimen. Esperaba tener un informe completo pocos días después. El laboratorio estatal llevaba retraso, pero no tenía otra alternativa; el Departamento de Policía de Graingerville no podía permitirse el lujo de tener uno propio. Apenas podían disfrutar de una máquina de Coca-Cola.

Fiona se giró hacia el dibujo. Llevaba el pelo anudado en lo alto de la cabeza, y lo había asegurado con un lápiz.

—Sé que parece una tontería —se disculpó—, pero es importante reproducir también los efectos personales para una imagen correcta. A veces, una prenda o una joya pueden ser el detalle clave que conduce a que sean reconocidos.

Jack estudió el boceto de Fiona. Una sonriente adolescente de pelo oscuro a todo color.

—¿Cómo lo has hecho? —preguntó, asombrado. No se parecía en nada al cadáver brutalmente maltratado que había visto… y sin embargo, lo hacía.

—¿Cómo hice qué?

Señaló la expresión, la sonrisa.

—Cómo le has dado vida.

—Me llevó su tiempo. —Fiona estudió la imagen con mirada crítica. Cogió una botellita de corrector blanco de la bandeja del caballete, la sacudió y añadió un pequeño punto blanco en cada iris, consiguiendo que los ojos parecieran todavía más reales—. Esa es la parte más difícil de los dibujos postmortem —explicó—. Es complicado dotarlos de vida, darles aspecto de alguien vivo. Pero si no se consigue, ni siquiera alguien que la conociera bien vería el parecido. La gente de verdad está animada. Sin esa chispa, incluso si se trabaja con una fotografía de buena calidad o con un cuerpo con traumatismos menores, puede resultar difícil conseguir que sea identificado.

Jack la miró, admirando la manera segura en la que hablaba de su trabajo. Irradiaba energía y, sin embargo, de alguna manera parecía frágil. Quizá fuera porque la camisa era demasiado grande para ella. O por la pulsera infantil que lucía en la muñeca, tejida con hilos rojos y naranjas, que le hizo pensar que era igual que las que harían sus sobrinas.

—¿Por dónde la vas a distribuir? —preguntó Fiona.

Él observó la imagen.

—Empezaré por la planta de procesamiento de fruta. La refinería. Los trabajadores tienen una red de contactos. Si llevaba aquí el tiempo suficiente, es posible que alguien la reconozca.

—Jamison me contó que le había rehidratado las yemas de los dedos para conseguir unas huellas decentes. ¿No ha habido suerte con los pulgares?

—No hemos hallado nada —repuso él—. Y al no tener antecedentes penales…

Ella asintió.

—Podría ser demasiado joven para tener permiso de conducir. No aparenta más de quince.

Jack volvió a mirar el dibujo.

—También voy a intentar que llegue a las Agencias de Aplicación de la Ley y a albergues e iglesias con programas de expansión.

—¿Alguna evidencia de que tomara drogas?

—No —replicó—. Ni hay signos de desnutrición. Donde quiera que viviera, estaba bien cuidada.

Fiona suspiró a su lado. Era un sonido desesperado y él volvió a sentirse culpable por haberla involucrado en eso. Era una mujer muy guapa, de repente quiso verla de vuelta en Austin, donde podría pintar bonitas imágenes en vez de pasar allí el tiempo, metida hasta los codos en muerte y sangre derramada. No era idónea para ese trabajo.

—¿Todavía no has terminado con el asesino?

Ella se estremeció un poco, pero él lo percibió.

—Casi —repuso.

La vio cruzar el dormitorio hasta un escritorio de madera barata y encender el flexo. Al lado de la lámpara había una lata de spray fijador y un dibujo a carboncillo de la cabeza y los hombros de un hombre.

—Este es el original —explicó—, basado en la descripción de Lucy.

Él estudió la imagen. El hombre tenía hirsuto cabello oscuro y la nariz ancha. La tez se veía áspera, con marcas. Los ojos hundidos, rodeados de ojeras.

—No te resulta familiar, ¿verdad?

Miró a Fiona, que lo observaba con atención.

—No —dijo él. Evidentemente no logró ocultar su decepción, y ahora se sentía tonto por haber albergado expectativas poco realistas. ¿En qué había estado pensando? ¿Que una artista famosa vendría a dibujar y aparecería la cara del tipo que saqueó el Pick & Pack?

Las investigaciones reales no funcionaban así. Al menos no en su caso. A los homicidios había que dedicarles muchas horas, hacer un trabajo policial a fondo y pensar con lógica. E incluso luego, gran parte de la solución residía en la suerte.

Quizá esperaba que Fiona fuera como un amuleto de buena suerte. Se había permitido creer que si conseguía convencerla de participar, las piezas ocuparían su lugar por sí solas. Se dio cuenta, con cierta vergüenza, que había visto demasiadas noticias en la tele. Había basado la realidad en la fama de ella.

—Lucy piensa que su atacante tendría unos veinte años.

Fiona alzó la foto y apareció otra debajo. Esa imagen mostraba la misma cara, pero más pesada, con el cuello más grueso. La línea del cabello estaba un poco retirada y las arrugas que rodeaban los labios se habían acusado.

—Esto es una progresión de diez años. —La cubrió con una lámina de acetato transparente y dotó al hombre de vello facial y gafas—. Esta sería una variación.

Él asintió con la cabeza.

Luego la vio sacar otro dibujo, en el que aparecía un hombre mucho más delgado que los dos anteriores. Mostraba pómulos pronunciados y mejillas demacradas.

—Es otra posibilidad —explicó ella—. Todo depende de su estado de salud. Quizá sea adicto a alguna droga y no coma mucho. Quizá pese cincuenta kilos más. No tengo manera de saberlo. —Lo miró—. Otro detalle que podría interesarte es que Lucy me dijo que recuerda toda la experiencia envuelta en olor a cigarrillos, tanto en el aliento del hombre como en el lugar. Ese tipo es fumador, o al menos

lo era hace once años. No sé si eso te ayuda, pero imaginé que te gustaría saberlo.

Jack asintió, sorprendido de que nunca se le hubiera ocurrido un detalle así. No aparecía en el informe policial. Sin embargo, era otro dato que habían pasado por alto hacía tantos años. Era casi como si nadie hubiera investigado ni una puta referencia.

Fiona volvió a fijarse en el boceto.

—Las mejores progresiones de edad se obtienen partiendo de una fotografía. Suelo usar retratos escolares de niños y fotos policiales. También me gusta utilizar fotos de sus hermanos y padres, si están disponibles, eso hace que sea más fácil predecir cómo puede haber cambiado la gente con la edad. En este caso, por desgracia, partimos de un dibujo.

Él dejó salir un suspiro. No había considerado nada de eso.

—Debido a lo ambiguo que resulta —siguió ella—, tengo que recomendarte que no publiques ninguno de los bocetos del sospechoso. Hay demasiados flecos, demasiados factores desconocidos. Ha pasado demasiado tiempo. Ni siquiera sabes a ciencia cierta que estemos tratando con el mismo hombre que atacó a Lucy, ¿verdad?

Él buscó sus ojos con los dientes apretados. Tenía razón, pero él no quería admitirlo. Ojalá pudiera dar con alguna pista accidental que relacionara ambos casos, pero en ese momento todo era circunstancial. Quizá cuando llegaran los informes sobre las muestras…

—¿Jack? Tengo que aconsejarte que no los utilices.

—Bueno, ahora son mis dibujos, ¿no? Yo tomaré la decisión.

Ella se retiró, molesta. La relación amigable que habían construido desde la tarde desapareció.

—Bueno, no. No lo creo. —Se movió, bloqueando los bocetos de su vista.

Ahora era su turno que mostrar el carácter y las plumas erizadas.

—Te contraté —le recordó—. Eso significa que el producto de tu trabajo me pertenece.

Ella se cruzó de brazos.

—Si quieres ponerte tan estricto y técnico al respecto, todavía no me has pagado, así que los dibujos siguen perteneciéndome.

Estaban en un callejón sin salida. Tendría que haber imaginado que no debería cabrearla, pero llevaba irritable todo el día y esa última decepción se había sumado a su estado de ánimo.

—Bien —repuso, alejándose—, tú ganas. Si dices que no los utilice, no lo haré.

Ella no respondió y él supo que estaba esperando escuchar su conformidad.

—¿Lo dices en serio? —preguntó ella al cabo de un rato—. ¿Vas a confiar en mi opinión?

—Sí, tú eres la experta. Si crees que no son buenos, no lo serán. —¡Joder! Había esperado tener allí un poco de descanso.

—No he dicho que no sean buenos, solo que…

—No puedes tener las dos cosas, cielo. O se pueden utilizar, o no.

—Eso no es verdad. Puedes usarlos en el departamento. O si das con otro testigo. Entonces podrás comparar las dos descripciones para determinar si son lo suficientemente consistentes.

Sí, claro, otro testigo. Muy fácil.

—Si fuera tú, no esperaría conteniendo la respiración —repuso con sarcasmo.

—Bueno, otra posibilidad sería que si localizas a un sospechoso, puedes compararlo con la imagen. Sencillamente, no me siento cómoda si utilizas las imágenes de manera pública. —Señaló los dibujos—. Estarían por todas partes. Es gordo, delgado, calvo… Por no tener en cuenta que la descripción que las genera se basa en las palabras de un testigo problemático.

—Así que problemática, ¿no? ¿Qué pasa? ¿Tampoco tú crees a Lucy?

Ella se puso rígida.

—Claro que la creo. Hablaba desde una perspectiva legal. Han pasado once años desde que Lucy vio a su atacante. ¿Qué ocurriría si las haces públicas y la persona que detienes no se parece en nada a la que aparece en estos dibujos? ¡Algún abogado haría su agosto! Diría que has arrestado al hombre equivocado, o que hay otra persona involucrada. Podrías estropear tu propio caso.

Él se frotó el puente de la nariz. Estaba cansado, tenía hambre y estaba harto de esa investigación que apenas había despegado.

—Joder… —murmuró, dejándose caer en la cama.

Fiona bajó los brazos.

—Lo siento, no he podido hacerlo mejor. Pero te lo advertí desde el principio. Hay muchas circunstancias en contra.

—Lo sé, lo sé. —Se mesó el pelo. Luego miró a la pequeña y espartana habitación. Aquel motel de mala muerte no iba a ganar ningún premio, pero era lo mejor que podía ofrecer el Condado de Grainger, ya que Fiona no había querido instalarse en Cold Creek Farms, el *bed and breakfast* del pueblo vecino.

Jack la miró, de pie, perdida en su camisa. Estar a solas con ella en la habitación de un motel estaba empezando a pasar factura. De pronto, se la imaginó cubierta solo por su camisa.

—¿Tienes hambre? —le preguntó bruscamente.

Ella arqueó las cejas con sorpresa.

—Er… Bueno, en realidad… Ya he comido.

Él vio el paquete vacío de M&Ms encima de la mesilla de noche, al lado de una botella de Evian. Sin duda una verdadera fanática de la salud, pensó con ironía.

—¿Te refieres a una comida de verdad o a comida basura de gasolinera?

Ella le miró ahora con cautela y se dio cuenta de que no estaba causando una buena impresión. Sus habilidades de conquista estaban un poco desentrenadas.

Se levantó y se acercó más, haciendo que aumentara la tensión.

—¿Puedo invitarte a cenar, Fiona? ¿A un restaurante de verdad, donde haya todos los tipos de alimentos?

Le vio una mancha de carboncillo en el pómulo y alargó la mano para frotarla con la yema del pulgar. Ahí estaba de nuevo, esa pequeña chispa.

Fiona dio un paso atrás.

—Gracias. Pero no salgo con polis.

Él se rio y metió los dedos en las presillas de los pantalones.

—¿Es una regla?

—Sí.

Él se encogió de hombros.

—De acuerdo, entonces no lo consideres una cita. ¿Qué te parece ir a cenar juntos? Comes, ¿no?

Podía ver cómo giraban los engranajes de su cabeza, tratando de formar una excusa.

—Pensaba que estabas muy ocupado con la investigación y…

—Todos necesitamos reponer energía. Y llevo con el depósito vacío… —miró el reloj—, catorce horas. Y hay un restaurante bastante decente aquí al lado.

Ella se mordió los labios y miró a su alrededor.

—Venga —insistió él, sonriendo—. Solo una comida rápida. A las diez te meteré en la cama.

Ella ladeó la cabeza; resultaba evidente que no le había gustado la insinuación. Luego vio una pequeña sonrisa y sintió un ramalazo de lujuria. Sin duda ella le atraía, aquellos labios rosados y la pálida piel, pero ¿cuánto tiempo hacía que le costaba tanto convencer a una mujer?

Se acercó un paso.

—Era una broma —mintió.

Ella lo miró, todavía desconfiada.

—Una cena muy rápida —puntualizó Fiona—. Tengo que levantarme temprano para regresar a casa.

—Te lo prometo —dijo él—. Jamás llevé a una chica de vuelta

a casa después del toque de queda.

5

A Fiona se le hizo la boca agua en cuanto entró en Becker's. El local estaba oscuro, hacía calor y olía a cebolla frita.

Jack no esperó a que les dieran mesa, la condujo directamente a un reservado al fondo del comedor. Ella se deslizó en el banco de madera, aliviada de poder sentarse después de haber pasado tantas horas de pie ante el caballete.

Escuchó un crujido y un grito provenientes de la trastienda.

—¿También hay billares? —preguntó.

—Comida, bebida y mesas de billar. Hay una barra para servir cerveza con terraza exterior, aunque ahora está cerrada. Y los sábados, en verano, música en vivo.

—Suena bien —dijo ella. Odiaba la cerveza, pero lo de la comida y la música resultaba agradable. El lugar estaba bastante lleno esa noche, y esa era una buena recomendación.

Una camarera se detuvo ante su mesa y les preguntó qué querían beber. Jack se había presentado en el motel con vaqueros y sudadera negra gastada, por lo que supuso que estaba fuera de servicio.

—Una copa de vino blanco, por favor —pidió ella.

La camarera arqueó una ceja.

—Miraré a ver qué tenemos.

Jack esbozó una sonrisa de disculpa antes de pedir una Budweiser.

Cuando desapareció, ella le dirigió una mirada inquisitiva.

—¿Por el vino blanco? Me parece que es algo bastante simple.

—Por aquí, simple significa cerveza.

—No me gusta la cerveza —confesó con un leve estremecimiento.

Él meneó la cabeza y abrió el menú.

—Por favor, no me digas que también eres vegetariana, o tendré que decirte que no es tu día de suerte.

Fiona leyó la carta. Había muchos platos de salchichas y patatas, pollo frito y hamburguesas. El vegetal más popular parecía ser el chucrut de col blanca. Cuando la camarera volvió a aparecer, pidió la ensalada de pollo frito, sin pollo.

—¿Solo vas a tomar eso? —preguntó Jack, después de que la chica desapareciera—. Un viaje tan largo para venir hasta aquí ¿y ni siquiera dejas que te demos de comer un poco de colesterol?

—Me gustan las ensaladas.

Él hizo chocar la botella de cerveza contra la copa de vino.

—Imagino que se puede sacar a la chica de California, pero no se puede sacar California de la chica.

Ella sonrió, recordando que a su abuelo también le gustaba bromear con ella sobre ser de la Costa Oeste. Se preguntó qué diría Jack si le confesara que lo cierto era que había pasado los primeros siete años de su vida en Wimberley, Texas, en un pueblo que no era ni la tercera parte de ese y que los lugareños promocionaban como «Un pedacito de cielo».

Tomó un sorbo y lo miró por encima del borde de la copa. Él la estudiaba con aquellos intensos ojos color azul grisáceo.

—¿Qué pasa?

—Nada. —Él frunció el ceño mirando la cerveza—. Me estaba sintiendo mal por lo de antes. Ya sabes, por haberte engañado. Lo siento.

Ella se apoyó en el respaldo del reservado y cruzó los brazos.

—¿Qué pasa? —dijo él.

—No lo sientes —aseguró ella—. Querías que te ayudara en el caso y lo has conseguido. Ahora te sientes culpable porque me conoces algo más y ya no soy una persona anónima a la que puedas manipular sin más.

Él arqueó las cejas.

—¡Joder! Y en solo dos días. ¿También sabes leer la mente?

—No.

Él la miró fijamente.

—De acuerdo, tienes razón, no me arrepiento. Me alegro de tenerte aquí, pero no por la razón que piensas —confesó al tiempo que le lanzaba una mirada cálida y persistente, que la hizo sentir una ardiente oleada de sensaciones. ¿Cuánto tiempo hacía que no la miraba así un hombre?

Bebió un sorbo de vino para reunir valor.

—Vale. ¿Qué hay entre Lucy y tú?

La calidez desapareció como por ensalmo. Lo vio lanzar una mirada por encima del hombro antes de buscar de nuevo sus ojos.

—Nada.

La mentira quedó flotando en el aire, y ella sintió que algo hacía *plof* en su interior. Apartó la vista. Esa era la razón por la que no salía con polis; mentían con demasiada facilidad.

Un anciano se acercó a su mesa. El vientre asomaba por encima de la cintura de los vaqueros y llevaba una camisa de franela con una gorra de John Deere.

—Buenas noches. —Saludó a Jack con la cabeza al tiempo que la miraba a ella con curiosidad—. Seguramente querrás comer en paz, pero le dije a mi mujer que te expondría mis quejas sobre los adolescentes que se dedican a hacer el vándalo con los coches en el

aparcamiento del cine.

—¿Los chavales atacan de nuevo? —preguntó Jack.

—Son unos matones. Me he pasado casi toda la mañana limpiando masa de galleta de la camioneta. Jack, o paras esto o la próxima vez usaré mi Winchester.

—Tranquilízate, ¿vale? —repuso Jack—. Iré a hablar con ellos.

—Lo he dicho en serio. La gente tiene derecho a ir al cine sin que sus coches acaben hechos una mierda.

Cuando el hombre se fue, Jack la miró y ella pensó que parecía avergonzado.

—¿Es cosa de mi imaginación o acaba de amenazar con atacar a unos chicos con una escopeta? —preguntó.

—Ah, es que venía caliente. A él le da bastante igual, pero lo hace para que lo vea su mujer, que seguía la actuación desde la barrera.

Fiona miró por encima del hombro y vio a una mujer sentada enfrente del hombre que acababa de dirigirse a Jack. La peligrosa mujer llevaba el pelo cardado y con reflejos azules. La estaba observando con aire de sospecha, como si se preguntara dónde había recogido Jack a esa extraña.

—No sé cómo lo haces —comentó Fiona—. Yo me volvería loca en un pueblo tan pequeño.

—No es tan malo.

Pero ella pensaba que se cansaría o al menos se molestaría. El pobre Jack estaba intentando llevar a cabo una investigación por asesinato y sus ciudadanos estaban más preocupados por las bromas de unos adolescentes.

—Bien, ¿de qué estábamos hablando? —preguntó ella—. ¡Ah, sí! De lo que había entre tú y Lucy.

—No hay nada entre nosotros.

Comenzó a escucharse un murmullo y él movió la cadera.

—¡Joder! —murmuró, mirando el móvil—. Tengo que responder.

«Salvados por la campana».

Ella fingió disfrutar del vino mientras respondía la llamada de alguien llamado Carlos. En cuanto colgó, supo que la cena había terminado. Otra razón más por la que no salía con polis.

—Debo ir a ocuparme de algo —le comunicó él, haciéndole una seña a la camarera—. Vamos a tener que irnos.

Ella asintió con la cabeza y recogió la chaqueta y el bolso del asiento. Le había devuelto la camisa antes de salir del motel. Ahora solo le debía una factura, y tenía pensado enviársela por correo.

—Vale —repuso, deslizándose por el asiento.

Era lo mejor. Lo último que necesitaba era otra relación sin

futuro con un hombre que no conocía la honestidad. Estaba harta de que le mintieran.

Jack se puso en pie y habló con la camarera antes de volverse hacia ella.

—Lo intentaremos en otra ocasión.

Ella se puso la chaqueta y levantó las solapas para protegerse del frío.

—No creo que sea una buena idea. —Él entrecerró los ojos. Parecía claro que no estaba acostumbrado a que le rechazaran—. En este momento tengo demasiadas cosas en qué pensar, y tú también.

Él la miró fijamente durante un momento.

—Deja que te acompañe.

—No es necesario, el motel está aquí al lado. —Y no quería que se diera cuenta de lo decepcionada que se encontraba.

—¿Segura?

—Segura. —Compuso una sonrisa y le tendió la mano—. Gracias por la copa de vino, Jack. Ha sido agradable trabajar contigo.

La decepción seguía alojada en la boca de su estómago a la mañana siguiente, mientras subía a su apartamento en el ascensor. Había estado dándole vueltas a la cabeza durante toda la mañana, tratando de concentrarse en todo lo que necesitaba hacer, además de meditar sobre su inexistente vida amorosa. Pero la sensación no desapareció. Le gustaba Jack. Era un hombre atractivo y no solo en el sentido físico. Había sido agradable estar cerca de alguien que entendía su trabajo.

Las puertas del ascensor se abrieron con un *ding* y recorrió el pasillo, diciéndose a sí misma que tenía que dejar de ser tan optimista. Habida cuenta que había sido criada por una mujer que cambiaba de hombre como otras cambiaban de zapatos, era bastante alucinante descubrir que, en el fondo, era una romántica. Que realmente pensaba que algún día podría satisfacer a un hombre que encajaría con ella para mantener una relación a largo plazo. Tenía que dejar de pensar esas tonterías.

Se acercó al final del pasillo mirando las llaves mientras maldecía en silencio los gustos musicales de su vecino. ¿A quién demonios le podía gustar escuchar a Usher un domingo a las diez de la mañana?

Cuando se acercó a la puerta, se dio cuenta de que el ruido provenía del 4A. Se quedó paralizada con la llave en la cerradura y sintió que comenzaba a agobiarse, incluso antes de cruzar el umbral.

Había una caja de pizza en la mesita de café, rodeada de botellas de cerveza vacías. Una bolsa de Oreos a medio comer estaba abandonada sobre el sofá, junto a un papel arrugado. En el extremo de la mesa había una de sus esculturas favoritas, un huevo hueco testimonio de su paso por la escuela de arte y de su etapa Barbara Hepworth. La hermosa creación de cerámica se había convertido en un cenicero.

Dejó caer el maletín y el bolso junto a la puerta y buscó la manera de desconectar la música. Entonces cogió la escultura y la llevó a la cocina para vaciar su apestoso contenido en el cubo de la basura.

—¡Eh! Estaba escuchándola.

Alzó la mirada y vio a Courtney, encorvada junto a la puerta del cuarto de baño. No se había abrochado la blusa de satén negro —una de las prendas que usaba para salir— y quedaba a la vista el sujetador rojo, a juego con las bragas.

—Demasiado ruidosa para un domingo por la mañana, ¿no crees?

Courtney puso los ojos en blanco antes de volverse hacia el espejo del baño y pasar un cepillo por su larga melena castaña. Cuando sacó la plancha del pelo, Fiona abrió los ojos como platos.

—¿Has traído tus cosas? —preguntó, alarmada. Courtney se quedaba a dormir en el sofá algunas veces, cuando estaba demasiado borracha para llegar hasta su casa desde el centro, pero si había venido con equipaje, aquello era una visita premeditada.

Su hermana metió un mechón entre las pinzas de la plancha y admiró la forma en que cayó, liso y brillante, sobre su hombro.

—Estaba pensando en ponerme otro color, ¿qué te parece un frambuesa?

Una táctica de evasión típica.

—¿Courtney? ¿Te has mudado aquí?

Su hermana se encogió de hombros sin apartar la vista del espejo.

—Por favor, no me digas que te han echado.

Courtney se volvió con una mano en la cadera, como si eso fuera algo inverosímil.

—Eres demasiado dramática, ¡Dios!

Ella trató de no hacerse un agujero en la lengua al mordérsela. Se acercó al cuarto de baño y tomó nota de los tres neceseres a juego, llenos de cosméticos, que había sobre la tapa del inodoro. Sí, su hermana estaba allí para una estancia prolongada.

Respiró hondo tratando de tranquilizarse.

—¿Qué ha pasado?

Vio que su hermana se inclinaba hacia el espejo y oscurecía las

pestañas doradas con rímel.

—La jodida Compañía del Gas de Texas. Me han cortado el suministro, ¿puedes creértelo? En pleno invierno.

Claro que se lo creía. Era probable que llevara meses sin pagar.

—De todas maneras, será solo por unos días, hasta que pase la ola de frío. —Courtney abrió un cajón y cogió unos pendientes—. ¡Qué guays! ¿Me los prestas? He quedado para tomar el *brunch* con David.

—¿Quién es David?

Su hermana se quitó los pendientes de oro y los reemplazó por las perlas que acababa de cogerle.

—Lo conociste la otra noche. Es el abogado de Dallas.

—¿Es abogado? —Recordó a un tipo con cazadora de cuero vestido como un motero que había conocido en el Club Continental. Lo único que tenía de abogado era el Rolex de oro, y había imaginado que era falso.

—La conferencia a la que asiste termina esta mañana y vamos a tomar el *brunch* en el Hotel Randolph.

—¿En el Randolph? —No era uno de los lugares que acostumbraba a frecuentar su hermana.

Courtney pasó ante ella para dirigirse hacia al dormitorio, en una de las esquinas del *loft*.

—¿Me puedes dejar algo más conservador? No sé, un suéter ajustado o algo así.

Fiona vio cómo su hermana revolvía en el interior de su armario y seleccionaba una chaqueta de cachemira gris antes de quitarse la blusa de satén negro.

Cuando percibió las sábanas arrugadas, se encogió por dentro.

—¿No se te habrá ocurrido traerlo a dormir aquí?

—No. Tenía una cita con un cliente para tomar una copa después de cenar. —Su hermana se abrochó la chaqueta, dejando sueltos dos botones más de los que habría dejado ella. Cualquier hombre con sangre en las venas se fijaría en la franja de encaje rojo visible entre sus pechos. Luego Courtney recogió la minifalda negra del suelo y se la puso. Pasó junto a ella para dirigirse a la sala.

—¿Has visto mis zapatos? —Lanzó los papeles arrugados sobre una silla y, después de sacar unos zapatos de tacón negro de debajo de la mesa de café, se volvió para enfrentarse a ella.

—Sé que estás cabreada —dijo—, pero será solo por unos días. Te lo prometo.

Ella se resignó a sufrir una semana de caos y distracciones. Tenía tres cuadros que terminar antes de la exposición, y la tranquilidad que necesitaba para la pintura sería imposible de

conseguir con Courtney dando vueltas a su alrededor.

—Tres días —ofreció con firmeza—. Eso es todo, Court.

Su hermana le dedicó una sonrisa deslumbrante y la envolvió en un abrazo.

—Gracias. Ni siquiera te enterarás de que estoy aquí, te lo juro.

Ella miró por encima del hombro de su hermana y contó las botellas de cerveza que había sobre la mesita.

—¿Con quién estuviste aquí anoche?

Courtney se apartó y se dio la vuelta, evitando cualquier contacto visual.

—¿Has visto mi bolso? —Correteó por la habitación, mostrando aquellas piernas que atraían a los hombres como David en los bares—. Estaba por aquí. Lo vi…

—¿Courtney?

Su hermana entró en la cocina y la miró por encima de la barra.

—Aaron estuvo aquí un rato.

—¡Courtney!

Su hermana puso los ojos en blanco.

—¿Qué querías que hiciera? ¿Echarlo a la calle?

—¡Sí! ¡Es lo que debías haber hecho!

—Bueno, lo intenté, ¿vale? Pero es muy insistente. Dice que te echa de menos y quiere pedirte perdón.

—No me puedo creer que lo dejaras entrar.

—No lo hice. Todavía tiene llave.

El móvil de Fiona comenzó a sonar y lo sacó del bolso, que todavía estaba en el suelo. No reconoció el número, lo que no era una buena señal.

Aceptó la llamada.

—Fiona Glass.

—Hola, Fiona, soy Garrett.

Hizo una pausa mientras localizaba el nombre.

—¿Garrett Sullivan? ¿Del FBI?

—¡Sí, claro! Lo siento, solo quería… —Ella observó que Courtney hurgaba en el cubo de la basura, en la cocina.

—¿Qué…?

—Necesito una lima de uñas —susurró su hermana.

—Encima de mi cómoda.

—¿Perdón? —dijo Sullivan.

—No hablaba con usted. Lo siento. —Respiró hondo, tratando de ordenar sus pensamientos. El agente especial Sullivan, eso sería una mala noticia—. ¿La han encontrado? —preguntó con el pecho constreñido.

—No. Pero gracias a usted tenemos un sospechoso.

Dejó salir un suspiro.

—¿Habla en serio?

—Claro que lo digo en serio. Y es la viva imagen del dibujo. ¿No ha visto las noticias esta mañana?

Fiona encendió la única televisión que tenía, una de trece pulgadas de la marca Sony que conservaba en la mesa de la cocina y la sintonizó en la CNN. Era un parte meteorológico, pero vio los titulares en movimiento en la parte inferior de la pantalla y supo que tarde o temprano saldría lo que le interesaba.

—El nombre de nuestro hombre es Keith Janovic, también conocido como Ron Jones. Su jefa lo reconoció por su dibujo y nos llamó —explicó Sullivan.

En efecto, el título comenzó a arrastrarse por la línea inferior.

—Las autoridades buscan al residente de Birmingham, Keith Janovic, para ser interrogado por el caso del secuestro de Shelby Sherwood. Aunque no es considerado oficialmente sospechoso, un portavoz del FBI lo considera «persona de interés».

—¿No es sospechoso?

—Solo falta hacerlo oficial —dijo Sullivan—. Los medios de comunicación todavía no lo saben, pero hemos puesto carteles en la zona de su trabajo y cerca de casa de los Sherwood. Es nuestro hombre. Solo hay que localizarlo.

Courtney se acercó a la puerta y tomó un abrigo negro de la percha del vestíbulo. Le lanzó un beso antes de salir.

Ella volvió a concentrarse en la televisión.

—¿Cuál es su historial?

—Veinticinco años. Solitario. Fue detenido hace años por firmar cheques sin fondo, pero no aparecen hechos violentos en su expediente.

—Interesante.

—Vive en una pocilga. Colecciona pornografía infantil y hace diez días que no lo ve nadie.

Suspiró y se sentó en un taburete, junto a la barra. Odiaba esa clase de casos.

—¿Cómo está Colter?

—Por lo que he oído, un poco mejor. Ha hablado un par de veces con el psiquiatra, que ya es algo, aunque su madre dice que tiene pesadillas.

Fiona jugueteó con la pulsera que llevaba en la muñeca. Colter se la había dado el lunes y Annie insistió en que se la quedara, asegurando que a su hija le gustaría que la tuviera. Al parecer, a Shelby le gustaba hacerlas para sus amigos.

—De todas maneras, me llamaron para dar las gracias —

informó Sullivan—. Sin duda, ha sido un gran avance y no habría sido posible sin su trabajo.

Se le revolvió el estómago, sabía lo que venía a continuación. Esperó un par de segundos.

—¿Quiere que haga algo más? —se ofreció.

—¿Hacer?

—Sí, quiero decir… ¿Solo me ha llamado para darme las gracias? —Si era así, sería la primera vez. Los investigadores rara vez se molestaban en ello. O si lo hacían, por lo general ocurría antes de que le pidieran ayuda para otro caso. Realmente no se lo tomaba como algo personal, sabía demasiado bien que tenían exceso de trabajo.

Reinó el silencio durante un buen rato.

—¿Fiona?

—¿Qué?

—No se da cuenta del talento que posee, ¿verdad? —No supo qué decir. Se sintió culpable—. Espero que reconsidere sus planes con respecto a su labor —continuó Sullivan—. Necesitamos a gente como usted.

Ella miró la pantalla del televisor, donde ahora aparecía un podio repleto de micrófonos. El jefe de policía de Atlanta se colocó tras ellos con expresión demacrada, pero llena de esperanza, mientras respondía a las preguntas de los periodistas.

Se acordó de una de las razones por las que realizaba ese trabajo; le gustaba poner esa chispa de esperanza en los ojos de la gente.

La otra cara era ver cómo se desvanecía en las semanas y meses siguientes, cuando se hacía evidente que las niñas como Shelby Sherwood no volvían a casa. No había nada que compensara eso, incluso aunque atraparan a Keith Janovic, si es que lo capturaban alguna vez.

Apagó el televisor.

—Gracias, pero cuando dije que quería seguir otro camino, hablaba en serio.

—Me gustaría que cambiara de opinión —repuso Sullivan. Ella notó la decepción en su voz—. Ha sido un privilegio trabajar con usted.

—Gracias. —Se retorció en el asiento, no le gustaba lo que estaba a punto de preguntar. Sullivan estaba llevando un caso importante, lo que significaban largas horas de trabajo. Seguramente tendría demasiados asuntos pendientes como para ocuparse de una llamada más—. ¿Le importaría llamarme de nuevo si sabe algo de Shelby?

Ese caso se había convertido en algo personal en algún

momento. Había intentado que no lo fuera, pero jamás lo conseguía.

—La vamos a encontrar —replicó él con tono sombrío.

—Lo sé.

Jack miró el informe del forense que había sobre su escritorio, tratando de encontrar cualquier indicio que hubiera pasado por alto. Hasta que los del laboratorio enviaran sus conclusiones, eso era lo mejor que tenía en términos de pruebas físicas. La huella de neumático, el cordel verde y la evidencia biológica recogida durante la autopsia habían sido enviados para su análisis.

Por suerte, ese era el tipo de trabajo que mejor se le daba. Montar el rompecabezas. Encontrar las piezas que faltaban y que nadie más se había molestado en mirar.

Por desgracia, había muy pocas piezas con las que trabajar en ese momento.

Aún no habían identificado a la víctima, aunque el dibujo postmortem de Fiona podía ayudar a resolver eso. Ella se las había arreglado para convertir un cadáver mutilado en un retrato sonriente. Alguien la reconocería y, cuando lo hiciera, él tendría un atisbo de la mente del asesino. ¿Cómo seleccionaba a sus víctimas? ¿Dónde operaba?

En el caso de Lucy, ella solo había vagado por la carretera una fría noche de diciembre. Había estado helada y distraída. Demasiado sensible, después de haberse vuelto a pelear con sus padres, como para pensar en su seguridad.

¿Y la joven sin identificar? ¿Se habría limitado a caminar sola por los caminos de Graingerville? Las plantas desnudas y limpias de sus pies, además de la patente falta de pruebas en el campo donde la arrojaron, le decía que era probable que hubiera sido secuestrada en otro lugar. Esa teoría se veía reforzada por las conclusiones del forense; las lesiones de la víctima se prolongaron durante varias horas, lo que significaba que el asesino la había mantenido cautiva en otro lugar. Pero ¿dónde? Y ¿por qué el asesino abandonaría el cuerpo a las afueras de una ciudad, en donde podría descubrirlo cualquier persona que pasara? No tenía sentido y eso le molestaba.

Se preguntó dónde la habría encontrado el asesino. Seguramente no sería en un bar. Como Fiona había señalado, la chica parecía joven, incluso tal vez más joven de lo que había especulado el forense; no habría conseguido que nadie le sirviera en ningún local cercano.

Podía ser una fugitiva o una prostituta, quizá las dos cosas.

Pero las pruebas físicas no dejaban dudas, estaba sana, con la obvia excepción de lo que le había ocurrido durante sus horas finales. Estaba bien alimentada, libre de enfermedades de transmisión sexual y tenía los dientes en buen estado, aunque le faltara uno.

Era joven, hispana y muy guapa, si la imagen que había dibujado Fiona era exacta. Tres rasgos que esa pobre chica compartía con Lucy. Tres rasgos que no podía obviar. Las similitudes le roían, le inquietaban por la sencilla razón de que eso era el sur de Texas; un lugar donde las culturas chocaban, donde los ánimos se encendían a la mínima y donde los resentimientos ardían rápido, en especial en las épocas difíciles. Si secuestraban y violaban a hermosas adolescentes hispanas, él sabía que no se trataba de un simple delito sexual, sino de algo mucho más complicado. Y estaba seguro de que lo que fuera haría tambalear su mundo.

Como si no hubiera sido zarandeado ya.

Jack se frotó los ojos con los dedos y trató de concentrarse. Las ilusiones de poder hacer una pausa para almorzar en el local de Lorraine se habían desvanecido hacía horas. Ahora, lo máximo a lo que podía aspirar era a tomar algo de la máquina expendedora que le ayudara a enfrentarse a la montaña de papeles abandonados. Durante la semana pasada había ignorado todo lo que no estuviera relacionado con el cadáver.

—Edna Golby está ahí. Quiere presentar una queja ante el jefe de la policía.

Jack alzó la mirada hacia su oficial más joven —una joven recién llegada de la academia de policía de San Angelo— que permanecía de pie en el umbral. Llevaba el uniforme bien planchado, con los zapatos adecuados y relucientes, además de las armas en su lugar. Su peinado cumplía el reglamento. Era obvio que había prestado atención cuando enseñaban el código 101, pero se había perdido la clase para ser más borde.

—Ocúpate de ella, Sharon —repuso irritado—. Seguramente será algo relacionado con su nuevo vecino, Weimaraner, el tipo se dedica a molestar a sus polluelos.

—Ya le dije que te encontrabas…

—Dile que estoy al teléfono —insistió de mal humor—. Oye, ¿Lowell no ha localizado la lista de TPWB? Se supone que debía entregármela ayer.

—¿Te refieres a la de las licencias de caza? La tienes en la bandeja de entrada.

Se acercó a la bandeja y encontró el papel debajo de unos expedientes abandonados. La maldita copia tenía por lo menos dos centímetros de espesor. Suspiró.

—Entonces… ¿qué hago con la señora Golby?

Levantó la vista.

—Tómale declaración. Luego haz una visita al vecino, y punto. —Quizá así aprendiera el duro trabajo de saber priorizar.

Volvió a sonar su teléfono y aceptó la llamada agradecido. Despidió a Sharon con un gesto de cabeza.

—Bowman.

—JB, soy Mary Ellen, desde la escuela.

Jack sonrió. La directora de la escuela primaria de Graingerville era una de las pocas personas que no le importaba que le llamara JB. El hecho de que le hubiera entregado su virginidad en el asiento trasero del Chevy Suburban de su padre veinte años antes quizá tuviera algo que ver.

—¿Qué puedo hacer por ti, cariño?

Mary Ellen se había casado, pero aún coqueteaba con ella en las raras ocasiones en que sus caminos se cruzaban.

—Tengo sentado en el pasillo, junto a la puerta de mi despacho, a un alumno de cuarto. Su maestra lo ha traído antes de que se suba al autobús.

¡Joder! Era lo último que le faltaba, ¡qué le llamaran para resolver las peleas de patio! Después de años lidiando con los crímenes que plagaban las calles de Houston, la realidad de un pequeño pueblo resultaba todavía más increíble.

—Se llama Brady Cox —continuó—, y me temo que tiene un problema.

Jack frunció el ceño. Aquel no era el amable tono que solía usar Mary Ellen.

—¿Qué ha pasado?

—Bueno, esperaba que me lo pudieras decir tú. Estoy mirando un dibujo hecho por él. Está coloreado y es muy bueno. De hecho, diría que notable, dada su edad…

—Mary Ellen…

—En él se ve a una mujer desnuda, JB. Con las muñecas atadas con un cordel verde y tumbada en un campo. ¿Quieres venir a echarle un vistazo?

6

Gracias a Dios que ella estaba en casa.

Jack llamó a la puerta de Fiona por segunda vez, aunque dudaba que fuera capaz de oírle, con la música a todo volumen que salía del apartamento. No sabía qué estilo había esperado que le gustara, pero el hip-hop no aparecía en la lista.

Miró el reloj y maldijo por lo bajo. Intentó abrir la puerta y le sorprendió darse cuenta de que no estaba cerrada con llave.

—¿Hola?

Entró en el vestíbulo, escudriñando el desordenado apartamento en busca de cualquier señal de Fiona o del equipo de música infractor. Era un *loft* de altos techos y suelos de terrazo, un espacio único con una cama de hierro forjado en el otro extremo, junto a la ventana.

—¿Fiona?

Ella salió del cuarto de baño, cubierta tan solo por unos pedazos de encaje negro. Cuando ella soltó un grito, él se dio cuenta de dos cosas: esa mujer no era Fiona, y había cometido un error dejándose caer por allí.

—¿Quién eres? —dijo la mujer.

Él la miró a la cara.

—Discúlpeme. Estoy buscando a Fiona Glass.

¡Joder! ¿Se había equivocado de apartamento? Lanzó una mirada a su alrededor en busca de alguna pista.

—Ella no está. —La mujer puso una mano en la cadera—. ¿Por qué no me dices quién eres?

—Jack Bowman

Ella se dio la vuelta para apagar el estéreo, sorprendiéndole con una vista completa de su bien formado trasero.

Él se dio la vuelta y fingió revisar la cocina.

—¿Sabes dónde puedo encontrarla?

La escuchó moverse tras él y esperó que estuviera poniéndose algo de ropa. Una imagen residual inundó su cerebro: pelirroja de largas piernas, piel pálida, pechos llenos.

Si esa mujer y Fiona no estaban relacionadas, se comería su placa.

—Ya puedes darte la vuelta.

Lo hizo. Ella se había puesto una bata negra y corta.

—Está trabajando. Pero si no te importa esperar, regresará pronto.

¿Le importaba esperar? No, había conducido durante hora y

media larga para hablar con ella, así que bien podía aguardar a que apareciera. De lo contrario, habría desperdiciado toda la tarde en medio de una investigación de homicidio.

—Esperaré. —Se metió las manos en los bolsillos de la cazadora de cuero—. Si a ti no te importa, claro.

Ella encogió los hombros.

—Haz lo que quieras.

Él volvió a darle la espalda y entró en la cocina. Sobre la encimera había un plato con fruta junto a una botella abierta de vino tinto.

—¿Eres amiga de Fiona?

—Soy su hermana.

Jack la miró por encima del hombro. La hermana de Fiona no tenía demasiada prisa por vestirse.

—¿Vivís aquí las dos? —Solo había visto una cama.

—Estoy de visita.

Sintió que ella lo miraba mientras continuaba recorriendo la cocina. Había una viñeta de dibujos animados y una postal de Florencia pegados en la nevera con un imán. En ella aparecía una famosa pintura de una mujer desnuda, de pie sobre una concha, con el pelo ondulado y de color rojo que le recordó a Fiona. Tuvo que contener la tentación de dar la vuelta a la tarjeta para ver quién se la había enviado.

—¿Quieres tomar un trago?

Volvió a mirar por encima del hombro.

—No, gracias.

Jack se dirigió hacia una de las esquinas del apartamento, donde un lienzo enorme descansaba en un caballete manchado de pintura. El *loft* parecía estar dividido en cuadrantes, que se correspondían con diferentes funciones: cocinar, dormir, descansar y pintar. El suelo de esa zona estaba cubierto con una gruesa lona.

La hermana de Fiona se acercó y miró el cuadro.

—Dime, ¿qué te parece?

Él estudió la pintura. Predominaban el azul… y el verde. Con muchos más colores mezclados con ellos. Percibió unos círculos concéntricos que le recordaban las ondas en el agua, pero la imagen resultaba demasiado abstracta para poder asegurar a ciencia cierta qué era.

—Me gusta —respondió con sinceridad. Había algo en esos tonos, en la fusión de los verdes y los azules, que transmitía tranquilidad—. ¿Está terminado?

—No lo sé. Tendrás que preguntárselo a ella. —Ella se giró hacia él, ladeando la cabeza—. Eres una monada. ¿Dónde te encontró Fiona?

—Tenemos amigos comunes.

—Así que eres un poli, ¿no? —Se le acercó más. Tanto, que olió su perfume por encima del disolvente de pintura.

Se mantuvo firme.

—¿Por qué piensas que soy poli?

La vio sonreír de medio lado.

—Siempre sois policías. —Ella se volvió hacia la pintura—. Así que eso significa que Fiona vuelve al tajo. Debería haberlo adivinado.

—¿Vuelve al tajo?

—Ya sabes, vuelve a trabajar. Me dijo que pensaba dejarlo, pero ya lo había dicho antes y siempre regresa.

Él la miró, intrigado. Ella le sonrió al tiempo que arqueaba una ceja.

—Se ha vuelto adicta a salvar el mundo. ¿No lo has notado?

Jack volvió a mirar el caballete. Detrás de él había un lienzo mucho más grande apoyado contra la pared. Este hacía más hincapié en el verde y mostraba el reflejo de la hierba en la orilla de un río o un lago. Dio por hecho que tenía razón en lo del agua con respecto al otro.

—Entonces, Jack… —La voz de la joven se volvió sensual mientras se colocaba entre él y la pintura. Ella movió los hombros y la bata resbaló un poco, mostrando piel y encaje—. ¿Eres detective?

—Sí. —Mantuvo la voz fría y la atención clavada en su rostro. Tenía los ojos color avellana, como Fiona, pero los de ella estaban rodeados por un círculo negro. Parecía la versión explosiva de su hermana.

—¿Fiona ya ha visto tu arma?

Él frunció el ceño.

—Eres demasiado atrevida, ¿lo sabías?

—Eso me han dicho. —La vio arrastrar una larga uña de color cobre por la pechera de su camisa de franela hasta detenerse sobre la hebilla del cinturón.

—¿Cómo te llamas?

—Courtney. —Echó el pelo hacia atrás, provocando que la bata se abriera más.

—Mira, Courtney…

Escuchó un ruido y se dio la vuelta. Fiona estaba en la puerta, con un maletín en la mano y expresión de perplejidad.

«¡Joder!».

—Hola. —Forzó una sonrisa y se preguntó por qué se sentía culpable; no había hecho nada malo.

—Hola, Fi. —Courtney se volvió hacia su hermana y él vio que por fin se había atado el cinturón.

—¿Qué te trae por aquí? —le preguntó Fiona con una mirada

aprensiva.

—He venido para llevarte a cenar. —Se acercó a ella—. Te debo una, ¿recuerdas?

Ella dejó el maletín junto a la puerta antes de quitarse el abrigo y colgarlo en un perchero, en el vestíbulo. Llevaba otro de esos trajes de abogados, chaqueta y pantalones azul marino, y el pelo recogido en un moño.

—La verdad es que esta noche no estoy libre. Tenía pensado trabajar un poco.

Increíble. Para eso había conducido dos horas. Se acercó más a ella y bajó la voz.

—Te divertirás más conmigo.

Ella lo miró con las mejillas teñidas de rosa por el frío antes de desviar la vista hacia su hermana.

—¿Has cenado ya? ¿Te apetece venir con nosotros?

Él apretó los dientes y se dio la vuelta para enfrentarse a la hermana explosiva, rezando para que dijera que no. Quería estar a solas con Fiona… por innumerables razones.

—Ya tengo planes, pero gracias por la invitación, Jack. —Sonrió y él supo que le había leído la mente—. Podéis llegar tan tarde cómo queráis, no os esperaré despierta.

Fiona eligió un restaurante a algunas manzanas de distancia, para no tener que discutir sobre quién conduciría. El lugar tenía la ventaja añadida de ser un local de sushi, que estaba segura de que él odiaría. Jack estaba en Austin porque necesitaba algo, y quería que se sintiera tan incómodo como fuera posible cuando se lo pidiera.

—El *hamachi* de aquí es fantástico —anunció ella con diversión.

—Mmm…

—Y el *unagi* suele estar bien. ¿Te gusta la anguila?

—Siempre he sido más de *kajiki*.

—¿Te gusta el sushi? —preguntó ella, tratando de ocultar su sorpresa.

—No está mal, pero no lo he comido últimamente —repuso él al tiempo que se encogía de hombros.

Cuando la camarera se detuvo a tomar nota, ella pidió una copa de Sauvignon Blanc y Jack una Budweiser. No comentaron nada hasta que se la sirvieron, apenas unos momentos después, en un delgado vaso azul.

Lo vio apoyar un codo en la barra y girar la cabeza hacia ella.

Volvía a llevar una camisa de franela, los vaqueros y las botas camperas. Todo él contrastaba con la moderna decoración del restaurante, pero en lugar de parecer fuera de lugar e incómodo, parecía más masculino, más poderoso que nunca. Ella sintió una repentina irritación y clavó los ojos en el menú. Siempre había sentido debilidad por los hombres que exudaban esa virilidad latente, y este estaba poniendo en marcha todas sus inactivas hormonas.

—¿Por qué no me has enviado la factura por el dibujo postmortem? —preguntó él.

Se tomó su tiempo para responder. Las razones eran complicadas, y no sabía cómo explicarlas.

—A veces no cobro por mi trabajo. No es nada.

Alzó la vista mientras bebía el vino y lo atrapó estudiándola fijamente. Sus ojos eran del mismo color que el agua del acuario y se sintió molesta consigo misma por haber sugerido aquel lugar.

—Quiero que me la envíes.

—¿Por qué?

—Porque necesito tener todo al día entre nosotros para poder pedirte otro favor.

La camarera llegó con los pedidos y ella aprovechó la interrupción para apuntalar sus defensas. Otro favor… Iba a tener que encontrar la manera de decirle que no, hasta ahora no había sido capaz de hacerlo.

—¿Quieres volver a contratarme? —preguntó cuando la camarera se fue.

—En efecto.

—No lo hagas. No quiero que me vuelva a contratar Nathan, el FBI ni nadie más. Tengo que seguir adelante con mi vida, Jack. Tengo un camino y estoy preparada para hacerlo. Es mi gran oportunidad y no puedo permitirme el lujo de dejarla pasar.

—Tengo otro testigo —dijo él, como si ella no hubiera abierto la boca—. Un chico de nueve años. Se llama Brady Cox. Vio cómo el asesino se deshacía del cuerpo.

Ella cerró los ojos y contó hasta diez para sus adentros.

—Necesito que te entrevistes con el niño y dibujes a ese tipo.

No le miró, no podía. Entonces él conseguiría volver a demoler su resistencia. No sabía cómo lo hacía exactamente, pero estaba bastante segura de que tenía que ver con el contacto visual.

Así que se dedicó a observar cómo los peces de vibrantes colores, del escarlata al dorado pasando por el bermellón, danzaban y formaban remolinos en el agua. Le recordaban a llamas. Le recordaban al brazalete rojo y naranja que llevaba en la muñeca y todas las razones por las que no podía permitir que la atraparan de nuevo, porque si lo hacían, jamás encontraría la salida. Empezaría a

ver la CNN, luego le sería imposible dormir; en su cama encontraría cada noche los rostros de los torturadores de niños cerniéndose sobre ella.

Jack cerró la mano sobre la suya encima de la barra. Era grande y fuerte, la miró cuando su calor se extendió por el brazo a cada parte de su cuerpo. No lo miró a él, no quería reconocer ese contacto. Si lo hacía, estaría dando la bienvenida a más roces. Y no podía. No, cuando sabía que estaba usándolos para minar su resistencia. Jack era un investigador tenaz y ella lo sabía de primera mano. Admiraba esa cualidad suya, sin embargo también llevaba aparejado hacer lo que fuera necesario para conseguir sus propósitos, aunque eso incluyera mentir y mostrar emociones seguramente falsas, con la única finalidad de resolver el caso.

Todavía no sabía por qué ese caso significaba tanto para él, se había negado a decírselo.

—¿Has venido hasta Austin para pedírmelo?

—He pensado que tendría más suerte en persona. —Le miró de reojo y vio aquella sonrisa inocente jugueteando en sus labios—. Así te resultará más difícil decirme que no.

Ella apartó la mano y tomó otro sorbo de vino. Sintió que la miraba, seguramente planeando su siguiente movimiento.

¿Por qué estaba considerando aquello? ¿Qué ocurría con su decisión?

Dejó la copa con delicadeza sobre la barra y lo miró a los ojos. Si le mentía otra vez, le dejaría allí, se marcharía. Para siempre. Jack Bowman y su caso se podrían ir a la mierda, le daba igual lo que dijera Nathan. Si se le ocurría mentirle una vez más, se levantaría y se largaría.

—¿Qué hay entre tú y Lucy? —preguntó.

Él pareció primero sorprendido y luego cauteloso. Luego miró hacia otro lado.

Puso el vaso de cerveza sobre la barra y lo hizo girar.

—Tuvimos un rollo, hace mucho tiempo.

La miró, y ella supo que estaba diciéndole la verdad.

—¿Cuándo? ¿Antes de su ataque?

Él asintió con la cabeza.

—¿Cuántos años tienes?

—Treinta y cinco.

—Lucy tiene…

—Veintinueve.

Ella hizo cálculos. La diferencia de edad era demasiado grande. No era ilegal, pero casi.

—Lucy estaba a punto de cumplir dieciocho —adujo Jack—. Y no, no me siento orgulloso de ello. —Bajó la mirada y sacudió la

cabeza—. ¡Joder! No puedo explicarlo. Solo ocurrió. Comenzó un verano y, simplemente, siguió su camino. Llegamos a hablar de que se viniera a Houston para estar conmigo.

La miró.

—Todo cambió después del ataque. Me rechazó y comenzó a beber demasiado. No supe cómo ayudarla, la verdad, y después de un tiempo, dejé de intentarlo.

Él se quedó mirando su cerveza.

—Tampoco estoy orgulloso de eso.

Lo miró y sintió como si, por primera vez, estuviera siendo completamente honesto con ella. Y entonces se sintió disgustada consigo misma por hacerle eso.

¡Dios! Estaba perdida. La honestidad suponía un gran problema para ella, era su punto débil, y ahora que ese hombre estaba por fin siendo sincero con ella, se sentía mal por habérselo pedido.

Lo más sensato sería decirle que no, se evitaría un montón de dolores de cabeza si conseguía que le ayudara otra persona.

Pero no quería hacer lo más sensato, quería ayudarle.

Y Jack había sido sincero.

—Hablaré con tu testigo —soltó de repente.

Él la miró de golpe.

—¿Lo harás?

—Iré mañana. ¿Puede ser en comisaría? O mejor, ¿en la casa del niño?

Él hizo una mueca.

—La casa de ese niño es tan desastrosa como el resto de su vida. Será mejor que lo entrevistes en la comisaría.

—Iré temprano. Si consigo algo útil, podrás contárselo a los medios de comunicación para que lo retransmitan por la tarde o por la noche.

—Gracias. —Él asintió con la cabeza—. Lo digo en serio, te debo una.

Ella volvió a mirar a los peces una vez más, componiendo un cuadro en su mente. Era un paisaje acuático realizado no solo en tonos azules, sino también ardientes naranjas y rojos tornasolados. Sería hermoso.

Y seguramente jamás tendría tiempo para pintarlo, porque Jack Bowman había conseguido que le diera la espalda.

Jack consiguió convencerla para tomar una copa al salir del restaurante de sushi. Como no quería darle tiempo a cambiar de

opinión, la llevó al pub más cercano que pudo encontrar, un pequeño local al otro lado de la calle. En el interior hacía calor y olía a cerveza rancia, pero había una diana al fondo.

Cogió a Fiona de la mano y la llevó hasta una mesa vacía cerca de la zona donde se jugaba a los dardos.

—¿Otro vino? —Separó la silla para que se sentara y la ayudó a quitarse el abrigo.

—¿Qué te parece un whisky sour?

Un whisky sour… Se reservó la opinión, al menos ella estaba abriéndose más.

—Vuelvo ahora.

Unos minutos después regresó a la mesa con las bebidas y unos dardos. Ella se había quitado también la chaqueta, revelando una blusa de seda blanca la mar de interesante.

—Aquí tienes. —Dejó las copas pero no se sentó—. ¿Has jugado alguna vez a los dardos?

—No —repuso ella mirando la caja que los contenía.

—Seguro que se te da bien.

Pensó que se iba a resistir al desafío, pero ella se levantó corriendo la silla hacia atrás. Tomó un buen trago de su cóctel antes de ponerlo de nuevo en la mesa.

—Vamos a probar.

Él dejó la cazadora en la silla y se acercó con ella a la diana.

—No es un juego de fuerza —explicó—, lo importante es la técnica.

—En otras palabras, ¿tengo posibilidades de ganarte?

—Oh, seguramente no, pero será divertido ver cómo lo intentas. —Cogió un dardo y lo lanzó con suavidad, golpeando el exterior de la circunferencia en un increíble golpe de suerte.

Ella sonrió y él sintió una oleada de calor en la boca del estómago. Quizá fuera por el alcohol, pero sin duda Fiona había perdido su actitud reticente.

—Vale, ahora me toca a mí.

Le entregó un dardo. Ella lo cogió y miró al tablero, luego se inclinó hacia delante.

—¡Espera! Te inclinas demasiado. —Tiró de sus hombros hacia atrás y le bajó un poco la pelvis—. Es necesario que la postura sea estable.

Ella respiró hondo y lanzó el dardo, que se clavó en el tres, justo debajo del anillo interior.

—No está nada mal —la felicitó—. La mayoría de los novatos ni siquiera dan en el tablero.

—Quiero probar de nuevo.

Él sonrió y le entregó otro dardo. Ella dio un paso adelante

con entusiasmo.

—¡Eh, ten cuidado! Sin trampas.

Ella bajó la mirada al suelo y vio la línea, por lo que retrocedió. Luego se mordió el labio y lanzó el dardo, un metro por encima de la diana.

—¡Uy!

—No pasa nada —aseguró, recuperando los dardos.

—Tira tú —dijo ella—. Déjame ver cómo lo haces.

Él lanzó tres veces de manera bastante aceptable, incluso logró acertar al triple de veinte, aunque ella no pareció darse cuenta de lo difícil que era. Desclavó los dardos y le hizo un gesto con la cabeza para que tirara ella.

—Bien, ¿cómo acabaste en Graingerville? —le preguntó ella—. Me pegas mucho más como policía de ciudad.

—Hace unos años, mi padre se puso enfermo. Cáncer. Yo debía trasladarme a casa muy a menudo, para ayudar a mi madre.

La vio clavar casi en el centro de la diana y, a continuación, lanzar otro a la pared. Su puntería era errática. Le miró de nuevo la blusa y se dio cuenta de que se le había desabrochado otro botón, dejando al descubierto algo de piel. También su coqueteo era errático.

—¿Qué decías —preguntó ella, volviendo a retomar la conversación— sobre volver a casa a menudo?

—Que en esa época quedó vacante el puesto de jefe de policía y decidí presentarme.

Ella puso cara de concentración.

—¿Cómo le fue a tu padre?

Jack miró al tablero y bebió un sorbo de cerveza.

—Murió luchando contra la enfermedad hace dieciocho meses.

—Lo siento.

—Bueno, ya está bien de calentamiento —dijo él, cambiando de tema—. Vamos a empezar a jugar en serio. Tú primero.

Ella lanzó un par de veces mientras él le explicaba cómo iba la puntuación. Como resultó demasiado complicada para su gusto, le sugirió que ganara el primero que sumara cien puntos. Fiona no resultó ser un as, pero tampoco era mala. Principalmente porque él se lo pasaba muy bien con ella. Era muy divertida cuando no estaba trabajando. Le sonreía sin cesar, haciéndole preguntarse por qué llevaba tanto tiempo sin salir con nadie.

—¿Por qué estaba tu hermana en tu apartamento? —preguntó. Sentía curiosidad por Courtney, sobre todo por los comentarios que había dejado caer. Había insinuado que Fiona había tenido algunos novios policías. También parecía que quería que su hermana se alejara del trabajo que realizaba para los cuerpos estatales, como si deseara un descanso, pero él tenía intención de hacerla cambiar de opinión.

—Viene de visita algunas veces —explicó Fiona sin mirarlo. Estaba concentrada en el tablero y logró acertar en el centro de la diana.

—¡Oh, Dios mío! ¿Has visto eso? —Se dio la vuelta y se abrazó a él, emocionada. Lo que habría sido estupendo si no fuera porque llevaba un dardo en la mano.

—Ten cuidado con esto —advirtió, quitándoselo—. Guay, eres un as. Imagino que voy de culo.

—Es solo la suerte del principiante —dijo ella, sonriendo.

—Estás tomándome el pelo. —Su sonrisa era contagiosa y respondió con otra.

—No, no, de verdad. —Cogió el vaso, pero estaba vacío—. Solo estoy disfrutando de estar dándote una paliza a pesar de lo presumido que te pusiste cuando empezamos.

Le gustaba que se mostrara relajada y confiada, que fuera ella misma cuando estaba con él. Señaló su copa con la cabeza.

—¿Quieres otra?

Ella la movió, haciendo tintinear los cubitos de hielo.

—Será mejor que no —dijo poniéndola sobre la mesa—. Tengo que levantarme temprano.

Y cuando dijo eso, el estado de ánimo de Fiona cambió, como si recordara por qué estaban allí juntos. Ella tenía que entrevistar a un crío y él un crimen que resolver.

La vio mirar el reloj.

—Tenemos que irnos.

Cuando salieron del pub y caminaron de regreso al apartamento, parecía a millones de kilómetros. Pasaron junto a un callejón entre los edificios y una ráfaga de viento helado llegó hasta ellos a través del estrecho pasaje. Jack le pasó un brazo por los hombros y la atrajo hacia él. Tras una leve resistencia inicial, ella se relajó contra su costado.

—Vi los cuadros —comentó él—. En tu casa.

Ella no dijo nada, pero él sintió que se le tensaban los hombros.

—Son muy buenos —añadió con convicción.

Ella le miró con ironía.

—Pareces sorprendido.

—En realidad no lo estoy. Nathan me contó que pintabas escenas de la naturaleza, sin embargo esperaba ver algún retrato.

—No me gustan los retratos.

—Estás de coña.

—No.

—Pero se te dan realmente bien…Y solo he visto algún ejemplo.

—Trato de evitar a la gente —repuso ella, mirando hacia otro lado.

—¿Eres antisocial?

—Solo cuando se trata de arte. Imagino que realicé demasiados bocetos junto a Venice Beach. Muchos turistas y niños gritones.

La imaginó sentada junto a un caballete en una soleada playa californiana. Era una imagen agradable, mucho mejor que verla junto a una camilla en el depósito de cadáveres.

—Fue un buen lugar para empezar —continuó ella—. Aprendí a trabajar con rapidez.

—Pero acabaste quemada.

—Sí. Ahora prefiero pintar temas más pacíficos.

Recorrieron la calle, inclinando la cabeza contra el viento cortante. Él la atrajo hacia su cuerpo.

Fiona apoyaba la mejilla en su chaqueta y él podía oler el dulce aroma que emanaba de su cabello, algo así como melocotones. No podía creer que ella le hubiera dejado abrazarla, aunque solo fuera para que la calentara.

—Estoy deseando que pase la ola de frío —confesó ella.

Él notaba sus temblores incluso debajo del abrigo y la chaqueta.

—¿Echas de menos California?

—Realmente no. Tener treinta grados todo el tiempo acaba siendo aburrido.

Trató de seguir la conversación, pero estaba distraído. No podía dejar de pensar en quitarle todas esas capas y calentarla de la mejor manera. Se la imaginó sonrojada y sudorosa tras mantener relaciones sexuales, y su cuerpo reaccionó.

—En el centro de Texas hay grandes tormentas —continuó ella—. Me encantan.

¡Dios! ¿Realmente estaban hablando del tiempo? Era patético. De lo que quería hablar era de dónde iba a pasar la noche.

A pesar de que ni siquiera debería estar ahí. Tenía que ir a trabajar temprano y, aunque técnicamente no estaba de guardia esa noche, ser el jefe significaba que estaba disponible las veinticuatro horas del día todos los días de la semana. Debía volver por si acaso pasaba algo.

Pero lo que quería era quedarse con Fiona toda la noche… Y no precisamente para dormir.

—Es la tuya, ¿verdad? —Fiona ralentizó los pasos al acercarse a la *pickup*, que él había aparcado delante de su edificio. Ella se detuvo y se volvió hacia él, dando un paso atrás para que retirara el brazo de sus hombros. El viento le puso un mechón de pelo ante los

ojos y lo retiró con la mano.

—Entonces, ¿nos vemos mañana? ¿Te parece bien a las nueve en la comisaría? Intentaré estar allí unos minutos antes, prefiero llegar antes que Brady.

Él trató de intuir lo que ella quería. Sus palabras decían una cosa, pero sus ojos hablaban de algo muy diferente. Le miraban oscuros y acuosos, brillantes de anticipación.

Se acercó más y apoyó la mano en el frío metal de la *pickup*, atrapándola entre el vehículo y su cuerpo. La oyó contener el aliento.

—¿Tienes ganas de que me vaya? —Él subió la mano para acariciar la solapa de su chaqueta antes de apoyarla en la desnuda piel de su garganta, justo donde latía el pulso. Tenía una pequeña cicatriz en ese punto.

—Jack…

—Invítame a subir… —Se inclinó y la besó en la sien. Olía a algo dulce. Quería averiguar si también sabía así. Quería degustar esa boca exuberante y lujuriosa.

Ella volvió la cabeza y alzó la vista hacia un punto. Él siguió su mirada hasta el último piso del edificio. Parecía observar el apartamento de la esquina, donde las luces estaban encendidas.

—Courtney está arriba.

—Quizá ya se haya ido.

—No, he visto una sombra a través de la ventana. Suele salir tarde.

Él suspiró. Acababa de conocer a Courtney, pero no podía decir que sintiera demasiado aprecio por ella.

Fiona le deslizó las manos debajo de la chaqueta hasta apoyárselas en la cintura. Él sintió la presión de sus pulgares a través de la camisa y la sangre le hirvió en las venas.

Ella no le había dicho que no, solo que esa noche no podía ser. Era una sutil distinción y un progreso importante.

—Entonces, mañana —claudicó, con la esperanza de que ella supiera que no solo estaba hablando de trabajo. La tomó de la mano y tiró de ella hacia el portal.

Fiona arqueó las cejas y clavó los pies en el suelo.

—¿Qué? —preguntó él—. No esperarás que me vaya sin haberte acompañado hasta la puerta, ¿verdad? —Ella lo miró con escepticismo—. Provengo de un sitio donde un hombre como Dios manda no deja a su chica sola en la calle.

De mala gana, Fiona permitió que la guiara hasta la entrada del edificio.

—No soy tu chica. No salgo con polis.

Él abrió la puerta con una sonrisa.

—Sigue diciéndolo si eso te hace sentir mejor.

—Aquí está.

El recepcionista de noche le tendió una llave.

Sullivan cogió el llavero con una mano cubierta por un guante de látex. Las demás llaves tintinearon cuando abrió la habitación 103. Intentando no estropear otras huellas, Sullivan dejó la llave en la cerradura y la usó para empujar la puerta.

—¿Está seguro de que la dejó libre ayer? —preguntó al empleado.

—Sí, señor. Se largó la mañana del martes. La única persona que ha estado aquí desde entonces es la doncella.

—Gracias por su colaboración esta noche —dijo él, poniéndose unas bolsas de plástico en los pies antes de hacerle al hombre una señal con la cabeza—. Ahora ya me las arreglo solo.

El recepcionista se subió las bifocales por el puente de la nariz. A pesar de que la temperatura bajaba de cero, el tipo llevaba un chándal fino y mocasines sin calcetines. Parecía dividido entre la curiosidad que le provocaba saber qué iba a hacer Sullivan y la urgente necesidad de regresar a su oficina con calefacción.

—Entonces le dejo. Si cambia de opinión sobre el café, no tiene más que decírmelo.

Arrastró los pies fuera de la habitación y Sullivan se volvió hacia la última ubicación conocida de Keith Janovic. Había sido avistado por un vecino de habitación hacía casi treinta y seis horas, cuando salía del motel. Y le había tocado a él registrar la escena.

Treinta y seis horas para que el sospechoso desapareciera. Treinta y seis horas para que el rastro se enfriara. Treinta y seis horas para que una doncella realizara su trabajo en ese pequeño agujero oscuro y eliminara sin querer cualquier pista.

Sullivan encendió la luz y entró en el dormitorio, cerrando la puerta a su espalda para protegerse del frío y de las miradas curiosas de otros huéspedes. Por suerte para él, aquel lugar no estaba precisamente lleno. Era uno de los incontables moteles que salpicaban la Interestatal 20 y el hombre que se hacía llamar ahora George Green, según el registro, era la única persona que había alquilado esa habitación durante esa semana.

Y según los datos, había estado solo.

La pareja que les llamó y los dos empleados del motel que lo vieron dijeron lo mismo; hombre alto y corpulento de veintitantos años, que parecía viajar en solitario en un Mercury Cougar color burdeos. Ese coche era una gran ventaja, ya que estaba siendo

investigado en ese mismo momento por varios agentes de Atlanta.

Él, por su parte, había sido enviado para asegurar aquel escenario. Se había precipitado por la I-20 hacia el oeste, llegando incluso antes que los técnicos que debían recoger las pruebas.

Recorrió la estancia con la mirada, observando las señales de una reciente limpieza: olor a amoniaco encubierto con ambientador de canela, toallas dobladas recién apiladas en la encimera del lavabo, un folleto de televisión por cable junto al televisor, desde donde tentaba a cualquier inquilino a pedir una película. Sullivan tenía pensado revisar el registro del motel para averiguar qué programas había solicitado la 103 esa semana.

Dio un paso hacia la cama y abrió el cajón de la mesilla. Había un boli de propaganda y una Biblia. A continuación se dirigió hacia el cuarto de baño, donde encendió el fluorescente que había sobre el lavabo. La taza de porcelana estaba brillante, pero también tenía manchas de óxido tras años de uso. Sacó el cubo de basura y miró el interior, pero solo había una bolsa de plástico vacía. Entró en el estrecho cuarto de aseo y el olor a canela inundó sus fosas nasales. Estudió las toallas, eran del tamaño ideal para un crío de cinco años, pero escasas para un adulto. Una pastilla de jabón barato, envuelta en plástico, era el triste inquilino que acompañaba a la bañera.

Llamaron a la puerta y cruzó la habitación preguntándose cuántos perfiles de ADN podrían sacarse de esa moqueta. A pesar de la aparente limpieza que reinaba en el lugar, y que era precisamente el tipo de circunstancia que hacía que los chicos del CSI se subieran por las paredes, las evidencias —fibras, huellas, pelos y semen— estaban en todas partes. En un lugar como ese no habría falta de evidencias, pero serían tantas que sería muy difícil elegir las correctas.

Abrió la puerta esperando ver a una pareja de técnicos en escenarios de crímenes con los zapatos dentro de bolsas de plástico verdes.

Pero solo había una mujer. De unos treinta años, con un abrigo marrón de cuero y el pelo rubio y de punta.

—¿Eres George? —preguntó ella, jadeante—. Lamento llegar tarde, pero he venido tan pronto como pude.

7

Fiona parecía una adolescente. Cuando Jack la vio entrar en comisaría, llevaba unos vaqueros rasgados, una camiseta negra desteñida y unas zapatillas de deporte que habían visto tiempos mejores. La noche anterior la informó de que Brady Cox era un chico indisciplinado que tenía problemas con la autoridad, y él sospechó que la joven había elegido su atuendo teniendo eso en cuenta. No parecía en absoluto una figura de autoridad, sino la antítesis de una colaboradora de los altos funcionarios encargados de hacer cumplir la ley de la nación. Solo su maletín de cuero negro insinuaba lo que era realmente.

—Tengo una cita con el jefe Bowman —dijo a Sharon. Como novata y recién llegada, Sharon era la que estaba más cerca del mostrador de recepción y a la que tocaba lidiar con los llorones y los locos que les visitaban.

Jack cruzó la sala de trabajo, que en esa humilde jurisdicción consistía en unos cuantos escritorios y archivadores.

Saludó a Fiona, que le sonrió perdiendo ese aire de chica mala. Levantó la división que separaba la recepción del despacho principal. En su antiguo trabajo, en Houston, los policías estaban separados de los visitantes por detectores de metales, guardias armados y puertas de vidrio a prueba de balas, pero la vida era mucho más discreta en Graingerville.

—Ven —le dijo, señalando su despacho, consciente de que todos los ojos de la estancia estaban clavados en Fiona. Cuando sus subordinados escucharon que había vuelto a contratar a la artista del FBI con la esperanza de que pudiera ayudarles en su caso, todos y cada uno de ellos se mostraron escépticos.

Pasaron junto a la sala de descanso justo cuando Carlos salía, y a su ayudante se le derramó el café por encima al dar un paso atrás para admirar el trasero de Fiona.

Jack le lanzó una mirada.

—No nos interrumpas. La única persona que quiero ver es Brady Cox. Tú te ocuparás de entretener a su madre mientras hacemos la entrevista.

Cerró la puerta tras entrar en su oficina, alimentando sin duda el fuego de la especulación que ya recorría el pueblo. Las apuestas sobre su vida sexual —o la falta de ella— habían sido un pasatiempo popular desde que había comenzado a trabajar como jefe de policía y se había mudado de nuevo a Graingerville. Incluso su propia madre y sus hermanas participaban en los rumores. Esa era una de las razones

por las que se largaba a Dodge cuando quería disfrutar de la compañía de una mujer.

Fiona estaba junto a la ventana, mirando a través del cristal. Él echó un vistazo al exterior y predijo lluvia al final de la tarde. Habiendo crecido en una granja, llevaba toda su vida prestando atención a las nubes y le sorprendía que la gente de la ciudad pudiera ser ajena a algo tan básico como el clima.

—¿Has olvidado de nuevo el abrigo?

Ella se giró.

—¿Dónde sueles realizar las entrevistas?

Él curvó los labios con ironía al escucharla. Solo negocios; como si él no le hubiera insinuado que se fueran a la cama la noche anterior.

—Por lo general, solemos utilizar la sala de descanso. —Aunque tampoco llevaban a cabo demasiadas entrevistas, la mayoría de los asuntos que resolvían no tenían tanta importancia como para merecer una entrevista formal. Sin embargo, en las raras ocasiones en las que era necesario hacer una, la sala de descanso era la que mejor cumplía la función, siempre y cuando lograra mantener alejados a sus colaboradores de la máquina de Coca-Cola que había en el interior.

Ella lanzó una mirada crítica a su despacho y detuvo la mirada en la fotografía enmarcada colocada sobre el escritorio, antes de trasladarla al cartel que había junto a la puerta.

—Preferiría hacerla aquí —solicitó—. La iluminación es buena y resulta agradable y cómoda. Sin embargo tenemos que deshacernos de eso.

Fiona señaló con la cabeza una serie de fotos policiales clavadas en el tablero de corcho. Era una colección de maleantes de la zona, además de los diez más buscados por el FBI. Jack sabía que no era demasiado probable que los delincuentes más peligrosos de la nación aterrizaran en Graingerville, pero mantenía la lista a la vista por una cuestión de orgullo. Se había ganado el derecho a trabajar en una de las mayores agencias de seguridad y orden público del país, y se tomaba en serio su trabajo, incluso aunque la mayor parte de los días estuvieran llenos de quejas por molestias o pequeños robos.

—¿Crees que las fotos pueden asustar al testigo?

—No se trata de eso —puntualizó ella—. Es mejor no sugerir una imagen. Quiero saber qué es lo que recuerda Brady.

Jack asintió.

—De acuerdo, ¿qué más? Voy a por otra silla. Y conectaré el buzón de voz, así estarás más tranquila.

Ella dejó el bolso en el suelo, junto al archivador. Luego abrió el maletín donde llevaba el material de dibujo y comenzó a vaciarlo. El pelo caía como una cortina ondulada alrededor de su rostro, y se

preguntó por qué lo llevaría recogido siempre. Le quedaba mucho mejor así.

—No necesitamos otra silla. —Ella le miró—. A menos que su madre insista en estar presente. ¿Puedes convencerla para que espere fuera?

Jack apoyó un hombro en la pared y se cruzó de brazos.

—No debería ser difícil. De todas maneras, a mí me gusta sentarme tanto como a ti.

—No.

—No, ¿qué?

—No puedes estar. Este niño vio algo inquietante. Seguramente está asustado, aunque esté actuando de manera difícil, lo último que necesita es a un poli prepotente que le haga un tercer grado.

—¿Prepotente?

Ella suspiró.

—Sin ánimo de ofender, Jack, pero lo eres bastante. Llevo mucho tiempo tratando con polis. Entiendo que os pavoneéis y todo eso, sé que esa arrogancia tiene un propósito.

—¿Pero…?

—Pero tienes que entender cómo lo puede interpretar una víctima. Es intimidante, ahoga las conversaciones.

Él apretó los dientes, pero no estaba seguro si debía tomárselo como un insulto o no.

—Este chico no es una víctima —le recordó—. Solo un testigo.

—Vale, un testigo. Sin embargo, está traumatizado y no quiero que tu presencia le haga sentir incómodo.

—¿Por qué piensas que me dedico a incomodar a la gente?

Ella miró al techo, claramente exasperada.

—Venga ya, Jack.

—Soy un tipo afable. Pregunta a cualquier persona del pueblo.

A Fiona le brillaban los ojos de indignación y eso le estaba excitando.

—Jack, mides uno noventa, pareces un muro de ladrillos. Y luego está esa miradita…

—¿Qué miradita?

—Por favor… —Ella buscó ahora sus ojos—. Soy una entrevistadora con experiencia. Te ruego que me dejes hacer mi trabajo. Es lo mejor para el testigo.

Otra vez a vueltas con el testigo. La víctima. Eso le preocupaba, le preocupaba mucho. Era una de las razones por las había estado tan decidido a que Fiona se reuniera con Lucy. Pero Lucy sí era una víctima. La investigación era demasiado importante como para que anduviera de puntillas con todo el mundo. Toda esa mierda

sentimentaloide comenzaba a irritarle un poco.

—Tengo que escuchar la historia del chico —adujo—. Es la mejor pista que tengo.

—Lo entiendo. Y te lo contaré todo. Incluso puedes grabarnos si tienes autorización, pero no te quiero aquí.

Alguien llamó a la puerta y abrió sin esperar permiso. Carlos asomó la cabeza con timidez y él lo miró.

—Lo siento, JB, pero ha llegado la madre de Brady.

Jack se volvió hacia Fiona, que todavía tenía aquella expresión de súplica en los ojos. ¡Joder! No era capaz de negarle nada. Sabía que tenía razón.

Y si no la tenía, solo tendría que hablar con el chico cuando ella le hubiera exprimido la información necesaria para realizar el boceto.

—Danos un par de minutos —dijo a Carlos—, después trae a Brady. Yo hablaré con su madre.

Carlos se aclaró la garganta.

—Ese es el problema… Acaba de decirme que Brady se ha escapado.

A Fiona le hicieron ruido las tripas y miró el reloj. Cuatro horas y todavía no se sabía nada de Brady. Y cada vez que pensaba en salir a tomar algo, se convencía de que era mejor esperar otros veinte minutos. Todos los hombres de Jack estaban buscando al chico. Tenían que encontrarlo pronto. Era un pueblo diminuto, ¿tan difícil podía ser encontrar a un niño con una bicicleta color púrpura?

Bajó la mirada a los papeles desplegados encima de la mesa de Jack, agradeciendo haberlos metido en el coche. Al menos no había perdido toda la mañana. No había ayudado a detener asesinos, pero por suerte había revisado tres docenas de trabajos, lo que significaba que podría dedicar algo de tiempo a pintar esa noche, en el supuesto de que pudiera regresar a Austin a tiempo.

Anotó algunos comentarios en el margen para uno de sus alumnos y miró la foto que había junto al teléfono. Dos chicas con los brazos enganchados sonreían a la cámara. Calculó que tendrían siete y nueve años. Se parecían a Jack en los ojos azul grisáceo y la mandíbula cuadrada, y volvió a preguntarse si Jack se habría casado en alguna ocasión.

La idea la hizo sentirse incómoda, por lo que centró la atención en la montaña de fotos policiales que había sobre el archivador. Él las había retirado del tablón después de que ella se lo

pidiera, pero le había dado tiempo a echar un vistazo. Tenía el hábito de prestar atención a los rostros sin ni siquiera proponérselo, así que memorizó la colección de Jack en apenas unos minutos. La mayoría eran de los criminales más buscados por el FBI.

Fiona tenía su propia lista personal de los diez violadores y asesinos en serie cuyos rostros se le aparecían a primera hora de la mañana, daba igual lo mucho que intentara excluirlos. Eran pocas las investigaciones que habían terminado sin resolver, algunas coincidían con las más complicadas. El secuestrador de Lucy acababa de ser añadido a la lista, y cada vez que comenzaba a sentir lástima por sí misma porque su trabajo le había llenado la cabeza de esas imágenes horribles, pensaba en las víctimas. Se preguntaba cómo conseguían dormir, si es que tenían la suerte de estar vivas. Muchas no tenían esa suerte. En esos casos se preguntaba cómo pasaban la noche sus padres y se daba cuenta de que lo suyo era lo más fácil.

Volvió a concentrarse en los papeles.

—Buenas noticias —aseguró Jack, asomando la cabeza.

—¿Habéis encontrado a Brady?

—Sí. —Él sonrió—. Sharon lo vio en los recreativos que hay en la parada de camiones. Lo trae para aquí.

—Lo dices como si estuviera arrestándolo. No quiero que la entrevista se convierta en una conversación hostil.

Jack se rio.

—Con este chico, será hostil. Pero Sharon ya está hablando con él. Lo ha llevado al Dairy Queen y le prometió que le justificaría la falta en la escuela si se porta bien.

—¿Tiene un mal historial en la escuela?

—La directora me ha dicho que está a una falta injustificada de repetir cuarto. —Jack miró el reloj—. Bien, ¿tienes hambre? ¿Quieres una Coca-Cola?

—No —respondió, aunque estaba muerta de hambre.

—Bueno, pues no te preocupes, llegarán en cualquier momento.

Quince minutos después, Fiona estaba sentada frente a un hosco muchacho de nueve años; el mejor vínculo entre una adolescente no identificada y el hombre que la mató.

Brady había saciado su hambre con una hamburguesa con queso y ahora se dedicaba a picotear un montón de patatas fritas. La comida olía de una manera estupenda y ella estaba a punto de babear.

—He visto tu dibujo —comenzó ella—. Tienes mucho talento.

El chico la miró con desconfianza mientras mojaba una patata en salsa de tomate. Ella había insistido en que se sentara en la cómoda silla giratoria de Jack, lo que le daba, por así decirlo, el poder mientras ella ocupaba la rígida silla de plástico al otro lado del

escritorio.

—Tienes buen ojo para los detalles.

Brady no dijo nada. Mordió la última patata y la bajó con un sorbo de refresco. Luego se apartó de la mesa. Después de girar la silla con rapidez, se apoyó en el respaldo y puso los pies encima del papel secante de Jack. Sus zapatillas deportivas estaban decoradas con grafitis y a ella se le encogió el corazón al notar que parecía escrito por una pandilla.

—¿Has ido a clases de arte? —le preguntó.

Él entrecerró los ojos mirándola desde detrás de un flequillo castaño.

—¿Te refieres a pintura?

—O dibujo.

—No.

—Pues se te da muy bien.

Él encogió los hombros.

—Me gustaría hablar contigo sobre el dibujo que has hecho. Le dijiste a la profesora que estabas subido a un árbol cuando viste a la chica.

El niño no dijo nada.

—¿Qué hacías allí arriba en mitad de la noche?

Silencio.

Ella puso el codo en la mesa y apoyó la barbilla en el puño.

—Cuando yo tenía nueve años, vivíamos en un apartamento. Solía dormir en la escalera de incendios cuando no me sentía cómoda en casa.

Brady bajó los pies y abrió uno de los cajones de Jack. Cogió algunos clips y se puso a jugar con ellos.

—Pero eso fue en Los Ángeles, así que no hacía tanto frío como aquí en este momento. Espero que llevaras un saco de dormir, o algo así.

Él se encogió de hombros.

—Tenía mi sudadera de los Spurs… y mi abrigo.

—¿Tu madre se enfada cuando sales así?

Brady había formado un triángulo con uno de los clips y ajustaba con cuidado el metal para maximizar la tensión.

—A veces. —Puso el clip en el borde del escritorio y lo disparó al aire con un *ping*—. ¿La tuya también se enfadaba?

—No siempre se daba cuenta, pero cuando lo hacía me metía en problemas.

Brady cogió otro clip.

—No pareces policía.

—Es que no lo soy. Solo estoy aquí para hablar contigo sobre el hombre que viste desde el árbol, a ver si conseguimos hacer un

retrato de él.

Ping. Otro clip salió volando. El niño cogió otro, evitando sus ojos.

—La verdad es que no lo pude ver bien. Apenas había luz.

—Pero lo que viste fue suficiente para que recuerdes a la chica, ¿verdad?

Notó que las mejillas del crío se ponían rojas y, por primera vez, aparentó su edad. Lo vio morderse el labio inferior antes de atreverse a mirarla.

—Estaba desnuda. Yo no hice eso. La dejaron así.

—Lo sé, Brady. Sé que no lo harías.

Él volvió a clavar los ojos en el clip. Siguió jugando con él, pero este se le resistía más.

—También estaba muerta. No pude hacer nada.

—Lo sé.

Brady la miró.

—Ya no servía de nada llamar al 911, estaba muerta. Igual que en la tele, con los ojos abiertos.

—Lo sé.

El niño lanzó el clip a un lado y sacó la pajita del vaso de papel para empezar a retorcerla en torno a su pulgar.

—Vamos a hablar del hombre, Brady.

Le escuchó murmurar algo.

—¿Qué has dicho?

—Que no puedo hacerlo. Es una estupidez. Ya he intentado dibujarlo y no puedo.

Ella se inclinó hacia delante, tratando de mantenerse calmada.

—Pero no tienes que dibujarlo, Brady. ¿Es eso lo que pensabas? —Él la miró con confusión—. ¿Por eso te escapaste?

Él bajó la vista y desenrolló la pajita.

—¿No tengo que dibujarlo?

—No tienes que dibujar nada —aseguró—. Ese es mi trabajo. Lo único que necesito es que hables conmigo.

La miró con recelo y ella notó que habían establecido una conexión.

—Imagino que eso sí puedo hacerlo —concedió el niño.

—De acuerdo entonces. —Ella sintió que el alivio inundaba su pecho mientras cogía el tablero de dibujo. Sonrió y Brady respondió —. Solo dime lo que viste.

Tenían algo. Jack lo supo en el momento en que Fiona salió de su

despacho. El adiós que intercambió con Brady fue desenfadado, pero la expresión de su cara decía que había sucedido algo increíble. Hizo lo que pudo para mantener la calma mientras Sharon guiaba a Brady y a su madre a la sala de descanso para rellenar el papeleo.

Siguió a Fiona al interior de la oficina y cerró la puerta.

—Lo tenemos —anunció ella, sonriendo.

—¿Estás segura?

—Echa un vistazo a esto. —Hizo un gesto señalando el dibujo que había sobre el escritorio.

Se acercó y clavó la vista en el papel. Sintió que le daba un vuelco el corazón.

—¡Joder!

—Lo sé. —Ella esbozó una sonrisa triunfal—. ¿No es increíble?

—¿Estás segura de esto? Quiero decir, ¿no será solo porque has hablado con Lucy?

—Te juro que es así. Siempre voy a una segunda entrevista consciente de esa posibilidad, pero no es una imagen híbrida. La descripción de Brady era totalmente independiente. Y es la misma persona.

Era, en efecto, el mismo tipo. Tenía el mismo aspecto que el atacante de Lucy, pero más viejo.

Jack lanzó un silbido.

—Es una progresión de edad de la versión más gruesa.

—Quiero decir, no me lo podía creer, pero los detalles coincidían. Mira la nariz. Los ojos. ¡Y el maldito tatuaje! —Cogió un bloc de dibujo de la mesa y lo abrió.

—¿No es broma?

—Nuestro hombre lleva tatuada una esvástica en el antebrazo izquierdo. —Le entregó una página—. Brady lo describió al principio como una araña, pero le enseñé algunas páginas del catálogo de tatuajes y eligió la esvástica.

Jack miró el dibujo, aturdido. Tatuar esa figura era inusual, con puntas de flechas en los extremos. No podía creer que a Brady se le hubiera ocurrido eso. Era demasiado bueno para ser verdad.

Y tal vez lo fuera.

—¿Cómo ha podido ver todo eso un niño?

Fiona sacudió la cabeza.

—Él estaba prestando atención. Me refiero a que lo absorbía todo. ¡Dios!, imagínate que tienes nueve años y ves que alguien tira un cuerpo. Y Brady estaba allí, atrapado en el árbol, tratando de no emitir ningún sonido mientras ocurría todo. Asegura que la escena duró unos quince minutos de principio a fin. Y fue justo después del amanecer.

Jack se quedó mirando aquel estilizado símbolo de odio.

Supuso que Fiona lo había dibujado en una hoja aparte porque no estaba en la cara.

—Este tatuaje puede ser muy útil. Puedo buscarlo en las bases de datos. ¿Brady está seguro de que lo vio en el antebrazo? Esa noche hacía frío. Hubiera asegurado que el tipo llevaba algo de abrigo.

Ella asintió con la cabeza.

—Yo le he preguntado lo mismo, pero él insiste. Me ha dicho que el hombre llevaba un chaleco con una sudadera debajo. Cargó el cuerpo desde la carretera hasta la zona cercana a la valla, y ahí ya jadeaba. Brady dijo que la puso en el suelo, se subió las mangas y luego empezó a colocarla.

Jack recordó el escenario del crimen. La posición provocativa en la que había aparecido la víctima, con las piernas separadas. Era uno de los motivos por los que supo, al instante, que el asesino buscaba dar un efecto dramático. Uno de esos cabrones que no quiere más que llamar la atención y no para hasta que lo consigue.

Miró a Fiona. Era evidente que tenía un subidón de adrenalina.

—¿Cuánto tiempo necesitas? —preguntó—. Ya sabes, para terminarlo.

Los dos miraron el reloj. Eran casi las tres. Aún podían conseguir que apareciera en las noticias de las cinco, siempre que hubiera una rueda de prensa a las cuatro y media, pero Jack tenía que anunciarla rápido si quería que hubiera alguien.

—Necesito quince minutos para las matizaciones —repuso ella —. Veinte como mucho.

—Hecho. Ahora dime una cosa más. —Le apretó el hombro, rezando que hubiera cumplido su palabra—. Por favor, por favor, dime que has grabado todo en video.

Ella sonrió.

—¿De verdad crees que me olvidaría de algo así?

Jack se dirigió hacia la zona del aparcamiento reservada para los trabajadores municipales y echó un vistazo al reloj que coronaba el edificio del banco. Eran las cuatro y veinte. Si querían salir en las noticias de las cinco, iban muy justos de tiempo, pero no había querido esperar al día siguiente; estaba decidido a conseguir que la imagen se emitiera ya.

Salió del vehículo oficial —un Explorer verde con cristales tintados con el letrero DEPARTAMENTO DE POLICÍA DE GRAINGERVILLE en la puerta— y observó una gran cantidad de

coches familiares. Carlos ya estaba allí. Y Lowell y Sharon habían llegado en un coche patrulla. Divisó la unidad móvil de la radio local y la vieja *pickup* de Doc Jamison, que en ocasiones servía de coche fúnebre.

Pero ¿dónde coño se habían metido las furgonetas de los periodistas? Había llamado a todos los medios de comunicación del centro y sur de Texas. Salvo que encontraran algo con más tirón, como el incendio en una fábrica o quizá una colisión en cadena, esperaba un lleno total. Había avisado para que instalaran un podio en la enorme sala de reuniones utilizada por el consejo municipal, pero por lo que veía, hubiera bastado una habitación sencilla.

Lowell y Sharon se paseaban sacando pecho, con los uniformes recién planchados. Lowell en concreto estaba usando una funda de charol para la pistola y él recordó lo que Fiona le había dicho sobre policías prepotentes; tenía razón, parecía como si los dos se hubieran metido un palo por el culo. Y ahora que lo pensaba detenidamente, había un montón de polis que actuaban de esa manera.

¡Joder! ¿Lo hacía también él? Echó un vistazo a su uniforme almidonado, a la placa brillante. Incluso se había afeitado para la ocasión. Sin embargo, ¿prepotente? De eso nada.

Por lo menos no se consideraba así.

—Poca gente —observó Lowell.

Él miró el aparcamiento con el ceño fruncido.

—Me parecía un día de escasas noticias. ¿Hay algo que no sepamos?

—La radio ha estado tranquila —comentó Sharon.

Llegó un Honda blanco y vio que Fiona se bajaba de él vestida, una vez más, con su ropa de abogado. Pero en ese momento parecía un abogado defensor. La observó caminar por la acera con sus zapatos de tacón y el traje gris carbón. La falda era lo suficientemente corta como para revelar unas piernas torneadas que hasta ese momento solo había imaginado.

Ella saludó con la cabeza.

—No ha venido la televisión —constató mirándole con preocupación—. Los has llamado, ¿no?

—Sí.

Jack le dijo a los oficiales que entraran para comprobar la configuración del estrado. Necesitaba estar un minuto a solas con Fiona.

—Estás decepcionado —afirmó.

—Ha tenido que pasar algo. No es normal que no haya venido nadie. —Lanzó un vistazo de nuevo al aparcamiento y descubrió en la distancia una furgoneta blanca que recorría lentamente la calle mayor. Cuando se acercó, pudo ver el logotipo de la filial de la *CBS* de San

Antonio. Aparcó y bajó una rubia con un elegante traje pantalón rojo, que destacaba como un faro en aquel día gris. Él no la reconoció.

—Al menos ha venido una —dijo Fiona.

—Han enviado a la segunda cadena. No somos la historia del día.

La mujer se ahuecó el pelo ante el espejo retrovisor mientras el cámara sacaba el material de la parte posterior.

—Imagino que no tendréis un portavoz que se ocupe de la prensa —comentó ella.

—Lo tienes delante.

—Bueno, ya sabes cómo va esto, ¿verdad? Todo depende de qué información decidas dar. Yo no voy a hablar sobre el caso. Me quedaré junto al atril. No intervendré a menos que haya una pregunta relacionada concretamente con el boceto o el proceso del dibujo.

—Bien. —Jack necesitaba controlar la situación. Los medios de comunicación podían ayudar, pero también perjudicar si no se tenía cuidado—. Les he dicho a todos que no digan nada.

—Lamento que no hayan venido más medios.

La miró y vio la línea de preocupación en su frente.

—No es culpa tuya —la consoló—. Has hecho todo lo posible.

—Para eso he venido.

¿Era la única razón? Tenía la esperanza de poder convencerla para que se quedara a pasar la noche, a pesar de que su trabajo llegaría a su fin oficialmente tan pronto como terminara la rueda de prensa.

Por el rabillo del ojo vio que el equipo de televisión se acercaba y supo que estaba a punto de ser abatido a preguntas. Aun así, no pudo apartar los ojos de Fiona. Se había maquillado, no mucho, pero sí lo suficiente como para acentuar ojos y labios. Estaba preciosa. Y volvía a oler genial. Ella alargó la mano para acariciarle el lóbulo de la oreja, haciendo que se le acelerara el corazón.

—Tenías crema de afeitar —susurró ella con una sonrisa.

—Jefe Bowman, ¿es cierto que ha surgido una nueva pista en el caso de asesinato? ¿Ha identificado a la víctima?

—Estaré encantado de explicarlo en el interior. Por favor, vayan a la sala de prensa.

Se volvió hacia Fiona, pero ella ya se había marchado.

8

Fiona había asistido a suficientes ruedas de prensa como para saber que esa había sido un fracaso. Solo se presentaron un puñado de periodistas, y la mayoría eran de periódicos regionales con edición semanal. Pero lo peor fue que apenas les cubrieron las cadenas de televisión, solo la *CBS* se había hecho eco de la historia, pero la relegó al final de las noticias de las diez, y la emitió con sonido en off en la parte final.

Ella miró la televisión del bar desde su acogedor reservado. Cansada de ignorar el hambre, se había detenido en Becker's antes de regresar a Austin.

—Aquí tiene —dijo la camarera poniendo un vaso de té helado frente a ella—. La hamburguesa con queso estará lista enseguida.

Le dio las gracias mientras miraba disimuladamente al hombre sentado en la barra. Llevaba una gorra de béisbol verde calada hasta las cejas y la había estado observando durante los últimos diez minutos. Quizá debería decir a la camarera que quería que le preparara la comida para llevar. Evitando la mirada del hombre, añadió limón y edulcorante al té.

—Debe ser famosa.

Alzó la vista. El hombre de la barra la miraba desde debajo de la visera de la gorra. No era alto, pero tenía los hombros anchos y las manos grandes y carnosas, una de las cuales sostenía una Bud por el largo cuello de la botella.

—¿Perdón?

—Sí, la he visto. —Señaló el televisor de encima de la barra con un gesto con la cabeza—. En las noticias. Ese asunto con la chica mexicana.

Se deslizó en el reservado, frente a ella, haciéndola sentir un aleteo de inquietud.

—Dígame, ¿es agente del FBI o algo así? ¿La han enviado para resolver el caso?

—Soy artista forense. El Jefe Bowman me ha contratado para realizar un dibujo del sospechoso.

—Así que una artista, ¿eh? —Tomó un trago de cerveza y depositó la jarra pesadamente sobre la mesa, como si tuviera intención de quedarse un rato—. No pareces una artista.

Sintió curiosidad por saber cómo pensaba que debía ser una artista, pero no quería prolongar la conversación.

—Aquí tiene. —La camarera volvió a aparecer con su comida. La hamburguesa era del tamaño de un plato y estaba acompañada por

una montaña de patatas fritas caseras. Ella estaba muriéndose de hambre, pero antes quería deshacerse de aquel moscón.

La camarera lanzó al hombre una mirada severa.

—No estarás molestando a esta mujer, ¿verdad, Hoyt?

Él sonrió y dio una palmada al trasero de la mujer.

—No, solo estoy siendo amable. Ya me conoces, odio ver comer sola a una chica bonita.

—¿Está bien? —preguntó la camarera mirándola a ella.

—Oye, ¿te ha contado que es artista forense? —señaló la imagen en las noticias.

—¿Es usted? —Sus ojos se iluminaron como si estuviera hablando con una celebridad—. Había oído que había venido alguien de Austin para trabajar en el caso de Jack.

Fiona forzó una sonrisa.

—Menudo palo para Jack, ¿verdad? Mira que verse eclipsado por Randy de esa manera… —Arqueó una ceja en dirección a Hoyt.

—Sí, el viejo Jack debe estar subiéndose por las paredes.

—¿Quién es Randy? —Fiona no pudo dejar de preguntar.

—Randy Rudd —explicó Hoyt—. El sheriff del condado. Jack y él siempre acaban cruzándose porque sus territorios se superponen.

La camarera asintió mirándola.

—¿No vio la enorme incautación de drogas en las noticias de la noche? Es obra de Randy. Siempre está pensando en la reelección, así que le encanta ponerse delante de la cámara cada vez que ocurre algo.

Ella trató de recordar la historia que había visto en las noticias. Solo había sido capaz de ver el final; algo sobre una redada en un laboratorio de metanfetamina. El sheriff había incautado algunos equipos y realizado varios arrestos.

Sin duda el momento no había sido el más apropiado. Toda una coincidencia. ¿Era posible que el sheriff del Condado de Grainger hubiera sabido que Jack tenía información importante sobre su caso? ¿Que facilitaría un boceto a los medios de comunicación esa tarde? Ni siquiera ella lo supo con certeza hasta después de la entrevista.

—Bueno, no me entretengo más. —La camarera lanzó a Hoyt una mirada mordaz y se volvió hacia ella con una sonrisa—. Que disfrute de la cena.

Ella miró a Hoyt con una expresión educada.

—Ha sido un placer hablar con usted.

Él se inclinó hacia delante apoyándose en los codos.

—Parece que sabes manejar un palo. ¿Qué te parece si jugamos una partida de billar después de la cena?

—Gracias, pero no.

Él dejó caer la mirada hasta sus pechos, haciendo que

lamentara haberse quitado la chaqueta cuando se sentó.

—Mira, no quiero ser borde —añadió ella—, pero ¿te importaría dejarme cenar en paz?

—No, adelante. —Él señaló el plato con la cabeza, pero no hizo ademán de marcharse.

—En paz quiere decir sola.

La expresión del hombre se endureció. La miró con frialdad mientras tomaba un trago de cerveza. Luego dejó la jarra vacía sobre la mesa, haciendo vibrar el plato. Ella también pegó un salto, lo que pareció complacerlo.

—¿Sabe?, no me ha dicho su nombre. —Él le tendió la mano.

Ella la miró, muy poco convencida de seguir confraternizando con ese tipo. Estrechó la mano con brevedad.

—Me llamo Fiona.

—Fi-o-na. —Probó a decir la palabra—. Ha sido un enorme placer conocerte, Fi-o-na. Avísame si cambias de idea sobre jugar al billar.

Se deslizó fuera del reservado y casi tropezó con una mujer mayor que llevaba una bandeja con una tarta.

—Deja de molestar a los clientes, Hoyt. —La mujer dejó la tarta junto a su té y se sentó en el espacio que Hoyt acababa de abandonar. ¡Dios! ¿Dónde se había metido la camarera? Necesitaba protección.

—Ginny Kuzak —se presentó la mujer—. Soy la cocinera. Allyson acaba de contarme que eres la dibujante que ha venido de Austin para ayudar a la poli.

—Cierto. —Miró con anhelo la comida y deseó haberse detenido en un bar de carretera.

—Bueno, bienvenida a Graingerville. Es un lugar agradable para vivir… casi siempre. No solemos tener que vérnoslas con asesinatos y el caos que traen consigo. Ya estoy harta de lo que le pasó a esa pobre chica.

Fiona estudió el rostro regordete de la mujer, rodeado de rizos grises. Llevaba un delantal blanco salpicado de grasa y parecía cansada, como si llevara todo el día de pie.

—La tarta de manzana corre de mi cuenta —comentó—. Quiero agradecerle que haya venido a ayudar a Jack en este caso. Conozco a ese chico desde hace treinta y cinco años y nunca le he visto tan obsesionado con nada. Claro que es un asunto personal para él, pero seguramente ya se lo ha contado.

La camarera se detuvo ante la mesa y Fiona en vez de pedir la cuenta, se encontró pidiendo un vaso de vino. Ginny no parecía que fuera a levantarse en un futuro cercano, y ella ya no podía esperar ni un segundo más para meter algo sólido en su cuerpo. Mordió una

patata y suspiró cuando crujió, salada, en su boca.

Ginny sonrió.

—Es una receta de mi abuela. No probará otras comparables a estas en Lorraine's.

Ella no sabía quién era Lorraine, pero siguió comiendo.

—¿Qué decía? —preguntó después de tomar otro bocado—. ¿Por qué es un caso difícil para Jack?

Era un interrogatorio descarado, pero ¿a quién más podía preguntar por él? Era un hombre hermético y sentía curiosidad. Si preguntaba a Nathan acabaría contándole a Jack que había investigado sobre él, y no quería que ninguno de ellos pensara que le importaba. Su interés no era nada profesional, y pondría en peligro su reputación con los chicos del Departamento de Policía de Austin.

—Bueno, ¿ha oído hablar de la chica de los Arrellando? Es posible que Jack no se lo haya contado, pero eran novios cuando ocurrió y todos sabemos que lleva años carcomiéndole por dentro que nadie haya resuelto el caso. —Ginny se inclinó hacia ella buscando su complicidad—. Claro que mucha gente piensa que no hay nada que resolver, aunque yo no lo creo. ¿Qué chica permite que le peguen de esa manera?

La camarera le llevó la copa de vino. Parecía muy atenta y se le ocurrió que quizá estaba escuchando la conversación.

—Está claro que ocurrió. —Ginny hizo un gesto con la mano como si quisiera abatir a un mosquito—. Pero esa chica de los Arrellando es dura, no soportaría que nadie le pegara. Es evidente que la atacaron, no me importa lo que digan al respecto.

Fiona cogió la hamburguesa. Ginny parecía embalada y ella no tenía deseos de interrumpirla.

—De todas maneras, si lo que pasó ahora tiene algo que ver con aquello, Jack llegará al fondo del asunto. Ese chico es un buen poli. Siempre lo ha sido. Lo que ocurrió en Houston no es más que mierda.

Ella trató de no parecer demasiado curiosa. Lo único que sabía era que Jack había trabajado algunos años en Houston, en la brigada de homicidios, y que Nathan le había ayudado a aprender.

—Parece que conoce muy bien a Jack y a su familia.

Ginny asintió.

—Son buena gente. Sal de la tierra. Quizá un poco testarudos, todos ellos… Nunca conocí a nadie más persistente que John.

Ella se tragó un suculento bocado. La carne estaba en su punto, el queso caliente y derretido. El pan era casero y se había tostado con la mantequilla justa. Era la mejor hamburguesa que hubiera tomado jamás, pero no quería interrumpir a Ginny diciéndoselo. Se limpió los labios con una servilleta.

—¿Quién es John?

—El padre de Jack. Cultivaba algodón. Un hijo de perra tan testarudo como trabajador, y Jack es clavadito a él. También en el aspecto físico. Hombres muy apuestos. —Ginny sonrió, pareciendo más joven y menos cansada—. Pero imagino que ya lo habrá notado, ¿verdad?

Jack la vio al fondo del bar. Tenía delante una copa de vino vacía y parecía enfrascada en una conversación con una de las mejores amigas de su madre.

Suspiró.

—Llevan hablando media hora —le informó Allyson, que limpiaba un reservado cercano al que se encontraba la propietaria—. Pero acabamos de tomar nota de un pedido grande, así que será mejor que le digamos a Ginny que vuelva a la cocina antes de que a Ralph le dé un ataque.

Allyson lo miró y, al verle de vaqueros, pareció darse cuenta de que no estaba de servicio.

—¿Libras esta noche? Mi hermano va a ver el partido de baloncesto de la UT con algunos amigos, por si te interesa.

—Gracias, pero tengo planes. —Se quitó la chaqueta tratando de no formar un charco en el suelo de roble. Había comenzado a diluviar y las carreteras eran un desastre. Previó algún accidente antes de medianoche.

Se dirigió al fondo, saludando a amigos y conocidos instalados en el resto de los reservados. Kenny Chesney estaba en la máquina de discos y surgió un grito desde la sala de billar cuando alguien lanzó un tiro. Se detuvo ante la mesa de Fiona.

—No estarás hablando mal de mí, ¿verdad, Ginny?

Ginny alzó la mirada y su expresión pasó de sorpresa a culpa en medio segundo.

Él se sentó al lado de Fiona y ella sonrió.

—¿Qué pasa?

—¡Oh! Nada. —Pero sus ojos brillaban con diversión—. Ginny solo me está facilitando un poco de información básica. No sabía que tenías un par de conejos.

—No los tengo —repuso mirando a Ginny. Cogió el tenedor de Fiona y le robó un bocado de tarta.

Ginny ladeó la cabeza y cruzó los brazos.

—Una tarta fantástica, Gin. —Tomó otro bocado—. Por cierto, Allyson me ha dicho que te necesitan en la cocina.

Ella se levantó con fingido enfado.

—Ni se te ocurra engatusar a esta chica, Jack Bowman. Es muy lista. —Sonrió a Fiona—. Encantada de conocerte, cariño. Pásate por aquí la próxima vez que vengas al pueblo.

Cuando por fin se fue, él miró a Fiona de manera penetrante. Ella tenía el codo apoyado en la mesa y las mejillas sonrojadas, seguramente por el vino. Se había deshecho de la chaqueta que estaba arrugada a su lado, y llevaba una blusa color crema que se transparentaba un poco.

—Menos mal que has decidido quedarte. Esta noche están fatal las carreteras. —Pasó el brazo por el respaldo del banco y le cogió un mechón que se había soltado del moño.

—Solo me he quedado a cenar. Me marcharé en cuanto acabe.

—¿Qué te ha contado Ginny? —preguntó, inclinándose para birlarle otro bocado de tarta.

—¡Oh! No demasiado. Que al parecer eras un deportista muy popular cuando estabas en secundaria.

—Mmm…

—Que llevaste al equipo de fútbol americano hasta la final estatal. Impresionante…

Era obvio que Fiona no sabía demasiado de fútbol. El equipo no había sido malo, pero el instituto de Grainger jugaba en tercera regional, no era precisamente el mejor. Sin embargo, en el pueblo seguían recordando aquella temporada ganadora, y haber sido el *quarterback* en esos días de gloria le había hecho bastante popular. Una de las razones por las que el Ayuntamiento había pasado por alto su edad cuando se presentó para jefe de policía.

Acarició el cuello de Fiona con el dedo y se preguntó qué más le habría contado Ginny. Conociéndola, no todo sería bueno.

—No te creas todo lo que dice Ginny. Tiene una tendencia natural a exagerarlo todo.

Ella arqueó una ceja.

—¿Una cerveza, Jack?

Él miró a Allyson.

—Sí, una Budweiser. Y un trozo de tarta. Con helado, por favor.

Fiona arrugó la nariz.

—¿Tarta con cerveza?

Él la miró, resistiendo el impulso de inclinarse y besarle la nariz.

—Claro, ¿por qué no?

Ella sacudió la cabeza y recuperó el tenedor. La vio tomar un bocado con exquisitez y, a continuación, pasar la lengua por la comisura del labio. El simple hecho estar allí sentado viéndola comer

lo excitaba. Si tuviera sentido común, se pasaría al otro lado del reservado y le daría un poco de espacio, pero el día había sido largo y agotador y ella olía muy bien. Así que se acercó más, rozando su muslo con la rodilla. Ella lo miró y se clavó los dientes en el labio inferior. No supo qué era lo que estaba pensando, pero podía imaginárselo.

—Aquí tienes.

Jack apartó la mirada de la boca de Fiona y agradeció a Allyson el pedido. Esa noche el servicio estaba siendo muy rápido.

Cuando la camarera se fue, él miró a Fiona. Ella tenía la atención concentrada en el postre, como si no quisiera mirarlo a los ojos. Él metió la mano debajo de la mesa y le tocó la rodilla. Tenía la piel cálida y suave; juraría que no llevaba los pantys que le había visto antes. O se los había quitado o tenía las piernas muy suaves.

—Has estado bebiendo —murmuró él, deslizando la mano por el interior del muslo—. ¿Cuántas copas de vino has tomado?

Ella le lanzó una mirada airada y le apartó la mano.

—Una. Tengo que irme.

—Estaba pensando que deberías quedarte. Podemos conseguir una habitación. —Entrelazó los dedos con los de ella y apoyó las manos en su regazo. Ella lo miró con las mejillas todavía más rojas.

—Hola, JB.

Carlos se detuvo ante la mesa. Si se pudiera matar a alguien con solo pensarlo, él lo habría hecho en ese momento.

—¿Qué pasa, Carlos?

Su segundo se sentó enfrente y él apretó los dientes. En ese pueblo no existía intimidad.

—Señora… —saludó Carlos a Fiona—. Perdona la interrupción, JB, pero he hablado con mi primo, el que trabaja en la oficina del sheriff del condado.

—¿Y?

—El asalto fue a las cuatro. Los chicos de la tele tuvieron un chivatazo para que estuvieran a la espera, justo lo que yo pensaba. Así es cómo consiguieron las fotos de Randy en acción.

Fiona retiró la mano y él se dio cuenta de que todavía tenían los dedos entrelazados.

—Sharon sigue en comisaría —continuó Carlos—. Se ha adelantado y enviado el boceto por fax a todo los medios que se perdieron la rueda de prensa.

—Es decir, a casi todo el mundo —puntualizó él.

—Lowell se ofreció para hacer un turno doble y cubrir las llamadas, pero hasta ahora no hay demasiadas respuestas. Solo un loco que llamó para afirmar que se parece a un pariente muerto.

—Eso pasa mucho —intervino Fiona—. Y solo empeora una

vez que el boceto está en circulación. Aun así, nunca se sabe cuándo recibirás la llamada correcta.

—Cuando la recibamos, estaremos listos —aseguró Carlos. Miró el pastel y Jack se lo acercó para darle un bocado considerable dejando claro que tenía dueño. Carlos acababa de tener un descanso prolongado, con cena incluida, y él no había comido en todo el día.

Fiona cogió la chaqueta y el bolso.

—Por favor, ¿me disculpáis?

Jack frunció el ceño.

—¿Adónde vas?

—Tengo que ir al cuarto de baño —repuso ella, y él supo que solo era una excusa para levantarse, pero salió del reservado para dejarla pasar y la observó mientras se dirigía hacia la parte posterior de la sala de billar.

—¿Volverás esta noche, jefe?

Se volvió a sentar.

—Es posible. Tarde.

Carlos lo miró fijamente, como si supiera lo que estaba pensando.

¡Joder! ¿Y qué? Llevaba trabajando todo el día en ese puto caso. Apenas había comido ni dormido. Su único descanso fue conducir hasta Austin para contratar a Fiona, y no se podía considerar precisamente como relajante, así que no contaba. Estaba tan tenso que estallaría en cualquier momento. Y aquella frustración sexual no ayudaba nada. Necesitaba alivio, y ya había decidido cómo encontrarlo.

Carlos seguía mirándolo fijamente, esperando sin duda a que le culpara por haberle molestado.

—Estaré a una llamada de móvil —dijo—. Si surge algo, estaré allí antes de que te des cuenta.

—Lo sé, JB.

—Entonces, ¿qué cojones miras?

—Nunca te había visto así.

—¿Cómo?

—Como un hombre que piensa con la *polla*.

Fiona se refrescó las mejillas con agua y se quedó mirando su reflejo en el espejo. ¿Qué estaba haciendo allí? Debería estar en casa, preparando las muestras para la exposición, cómodamente relajada en su apartamento, y sin embargo estaba en aquel pueblo perdido de Texas, en un estrecho baño de un bar de mierda, intentando contener

un alarmante ataque de lujuria.

Jack Bowman quería acostarse con ella. Quería llevarla a un motel de mala muerte para poner su mundo patas arriba.

Y podía conseguirlo. Cada vez que la tocaba, cada vez que la miraba con aquellos intensos ojos azules, comenzaba a arder por dentro.

Solo sería sexo. Sexo salvaje y físico. Estaba segura de que eso era lo que necesitaba para salir de ese estado gélido en el que se había sumido desde que vio entrar a Aaron en el Club Continental con aquella chica. En el instante en que los vio juntos, su deseo sexual se congeló.

Pero Jack lo había derretido. Era algo que había ocurrido desde el momento en que notó que él la observaba en la sala de conferencias. Había estado de pie en las sombras, apoyado en la pared, con aquel aspecto peligroso, decidido y demasiado prepotente. Justo el tipo de hombre por el que sentía debilidad.

Pero no se enamoraría de él. Sería solo sexo.

Escuchó el ruido del inodoro y enderezó la espalda ante el espejo. Se colocó las solapas de la chaqueta y se alisó la falda. Se limpió las manchas de rímel que tenía en los ojos y se arregló el pelo.

La mujer que tenía a su lado ante el lavabo llevaba unos Wranglers negros y un top escotado. Sacó un lápiz de labios y le sonrió en el espejo. El ritmo de la música country atravesaba las delgadas paredes.

—Esta noche está lleno —dijo ella, preguntándose por qué se sentía obligada a entablar una charla intrascendente con una completa extraña.

La mujer borró el exceso de cosmético con un pañuelo de papel y sonrió.

—Jarras de cerveza a cinco dólares todos los jueves. A Ralph siempre se le llena el bar. —Le guiñó un ojo y pasó junto a ella para salir del baño.

Cuando se fue, Fiona volvió a concentrarse en sí misma. No pertenecía a aquel lugar. No encajaba con esas personas tan abiertas y amistosas que vivían en granjas y bebían cerveza.

De nuevo estaba siendo una esnob. O quizá solo se tratara de que estaba demasiado tensa. Courtney siempre le decía que necesitaba despejarse y dejarse llevar, divertirse.

«Estaba pensando que deberías quedarte. Podemos conseguir una habitación».

Una habitación. En un motel barato. Resultaba curioso que no le hubiera dicho que fueran a su casa; a la pequeña casa en la que vivía no muy lejos de la granja Bowman y de su madre viuda. No le había pedido que conociera a sus hermanas, maestras de escuela, ni a

sus sobrinos. No le había pedido que entrara en su vida.

Lo que le había pedido, pensó, no era tan diferente de lo que Hoyt le había pedido.

«Parece que sabes manejar un palo. ¿Qué te parece si jugamos una partida de billar después de la cena?».

Jack quería sexo. Y ella también. Pero si se acostaba con él, ¿cómo se sentiría después? Nathan se enteraría, eso seguro, y en algún momento pasaría de ser una seria colaboradora a protagonizar bromas de vestuario. Ya había ocurrido antes. Era la extraña en un club de hombres. Siendo mujer, Fiona tenía que trabajar diez veces más que los hombres para que la tomaran en serio como artista, para conseguir una reputación profesional. Su bien ganada fama podía desaparecer en un instante si se quitaba la ropa ante la persona equivocada.

Tenía que volver a Austin.

Abrió la puerta y pasó ante la puerta de la sala de billar. El pasillo estaba oscuro y estuvo a punto de no ver la oscura figura que acechaba en el cuarto, junto al teléfono público.

—Estaba empezando a pensar que te había pasado algo.

El corazón le dio un vuelco cuando él salió de las sombras. El letrero de neón de la pared arrojó una luz azulada sobre su rostro. Sus fuertes rasgos parecían todavía más dramáticos que de costumbre; los pómulos, los labios, la barbilla prominente. Tenía que salir de allí.

Miro el reloj.

—Realmente necesito ir…

—¡Oh, no! De eso nada. —Jack la cogió de la mano y tiró de ella hacia el interior del cuarto, lleno de cajas apiladas y barriles metálicos—. Estas tratando de escaquearte… otra vez —aseguró él, obligándola con su cuerpo a apretar la espalda contra la pared, al tiempo que la miraba a la boca.

—Jack, por favor…

Él sonrió.

—Qué educada…

Jack capturó sus muñecas y las sujetó contra la pared, al lado de sus hombros. Ella lo miró y sintió su cálido aliento en la frente. Olía a lluvia, a cerveza y aftershave. Había echado de menos estar cerca de un hombre, lo había echado tanto de menos que le dolía. Y él debió de leer sus pensamientos, porque la besó.

Debería haber sabido que él iría directo al grano. Que tomaría el control y que no se rendiría hasta que la hubiera obnubilado por completo. Escuchó el ruido de la multitud, el repiqueteo de la máquina de discos… La pared parecía vibrar a su espalda y Jack la apretó contra ella, inmovilizándola con el peso de su musculatura, por lo que se sintió mareada por su fuerza, su calor y su sabor. Notó que le deslizaba una mano por el muslo hasta llegar al dobladillo de la falda.

Solo entonces se dio cuenta de que tenía las manos libres, ya no estaban contra la pared, sino apoyadas lánguidamente en sus hombros.

Él movió la boca a su cuello y dijo algo contra su garganta.

—¿Mmmm…?

—Melocotones —murmuró—. Hueles a melocotones.

Ella levantó una rodilla, frustrada por los límites que imponía su falda, y esos dedos fuertes se movieron para ayudarla, deslizando la tela más arriba y subiendo su pierna para que le abrazara con ella la cadera. Los vaqueros le rasparon la piel cuando se movió contra él.

—Estás ardiendo —dijo él—. ¡Dios! Ardes…

Y se sentía caliente. Febril y casi herida por la necesidad de tenerlo cerca. Él le lamió la sensible piel debajo de la oreja y ella sintió un tirón en lo más profundo de su interior. Lo deseaba en ese momento, en ese mismo segundo.

¡Santo Dios! ¿Qué le estaba pasando? Se encontraban en un lugar público.

—Estamos en un bar —susurró.

Él movió la boca sobre la de ella y, por un momento, se olvidó de todo lo que no fuera su maravillosa y ávida lengua.

¡*Crack*! El sonido procedió de la sala de billares, acompañado por los gritos de la gente.

—Jack… —Movió la cabeza y vio, con horror, que los clientes del bar pasaban por el pasillo. ¿Podían verla en la oscuridad? Estaban escondidos en las sombras, pero aun así…

Jack movió la mano hasta sus pechos al tiempo que frotaba la pelvis contra ella.

—Jack —siseó entre dientes—. ¡Jack! Tenemos que parar.

Él se detuvo. La mano quedó inmóvil sobre sus senos, con el pulgar justo encima del pezón. Pareció recuperar la cordura y se apartó de ella, dejando que le resbalara la pierna.

—Tenemos que salir de aquí. —Ella se bajó la falda y puso el pie en el suelo mientras buscaba el zapato. Debía de habérsele caído cuando le rodeó la cadera con el muslo.

¡Ay, Dios! ¿En qué había estado pensando?

Él entrelazó los dedos en su nuca y la miró.

—Ve aquí al lado —le dijo con voz ronca—. Pide la misma habitación que la última vez. Iré para allí en cuanto pueda pagar la cuenta.

Ella lo miró en la penumbra, clavando los ojos en la mirada hambrienta e impaciente que apareció en sus ojos. Nadie la había mirado así; como si fuera a explotar si no la poseía en el siguiente minuto. Fiona se sentía igual.

—Date prisa. —Se puso de puntillas y lo besó—. Si lo pienso

un poco más, perderé el valor.

9

Cuando salió de Becker's sintió el aire frío en la piel, húmeda de sudor. En el bar hacía calor, algo que ya había notado mientras cenaba. Y Jack no ayudó cuando se sentó a su lado para comenzar a meterle mano por debajo de la mesa.

Echó un vistazo a través del aparcamiento al destartalado motel. Si la señal luminosa no mentía, había habitaciones vacantes, y si el aparcamiento era una pista, tenían muchas más de una. Y ella estaba a punto de entrar en recepción y solicitar la habitación 22, la misma donde estuvo la última vez y donde esa noche tenía intención de mantener ardientes relaciones sexuales con un hombre al que apenas conocía.

Bueno, sí lo conocía. Había dejado de ser un completo desconocido después de la charla con Ginny, pero todavía no sabía cómo era. Y dada la distancia geográfica y el resto de cuestiones que los separaban, no esperaba que eso fuera a cambiar. Quizá por eso resultaba tan emocionante. Todavía tenía los labios hinchados por su boca y la piel erizada.

Se le hundió el pie en un bache y gritó cuando el agua congelada se coló en el zapato. Apoyó la mano en una *pickup* para quitárselo y sacudirlo.

—Fi-o-na…

Se dio la vuelta. Hoyt estaba junto al contenedor de basura que había en el límite de la parcela. Llevaba la familiar gorra y una cazadora; parecía como si acabara de salir a fumar un cigarrillo.

¿O la había seguido al exterior?

—Hola, Hoyt —respondió, fingiendo una comodidad que no sentía.

Él tiró el cigarrillo y caminó hacia ella, y Fiona notó que no guardaba demasiado bien el equilibrio. Ella reanudó su camino hacia los vehículos, deseando poder recordar con seguridad dónde había aparcado el suyo.

—Me prometiste una partida de billar. —La alcanzó y ella miró a su alrededor buscando alguna señal de Jack.

—Vamos a dejarla para la próxima vez —repuso ella, apurando el paso. Divisó el parachoques de su pequeño coche blanco bastante lejos de allí.

—¡Eh! —Él la retuvo por el codo con firmeza. Ella se sintió aterrada e intentó zafarse—. Te estoy hablando a ti.

¡Santo Dios! Estaba borracho y enfadado. Y estaban solos entre un mar de *pickup*s.

—De acuerdo, tú ganas. —Forzó una sonrisa aunque su corazón latía a toda velocidad—. Vamos a entrar a jugar esa partida.

Él le apretó el brazo con más fuerza. Ella percibió el olor a cerveza y a tabaco.

—Hoyt, me estás haciendo daño.

Una lenta sonrisa de medio lado se extendió por su rostro, y ella supo que no tenía intención de dejarla marchar. Todas las clases de defensa personal que había tomado en su vida inundaron su mente, pero estaban mezcladas y batidas como si fueran una sopa. De pronto, recordó los tacones de los zapatos y, con una explosión de adrenalina, le pisó el pie.

—¡Joder!

La soltó y ella comenzó a correr, pero un tirón en la coleta la hizo caer de espaldas sobre el asfalto. El dolor irradió desde el coxis y se le llenaron los ojos de lágrimas. Escuchó un ruido sordo y algo pesado se estrelló contra una *pickup* cercana. Desde el suelo vio un borrón de tela vaquera y cuero cuando Hoyt comenzó a luchar con alguien junto al vehículo.

«Jack».

Fiona se puso en pie justo en el momento en el que Hoyt clavaba el puño en la cara de Jack.

—¡Oh, Dios mío! —gritó, corriendo hacia delante—. ¡Deteneos!

Ella recibió el impacto de un codo en la boca y se tambaleó hacia atrás hasta chocar contra un coche. Jack cayó sobre Hoyt y, un instante después, los dos rodaban por el suelo en una maraña de puñetazos y gruñidos.

Ella se aferró al lateral de la *pickup*, tratando de deshacerse de la sensación de mareo.

—¡Estás arrestado, imbécil! —La voz de Jack sonó ahogada mientras luchaba contra Hoyt. Seguía golpeando al otro hombre con una mano mientras intentaba coger algo con la otra. ¿Las esposas? ¿Un arma?

—¡Basta! —gritó ella. Vio el bolso en el suelo y lo recogió—. ¡Deteneos ahora mismo!

Jack logró rodar hasta quedarse encima, pero Hoyt le golpeó en la nariz y recuperó el control. Ella vio un destello metálico y que a Jack le sangraba la nariz. ¿Alguno de ellos estaba usando una navaja?

Metió la mano en el bolsillo y sacó su arma.

—He dicho que os detengáis.

Apuntó a la derecha del pecho de Hoyt, pero tenía la atención concentrada en Jack.

Él alzó la mirada hacia ella y Hoyt aprovechó su sorpresa para propinarle otro golpe.

—¡Hoyt! —chilló.

Por fin, el borracho la miró y Jack aprovechó la oportunidad. Otro destello metálico y la muñeca izquierda de Hoyt acabó rodeada por una esposa.

—¿Qué coño…? —balbuceó, mirándose las manos, el arma y luego otra vez los brazos.

Jack se puso en pie llevando a Hoyt consigo. Ella observó cómo le ponía el brazo en la espalda y lo empujaba contra el vehículo más cercano.

—Estás arrestado —informó mientras cerraba la esposa correspondiente en la otra muñeca. A continuación la miró a ella—. ¡Guarda eso!

Ella tenía las manos rígidas en torno al revólver. Lo bajó, apuntando al suelo, y emitió un hondo suspiro. De repente sentía las piernas débiles y se desplomó contra el costado de la *pickup*.

Él meneó la cabeza mientras sacaba el móvil del bolsillo trasero. Tocó la pantalla y se lo llevó a la oreja.

—¿Carlos? Sí, soy yo. Acabo de arrestar a Hoyt Dixon por borrachera y desórdenes públicos, además de otras historias.

Hoyt se revolvió contra la camioneta y volvió la cabeza hacia ella. Tenía un corte en el ojo derecho y la sangre resbalaba por su rostro. Jack le dio un sopapo en la oreja mientras soltaba un gruñido antes de volver a atender al teléfono.

—Envía a Sharon para acompañar a Fiona Glass al motel. Y que traiga un kit de primeros auxilios.

—Jack, no es necesario que…

—No digas ni una palabra. —Él le lanzó una mirada mordaz mientras arrastraba a Hoyt entre los coches—. Espérala dentro.

Ella lanzó un suspiro mientras guardaba la pistola en el bolso. Notaba sabor a sangre en la boca y le picaba la barbilla, pero lo último que quería era que Sharon tuviera que atenderla.

—Venga, Jack, es ridículo. No necesito…

—Hazlo —dijo él—. Volveré en cuanto termine.

Ella pensó en discutir, pero parecía como si a él se le estuviera agotando la paciencia. Y, aunque ella no precisaba un equipo de primeros auxilios, era evidente que él sí lo necesitaba. Le goteaba sangre de la nariz y, mientras le recitaba a Hoyt sus derechos, estaba comenzando a hinchársele el párpado. Así que en vez de decir nada, obedeció.

Se escuchó la débil sirena de un coche patrulla. El sonido se acercó y la gente salió del bar para ver el espectáculo. Aquella iba a ser una noche muy larga.

Jack miró a la multitud y luego a ella; supo que había adivinado lo que estaba pensando.

—Lo digo en serio, Fiona. Ni se te ocurra largarte.

Jack hizo otro barrido visual de la zona antes de llamar a la puerta de Fiona. Su coche seguía aparcado en Becker's, así que era posible que ella hubiera seguido sus instrucciones y permitido que Sharon la acompañara.

Ella abrió la puerta. Estaba despeinada y, aunque llevaba puesta parte del traje chaqueta, se había soltado el pelo y sustituido los zapatos de tacón por unas chanclas amarillas.

—No has preguntado quién era.

—Hay mirilla —se justificó ella, poniendo los ojos en blanco.

Pasó junto a ella y entró en el dormitorio. Fiona había encendido las lámparas y había puesto el calefactor al máximo. Su abrigo y la chaqueta estaban colgados en el respaldo de una silla y el *trolley* estaba aparcado junto a la puerta del cuarto de baño.

Quizá sí tenía intención de pasar allí la noche después de todo.

—Has sido rápido —comentó ella mientras cerraba.

—He dejado que Carlos se encargue del papeleo. —La atrajo hacia la luz de la mesilla de noche y le levantó la barbilla con el dedo —. ¿Qué te ha pasado en el labio?

—Recibí un codazo. Está bien, de verdad. Me he puesto hielo.

Él le cogió las manos y las miró. Tenía algunos rasguños de poca importancia en las palmas, pero ya se los había limpiado. El coxis debía dolerle un montón. Había salido del bar justo a tiempo de ver cómo Hoyt le tiraba del pelo, haciendo que doce años de formación policial salieran volando por la ventana. Recorrió corriendo el aparcamiento presa de una rabia ciega. Matar a Hoyt era el único pensamiento que tenía cabida en su cabeza.

Un error. Debería haber manejado la situación como el profesional que era.

Se tragó la amargura.

—Sharon me ha dicho que no has querido ver a un médico.

—No.

—¿Seguro que estás bien?

La oyó suspirar.

—Estoy bien, son solo rasguños.

Sí, eran solo rasguños, pero podía haber sido mucho peor.

Metió las manos en los bolsillos y se dirigió al otro extremo de la pequeña habitación. La ira inundaba su cuerpo con tanta fuerza que le daba miedo.

—Así que llevas un arma, profesora —dijo al ver su bolso en el

tocador, señalándolo con la cabeza—. ¿Te importa si…?

—Adelante —lo invitó ella con la mano. A continuación se acercó a la mesa y levantó la tapa de una cubitera. Comenzó a llenar de cubitos una bolsa de plástico transparente.

Él abrió la cremallera del bolso. Era pequeño y elegante, de suave cuero negro. Jamás hubiera imaginado que llevaba un puto revolver en su interior.

—¿De dónde has sacado esto? —preguntó, mostrando el arma. Era un Ruger .357 con cañón de veinte centímetros.

—Me lo dio mi abuelo.

Comprobó el cilindro. Estaba cargado.

—¿Quién es tu abuelo? ¿Jesse James?

Ella no respondió y él alzó la vista; le estaba observando con incomodidad mientras él estudiaba su arma.

Volvió a meterla en el bolso y lo cerró con cuidado.

—¿Cuánto tiempo hace que lo llevas encima?

—Tres años.

Cruzó los brazos.

—¿Puedes decirme por qué?

—No me apetece mucho.

—¿Tienes permiso de armas?

—Sí.

—¿Sabes usarlo?

—Sí.

—¿Quién te enseñó?

—Mi abuelo.

Estaba intentándolo, de verdad, pero la frustración alcanzó el punto de ebullición. Estaba enfadado con Hoyt, con Fiona y, sobre todo, consigo mismo. La había invitado a salir sola del bar. Sí, estaban en Graingerville, pero por desgracia había gilipollas en todas partes, como bien se había encargado de demostrar Hoyt.

Fiona dio unos pasos hacia él y alzó una mano vacilante hasta su ceja. Palpó la piel por encima del corte y él se estremeció.

—Vamos a hacer un trato —sugirió ella en voz baja—. Yo te contaré todo lo relativo al Ruger si permites que te cure el ojo. —Sin esperar respuesta, ella le cogió la mano y lo condujo hasta la cama. Él se sentó en el borde y la miró, en silencio, mientras ella se dirigía hacia el tocador. Sharon, que sí seguía sus órdenes, había dejado en manos de Fiona un botiquín de primeros auxilios.

Cuando regresó junto a la cama, ella dejó unos tubos en la mesilla junto con la bolsa de hielo que había llenado previamente. A continuación orientó la lámpara para tener más luz.

—¿Eso es un cepillo de dientes? —preguntó él, frunciendo el ceño.

—Sí.

La vio coger un tubo de lo que, en un primer momento pensó que era pomada, pero que en realidad era Colgate. Ella lo apretó sobre la punta del dedo y extendió la pasta alrededor de su ojo izquierdo, donde se estaba formando el hematoma. Después de frotarla, Fiona le encerró la cara entre sus manos y le obligó a subirla. Tenía las manos suaves. Observó sus ojos bajo la luz de la lámpara mientras seguía deslizando el cepillo de dientes sobre su piel.

—¿Así es como tratan las ojeras en California?

Ella sonrió, pero no dejó de mirar el moratón.

—La menta estimula la circulación y ayuda a romper el coágulo de sangre que hay bajo la piel. Igual que el cepillo de dientes. —Siguió trabajando un poco más la zona y él contuvo el aliento cuando llegó a la parte más sensible, justo encima del párpado—. Con un poco de suerte, no estará demasiado mal por la mañana. Si aplicas un poco de corrector, incluso podría pasar, en caso de que tengas una rueda de prensa.

Jack la miró con inquietud.

—¿Dónde aprendiste eso?

Ella se encogió de hombros.

—Aquí y allí.

Él observó su expresión. Por alguna razón había erigido un muro de privacidad con una gran señal de advertencia.

Aquella mujer le volvía loco. Un minuto se mostraba distante y al siguiente compasiva. Aborrecía la violencia, pero llevaba en el bolso un arma capaz de hacer un agujero del tamaño de una pelota de béisbol. Se ganaba la vida pintando hermosos cuadros al óleo, pero también retratos de asesinos. Vestía formales trajes de negocios, pero tenía el cuerpo de una *playmate*.

Y cuanto más tiempo estaba con ella, más loco le volvía. ¿En qué había pensado esa noche? ¡Dios! ¿Habría creído que necesitaba su ayuda para derrotar a Hoyt Dixon? Si después de que sacara el arma se hubieran torcido las cosas, una pelea en un aparcamiento podría haberse convertido en un encuentro mortal.

—Fiona… —Le cogió la muñeca y esperó a que ella le mirara —. ¿Qué me ibas a contar del arma?

Ella no dijo nada.

—Hicimos un trato.

La vio bajar la mirada y aclararse la garganta antes de volver a subir los ojos.

—Hace unos cuantos años, en Los Ángeles, trabajé en un caso en el que estaban involucradas algunas pandillas. Testifiqué en el juicio. Después de ir a la cárcel, uno de ellos me empezó a acosar a través de sus contactos en el exterior.

—Define «acosar».

—Cartas amenazadoras. Llamadas obscenas. Alguien entró en mi apartamento y lo destrozó todo. Me asusté.

—¿Qué pasó entonces?

Ella retiró la mano de la suya y dejó el cepillo de dientes en la mesilla de noche.

—El tipo estaba entre rejas y nadie podía demostrar que fuera el culpable. Hablé al respecto con mi supervisor, pero creo que todos pensaban que estaba paranoica. Y quizá lo estuviera.

Jack estaba seguro de que no era así. Si ella estaba segura sobre el origen de la amenaza, seguramente tendría razón. Aunque era un hombre que prefería pruebas, también creía en las intuiciones.

—De todas maneras, dejé de aceptar casos durante un tiempo. Fui a visitar a mi abuelo varios meses, conseguí un poco de sosiego. Cuando regresé a Los Ángeles, la situación estaba más tranquila, aunque pronto volvió a ser igual y no me sentía segura en ninguna parte. Así que decidí mudarme.

Apretó la bolsa de hielo contra su ojo y él hizo una mueca.

—Mantenla ahí durante unos minutos —ordenó ella, sustituyendo su mano con la de él.

Ella caminó hacia el lavabo y él la miró mientras pensaba en lo que le había pasado. Fiona se había ocupado de algunos criminales peligrosos a lo largo de su carrera y tenía razones para mostrarse cautelosa.

Cuando regresó traía un poco de ungüento.

—¿Y qué ocurrió con Courtney? —preguntó—. ¿Estaba aquí o te acompañó?

—Nos mudamos juntas. —Su rostro era inexpresivo—. Estaba harta de California y quería comenzar de nuevo.

Un nuevo comienzo. ¿Por qué se sentía como si estuviera recibiendo la versión aséptica y abreviada de la historia?

—Voy a ocuparme de tu nariz —dijo ella, poniendo la pomada bajo uno de los agujeros de la nariz. Ya se lo había hecho él en comisaría, pero deprisa y corriendo.

—¿Qué le va a ocurrir a Hoyt? —preguntó.

—Pasará la noche en la celda. Seguramente le llevará un par de días encontrar a alguien dispuesto a pagar su fianza de nuevo.

—¿Es reincidente?

—Eso es un eufemismo. Bebe demasiado y le gusta meterse en peleas.

Ella apretó los labios y él se preguntó si estaría pensando que no se tomaba en serio los acontecimientos de esa noche.

—No te preocupes, esta vez ha subido un peldaño. Atacó a dos personas; dos agentes de la ley.

Ella alzó una ceja ante esa descripción, pero no dijo nada.

—Esta vez lo procesarán. El fiscal seguramente lo utilizará como ejemplo, y si no tiene intención de hacerlo, le convenceré de ello.

Fiona le miró, parecía cansada.

—Ven aquí. —Lanzó la bolsa de hielo a un lado. Le puso las manos en las caderas y la atrajo entre sus rodillas.

—Todavía no he acabado de curarte.

—Sí, ya has acabado. —Tiró de la seda para sacarla de la cinturilla de la falda y deslizó las manos debajo. La piel era suave y cálida; sintió cómo se estremecía. Le subió la blusa mientras la miraba a los ojos—. Déjame verte —susurró.

Ella lo estudió durante un momento, antes de pasarse la blusa por la cabeza y dejarla caer con suavidad en la cama, junto a él. Fiona permaneció allí, ante él, por fin desprovista de todas esas capas que la cubrían.

—Eres preciosa. —Jack alzó la mano para ahuecarla sobre un pecho, acariciando el pezón por encima del encaje color crema. Se inclinó hacia delante y repitió el gesto en el otro seno. El sujetador tenía un pequeño capullo de rosa entre ambos pechos y él besó la suave piel justo encima. Volvió a bajar las manos a sus caderas y luego le rodeó la cintura en busca de la cremallera de la falda.

—Está en un lateral —susurró ella, moviéndole la mano.

Él tiró de la lengüeta hacia abajo y deslizó la falda sobre sus curvas. Fiona tenía un lunar justo debajo del ombligo y, cuando lo besó, la oyó contener el aliento. Siguió bajando la boca, saboreando la piel hasta que… sonó el teléfono.

Ella se quedó helada.

La miró mientras el aparato volvía a sonar. Maldijo entre dientes y se dejó caer de espaldas sobre la cama. Sacó el teléfono del bolsillo y vio el número de Lowell en la pantalla.

—¿Qué?

—Acaba de llegar una mujer llamada Nola Fuentes.

—¿Y? —preguntó, sentándose de nuevo.

—Bueno, apenas era capaz de entenderla. Estaba llorando y eso. Por fin, apareció Carlos y pudimos hablar con ella.

Fiona recogió la blusa y volvió a ponérsela. A continuación se subió la falda mientras él le lanzaba una mirada de disculpa. Ella mostraba una máscara de compostura.

—Escúpelo de una vez, Lowell.

—Se trata de la chica, jefe. Esta mujer dice que la imagen que vio en las noticias de las diez es igual a su hija.

10

Natalie Fuentes. Natalie.

El nombre llevaba todo el día resonando en la mente de Fiona.

Natalie. Era un nombre que sonaba joven, lleno de promesas. Las Natalies del mundo eran muchachas hermosas y sonrientes con un montón de amigos. Niñas cuyos teléfonos no paraban de sonar y cuyas taquillas siempre estaban rodeadas de gente. Las chicas con ese nombre tenían personalidades burbujeantes y sedoso pelo largo, y chicos que las acompañaban a casa después de los partidos.

Sabía que era una ilusión. ¿Cómo iba un nombre a determinar la vida de una persona? Pero ella unía los nombres a sentimientos y, en su mente, hasta ese día por lo menos, Natalie había sido uno de los más felices.

Según Jack, su ilusión no estaba demasiado lejos de la realidad. Durante el trayecto de vuelta a Austin, al día siguiente, él la llamó. Se disculpó por haber tenido que salir de nuevo de manera brusca y luego la puso al tanto de las noticias sobre la víctima.

Natalie Fuentes había sido una buena estudiante y capitana del equipo de animadoras en el instituto de Meyersberg. Quince meses atrás había sido nominada a reina del instituto. Hacía cinco meses que se había matriculado en San Pedro College, en Hamlin, Texas.

Dos semanas antes fue violada brutalmente y estrangulada, y luego abandonada sobre la hierba congelada, cerca de la autopista 44.

Ni ella ni el doctor Jamison habían calculado su edad correctamente. Natalie tenía dieciocho años recién cumplidos. Había regresado a la universidad después de las vacaciones de Navidad, pero jamás llegó a su destino. Su madre llevaba doce días sin saber nada de ella, pero dijo que no era inusual. Al parecer, su hija estudiaba mucho y tenía una vida social muy activa.

El cuerpo de Natalie sería devuelto ese mismo día a la familia.

Por lo general, cuando conocían por fin la identidad de una víctima, la envolvía una sensación de cierre porque, cuando los familiares despedían en algún lugar a su ser querido, ella sentía una especie de satisfacción por haber ayudado a que eso fuera posible, por ser una de las personas que habían dado nombre y dignidad a la víctima.

Pero ese día no se sentía así. Por el contrario, había pasado la mayor parte de ese frío viernes envuelta en una ira al rojo vivo, así que cuando llegó a casa desde el trabajo, se quitó los vaqueros y decidió hacer lo único que sabía que la ayudaría.

Ahora estaba frente al bastidor, con el arma cargada, dispuesta

a trabajar.

Pop. El retroceso la sorprendió. *Pop-pop*. El brazo se estremeció. *Pop*. Con cada disparo, sentía un pequeño alivio.

La puerta se abrió, dando paso a Courtney. Su hermana la miró y se detuvo en seco.

—¿Qué te ha pasado?

—¿Por qué? —Ella miró la madera y apuntó. *Pop*.

Courtney dejó caer el bolso y el abrigo en el sofá.

—Porque estás molesta. Siempre estiras los lienzos cuando estás enfadada.

Ella frunció el ceño sin dejar de mirar su objetivo. No sabía que alguien se había dado cuenta. Pensaba que aquella era su forma secreta de combatir el estrés.

—¿Un mal día? —preguntó Courtney.

—Se podría definir así. —Fiona dejó la pistola de grapas y dio la vuelta al marco de madera—. ¿Quieres ayudarme?

—Claro.

—Coge esto —le ordenó—. Y tira tan fuerte como puedas.

Courtney se acercó y puso las manos en el marco. Ya la había ayudado antes con esa tarea, así que sabía lo importante que era conseguir que el lienzo estuviera tan tenso como fuera posible. La tela tenía que quedar tirante al ser montada en la madera, pero no con tanta fuerza como para poder rasgarse. Ella solía dar la vuelta al marco con frecuencia, por lo que el tejido se extendía de manera uniforme por todas partes.

Courtney movió los pulgares por debajo de la tela.

—Este es enorme.

—Ténsalo.

Courtney tiró con fuerza.

—Tienes las manos agrietadas —observó Fiona.

—Gajes del oficio.

Su hermana había pasado por una amplia variedad de puestos de trabajo en la industria de la belleza. En el que ocupaba ahora, como estilista en un exclusivo salón de belleza, trabajaba con productos químicos todo el rato y se lavaba las manos con frecuencia.

—¿Es para la exposición?

—Esa es la idea. Se supone que será el lienzo más grande de la serie Río Blanco.

—¡Guau! —dijo Courtney—. No me sorprende que sea tan grande.

Fiona tenía estructurada por completo aquella composición de dos por dos metros. La había planificado hacía semanas, pero todavía no había tenido tiempo para empezarla hasta esa noche, lo que era una locura, dado que iba a ser la pieza central de la exposición.

—¿Qué tal le va al detective? —preguntó Courtney.

Ella suspiró.

—No es detective. Es jefe de policía.

—Bueno, ¿y dónde está esta noche?

—Trabajando en un caso.

—¿El de la chica sin identificar?

—Se llama Natalie Fuentes. —Apuntó con la pistola de grapas. *Pop*.

—¿Cómo?

—Natalie Fuentes. La identificaron ayer por la noche. Era una estudiante universitaria de primer curso. Una animadora. — *Pop*—. Una de las bajitas, ya sabes. De las que van en la parte de arriba de la pirámide.

Giraron el marco de nuevo y Courtney tensó otra sección de tejido. Era buena en eso; siempre lo había sido. Un lienzo correctamente estirado era el primer paso para obtener un buen cuadro. Una de sus primeras profesoras en el Centro de Arte de Los Ángeles le había metido la fórmula en la cabeza; la tela no puede abrirse, ni arrugarse y, por Dios, las grapas deben estar rectas.

—Se le llama voladora —exclamó Courtney.

—¿De qué hablas? —Ella alzó la mirada.

—De la chica que va en la parte superior de la pirámide. Es la voladora. Es la más ligera, por eso sube tan alto. A veces hasta a más de seis metros.

Ella arqueó las cejas.

—¿Cómo lo sabes? —Courtney se había mantenido bien alejada de las animadoras en su paso por el instituto.

—Algunas clientas traen a sus hijas a darse mechas. —Su hermana encogió los hombros—. Puedo contarte todo lo que quieras saber sobre lo que ocurre en los institutos más pijos.

Ella meneó la cabeza ante la ironía. Courtney y ella no se habían codeado con esa clase de gente en secundaria. Ella había sido la tranquila y su hermana la promiscua del curso, la que buscaban todos los muchachos y las demás chicas odiaban.

Pop. Pop. Pop.

—Bueno, esto es todo. —Retrocedió para mirar—. No está mal. Gracias por la ayuda.

—De nada.

Courtney se quitó el jersey mientras cruzaba el apartamento.

—¿Te importa si te cojo algo prestado para esta noche? Salgo a cenar con David.

Observó la flor de loto que su hermana tenía tatuada en el hombro.

—Pensaba que vivía en Dallas.

—Así es, pero últimamente tiene un montón de negocios en Austin. —Sonrió por encima del hombro—. Creo que le gusto.

Fiona apoyó el lienzo en la pared y siguió a su hermana hasta el cuarto de baño. Courtney retiró la cortina de la ducha y abrió el agua caliente.

—¿A ti también te gusta? —Su hermana no la miró, como siempre que hablaban—. ¿Es un buen hombre?

—Sí. —Courtney se quitó los pendientes—. Me trata bien. Me habla. Me habla de sus casos. Su trabajo es muy interesante.

Ella recordó que aquel hombre era abogado. Sabía que la semana siguiente su hermana comenzaría a hablar sobre ir a la facultad de derecho. No es que no fuera lo suficientemente inteligente como para hacer lo que quisiera, es que no era demasiado constante.

—Deja de preocuparte —le dijo Courtney.

—No estoy preocupada.

—Sí, lo estás. Lo noto. No lo hagas, ¿de acuerdo? No es que me vaya a casar con él o algo así.

—¿Dónde te has hecho ese tatuaje? —preguntó ella, cambiando de tema.

—¿Cuál? ¿La flor de loto?

—¿Tienes más?

—Sí, también tengo el símbolo del ying y el yang. —Se bajó un poco la falda y le mostró el pequeño disco blanco y negro, justo debajo del hueso de la cadera izquierda—. Lo tengo desde hace un año. Los dos me los hicieron en una tienda del centro.

—Mmm… —Fiona le pasó los dedos por encima—. ¿Te dolió?

—Fue soportable. —Sonrió—. ¿Por qué? ¿Quieres ponerte uno?

—Siento curiosidad. —Se apoyó contra el lavabo—. Imaginemos que quisiera tatuarme una esvástica, ¿podría ir a un sitio cualquiera y pedirla sin más? ¿O sería algo tabú?

Courtney bajó la tapa del inodoro y se sentó encima para quitarse los zapatos. Tenían estrechas correas en los tobillos y unos tacones de aguja preciosos, pero que debían resultar demoledores.

—Tatuaje tabú —reflexionó su hermana—. Creo que eso es un oxímoron.

—¿Podría conseguirlo?

Vio que Courtney se encogía de hombros.

—No lo sé, la verdad, tendría que comprobarlo. Nunca he visto que nadie pidiera motivos neonazis. Es posible que sea algo que no se habla, que se hace en una trastienda o algo así.

—¿Dónde tengo que preguntar?

—¿De verdad quieres saberlo? —preguntó Courtney con una sonrisa—. Iré contigo.

—¿De veras?

—Estoy segura de que será divertido. Podríamos mirar tatuajes, piercings… Es para una investigación, ¿verdad? No quieres ponerte uno, ¿no?

Ella arrugó la nariz.

—No te cierres en banda —aconsejó su hermana—. Se me ha ocurrido que estarías muy sexy con uno en el ombligo. Jack lo miraría y tendría un orgasmo.

—No estamos acostándonos. —«Todavía».

—Lo que tú digas. Voy a llevarte a uno de esos lugares de la calle sexta. —Courtney miró el reloj antes de quitárselo y ponerlo en el tocador—. Tenemos que salir lo antes posible, he quedado a las nueve.

Ella suspiró y hundió la cara entre las manos.

—¡Dios! ¿Qué me ocurre? Debería pintar esta noche y, sin embargo, me voy a hacer un *tour* por locales de tatuajes. —Miró a Courtney—. Si no consigo acabar los cuadros a tiempo, mi carrera terminará antes de empezar.

Courtney alzó una ceja.

—¿De qué carrera hablas?

—¡De mi carrera artística! Para la que estuve preparándome seis años. La que llevo soñando desde que era niña. Lo estoy mandando todo a la mierda.

Su hermana ladeó la cabeza. Tenía esa mirada que decía que la entendía. Que la entendía mejor que nadie.

—Ya tienes una carrera, y eres muy buena en ella.

—Pero estoy intentando dejarlo.

—¿Lo dices de verdad? Yo creo que si de verdad lo quisieras dejar, lo habrías dejado ya del todo.

El Gato Egipcio estaba al final de la calle sexta, justo después de una serie de pubs llenos de gente y clubs de baile. Fiona siguió a Courtney al interior, aliviada de alejarse de la multitud de estudiantes universitarios y del aire amargo de la noche.

La habitación era cálida. Telas estampadas cubrían de manera intrincada los artefactos de iluminación, dotando al espacio de un brillo silencioso. Los acordes de música Sitar la envolvieron y le dio la impresión de estar entrando en un restaurante hindú y no en un salón de tatuajes.

—No es lo que esperaba —susurró, quitándose el abrigo. Al fondo de la sala colgaba una cortina de color azafrán, de donde

provenía un zumbido sordo.

—Lo sé. ¿No es una pasada? —Courtney la condujo hasta una pared llena de dibujos. Casi todos los diseños parecían orientales. Reconoció unos símbolos celtas y algunos jeroglíficos. ¿Y las mujeres desnudas y los lemas de moteros? Aquel lugar parecía un poco exclusivo para poder encontrar lo que estaban buscando.

—Me encanta el olor a incienso —confesó Courtney, examinando los dibujos—. Te hace pensar en algo distinto a la aguja.

Lanzó a su hermana una mirada cargada de escepticismo. Dudaba que nada consiguiera que dejara de pensar en la aguja, solo una buena dosis de morfina.

—Este te vendría muy bien —comentó Courtney señalando un carácter chino—. Significa doble alegría. Quizá se te pegara algo.

—Soy muy alegre —alegó, volviéndose hacia su hermana.

—Sí, claro.

—¿Qué quieres decir?

—Que últimamente estás demasiado seria. Tienes que deshacerte de ese estrés. Pasar un buen rato.

—Me divierto —repuso, ahora a la defensiva.

—No te has divertido desde que rompiste con Aaron.

—Eso no es verdad.

—Solo te dedicas a trabajar a todas horas. Estás evitando a los hombres.

—No, no lo hago.

Courtney le lanzó una mirada que decía «sí, claro».

—Entonces dime, ¿qué pasó con Jack la otra noche? ¿Por qué no lo subiste a casa?

—Porque estabas tú.

—Yo iba a salir. Deberías haberlo invitado a subir. Está como un tren y creo que sería bueno para ti. Parece digno de confianza.

Ella se mordió la lengua. No necesitaba consejos amorosos de Courtney. Su relación más larga no había llegado a tres meses.

—No te enfades. —La expresión de su hermana se suavizó—. Solo quiero decir que creo que deberías empezar a salir de nuevo. Relajarte un poco. No todo el mundo va a hacerte daño.

Un hombre con el pelo oscuro y muy corto salió desde detrás de la cortina, evitándole tener que responder. Tenía la piel bronceada, constitución sólida y musculosa y los brazos llenos de tatuajes tribales.

—Hola. —Se acercó, concentrándose en Fiona—. ¿Necesitas ayuda?

Ella se quedó muda. Cuando estaban juntas, los hombres solían dirigirse primero a Courtney. Debía ser por el atuendo. Llevaba un suéter color carmesí, muy escotado, con mangas acampanadas y ceñidos vaqueros de cintura baja.

—Queríamos hacerte algunas preguntas —respondió Courtney—. Pero no queremos que pierdas un cliente ni nada por el estilo. ¿Estás ocupado?

—Esta noche va todo muy lento. —Él sonrió y volvió a concentrarse en Fiona—. ¿Qué puedo hacer por ti?

Ella se aclaró la garganta, tratando de no fijarse en los piercings que tenía en el labio.

—Me preguntaba sobre los diseños. ¿Esto es todo lo que haces?

Sonaba muy vago, pero estaba nerviosa. Él no dejaba de mirarla con aquellos ojos negros tan sensuales.

—No, puedo tatuar cualquier cosa. ¿En qué estabas pensando?

—¿Qué ocurriría si te pidiera una esvástica? —espetó, consiguiendo que él arqueara las cejas.

—Está hablando hipotéticamente —puntualizó Courtney—. ¿Tatuarías una esvástica si alguien te lo pidiera?

Él miró a una y a otra antes de clavar los ojos en Fiona.

—Yo no lo haría. Pero es una opción personal. Sin embargo, hay otros tatuadores que sí lo harían. No sería aquí.

—¿Adónde tendría que ir? —preguntó ella.

Él la miró de arriba abajo.

—No me pega nada que quieras tatuarte una esvástica. ¿Te lo has pensado bien?

—No sería para mí. Solo estoy haciendo una pequeña investigación.

Él se relajó al escucharla y volvió a sonreír.

—Ah, vale. Tienes más aspecto de artista.

Fiona miró a su hermana. ¿Cómo lo habría adivinado?

Lo vio cruzarse de brazos y mirar especulativamente sus cabellos rubios.

—Te veo con algo celta. Quizá una cruz o un árbol de la vida.

—No quiero tatuarme nada.

—¿Por qué no? —se interesó él.

—Sí, ¿por qué no? —repitió su hermana.

A ella no se le ocurrió ningún motivo.

—Yo creo que piensa que dan mala imagen —susurró Courtney.

—¡No es cierto!

Su hermana puso los ojos en blanco.

—Sencillamente, son demasiado permanentes —explicó ella—. Me aburro hasta de la cortina de baño después de seis meses. Además, no soporto el dolor.

El tipo sonrió.

—No duele tanto como crees.

—No, es cierto. Apenas me enteré de cuándo me hizo el último —añadió Courtney—. Pero siempre puedo emborracharte y regresar después. Hay un pub justo aquí al lado.

Lanzó a su hermana una mirada mordaz.

—Solo he venido a preguntar algunas cosas.

—¿Entiendes lo que digo? Eres demasiado seria —suspiró—. Voy a echar un vistazo.

Cuando Courtney se alejó, ella se volvió hacia el hombre.

—Venga —la animó con una amplia sonrisa en el rostro—. Pídeme lo que quieras.

Jack odiaba los estereotipos, pero las situaciones desesperadas pedían medidas desesperadas. Además, en Sunrise Donuts servían un café muy bueno. Estaba con la segunda taza de esa mañana y su tercer donut de chocolate cuando sonó su móvil.

—¿Sabías que tienes uno de los mejores centros de tatuaje del país a solo una hora de distancia de ti?

Apartó el móvil de la oreja y comprobó el número. Sí, era Fiona.

—¿Podrías repetirlo?

—Te he dicho que uno de los mejores centros de tatuaje del país, aunque en realidad le llaman estudio, está en la I-35, a menos de cien kilómetros de donde estás. He pasado allí toda la mañana y me ha resultado una experiencia fascinante.

—¿De verdad?

—Algunos de los piercings me parecían vomitivos, así que estuve la mayor parte del tiempo interesándome en los tatuajes. Hacen de todo, desde animales hasta diseños tribales. Incluso pueden copiar algo de un personaje famoso. ¿Sabías que *The Rock* tiene un toro Brahma en el bíceps derecho?

Jack condujo por las calles del centro y pensó que estaban inusualmente tranquilas para ser un sábado por la mañana. Lo atribuyó a las malas condiciones meteorológicas.

—¿Te refieres al luchador?

—Sí, a él. Según parece, el toro simboliza la virilidad. Es un diseño muy popular en el centro de Texas… O eso me han dicho.

—Muy interesante, profesora. Sin duda no tiene nada que ver con el fútbol americano.

—¿Cómo?

Jack suspiró.

—No importa. Oye, si estás pensando en tatuarte algo allí,

debería advertirte que ese lugar ha sido penalizado con un montón de multas por el departamento de salud. Al parecer utilizaban un equipo en malas condiciones higiénicas.

Pero él sabía que no era eso lo que interesaba a Fiona. De hecho, él sabía por qué había movido ese precioso culo suyo hasta allí. Estaba investigando sobre el tatuaje de la esvástica.

Entró en el aparcamiento de la comisaría y detuvo la *pickup* en la plaza reservada para el jefe de policía.

—Me dijiste que planeabas pasarte el fin de semana pintando.

—Y esa era mi intención. Lo haré, claro. Pero se me ocurrió algo y quería hacer una pequeña investigación.

Él apagó el motor y se quedó con la mirada clavada en el parabrisas. Le daba miedo entrar, sobre su mesa se apilaba un montón de papeleo pendiente que no le interesaba en absoluto. Lo único que quería hacer era resolver el homicidio de Natalie Fuentes. Ya había captado su atención antes, pero desde que conocía la identidad de la víctima, se había convertido en una obsesión. Natalie había sido una chica vivaz, muy parecida a Lucy antes del ataque.

—Así que has pasado toda la mañana del sábado en un salón de tatuajes en el centro de Texas.

—Sí.

—Déjame adivinar —dijo él—. Llevaste algunos bocetos y preguntaste por allí.

—Nadie lo reconoció, pero tengo una pista para ti.

Él apretó los dientes. No solo le molestaba que el caso estuviera estancado. No se trataba, tampoco, de que Fiona le hubiera dicho que tenía que pasar el fin de semana pintando y luego cambiara de idea, era que su participación en el caso comenzaba a hacerle sentir incómodo.

¡Joder! No solo incómodo. Odiaba que estuviera inmiscuyéndose. Quería que se centrara en sus pinturas, que dejara la parte de la investigación a los profesionales.

—Jack, ¿no quieres saber qué pista es?

—A ver, cuéntame.

—Hay un tipo en Texas que se dedica a esto de los tatuajes. Se le conoce por Viper. No sé su verdadero nombre, pero tengo su dirección. La política oficial de esta sala es no realizar ningún diseño neonazi, pero si aún así quieres algo de eso, hay que ponerse en contacto con Viper. Al parecer trabaja de forma privada, en su casa.

—No parece de fiar.

—Seguramente no lo es —convino ella—, pero tiene muchos clientes. Escucha, que viene lo mejor; la mujer con la que hablé reconoció la esvástica.

—¿La que tiene las flechas?

—Sí, justo ese diseño. Me contó que ha estado en el estudio de Viper y que es uno de los que tiene pegados en la pared.

—Fiona, ¿no se te ha ocurrido pensar que nuestro hombre podría no haberse hecho el tatuaje en esta zona? Hay miles de lugares para ello, empezando por la cárcel del estado.

Silencio. ¡Joder! Debía haber herido sus sentimientos.

—Mira, sé que estás tratando de ayudar, pero…

—Es una pista. Solo digo eso. Ahora ¿vas a hacer lo que deberías, o no? Porque si no lo haces tú, lo haré yo y…

—Dame la dirección. —¡Joder!

—¿Quieres que te acompañe?

—No. —Lo que era una completa mentira. Quería que le acompañara, pero no a la guarida del tal Viper.

—Bien, de acuerdo. Es en el 2200 de Dry Creek Road, en el condado de Borough, al norte de donde estás tú.

—Lo sé.

—La chica me dijo que la casa es difícil de ver desde la carretera, pero que no tiene pérdida. En el buzón tiene pintada la bandera confederada. ¿Estás seguro de que no quieres que vaya contigo?

—Segurísimo. —Jack se bajó de la *pickup* y cerró la puerta. Si quisiera compañía, reclutaría a Lowell o a Carlos. O incluso a Sharon, la novata—. Sin embargo, gracias por ofrecerte —agregó educadamente.

—Bueno… Entonces creo que voy a volver al trabajo. Adiós.

Ella colgó antes de que pudiera tratar de convencerla para que cenara con él alguna noche del siglo próximo.

Subió los escalones mirando al corpulento hombre de origen latino que había de pie junto a la entrada. Vestía vaqueros y una cazadora fina. Seguramente estaría helado si llevaba allí algún tiempo.

—¿Jefe Bowman?

—¿Sí?

—Soy el padre Álvaro, de la iglesia del Santísimo Sacramento de Hamlin —se presentó, tendiéndole la mano.

Jack se la estrechó, notando el cuello blanco que asomaba por debajo de la cazadora.

—Todos me conocen como padre Al —añadió, sonriendo.

—¿En qué puedo ayudarle, padre? —No se podía creer que aquel joven se hubiera desplazado hasta allí. Hamlin estaba a algo más de ciento cincuenta kilómetros al sur, y él no tenía nada que ver con los arreglos del funeral de Natalie Fuentes.

—Debo hablarle de uno de mis feligreses.

—¿De la señorita Fuentes?

—No —repuso frunciendo el ceño—. He oído lo de Natalie,

por supuesto, pero lamento decir que jamás perteneció a nuestra congregación.

—Entremos —le invitó Jack, abriendo la puerta.

El sacerdote carraspeó.

—Lo cierto es que esperaba que me acompañara.

—¿Adónde?

—A Hamlin. Me gustaría presentarle a algunas personas que viven en una de las *colonias*.

—Mmm… —A él no le estaba gustando el rumbo que tomaba la conversación. Las colonias eran barrios marginales al norte de la frontera, donde vivían muchos inmigrantes—. ¿De quién se trata?

—Lamento comunicarle que no tengo libertad para decirlo.

Él arqueó las cejas.

El padre Al parecía avergonzado.

—A mis feligreses no les gustan demasiado los agentes de policía y prefieren asegurarse de que pueden confiar en usted antes de pedirle ayuda.

—¿Ayuda para qué?

—Bueno, le vieron en las noticias del otro día y esperan que pueda ayudarles a recuperar a su hija.

11

Jack abrió de golpe la puerta de las oficinas del sheriff del Condado de Grainger y entró. El lugar estaba vacío, salvo por el ayudante barrigón que hablaba por teléfono y el pitbull que custodiaba la oficina de Randy.

—Buenas tardes, Myrna. —Jack se acercó al escritorio de la fiera, que estaba situado de manera estratégica delante de la puerta del jefe—. ¿Y el sheriff?

Ella mordió frenéticamente antes de tragar. La había pillado tomándose un *cupcake*.

—No vendrá en todo el día —informó al tiempo que lanzaba una mirada de desaprobación a sus botas sucias—. Si quieres puedes dejarle un mensaje.

—Tiene gracia… Su esposa pensaba que le encontraría aquí.

—Acaba de salir. —Ella miró el sobre que llevaba y le tendió la mano—. ¿Quieres dejar algo? Me ocuparé de que lo reciba.

Él sacó el móvil del bolsillo, marcó unos cuántos números y comenzó a escucharse un zumbido detrás de la puerta del sheriff.

—Vaya, vaya… ¿No suena como si estuviera…?

Pasó junto al *pitbull* y abrió la puerta. El sheriff estaba recostado en la silla, con las botas encima del escritorio.

Al verlo, frunció el ceño.

—¡Joder, Jack! No puedes hacer esto.

En solo dos zancadas, él se inclinó sobre el escritorio del sheriff y le arrojó el sobre al pecho.

—¿Qué cojones es esto? —Randy se sentó. Tenía la cara roja.

—Verónica Morales.

—¿Qué?

—Verónica Morales —repitió Jack—. Diecinueve años. De Hamlin.

Randy entrecerró los ojos y lanzó el sobre encima del escritorio.

—¿Debería significar algo para mí?

—Bueno… supongo que no. —Jack puso los brazos en jarras —. Deja que te refresque la memoria. Desapareció la víspera de Año Nuevo, hace seis años. Fue vista por última vez en el Three Forks Barbacoa, en el Condado de Grainger. Sus padres denunciaron su desaparición y tú les mandaste a freír espárragos. ¿Lo recuerdas ahora, sheriff? —enfatizó la última palabra con tono despectivo.

Randy miró detrás de él, y Jack fue consciente por primera vez de que había alguien más en el despacho. Bob Spivey descansaba

cómodamente en el sofá de Randy, con el Stetson a un lado, boca arriba. El sombrero de fieltro gris —que en verano cambiaba por uno de paja blanca— era la marca de fábrica del alcalde.

—Bob —le saludó con un gesto de cabeza.

Spivey arqueó una ceja. Seguramente no era una buena idea mantener una discusión con Randy delante de su suegro, pero en ese momento le importaba un carajo.

Volvió a concentrarse en Randy.

—Puedes ojear el archivo. Y está repleto de información. Los padres de la chica hablaron con dos personas en el restaurante donde se vio a Verónica por última vez, justo antes de subirse a un sedán gris a eso de las seis de la tarde, la víspera de Año Nuevo. No la han vuelto a ver.

Randy había recuperado parte de la compostura, pero seguía teniendo las mejillas sonrosadas. Señaló el sobre con la mano.

—Deberían haber presentado una denuncia por la desaparición.

—¿No me digas? Eso les dije yo también. La cosa es que lo intentaron. Varias veces. Hasta que uno de tus perezosos ayudantes se enfadó y amenazó con llamar a los Servicios de Inmigración.

—Eso no es cierto. —Randy se reclinó en la silla.

—¿No? Posiblemente sea mejor que eches un vistazo al archivo. Resulta que los padres se quedaron con el nombre de ese ayudante. También regresaron al Three Forks cada día durante meses, después de que Verónica desapareciera, y apuntaron todas las matrículas de sedan grises que vieron. Visitaron hospitales y refugios para desamparados. Por desgracia, no volvieron a pisar una comisaría porque tenían miedo de que deportaran a la familia.

—Es lo que habría que hacer —comentó Spivey—. Toda la puta frontera es como un coladero. Esa clase de gente está colapsando los servicios sociales.

Randy abrió el sobre y pasó la vista por las notas manuscritas de la señora Morales.

—¡Joder! ¡Está escrito en español! —El sheriff llegó a la fotografía de Verónica y se detuvo en ella durante un momento—. ¡Ya la recuerdo! Un sedán gris. Ella se metió en el coche.

—Ahí iba yo —constató Jack.

—Jack, esto no es una prueba. Esta mujer se metió en un coche por voluntad propia. Es una adulta. Podía hacer lo que le diera la gana.

—¿Te has parado a pensar, por un segundo, que esta desaparición podría estar relacionada con el homicidio que estoy investigando?

Randy apoyó los pies de nuevo en el escritorio, como si se

dispusiera a escuchar una buena historia.

—¿De qué manera?

—La víctima es una adolescente, hispana. Su cuerpo es hallado una fría mañana de invierno en el Condado de Grainger. Verónica Morales es una adolescente, hispana. Desaparece una noche de invierno en el Condado de Grainger. Se la ve por última vez cuando se sube a un sedán gris. Lucy Arrellando es una adolescente, hispana. Es secuestrada una noche de invierno en un sedán gris. ¿Es que no ves el patrón?

Randy intercambió una mirada de complicidad con su suegro y Jack tuvo que reprimir el impulso de clavarle el puño en la mandíbula.

—¿Estás seguro de que no tienes cierto interés personal en esto? —preguntó Randy.

Él respiró hondo.

—Si lo preguntas en el sentido de que me vuelco a la hora de realizar bien mi trabajo, entonces sí, tengo mucho interés personal. Me da la impresión de que tú no sabes qué es eso. De hecho, parece que los padres de Verónica han hecho tu trabajo. Vieron las noticias y conectaron los puntos en común que tenían tres incidentes separados. Un buen trabajo policial. Quizá podrías darles una placa y echar a algún peso muerto que tienes por ahí.

—Sería mejor que te centraras en ti, Jack —llegó la voz desde el sofá.

Él se giró hacia el alcalde.

—¿Tienes algo que añadir, Bob? ¿Pretendes indicarme cómo llevar a cabo una investigación de homicidio?

Spivey se levantó y se puso el sombrero sobre la calva.

—Estás pisando hielo muy fino. Revolviendo en casos antiguos sin resolver; descuidando el trabajo policial; convocando ruedas de prensa; sacando a media población de quicio; peleándote en los bares…

—¡Hoyt atacó a una mujer en el aparcamiento!

Spivey le lanzó una mirada salvaje.

—¿Y qué se te ocurrió hacer a ti? ¿Eh? ¿Respondiste como jefe de policía? ¡No! Te dedicaste a golpearle. Estoy harto de demandas por brutalidad policial.

—Eso es una gilipollez —aseguró él—. Hoyt Dixon no sabe ni deletrear «brutalidad policial», así que imagínate presentar una demanda. Ese tipo se ha pasado media vida provocando peleas en los bares, desde que pudo ver por encima del mostrador.

Spivey se acercó a la puerta y desde allí se giró hacia él.

—Contrólate, Jack, esto no es Houston. Nos gusta que todo vaya bien. La tranquilidad. No necesitamos que nadie se ponga a

remover mierda y a provocar el pánico. —Le señaló con el dedo—. Y es posible que Hoyt Dixon no sepa deletrear «brutalidad policial», pero te apuesto lo que quieras a que su abogado sí.

Fiona salió del Departamento de Policía de Austin y se encogió para protegerse del viento. Suspiró y el aire helado le congeló los pulmones.

¿Qué demonios estaba pasando con el clima? Se suponía que en Texas los inviernos eran suaves, pero llevaba dos semanas al borde de la congelación. Se estaba cansando de pantalones, botas y bufandas de lana que picaban. Y por si eso no fuera suficiente, estaba desarrollando una grave alergia hacia su hermana. Entrecerró los ojos para protegerse del viento y deseó que llegara un frente cálido.

Y poder disfrutar de un café caliente.

Y de una semana de sueño ininterrumpido.

Trató de no tropezar mientras bajaba los escalones de hormigón. Le picaban los ojos y los sentía hinchados por la fatiga. Se había quedado pintando hasta la una de la madrugada. Por fin, se había dejado caer totalmente vestida sobre la cama, solo para ser despertada tres horas más tarde por Nathan, que se disculpó por llamar tan temprano, pero añadió que no le vendría mal su ayuda en un robo con homicidio.

Había ido, claro está. No sabía por qué, después de todo lo que había hecho para convencerlo de que quería renunciar a su colaboración con la Policía. Quizá no llegara a hacerlo nunca porque no sabía decir que no.

A eso había que añadir la presencia de su hermana, que llevaba una semana viviendo en su apartamento y no había contribuido a la convivencia ni en forma de alimentos ni realizando las tareas domésticas, aunque sí había tenido tiempo para pasar una notable cantidad de tiempo descargando música en su iPod.

O quizá Courtney tenía razón. Quizá no había podido dejar de colaborar con la Policía porque, en el fondo de su corazón, no quería.

Se acercó al parquímetro y rebuscó en el interior del maletín con los dedos entumecidos. Nada de café, iría directa a casa para meterse en la cama. Lo único que en ese momento le parecía mejor que dormir sería tener un cuerpo caliente al lado con el que deshacer la cama.

—Buenos días.

Una voz familiar la hizo darse la vuelta. Miró a Jack de arriba abajo y, por un instante, creyó que lo había conjurado con sus

pensamientos.

—¿Qué haces aquí?

—Tengo una reunión con Nathan —repuso él, apoyando la cadera en el maletero y cruzando los tobillos.

Ella dio un paso hacia él y alargó la mano para tocarle la ceja.

—Parece que mi remedio casero no funcionó. ¿Cómo te encuentras?

—Bien.

Bajó la mano y agarró el asa del maletín para no caer en la tentación de tocarlo de nuevo. Nathan no había mencionado que tuviera una reunión con Jack. Quizá el detective no estaba al tanto de que ella se había tomado un interés poco profesional en su amigo.

—¿Por qué estás tú aquí? —preguntó Jack.

—Nathan me llamó por un caso de robo con homicidio.

Jack frunció el ceño y miró el reloj.

—En un supermercado —añadió ella.

Uno de los polis había hecho una broma sobre los veintitrés años del empleado del turno de noche y Nathan le había pedido cortésmente que cerrara la puta boca.

—Debo advertirte que está de un humor terrible. —Notó la gruesa carpeta que Jack llevaba bajo el brazo—. ¿Has venido a hablarle de tu caso?

—Sí.

—¿Algo nuevo?

—En realidad no.

Ella apartó la mirada con la esperanza de ocultar su expresión. No sabía por qué estaba segura de que él le mentía, pero así era.

Jack suspiró y miró por encima de su cabeza hacia la comisaría. Parecía tan agotado como ella. Ese caso estaba dejándole exhausto.

—¿Sabes? Ahora mismo está muy ocupado —le dijo en voz baja—. ¿Quieres que vayamos a desayunar algo mientras las cosas se calman?

Él consideró la idea un momento, luego volvió a mirar su reloj.

—Ojalá pudiera. —Se alejó del coche—. Pero tengo prisa.

No solo tenía una nueva pista, además no confiaba en ella lo suficiente como para compartirla. Algunos detectives se tomaban muy en serio no revelar detalles de sus casos a los extraños.

No se había dado cuenta de que Jack la consideraba una extraña.

—Bien. —Consiguió esbozar una sonrisa—. Ya nos veremos.

Pero ¿cuándo? ¿Volverían a verse alguna vez? Ese era el problema. Eso y una acuciante falta de sueño. Tenía los nervios de

punta y se mostraba muy sensible a cualquier estímulo. Sacó las llaves del maletín y pulsó el botón para desbloquear el cierre del coche.

Jack le abrió la puerta y ella lanzó el maletín al interior. Parecía como si él quisiera decirle algo, pero Fiona sabía que debía marcharse antes de hacer una tontería. Se metió en el vehículo.

—Adiós, Jack. Buena suerte con la investigación.

No logró conciliar el sueño, así que Fiona acabó rindiéndose y decidió pintar. Se puso sus vaqueros gastados favoritos, una camiseta sin mangas y eligió un CD. Quizá los Cowboy Junkies la ayudaran a salir de bache. Tomó el lienzo que Courtney le había ayudado a tensar, sobre el que ya había extendido una capa de *gesso* la tarde anterior. La tela estaba preparada, tiesa y blanca. Había llegado la hora de la verdad. No más pruebas. Sentía ese zumbido en las venas que le decía que ese sería el día en el que crearía algo bueno.

El lienzo era demasiado grande para el caballete, por lo que lo apoyó en la pared y se sentó ante él con las piernas cruzadas y las pinturas a un lado.

Una tela en blanco. Siempre era desalentador y emocionante. Ese cuadro sería el foco de la serie Río Blanco, por lo que rebuscó entre las pinturas en busca de un tono verde salvia, oliva, y sombra natural.

Pero su mirada fue atraída por los colores calientes. Tomó el rojo cadmio y el escarlata, colores que identificaba con sus emociones; ira y belleza, volatilidad y pasión. Vio el azul ultramar y el añil, y pensó en los ojos de Jack cuando estaba sentado en la barra, junto a ella, la otra noche. Era un hombre impresionante, admitió por fin en la privacidad de su soledad. Jack Bowman la impresionaba. Se identificaba con su insistencia, su dedicación al trabajo. Respetaba aquel código moral que hacía imposible que considerara que una víctima en su ciudad era un problema ajeno.

Y le resultaba muy atractivo. Recordó el tacto de sus manos la última noche, el calor de su boca. Pensó en la manera en que la había calentado su cuerpo, como si la hubiera despertado después de una larga siesta. De pronto, supo lo que quería pintar; no tenía nada que ver con la serie Río Blanco e iba a ser increíble.

Apretó el tubo de azul ultramar sobre la paleta y añadió el aceite de linaza, además de unas gotas de trementina para aclararlo. Usaría la técnica «graso sobre magro» para las diversas capas de pintura, asegurándose de que cada una era más grasa que la anterior. El efecto sería un vibrante campo, de colores brillantes. Eligió un

pincel de pelo grueso y se acarició la mejilla con él. El contacto fue sedoso y sensual; apenas podía esperar a saturarlo de azul.

12

Sonó un golpe en la puerta que la arrancó de su ensimismamiento. Fiona llevaba horas pintando, pero le daba la impresión de que apenas habían pasado unos minutos. El lienzo era una amalgama de azules acuosos y grises, salvo los remolinos blancos, donde planeaba agregar la carpa. Lo haría cuando el azul hubiera secado lo suficiente. Entonces podría empezar a…

¡Toc! ¡Toc! ¡Toc!

La puerta. Alguien llamaba.

Se levantó y se estiró. Sentía las piernas rígidas y se tambaleó cuando la sangre regresó a sus pies. Atravesó el desordenado apartamento para observar por la mirilla.

«Jack».

Se le aceleró el corazón.

Borró la sonrisa tonta de la cara mientras se decía a sí misma que debía calmarse. No debía albergar esperanzas, seguramente estaba allí por trabajo. Algo del caso.

Echó un vistazo a la ropa y supo que sería inútil tratar de acicalarse. Abrió la puerta.

—Hola.

Él la miró y sonrió de medio lado.

—Te he pillado trabajando.

Dio un paso atrás para dejarlo entrar.

—Sí.

Él atravesó el umbral y ella se sintió nerviosa. Jack iba a ver su cuadro, el desorden que reinaba en el apartamento… y la cama sin hacer.

Lo vio mirar a su alrededor, percibiendo todos los defectos antes de posar la mirada en ella y sonreír.

—Tienes pintura en la nariz.

Ella se llevó la mano a la cara y acabó con los dedos manchados de azul.

—Lo siento. —Atravesó el apartamento hasta el caballete, donde tenía un trapo colgado. Sumergió una punta de la tela en trementina y se dirigió al cuarto de baño—. Dame un segundo.

Un momento después, reapareció con un aspecto más presentable.

Jack estaba en la cocina, leyendo las tiras de cómics que tenía sujetas con un imán en la puerta de la nevera. Se dio la vuelta al percibir su presencia.

—Me preguntaba si la oferta sigue en pie.

—¿Quieres ir a desayunar? —Fiona miró el reloj. Ya había pasado el mediodía.

—O a almorzar… o lo que sea. Quizá sea mejor que vayamos a dar un paseo. Seguramente te vendrá bien respirar aire fresco.

Ella olfateó a su alrededor y supo que él tenía razón. Se había olvidado de abrir una ventana, debido al frío, y se le había entumecido la nariz con el olor a pintura.

—Me parece bien. Dame cinco minutos para cambiarme.

—¿Por qué?

—Porque parezco una pordiosera —repuso con una sonrisa.

—Estás bien —aseguró él cogiendo su abrigo de la percha en el vestíbulo—. Venga, vamos.

Dudó un instante, luego decidió despreocuparse. No iba a poder hacer milagros con el pelo y la cara en solo cinco minutos, así que mejor mostrarse natural. Se puso unas zapatillas deportivas y dejó que la ayudara a ponerse el abrigo.

Salieron del apartamento y se dirigieron al ascensor para bajar a la calle. En cuanto pisaron la acera, ella respiró profundamente. Se sintió relajada y rejuvenecida. A veces una buena sesión de pintura era mejor que una noche completa de sueño.

Se volvió hacia Jack.

—¿Tienes hambre?

—La verdad es que no. ¿Y tú?

Encogió los hombros.

—Tampoco.

Lanzó un vistazo a su alrededor. Era demasiado temprano para tomar una copa. Podían sentarse en una cafetería o caminar hacia el lago. Era otro día monótono, pero la temperatura parecía no estar en el límite de la congelación.

—Ven —le dijo comenzando a dirigirse hacia el carril bici que rodeaba el lago—. Conozco un paseo agradable.

Durante los diez primeros minutos no dijeron nada, y a ella le dio la impresión de que Jack tenía algo en la cabeza. Quizá quisiera hablarle sobre los avances o contrastar con ella algunas ideas. Esperó hasta que tomó la palabra.

—¿Suelen llamarte a deshoras? —preguntó él, finalmente.

Se refería al robo con homicidio. Se apartó el pelo de la cara antes de mirarlo.

—A veces.

—Imagino que también te ves obligada a viajar mucho cuando te contrata el FBI, ¿no?

—A veces. —Últimamente tenía desplazamientos más largos, pero intuyó que no era eso lo que él quería oír.

—Es un trabajo duro. Quizá deberías volcarte solo en la

pintura.

Ella hizo una mueca burlona.

—¿Qué pasa? —replicó él.

—Me parece irónico que me digas eso después de lo que insististe para convencerme de que aceptara trabajar en tu caso.

Estaban llegando a la orilla del lago y Jack miró el agua. Era tan gris como el cielo que había encima.

—He estado pensando en ello. Me arrepiento de haberte involucrado.

Caminaron durante un rato. Ella intentó asimilar lo que acababa de oír. Lamentaba haber conseguido involucrarla, cuando su trabajo había dado lugar a las dos grandes pistas del caso. Sin embargo se arrepentía de ello. ¿Lamentaba también haberla conocido? ¿Estar a punto de iniciar una relación… o lo que fuera?

¿De qué iba eso?

No vivían en la misma ciudad. No tenían antecedentes comunes. De hecho, no tenían casi nada en común, excepto el trabajo y un amigo que podía arruinar su reputación profesional en el Departamento de Policía de Austin si se enteraba de que ella estaba acostándose con el encargado de un caso.

Jack se detuvo junto a un sicomoro alto y delgado, metió los puños en los bolsillos y miró al suelo. Luego alzó la vista hacia ella.

—No voy a pedirte que me ayudes más en este caso —aseguró—. Y te pido perdón por haberte convencido antes. En especial después de lo que pasó con Hoyt.

—Eso no fue culpa tuya.

—Lo sé. Pero lo lamento igual. En estos momentos se enfrenta a cargos, no sé si acabará en el juzgado, pero haré lo que pueda para que así sea.

No entendía nada. ¿Se sentía culpable? ¿Tenía miedo? ¿Comenzaba a no estar a gusto con ella?

¿Era por Lucy?

Los celos le llenaron de bilis la boca. Dio un paso atrás.

—¿Sigues saliendo con Lucy?

Él arqueó las cejas.

—¿Cómo?

—¿Qué si sigues manteniendo una relación con ella?

—¿Qué pinta Lucy en esto?

—No lo sé. Dímelo tú.

—Esto es por algo que te contó Ginny. ¿De qué te habló?

Ella resopló.

—De nada.

—Ya te lo he dicho, deforma la verdad. —Jack miró al lago—. De todas maneras, no hay nada entre nosotros. Ya no.

Fiona cerró los puños en el interior de los bolsillos. Volvía a mentirle. Era demasiado evidente. ¿Por qué no podía darle respuestas sinceras cuando se trataba de esa mujer?

Quizá porque todavía estaba enamorado de ella.

—Tengo que regresar a casa —dijo antes de girarse y volver sobre sus pasos.

Él la alcanzó con rapidez.

—Espera un minuto. ¿Por qué te has enfadado?

—No estoy enfadada.

—Eso es mentira. —Ella le lanzó una mirada hostil—. Mira, no sé de dónde sacas eso de Lucy, pero no he venido a hablar de ella. He venido a comunicarte que has acabado con mi caso… Y pedirte que te tomes un descanso en el trabajo policial.

—¡Oh, entiendo! —Su zancada se alargó al crecer la ira—. ¿Crees que puedes darme consejos sobre mi carrera?

—No.

—Pues es lo que parece.

—Te lo pido como amigo. Date un respiro. No creo que sea bueno para ti. Pareces cansada.

Ella se detuvo y se volvió hacia él.

—Vamos a dejar algo muy claro, Jack; no eres mi amigo, mi carrera no es asunto tuyo y el que me hayas contratado para un caso no significa que quiera un consejo tuyo.

Él se quedó allí, mirándola, y ella pudo ver que tensaba la mandíbula. Jack quería decirle algo, pero seguramente sabía que estaba a punto de perder el control.

Fiona respiró hondo e intentó reprimirse.

—Mira, ¿por qué no coges todos tus consejos y te vuelves a Graingerville?

Jack se quedó mirando el tablero de anotaciones del despacho. Sabía que faltaba algo, lo intuía. Miró todas las pruebas repartidas por la pared. Estaba seguro de que pasaba por alto cierta información clave y que cuando fuera consciente de qué se trataba todo se aclararía.

Esos crímenes estaban conectados de alguna manera, ¡seguro! Y después de haber comentado el caso con Nathan, su amigo había estado de acuerdo. El detective de homicidios poseía muchos años de experiencia y él confiaba en su criterio. Sin embargo, lamentablemente, toda su experiencia no había generado una nueva visión del asunto. La parte positiva de su viaje a Austin había sido que ahora tenía un recordatorio para seguir adelante. ¿Qué había llevado

al asesino a elegir a esas niñas en particular? ¿Dónde daría el siguiente golpe? ¿A quién secuestraría?

Miró el tablón con las anotaciones, donde había catalogado las similitudes entre los crímenes. Las víctimas eran parecidas y el *modus operandi* tenía muchos puntos en común. Incluso el clima era el mismo en cada caso. Pero era la proximidad entre las escenas de los crímenes lo que le molestaba. Miró de nuevo el mapa, el punto cero era la sección donde se encontraba Mesquite Creek, la esquina sudoeste del Condado de Grainger. Lucy había sido recogida por el secuestrador a menos de un kilómetro de allí. El cuerpo de Natalie Fuentes fue hallado junto a la autopista 44, a dos kilómetros escasos. Y Verónica Morales fue vista por última vez en el Three Forks Barbacoa, un restaurante que se encontraba a unos diez kilómetros al norte del punto donde el arroyo se cruzaba con la autopista.

El asesino era de la zona. Tenía que serlo. ¿Por qué, si no, se iba a concentrar en un área tan pequeña? El hombre que buscaba tenía alguna conexión, algún lazo con el Condado de Grainger.

Pero si era así, ¿por qué no lo reconocía nadie?

Los dibujos de Fiona no eran el problema. Tanto Lucy como Brady se habían mostrado de acuerdo en que eran casi fotografías del hombre que habían visto.

Pero la única explicación que se le ocurría —y solo de pensarlo se deprimía— era que el asesino no estaba focalizado en el condado. Quizá estuviera dando vueltas por el lugar, recogía a las crías, las torturaba y, por alguna razón, el crimen no era descubierto.

—Ya tenemos el análisis de la huella de neumático, jefe.

Jack desvió la mirada del mapa y vio a Lowell en la puerta de su despacho. Leyó la desaprobación en el rostro del oficial cuando tomó nota de su aspecto.

Bueno, estaba claro que estaba hecho una mierda. Todavía tenía el ojo a la funerala. No había pasado por su casa para dormir o cambiarse de ropa desde hacía veinticuatro horas y los vaqueros y la camisa de franela arrugada no formaban parte, precisamente, del atuendo reglamentario.

—¿Qué han encontrado, Lowell?

El ayudante le entregó una foto polaroid de un neumático.

—Llevé la foto que sacamos en la escena del crimen al tipo del que te hablé. Es un as con este tipo de rastros. En serio, es fantástico.

Él se quedó mirando la fotografía de un neumático nuevo BFGoodrich. La imagen parecía haber sido tomada en la tienda donde se vendía, y alguien había anotado todas las especificaciones debajo. El laboratorio criminalístico del Estado seguramente utilizaba un método más científico para identificar huellas, pero él no estaba dispuesto a esperar tres décadas a que alguien se dedicara a su caso.

—Cree que es esta, ¿verdad?

—Lo jura —aseguró Lowell—. Es el neumático de un todoterreno. Es el que viene de serie en, al menos, media docena de 4x4s y *pickups* desde que salió al mercado, hace dos años. Además, alguna gente pone neumáticos nuevos a modelos antiguos, por lo que en realidad no aporta nada seguro sobre la identidad del vehículo.

Él asintió con la cabeza.

—Sí, pero ¿esto qué es? ¿Una rueda de diecisiete o dieciocho pulgadas? Es demasiado grande para un coche normal.

—Eso es lo que dijo también mi amigo. Estamos buscando una *pickup*, un jeep o un 4x4. No se trata de un sedán o un cupé, a menos que esté tratando de engañarnos. —Lowell permaneció un minuto callado, como si esperara que él dijera algo.

—Buen trabajo —le felicitó.

—Si eso es todo por hoy, espero que no te importe que…

Jack miró el reloj. ¡Joder! Ya pasaba de las nueve. El fin de semana había sido un borrón.

—Sí, vete a casa. Y gracias por haberte ocupado de entrevistar al tipo de los tatuajes.

Lowell hizo un gesto burlón.

—Ese Viper es todo un espectáculo, pero no se parece al dibujo. Dijo que no conoce a nadie que se parezca, y creo que no mentía.

Lowell también sabía lo que hacía, y por eso lo había enviado allí mientras él se ocupaba de la familia Morales.

—No me gustan los tatuajes —continuó Lowell—. No existe dinero en el mundo para que permita que uno de esos locos se me acerque con una aguja.

—Estoy contigo —dijo él. No le importaba ver tatuajes en otras personas, pero jamás le había interesado hacerse uno—. De todas maneras, gracias por la ayuda.

Después de que Lowell se marchara, se dirigió a la sala de descanso y metió algunas monedas en la máquina de Coca-Cola. Tenía un montón de papeleo que poner al día, pero lo más probable era que se pasara la noche estudiando el archivo de Natalie Fuentes.

La víctima conducía un Hyundai Elantra en el momento de su desaparición y él había incluido el coche en la lista de vehículos robados en cuanto la madre le facilitó los detalles. También había comparado los neumáticos estándar del Elantra con la huella encontrada en el lugar donde fue arrojado el cuerpo, pero no coincidían. Parecía como si el asesino tuviera una *pickup* o un 4x4 con neumáticos grandes, que dado que estaban en la parte rural de Texas no reducía mucho las posibilidades. Quizá que hubiera dejado de utilizar el sedán gris no era tan sorprendente, dado que hacía ya once

años del secuestro de Lucy. La mayoría de la gente cambiaba de coche mucho antes.

Le hubiera gustado tener más datos del vehículo actual. Se preguntó si Brady podría ser de ayuda. El muchacho le comentó a Fiona que había escuchado un motor «potente», pero que en realidad no había visto el vehículo.

Por supuesto, también le había dicho que no había logrado ver bien al hombre, justo antes de facilitar una detallada descripción de él. Fiona tenía una habilidad especial con los testigos, pero no pensaba volver a pedirle ayuda.

La puerta principal se abrió de golpe y él asomó la cabeza desde la sala de descanso para echar un vistazo. Sharon estaba en el vestíbulo, sacudiéndose el agua de lluvia de las mangas.

—¿Todavía aquí?

—Sí. —La vio limpiarse las botas embarradas en el felpudo que había junto a la puerta—. Estaba regresando a casa cuando vi actividad en White Tail Road.

Jack lo había escuchado por la radio. Uno de los agentes del sheriff había estado comprobando un vehículo abandonado.

—¿Alguna marca?

—El coche parece en buen estado, salvo un pinchazo. Sin embargo, creo que deberías venir a echar un vistazo.

—Ha aparecido demasiado lejos de la ciudad. No tenemos jurisdicción.

—Vas a querer tenerla —anunció Sharon—. El vehículo está registrado a nombre de Marissa Pico.

Notó que le daba un vuelco el corazón.

—¿La hija del senador?

—Esa misma. —Sharon se pasó los dedos por el cabello mojado—. El bolso y el móvil todavía estaban en el asiento del copiloto. Sin embargo, no hay señales de Marissa y vimos sangre en el interior del vehículo.

13

Fiona comenzó a estar nerviosa en el momento en que se subió al coche para dirigirse hacia Graingerville.

Su presencia había sido requerida en el caso de Natalie Fuentes. Pero en lugar de aparecer Jack Bowman ante su puerta para ejercer su peculiar persuasión, había sido el agente especial Ray Santos, quien le hizo la invitación por teléfono.

Y ella había aceptado.

Recibió la llamada esa tarde, cuando salía de su clase de arte. Después de conversar tres minutos con Santos, se dirigió derecha al Honda.

Y ahora conducía por la interestatal con los pensamientos centrados en Jack. Él había volcado su corazón en ese caso y se diera cuenta o no, ya lo habían apartado de él.

Sospechaba que él lo sabía. Y también sospechaba que eso le cabreaba. La oficina del sheriff del Condado de Grainger, coordinada con el FBI, estaba ahora al mando de la operación. Según Santos, tanto los investigadores federales como los locales trabajaban en el caso de Natalie Fuentes, así como en los de otras dos desapariciones sospechosas en el condado, bajo la teoría de que los incidentes estaban relacionados. Lo que comenzó siendo un decidido esfuerzo por parte de un jefe de policía de un pequeño pueblo se había convertido en uno de los mayores esfuerzos de aplicación conjunta de la ley en el estado. Ya fuera como parte de un plan o por casualidad, el hombre que Jack estaba intentando apresar había llegado a los titulares.

La última mujer desaparecida en el Condado de Grainger tenía veinticinco años. Marissa Pico era la hija menor de Ben Pico, importante ranchero del sur de Texas y miembro del senado desde hacía mucho tiempo.

Fiona tomó la salida de la 44 y pasó ante la ya familiar parada de camiones en la que había comprado café unos días antes. Se preguntó si esa noche se detendría allí de nuevo para tomar una dosis de cafeína antes de regresar a casa o si acabaría pasando la noche allí.

Con Jack.

Dado el cariz que tomó su última conversación, lo dudaba mucho. De todas maneras, era lo mejor. Necesitaba que la relación con él volviera a ser profesional. El día anterior se había comportado de una manera demasiado emocional —seguramente por culpa de la falta de sueño— y ahora se arrepentía. No pensaba permitir que ocurriera de nuevo. Estaba allí para trabajar, no para arreglar su vida personal.

Se alisó las solapas y se miró en el retrovisor. Se había retirado el pelo de la cara y apenas se había maquillado. Su imagen era la que prefería lucir cuando tenía que vérselas con policías y detectives, aunque era poco apropiada para reunirse con Brady Cox. La maleta que acostumbraba a llevar en el maletero estaba en su apartamento, a la espera de pasar por la lavadora, así que tendría que improvisar.

La carretera serpenteaba entre los campos a través de interminables filas de plantas marchitas. Las contempló preguntándose qué clase de cultivo era y si existía alguna posibilidad de que hubieran sobrevivido a la congelación. No sabía nada de agricultura y, viendo aquellos interminables acres que parecían correr junto a ella, sintió todo el peso de la ignorancia. Allí era una extraña.

A diferencia de Jack, que parecía sentirse tan a gusto en un bar de sushi como tras el volante de una masculina *pickup*, ella no se adaptaba. Necesitaba la ciudad. Necesitaba la congestión; masas de gente entre las que poder perderse y existir, sin más, sin el constante escrutinio de los demás. Courtney decía que era una defensa, y quizá lo fuera, pero a veces no quería echar raíces ni mantener relaciones. A veces, solo quería su propia compañía y la tentadora opción de ser anónima.

«Bienvenidos a Graingerville. Por favor, conduzcan con precaución».

Pasó junto a la señal de tráfico mientras recordaba la conversación que había mantenido con Ginny hacía apenas unos días. Ella le había advertido de que Jack era un tipo terco, igual que su padre, y que su familia era la sal de la tierra.

Una descripción pintoresca, sin duda, pero ella no tenía problemas para creérsela. ¿Cómo se enfrentaba a un hombre así? ¿A la embestida de los investigadores federales, los políticos y los periodistas, que le pisarían los talones al final del día?

Atravesó la ciudad pasando por delante la comisaría de policía, la biblioteca y la ya familiar gasolinera donde había repostado en su primera visita. Se dirigió hacia el aparcamiento del Edificio Administrativo del Condado y vio una larga hilera de furgonetas de medios de comunicación alineadas en los espacios más cercanos a la entrada. Las antenas se alzaban sobre el aparcamiento, transmitiendo imágenes de Graingerville a los satélites que giraban sobre la Tierra.

Ella suspiró hondo, se alisó el pelo y se preparó para enfrentarse al circo.

Randy Rudd estaba en su salsa. Rodeado de micrófonos y cámaras

parecía más grande, más alto y más inflado. Toda la atención que recibía le hacía parecer del doble de su tamaño habitual.

Por supuesto, también podía ser por las alzas.

Jack miró el equipo que había en la sala de reuniones con los brazos cruzados mientras el sheriff del Condado de Grainger subía al escenario. Llevaba unas botas especiales de piel de avestruz y su mejor sombrero. Todo eso conseguía que el metro setenta del representante de la ley pareciera más de metro ochenta. Lo vio enderezar el micrófono de manera innecesaria, buscar con la vista a los periodistas televisivos más importantes y clavar una mirada sombría en la audiencia. Todos esperaban ansiosamente las noticias que les facilitaría el hombre al mando.

¡Todo era una mierda! Tanto Randy como el alcalde habían pasado de hacer caso omiso al asunto, a considerarlo la investigación más importante. Natalie Fuentes había pasado de ser la molestia con la que él daba la lata, a convertirse en la prioridad número uno de las cámaras.

Escudriñó la habitación tratando de no apretar los dientes al escuchar las memeces que Randy decía. Se dijo a sí mismo que no importaba. El alcalde le había dejado de lado, ¿qué más daba? ¿Qué importaba que aquel hijo de perra le hubiera amenazado con quitarle la placa si estornudaba delante de una cámara? Sin duda no era adecuado mostrarse ante la opinión pública con un ojo a la funerala. Lo mismo ocurría con su hosca actitud. Mientras pudiera seguir encargándose del caso, todo aquello le importaba una mierda. Que Randy y el alcalde se quedaran con la publicidad; él solo quería un arresto. Y si Randy tenía que llevarse los méritos, que así fuera. Si quería posar con un montón de peces gordos del FBI, garantizándose prácticamente la reelección en noviembre por su mano dura contra el crimen, a él le parecía bien. Pero lo que no iba a tolerar, de ninguna manera, era que un sheriff de pacotilla se inmiscuyera en el trabajo policial. Randy era un animal político, un experto ante las cámaras, pero lo que sabía sobre una investigación de homicidio cabía en un dedal.

Sharon se situó a su lado y llamó su atención.

—¿Quién es ese hombre? —preguntó ella en voz baja.

Él siguió su mirada hasta la línea de agentes y ayudantes que permanecían de pie detrás de Randy.

—¿Cuál?

—El del traje —susurró.

La secretaria de Randy, que estaba al otro lado de Jack, se inclinó hacia delante.

—Es del FBI —dijo Myrna—. El agente especial Santos.

Las dos mujeres se miraron de una manera que él ya había

visto antes; por lo general cuando sus hermanas discutían por Colin Firth o Brad Pitt.

—Me pregunto qué guarda en el paquete —murmuró Sharon, haciendo que Myrna se riera.

Sharon se calló al instante cuando él le lanzó su más severa mirada de jefe de policía y luego se concentró en aquel sujeto. Ray Santos, de la unidad de Crímenes Violentos de San Antonio, permanecía en silencio detrás del sheriff oteando la estancia con ojo de águila. Aquel era el hombre cuya brillante idea era que Fiona regresara para entrevistar de nuevo a Brady Cox. Él había comprobado sus antecedentes. Santos poseía un doctorado en psicología, pero en vez de analizar expedientes en un sótano de Quantico, se había pasado los últimos cinco años en la unidad de Crímenes Violentos de San Antonio investigando a los más importantes delincuentes, lo que le indicaba dos cosas: que Santos tenía en su haber algunos casos reales y bastante truculentos, pero cabía la enorme posibilidad de que su discurso no fuera más que psicología barata.

«Federales de mierda». Él recibía con agrado sus recursos, pero no quería perder el tiempo sentado ante una mesa de conferencias hablando de que su asesino se meaba en la cama a los diez años. Tenían que atrapar a aquel hijo de puta, no hacer un puto perfil psicológico.

Randy siguió hablando, sacando el máximo provecho de su audiencia mientras él recorría con la vista a la manada de periodistas, llegados de todas partes para conseguir una buena historia. Los chicos de la prensa escrita llevaban vaqueros y camisas de vestir baratas, los de la televisión —casi todos mujeres— lucían peinados de peluquería y carísimos dientes blancos. Casi pasó por alto a la mujer vestida de beige que había sentada al fondo. Ropa unisex, expresión seria… pero su pulso se aceleró en el momento en que la vio.

Fiona permanecía rígidamente sentada en la silla, con las manos entrelazadas en el regazo, mientras escuchaba cómo Randy aseguraba a los presentes que «costara lo que costara, el Departamento del Sheriff del Condado de Grainger devolvería a Marissa a casa».

Vio que Fiona se estremecía al escucharle. Debía estar pensando lo mismo que él; Randy no podía anunciar esa clase de compromiso. Marissa había sido secuestrada de una manera violenta, seguramente por la misma persona que había atacado a Natalie Fuentes. Así que si Marissa todavía seguía viva, debía de estar siendo torturada por un psicópata. Y si ya había muerto —si la había violado, estrangulado y abandonado en cualquier lugar—, era posible que sus restos jamás fueran hallados. Como le había pasado a Verónica Morales, podía desaparecer durante años… O para siempre.

Sin embargo, Randy estaba allí, inflado como un sapo,

prometiendo a los padres de Marissa y a millones de espectadores de televisión que la traería de vuelta.

Fiona se volvió y le pilló mirándola. Entre ellos hubo un intercambio que le hizo preguntarse en qué estaría pensando. ¿Estaría tan cabreada con Randy como él? ¿Seguiría enfadada por los consejos que le había dado? Tal vez se sentía molesta porque había sido acorralada de nuevo.

No pensaba que eso le hubiera parecido mal. Ahora que la conocía mejor, sabía lo mucho que se implicaba en los casos. Se comprometía. Sentía un interés personal en cada uno de ellos. Y, al igual que él, seguramente no conseguiría descansar una noche entera hasta que las pistas encajaran y detuvieran a aquel sádico.

Ella bajó la mirada y se puso a juguetear con las mangas mientras el público estallaba en un coro de preguntas. Randy las respondió una a una y consiguió no parecer un auténtico gilipollas mientras discutía sobre procedimientos de investigación y pruebas forenses sobre las que no sabía casi nada. Él observó a Fiona, con aquella fea ropa y su insulso peinado. En algún momento se había dado cuenta de que utilizaba aquellos trajes como disfraces, y ese le irritaba de una manera particular. Se estaba escondiendo de él, de todos los demás, pensando que si presentaba una fachada lo suficientemente fría, nadie se fijaría en ella. No era por el caso. Ni por la víctima.

Ni por él.

La rueda de prensa terminó por fin y ella se levantó y recogió el bolso. Su lenguaje corporal decía que su intención era irse, pero no pensaba permitírselo.

—¿Señorita Glass?

Fiona se apartó de la multitud de reporteros y vio a un hombre de pelo oscuro vestido de traje que se dirigía hacia ella. Se había fijado en él en la rueda de prensa, imaginó que como todas las mujeres presentes.

—Agente Santos. —Ella le tendió la mano.

—Así que es verdad. —Él se la estrechó con un firme apretón, algo que ella apreció—. Existe un rumor sobre usted, ¿sabe?

—¿Qué se dice?

—Que usted es psíquica.

Retiró la mano, repentinamente incómoda. Ese tipo era muy guapo, pero la intensidad con que la miraba la hacía demasiado consciente de sí misma.

Se aclaró la garganta.

—Bien, ¿quiere que hable con Brady?

Él continuó mirándola sin decir nada y ella tuvo la extraña sensación de que trataba de leer sus pensamientos.

—He hablado con Garrett Sullivan esta mañana —confesó el agente al cabo de un rato—. Está muy impresionado con su trabajo. Dice que nunca había visto a una entrevistadora tan buena. Que tiene un don con los niños.

Se aferró al bolso. Jamás le había resultado fácil aceptar cumplidos.

—¿Cómo va su caso?

—Bueno, tienen una pista interesante.

—¿Se sabe algo de Shelby?

—No, que yo sepa.

Un hombre con un trípode al hombro que salía de la sala de reuniones estuvo a punto de darle con el aparato en la cabeza. Santos la agarró por el codo y la llevó lejos de la multitud sin apartar la mirada de su rostro.

—Me gustaría que hablara de nuevo con Brady —le pidió—. A ver si puede obtener más información sobre el vehículo en el que trasladaron a Natalie Fuentes. Quizá es posible que nos dé más información sobre la ropa del sospechoso, a lo mejor llevaba algún distintivo que nos pueda facilitar alguna ventaja; un gorro, una chaqueta con un logo…

Fiona miró por encima del hombro del agente. Jack la miraba desde el otro extremo y tenía la misma mirada fría que había mostrado durante toda la rueda de prensa.

Volvió a concentrarse en Santos.

—Lo haré lo mejor que pueda.

Se las arregló para escapar del edificio sin que la reconociera ningún periodista. Sacó el móvil del bolso y llamó a Sullivan, que respondió al primer timbrazo.

—Perdone que le moleste —se disculpó.

—No molesta, pero no puedo hablar demasiado.

—¿Qué ha ocurrido con Shelby? Acabo de hablar con el agente Santos y me ha dicho que hay alguna pista.

—Sí y no —repuso Sullivan, reduciendo sus esperanzas—. Hemos encontrado a una mujer en Meridian, Mississippi, que recibió una llamada de Janovic.

—Vaya…

—Quería quedar para examinar un coche usado. Al parecer vio el anuncio en el periódico.

—¿Y?

—Ella se presentó en el motel, como estaba previsto, pero

Janovic había desaparecido. Lo más probable es que viera su rostro en las noticias y desapareciera.

—¿Estaba con alguien? —Contuvo la respiración.

—Creemos que no. Lo mejor de todo es que la mujer nos ha proporcionado un número de móvil. Está usando un teléfono robado y hemos logrado localizar unas cuantas llamadas realizadas desde ese aparato durante los últimos días. Parece que se dirige al oeste. No sabemos adónde exactamente, pero está en la carretera. Esperamos que cometa un error en cualquier momento.

Por el rabillo del ojo, vio que Jack estaba apoyado en el edificio, con los brazos cruzados. La miraba fijamente, esperando a que pusiera fin a la llamada y, seguramente, también a su vigilancia.

—Es evidente que todo es confidencial —añadió Sullivan—. No debería habérselo contado.

—Entiendo.

—Bueno, tengo que colgar.

—Gracias por tenerme al tanto —dijo a toda prisa, pero él ya había interrumpido la conversación. Metió el móvil en el bolso.

—Pensaba que hoy tenías clase. —Jack se puso ante ella con los brazos en jarras. Estaba vestido de calle, sin pistola o placa a la vista. La piel de encima de la ceja había adquirido un interesante tono verdoso.

—El ojo está terrible. ¿Es la razón de que te hayan relegado en el caso?

—No me han relegado —repuso él—. Solo me han dado instrucciones para que me mantenga alejado de los medios de comunicación.

Ella estudió sus rasgos, la firme mandíbula, la mirada de sus ojos… Seguía su lucha. Todavía no se había dado cuenta de que el sheriff y su grupo de investigadores federales le habían desplazado definitivamente. Jack no tenía recursos, su jurisdicción era discutible y no disponía de personal. Teniendo en cuenta la política y la publicidad que había en juego, el FBI conseguiría por vía urgente todos los resultados del laboratorio, lo que era bueno, pero no tenían por qué entregárselos a él. Lo mismo ocurría con las entrevistas a los testigos y cualquier otra información útil que pudiera ser obtenida de las enormes bases de datos de los federales.

Jack había sido relegado, pero él no lo sabía.

—Estás aquí para hablar con Brady —agregó él cuando el silencio se prolongó demasiado—. ¿Vas a presentarte ante él con esa pinta?

Ella se miró el traje y los zapatos planos color beige.

—Tengo unos vaqueros en el coche, pero es posible que tenga que pedir prestada una camisa.

—De acuerdo. Sin embargo debes ir preparada. No quiere que le entrevisten.

—¿Cómo lo sabes?

—Nuestro buen sheriff intentó hablar con él esta mañana y Brady le mandó, básicamente, a la mierda.

—¿Hizo eso?

Jack esbozó una mueca burlona.

—Lo llamó «jodido gilipollas», creo. Es lo mismo.

—Bueno, entonces es todavía más observador de lo que yo pensaba.

Pero Brady tampoco quiso hablar con ella. Fiona pasó media hora con él en la oficina de Jack, y lo único que logró sacarle fue cierto comentario sarcástico sobre la orientación sexual de su profesor de educación física. Al final, decidió darle espacio. Después de anotarle su número de móvil por si recordaba algo de pronto, le permitió salir de la comisaría con su madre. Miró al chico desde la ventana de Jack y vio que había metido el papel con su teléfono en el bolsillo trasero, donde probablemente se quedaría hasta que acabara desintegrado en la lavadora.

—¿No ha habido suerte?

Suspiró y se volvió hacia Jack.

—No. ¿Cómo se presenta la noche?

—Igual que siempre; trabajando.

Era un adicto al trabajo, como ella. Debería ser un punto negativo, pero no lo era, tendía a confiar en los hombres con una fuerte ética laboral. Su padre había sido uno de ellos.

Se volvió de nuevo hacia la ventana y miró al cielo. Empezaba a anochecer. Muy pronto la luz natural sería muy similar a la que Brady había tenido cuando estaba subido al árbol, viendo cómo el asesino dejaba el cuerpo.

—Quiero comprobar algo en la escena del crimen —le dijo a Jack—. Vamos a dar una vuelta.

Él la miró durante un momento como si debatiera consigo mismo si debía tratar de convencerla para que no hiciera lo que se le había ocurrido. Al final sacó las llaves del coche.

—De acuerdo, pero conduzco yo.

Cinco minutos después estaban en la carretera dentro de la *pickup* de Jack. Permaneció en silencio; él no parecía de muy buen humor y ella imaginó que se sentiría frustrado tanto con el sheriff como con la investigación.

Por no hablar de su presencia allí.

Sin embargo, que estuviera irritado no era bueno. Las investigaciones eran un esfuerzo en equipo y él quería conseguirlo por sí solo.

Subió la temperatura de la calefacción y salió una ráfaga de aire caliente.

—Huele a huevo podrido —comentó haciendo una mueca.

—Es por el sulfuro de hidrógeno. Proviene de los pozos de petróleo y gas. ¿Ves los conectores de las bombas?

—Es un olor horrible. ¿Cómo lo soporta la gente?

—Todo es relativo —adujo él—. Algunas personas se refieren a él como el olor del dinero.

Tras unos kilómetros en silencio, él arrimó el coche a la cuneta y aparcó junto a unos arbustos. Ella miró a su alrededor mientras se bajaba de la *pickup*. El aire era frío y húmedo. Había un puñado de casas agrupadas a lo largo de una carretera más estrecha que se cruzaba con la general.

—Ese es el sitio. —Jack señaló una mancha debajo del olmo. El lugar donde se había hallado el cuerpo de Natalie. Ella se quedó mirando aquel triste trozo de hierba durante un momento y luego se alejó.

—¿Dónde vive Brady? —preguntó, observando las casas.

—Un poco más allá. —Señaló una de las pequeñas viviendas de ladrillo—. Su padre se largó hace un par de años y su madre va de novio en novio.

Ella sintió un dolor en el pecho. Esas cosas siempre la pillaban con la guardia baja.

—No creo que pase mucho tiempo en casa. —Jack se detuvo junto a una hilera de árboles y matorrales que bordeaban la cerca que dividía dos propiedades e hizo un gesto, señalando un árbol gigantesco—. Su fortaleza está ahí.

Fiona alzó la mirada hacia la copa. Muy arriba, entre las ramas, había una pequeña plataforma de madera con paredes de contrachapado en tres de los lados. La escalera que llevaba hasta allí consistía en una docena de tablas clavadas en el tronco. Como muchos otros árboles cercanos, había perdido las hojas.

—Está muy arriba —comentó—. ¿No te parece que ahí debe hacer frío?

—Sí.

—No puedo creerme que duerma ahí algunos días.

—Quizá sea mejor que lo que tiene en casa.

Ella sintió que la embargaba una vieja amargura.

—¿No has avisado a servicios sociales?

—Ya lo he hecho. Y no les pierdo de vista. —El tono de Jack

era grave y su voz parecía una promesa.

Lo miró, preguntándose si sabía realmente lo que debería vigilar. ¿La madre de Brady dormitaría en el sofá con un cigarrillo encendido entre los dedos? ¿Pegaría a su hijo? ¿Lo harían sus novios?

¿O quizá alguno de ellos era demasiado amable?

Se aproximó al árbol y puso el pie en el primer peldaño de la improvisada escalera. La madera era vieja pero parecía sólida. Era como si Brady hubiera aprovechado material utilizado en la construcción de cercas de alguna propiedad cercana.

Comenzó a subir.

—¿Qué coño haces?

Probó si el siguiente peldaño resistía su peso.

—Quiero ver lo que vio Brady.

Jack se quedó debajo de ella, con las manos en las caderas, mientras ella seguía ascendiendo.

—Me voy a cabrear mucho como te rompas el cuello.

Llegó a lo alto y se subió a la plataforma. Desde allí tenía una vista sin obstáculos de los prados, así como de una franja de carretera y la mayoría de las casas cercanas. Desde su fortaleza Brady sería capaz de ver entrar y salir a los visitantes de su madre. Sin duda habría tenido una buena vista de cómo el asesino se deshacía del cuerpo. Sin embargo, el transporte del hombre era otra cosa.

—Desde aquí es difícil ver la carretera —informó—. Si el hombre aparcó junto a los arbustos, cerca de la calzada, el coche habría quedado oculto.

Comenzó a bajar. Casi había llegado al suelo cuando pisó mal un peldaño. Perdió el equilibrio y Jack la sujetó del brazo, sosteniéndola antes de que aterrizara sobre su todavía dolorido coxis.

—Gracias —dijo al recuperar la estabilidad.

Él la miró y ella percibió el mismo destello de ira que había visto en la rueda de prensa.

—¿Qué te pasa? —Jack dejó caer el brazo y se dirigió hacia la *pickup*—. ¿Jack?

—Vámonos —ordenó él, abriendo de golpe la puerta del pasajero.

Ella se acercó al vehículo, decidida a no perder la calma como había hecho el día anterior junto al lago.

—¿Qué te pasa? —preguntó, deteniéndose frente a él.

La miró con expresión inescrutable.

—Estoy aquí para ayudar, no sé si lo has notado. No es culpa mía que el sheriff haya acojonado al testigo —se disculpó ella.

—Pasa, te vas a congelar.

Ella no le hizo caso.

—Es posible que Brady recuerde algo, lo sabes. Mientras tanto,

vas a tener que trabajar con otra pista. ¿Fuiste a visitar a Viper?

—Entra en el coche —repitió él—, o te voy a meter yo.

Se subió a la *pickup* y cerró la puerta.

Jack resultaba muy desagradable en ocasiones. Y demasiado hermético, como si no quisiera compartir la información con nadie y pudiera hacerlo todo solo. No era de extrañar que estuviera siendo alejado del caso.

Él abrió la puerta del conductor y se sentó detrás del volante. Luego puso en marcha el motor y se incorporó a la carretera.

—¿Sabes? Creo que te pedí que te mantuvieras alejada de todo esto —dijo, mirándola—. Y aquí estás, más involucrada que nunca.

—No se trata de lo que tú quieras, Jack. El FBI se puso en contacto conmigo.

Él sacudió la cabeza y miró a través del parabrisas. Fiona vio que apretaba el volante con las manos, así que miró hacia otro lado. Los prados y las alambradas pasaban raudos a su lado.

—Tengo el coche ante el Edificio Administrativo del condado —dijo ella—. Puedes llevarme allí.

Jack le dirigió una mirada ardiente. Clavó los ojos en su pecho, pero ella no supo si estaba revisando sus senos o recordando que le había prestado la camisa.

—Si quieres que te devuelva la camisa, puedo ir al cuarto de baño y cambiármela.

Él volvió a mirar hacia delante al tiempo que murmuraba algo por lo bajo.

—¿Qué has dicho?

Jack desvió el coche hacia el arcén, pisó el freno y detuvo el vehículo sobre la hierba. Luego la levantó de su asiento y la puso sobre su regazo. Ella notó la presión del volante en la espalda mientras lo miraba demasiado sorprendida para hablar.

—No voy a permitir que te escapes —dijo él—. Y sí, quiero que me devuelvas la camisa. Ahora mismo.

14

—¿Ahora mismo?

La atravesó una fuerte emoción al sentir su rudeza cuando la besó. Luego él movió la boca a su cuello y tiró de la franela para poder lamer la piel justo encima de su clavícula. Un estremecimiento, un intenso hormigueo la envolvió y, mientras se dejaba llevar por las sensaciones, él volvió a levantarla por las caderas para dejarla a horcajadas encima de sus muslos.

—Jack… —se escuchó gemir mientras la subía sobre él.

Jack alzó las manos para enredar los dedos en su pelo antes de besarla de nuevo en la boca, absorbiéndola por completo. Ella lo inhaló a su vez al tiempo que se preguntaba cómo habían llegado los dos a ese estado febril, pero dejó de preocuparse al instante porque todo era demasiado bueno. Él movió la mano hasta los botones de su camisa —la camisa de él— e hizo saltar los botones.

—¡Oh, Dios mío, Jack!

—¿Mmm?

Jack le aflojó la camisa y ella sintió que el aire le enfriaba la piel. Percibió la cálida humedad de su boca a través del sujetador y eso la llevó a olvidarse de todo lo que no fuera apretarse contra él tanto como fuera posible. Vio cómo deslizó el encaje con los pulgares y notó que le hervía la sangre cuando él se puso a mordisquearle la piel. Subió los dedos y los deslizó por sus cortos cabellos, dividida entre la necesidad de detenerle o impulsarle a seguir. Un coche rugió en la carretera y él levantó la vista de sus pechos desnudos.

Sus miradas se encontraron y un instinto diabólico la hizo frotarse contra su dureza. Él dejó caer la cabeza hacia atrás, en el asiento, y la miró dolorido.

—Necesitamos ir al motel.

La lujuria se evaporó de golpe y Fiona tiró de los bordes de la camisa para cerrarla. La franela era suave contra su piel desnuda. No podía creer que estuviera a horcajadas sobre aquel hombre, en su coche.

—¿Qué pasa? —preguntó él.

—Nada —repuso, tratando mantenerse impasible.

—Cariño, no podemos hacerlo aquí. Soy el jefe de policía de este puto pueblo. Si nos pillaran, los rumores no tendrían fin.

—¿Por qué no vamos a tu casa?

Él vaciló. Aunque fue solo un segundo, a ella le pareció una eternidad y sintió una punzada de decepción.

—Está más cerca el motel. —Jack le deslizó las manos por los

hombros hasta detenerlas a ambos lados de su cuello—. A un kilómetro, como mucho.

Ella se mordió el labio y bajó la mirada hasta él. No podía. No quería ir a un motel de mala muerte con él y tener que contener su ego herido cuando él se vistiera para marcharse, una hora más tarde.

Jack subió los dedos para ahuecar las palmas sobre su cara.

—¿De verdad te importa tanto?

Ella asintió con la cabeza.

Lo vio cerrar los ojos un instante y suspiró. Luego cogió los faldones de la camisa y se los ató a la altura de la cintura.

—Pues vamos para allá. Tardaremos diez minutos.

Siete minutos después tomaban un camino de grava en medio de la nada. Estaba rodeado de cultivos y, de pronto, se materializó una pequeña casa blanca.

—¿Vives aquí?

Él tiró del freno de mano.

—Sí —repuso antes de bajarse de un salto y rodear el coche mientras ella se quedaba sentada, mirando su hogar. Era una cabaña de los años treinta, de una sola planta, flanqueada por dos robles enormes.

Él abrió la puerta y casi la arrastró fuera del vehículo.

—¿Cuándo fue construida? —preguntó ella, mientras él la empujaba hacia la casa. El tejado delantero parecía nuevo, pero la construcción del porche, la disposición de las vigas y la edad de los árboles indicaba que no era el propietario original. La llevó de la mano por las escaleras y abrió la puerta de tela metálica antes de meter la llave en la cerradura—. ¿En la posguerra?

Él empujó bruscamente la puerta y la levantó en vilo.

—Pospón la lección de arquitectura. Quiero desnudarte.

La puerta mosquitera se cerró a sus espaldas y él dio una patada a la de madera para que también se cerrara.

Ella le rodeó el cuello con los brazos y apoyó la mejilla en su camisa. Olía bien, como siempre. A Jack. Cuando sus ojos se acostumbraron a la tenue iluminación, se dio cuenta de que cruzaba con ella la cocina y un breve pasillo para llevarla hasta un dormitorio. La depositó en la cama sin ceremonia alguna y empezó a quitarse las botas, que cayeron pesadamente al suelo. Luego se escuchó el susurro del velcro. Cuando Jack encendió la lámpara y puso la pistola en el tocador, vio que llevaba la funda del arma en el tobillo. A continuación se deshizo de la camisa y ella trató de no quedar en evidencia diciendo algo tipo «¡Ay, Dios mío!», aunque era justo lo que estaba pensando. Se apoyó en los codos para admirar su pecho esculpido y sonrió al notar que estaba completamente cómodo en su casa, con su cuerpo. También ella se quitó los zapatos.

Jack se arrodilló a su lado, en la cama, y tiró del nudo de la camisa. Fiona dejó de sonreír cuando él se concentró en su cuerpo, haciéndola estremecer con el calor de su boca. Nadie la había deseado así y se sentía arrastrada por una marea de necesidad y emociones. Aquel hombre era fuerte e insistente, y se moría de deseo por ella. Por alguna extraña razón podía sentir esa necesidad en lo más profundo de su cuerpo, y la certeza de que estaba a punto de seguir ese camino planeó sobre su cabeza.

Él le sacó las mangas de la camisa y la miró a los ojos mientras deslizaba su enorme y cálida mano por sus costillas para soltar el cierre del sujetador. Se lo quitó y lo dejó caer al suelo despreocupadamente. Luego le desabrochó los vaqueros y ella se puso rígida.

—¿Qué te pasa? —preguntó él.

—Nada.

Jack le acarició la sien con los labios mientras deslizaba la mano por la tela vaquera.

—No te tenses ahora.

—No estoy tensa.

Pero él le lanzó una mirada con la que le dijo que sabía que mentía, mientras seguía desabrochando sus vaqueros antes de trasladarse a los pies de la cama para quitárselos. Después la despojó de las bragas y un caliente rubor se extendió por su piel al sentir que la mirada de Jack se movía de arriba abajo por su cuerpo. Ella se aferró a la colcha, tratando de tranquilizarse a pesar de que la estudiaba con aquel brillo lujurioso en los ojos.

De pronto, no pudo soportarlo más, se arrodilló en el extremo de la cama y puso la mano en la cinturilla de sus vaqueros.

—Todavía no —protestó él, retirando su mano antes de volver a besarla.

Fiona se aplastó contra su pecho, adorando el contraste que suponía el vello que cubría su torso contra su piel suave. Notó el martilleo de su corazón y supo que no estaba tan tranquilo como quería que ella pensara. Aquel conocimiento la espoleó y se dejó caer sobre la cama arrastrándolo consigo para que se tumbara justo encima de ella.

—Fiona…

Lo rodeó con las piernas y se arqueó. Le clavó los dedos en la piel y lo besó hasta que la necesidad fue dolorosa.

—Espera —la acució él con la voz tensa.

Ella lo estrechó con fuerza. Jack emitió un gemido que pareció provenir de lo más profundo de su pecho, haciéndola sentir muy poderosa. Sus nudillos la rozaron mientras se apresuraba a liberarse de los pantalones. Se alejó un momento, durante el cual se oyó abrir un

cajón y rasgar papel de aluminio. Fiona esperó, casi al límite, intentando no hacerse sangre en el labio mientras se lo mordía. De pronto, él la penetró y ella gritó de sorpresa.

—Lo siento. —Jack hizo una mueca—. Dame… dame un segundo…

Lo miró. Él mostraba una expresión de necesidad desesperada, pero ella tampoco tenía ni un segundo. Lo deseaba con cada fibra de su ser y lo abrazó para acercarlo todavía más. Jack tensó los músculos bajo sus manos y ella sintió el maravilloso poder de su cuerpo al clavarse en ella una y otra vez.

—Fiona…

—¡Sí!

Un momento abrasador después, al rojo vivo, todo había terminado.

Jack la miró. Se sentía demasiado avergonzado para hablar. Ni siquiera la expresión de satisfacción que lucía Fiona servía para consolarle; no se engañaba pensando que había llegado a disfrutar realmente. Se apoyó en las manos para levantarse, pero ella lo sorprendió cerrando las piernas alrededor de sus caderas para evitar que se moviera. Le dio el obligado beso en la frente y ella lo soltó finalmente.

Unos momentos después, se dejó caer de espaldas, a su lado, y se cubrió los ojos con el brazo al tiempo que emitía un gemido. Notó el movimiento del colchón cuando ella se volvió hacia él.

—Fiona… —¡Joder! ¿Qué podía decirle? Abrió los ojos y la miró. Un húmedo rizo se había aferrado a su cuello y tenía las mejillas teñidas de color rosa. Estaba muy guapa y él acababa de sufrir su peor actuación sexual en, al menos, una década. Seguramente más.

Ella le acarició el pecho con un dedo, pero él lo detuvo cogiéndole la mano.

—Te compensaré —dijo.

—Me compensarás ¿qué? —preguntó ella arqueando las cejas.

—Ya sabes. —Joder, sería más fácil si ella le daba un codazo en las costillas y le decía que la había cagado.

Pero ella se llevó su mano a los labios y le besó los nudillos, que todavía estaban azules tras haber golpeado el rostro de Hoyt. Luego notó cómo se acurrucaba en el hueco de su brazo y suspiraba. Permanecieron quietos durante un rato; notó su cálido aliento en el pecho mientras su corazón recuperaba el ritmo normal.

—¿Jack? —murmuró ella.

—¿Sí?

—Tu casa es muy fría.

No es que fuera fría, es que era como estar en el Ártico. Llevaba días sin parar en casa y la caldera estaba apagada. Pero de todas maneras, aquel puto chisme solo funcionaba a ratos, así que en vez de intentar encenderlo, cogió a Fiona en brazos, levantó las sábanas y la volvió a dejar sobre el colchón. Por fin, echó las mantas sobre ambos y le puso un brazo en la cintura.

—Gracias. —Sonaba somnolienta y rezó para que no se quedara dormida antes de que él pudiera recuperar una pizca de orgullo. La puso sobre su cuerpo y la escuchó gemir por lo bajo.

Notó un pellizco en el interior del pecho. Durante un rato permaneció allí, con la cabeza dándole vueltas. No podía creer que hubiera sucedido eso… Y menos con ella.

El pelo revuelto de Fiona le hizo cosquillas en la barbilla cuando se acurrucó sobre él. Ojalá pudiera volver el reloj atrás. Con diez minutos llegaría. Incluso con cinco.

La escuchó murmurar algo incoherente.

—¿Qué?

—Tienes conejos —repitió, dirigiéndole una mirada somnolienta por encima del hombro—. He visto la jaula en el porche.

—Son de mis sobrinas. —¡Dios! ¿De verdad estaban hablando de eso?—. Mi sobrino es alérgico, por eso viven aquí.

—Qué tierno…

«Tierno» no era la palabra que quería escuchar en ese momento.

Encorvó los hombros cuando ella ahogó un bostezo. Estaba cansada, como él. Las dos últimas semanas habían sido como una maratón. Necesitaba descansar solo unos minutos, luego estaría otra vez en forma.

La besó en la oreja y le susurró una promesa, pero ella no lo oyó; ya se había quedado dormida.

John D. Alvin era un gilipollas.

Courtney lo miró a través del parabrisas. Traje oscuro a medida, corbata roja, gemelos franceses que mostraban un destello dorado en su muñeca…

Ella no era detective, tampoco era psíquica como Fiona, pero no era necesaria una bola de cristal para saber que John D. Alvin mentía y era gilipollas. Él había pensado que ella era demasiado estúpida para darse cuenta de que podía mentir, tomar lo que quería y

luego deshacerse de ella sin más.

Pero si había algo que no soportaba, eran los gilipollas que la consideraban tonta.

Abrió la puerta de su cacharro del ‘98 y salió a la acera. Se irguió mientras observaba desde unos metros de distancia cómo John David Alvin entregaba las llaves del Porsche a los aparcacoches y acompañaba a la señora Alvin al restaurante.

—Cerdo —murmuró al verlo entrar antes que su esposa. El muy idiota ni siquiera se había molestado en sostenerle la puerta.

No es que sintiera lástima por la mujer, a fin de cuentas conducía un Jaguar descapotable blanco y vivía en una mansión a orillas de Lakeway, en un jodido resort de golf al oeste de Austin. Estaba segura de que esa mujer sabía exactamente que se había casado con un idiota. ¿Cómo podría no saberlo?

El aparcacoches se metió en el Porsche y se dirigió al sur por Congress Avenue. Ella regresó al interior del Buick y lo siguió mientras tomaba un trago de la botella de Grey Goose, buscando un poco de coraje líquido para realizar el resto de las actividades de la noche.

Tras haber buscado el nombre de David en Google y no encontrar ningún abogado en Dallas que respondiera a esos datos, tuvo una corazonada que le llevó hasta el ostentoso despacho en Austin de John D. Alvin, licenciado en Derecho. Y, ¿con qué se topó en el aparcamiento correspondiente? Un Carrera rojo brillante con el que estaba muy familiarizada.

Esperó fuera del despacho, alimentando con odio la bola que se estaba formando en su estómago. Luego le siguió a casa en hora punta hasta llegar a la mansión que compartía con su esposa.

Entonces se sintió enferma. Después estúpida. Volvió a sentirse enferma cuando vio la bicicleta rosa abandonada en el camino de entrada.

Tomó otro trago de vodka y se sintió mejor. Que le ardiera la garganta conseguía mejorar su ánimo de alguna manera. «Hola, nene, tengo algo para ti».

Las luces traseras brillaron ante ella y el Carrera giró hacia un aparcamiento medio vacío. El aparcacoches lo dejó entre dos Beamers mientras ella pasaba de largo y se detenía en un callejón. Aparcó. Permaneció allí sentada durante unos minutos, mirándose el regazo y recordando la bicicleta Barbie Big Wheel que no había tenido cuando era niña. Había pertenecido a Fiona, pero ella adoraba pedalear por el destartalado complejo de apartamentos en el que habían vivido en Los Ángeles.

Se le revolvió el estómago.

Tomó el último trago de vodka, lanzó la botella a un lado y

salió del coche con el material en la mano.

Su aliento formó una nube ante su boca. Se había olvidado de coger el abrigo. El callejón olía a vómito, pensó mientras se dirigía hacia la calle con piernas inestables.

—¡Joder! —gritó cuando tropezó con una botella de cerveza. Miró a su alrededor pero no vio a nadie. La calle estaba vacía, salvo por los vehículos aparcados a varios metros. Cruzó el aparcamiento hasta el reluciente Porsche.

Dejó caer el material en un montón y miró hacia abajo, tratando de recordar qué hacer primero. Sabía que tenía un plan, aunque ahora estuviera borroso. Necesitaba pensar. El martillo parecía llamarla, así que lo cogió, comprobó el peso con la mano y lanzó el primer golpe.

El sonido fue casi música para sus oídos. El cristal cayó a sus pies como si fuera nieve, haciéndola sonreír. Rodeó el coche haciendo caso omiso de la alarma que atormentaba sus oídos. Se sentía eufórica, alegre. Dio otro golpe, y otro… Cada uno proporcionó una lluvia de hielo y un poco más de emoción. «Tengo algo para ti». Rodeó el lado del pasajero y se detuvo para mirar el interior, con la tapicería de cuero. Había sido cálida y suave contra su piel. El martillo se le escapó de la mano y se tambaleó sobre los talones.

Se estabilizó y cogió la lata. La sacudió junto a la oreja para escuchar el interior por encima del ulular de la alarma. Se irguió. El coche parecía un borrón ante ella. Alargó la mano y vio que le temblaba, pero luego se burló de sí misma y se sintió más firme, más fuerte. Podía hacerlo. Se movió alrededor del Carrera pensando en la imagen que ofrecería. ¡Courtney, la artista! ¡Courtney, la pintora! Se le escapó una risita y luego otra. Se agachó con una carcajada histérica. De pronto, notó las mejillas heladas y se dio cuenta de que estaban mojadas. Las piernas se le doblaron y el spray rodó lejos de ella. Comenzó a sollozar sobre el asfalto, presa del llanto.

Fiona se despertó de golpe al escuchar el ruido. Otra llamada…

Algo se movió a su lado y ella pegó un brinco, dándose cuenta con sorpresa de que no estaba sola.

Estaba en la cama de Jack. En Graingerville. Y la insistente llamada no era para ella.

Jack cogió el receptor de la mesilla de noche.

—Bowman.

Él escuchó durante un momento y luego se levantó de la cama para recoger los pantalones del suelo. Buscó a tientas en la oscuridad

con el pantalón en la mano.

—¡Joder! Sí, está aquí —suspiró—. Estaba en una rueda de prensa. ¿Por qué? ¿Qué ha pasado? —Hubo una breve pausa—. ¿Cuándo?

Ella vio su silueta desnuda en la oscuridad. En algún momento Jack había apagado la luz, se había despojado de los vaqueros y se había metido en la cama, con ella. Se había quedado dormido y eran las… —miró el despertador— las once y cuarto. A juzgar por la rígida postura de Jack y sus palabras cortantes, no iba a volver pronto a la cama.

La llamada terminó y lo vio ponerse los pantalones. Supo lo que iba a oír antes de escucharlo.

—Me tengo que ir.

Había dicho esas palabras en más de una ocasión durante los últimos años, por lo general a un novio que no entendía las demandas de su trabajo. Supuso que Jack odiaba tener que marcharse tanto como ella, así que no dijo nada, pero cayó en la tentación de meterse la sábana debajo de los brazos.

Él se puso las botas sin molestarse en buscar unos calcetines.

—¿Se trata de Marissa? —preguntó, preocupada.

—No. —Se puso la camisa con rapidez—. Era Carlos. Necesita que le eche una mano.

Esa era la escena que había querido evitar en la habitación de un motel. Qué tonta había sido al pensar que en su casa no sería lo mismo. Los polis no podían quedarse, al menos no durante mucho tiempo. Y nunca decían adónde iban.

Lo sabía porque a ella le ocurría lo mismo. ¿Por qué cargar a gente normal con algo tan desagradable, cuando no lo podían comprender ni entender?

Se detuvo en el umbral.

—¿Estarás aquí cuando vuelva?

Ni un beso de despedida.

—Seguramente. No tengo coche. —Oyó el tono acusador en su voz y deseó haberlo contenido.

—Ah, vale.

—Puedes traerme el bolso y el maletín, ¿verdad? Están en tu coche, y también el móvil.

Él se quedó quieto durante unos segundos y ella deseó poder leer su expresión en la penumbra. ¿Estaba recordando los frenéticos momentos que la habían hecho olvidarse de sus cosas en la *pickup*? ¿Se sentiría culpable por dejarla sola?

—Volveré tan pronto como pueda. —Y desapareció con un rápido golpe en el marco de la puerta.

Cuando Jack llegó, Lucy estaba esperándolo fuera. Llevaba una cazadora de borreguillo sobre el pijama de seda azul. Lo miró de arriba abajo y apretó los labios en una fina línea.

—Lamento haberte sacado de la cama.

—¿Qué estás haciendo aquí? —exigió él, subiendo los escalones del porche—. ¿Dónde están tus hermanos?

—Todos tienen turno de noche, salvo Dolores —explicó ella mientras mantenía abierta la puerta—. Y ya no está aquí. Estaba vigilándolo.

—¿No podías vigilarlo desde detrás de la puerta? ¿En qué cojones estabas…? —se interrumpió cuando vio a Sebastian acurrucado en el sofá de la sala con el oso de peluche.

—Hola, Jack.

—Hola, tío.

—Sebastian no podía dormir —explicó Lucy mientras cerraba la puerta y cruzaba la sala—. Ven, te enseñaré eso que te decía.

Lo llevó a la habitación donde trabajaba, en la parte posterior de la casa. Acostumbraba a dormir en el sofá cama. Lucy no encendió ninguna luz, limitándose a acercarse a la galería que ocupaba la parte trasera de la estancia.

—Estaba allí. —Miró por la ventana, señalando con la cabeza —. Bajo el roble.

Él siguió la dirección de su vista.

—¿Estás segura de que era una persona? Quizá era una vaca que se escapó de alguna granja cercana… De la de Nelson tal vez. O un ciervo.

—¿Las vacas fuman? —repuso ella al tiempo que se giraba.

Él volvió a mirar al exterior.

—Me levanté para tomar un vaso de agua. Sebastian se reunió conmigo en la cocina. Me dijo que no podía dormir; que Shadowman estaba allí de nuevo.

—Shadowman… ¿cómo el cómic?

—Dice que lo ve a veces. Siempre por la noche, bajo el árbol. Y sí, es la primera vez que me habla de él.

Jack trató de no mostrar ninguna reacción, pero su vieja furia, tanto tiempo enterrada, pugnaba por salir a la superficie.

—Quédate aquí —le dijo.

Abrió la puerta trasera y salió. No había nadie a la vista, pero sacó la pistola de la funda de la cintura por si acaso. El familiar peso del arma y la forma de la culata encajada en su mano le ayudaron a pensar como un poli y no como un novio protector.

La noche era oscura y fría. La luna parecía un fino gajo de plata en lo alto del cielo. Sin duda era una buena noche para acechar a alguien. Una buena noche para moverse sin ser visto.

Pisó la hierba y se deslizó entre dos cercados de alambre, teniendo cuidado para no enganchar la cazadora. Esas eran las tierras de Nelson y el hombre criaba una docena de cabezas de ganado en un campo adyacente. Se detuvo bajo el roble y sacó una pequeña linterna Mag-Lite del bolsillo. Examinó el suelo alrededor del árbol, deteniéndose al ver algo blanco y pequeño; la colilla de un cigarrillo. Estaba plana, seguramente por haber sido aplastada de un pisotón contra la raíz del árbol. Se agachó.

Ver la colilla le molestaba más que confirmar la historia de Lucy. ¿Por qué dejar aquella prueba? ¿Por qué tomarse la molestia de espiar, acosar a alguien al amparo de la oscuridad, pero correr el riesgo de ser descubierto fumando un cigarrillo? ¿Y por qué dejar la colilla?

¿Por qué matar a una joven y tirar el cuerpo cerca de una carretera muy transitada? ¿Por qué secuestrar a la hija de un prominente político? Si la intención era violar y matar, o solo matar para ocultar la violación… ¿por qué dejar un rastro para la policía?

A no ser que su intención fuera joder a la poli. O a la gente, en general. O quizá un cierto sector de la población se sentía intimidado porque hubieran sido seleccionadas estas víctimas en particular.

Los Arrellando formaban parte de ese sector. Quizá esa visita solo era una manera de aterrorizar.

Se puso los guantes de látex que llevaba en el bolsillo de la chaqueta. En el Cuerpo de Policía de Houston había aprendido a estar siempre preparado, y ese hábito no había acabado en el olvido cuando llegó a Graingerville. Cogió el cigarrillo con cuidado y lo dejó caer en el interior de una de las bolsas de papel que llevaba siempre en el bolsillo. Era una noche fría, lo que significaba mayores posibilidades de que el sujeto llevara guantes, y también menos probabilidades de que tuviera sudor o aceite en las manos que hubiera dejado una buena impresión. Pero sí habría saliva, y ahora que el FBI estaba involucrado no tendría que esperar un año a que analizaran esa mierda en el laboratorio.

Guardó la bolsa en el bolsillo y reanudó la búsqueda a la luz de la linterna, en busca de más pistas. Estuvo diez minutos caminando según un patrón en cuadrícula y, estaba a punto de rendirse, cuando se abrió la chirriante puerta trasera. Lucy bajó las escaleras y se dirigió hacia él, rodeándose con los brazos para protegerse del aire helado que azotaba los prados.

—¿Has encontrado algo?

—Es posible. Regresa dentro.

Ella se encogió de hombros.

—Los dos sabemos que no está aquí.

—No es seguro.

—Sí, lo es.

—¿Cuándo regresa tu familia?

—Mañana. —Lucy ladeó la cabeza—. Ve a casa, Jack. No quieres estar aquí.

Apagó la linterna y la metió en el bolsillo.

—Te la has tirado, ¿no?

Suspiró.

—Lucy…

—¿Qué quieres que haga? Recuerdo esa mirada. —Ella se dio la vuelta y caminó hacia la casa. Cuando llegó a la puerta, le miró por encima del hombro—. No pasa nada, Jack, la próxima vez llamaré al sheriff.

15

A Nathan siempre le sorprendía lo estúpidos que podían llegar a ser los malos. Se quedó mirando el informe que tenía sobre el escritorio mientras sacudía la cabeza ante la absoluta idiotez que contenía. El delincuente, un pandillero de diecisiete años, había decidido robar en una tienda de sándwiches en la zona este de la ciudad. El chico pensaba que tenía un plan inteligente: poner un billete de veinte en el mostrador, pedir cambio y cuando la cajera —una joven de origen vietnamita— abriera el cajón, apuntarle a las narices con una pistola y ordenarle que le entregara todo el dinero en efectivo. Ella lo haría y él saldría de la tienda con aquel dinero caliente, listo para celebrar su hazaña con los colegas. Pero entró un poli de patrulla justo cuando atravesaba la puerta con una semiautomática en la mano. El chico se asustó y disparó una vez, pero no le dio al poli, sino a un programador informático de mediana edad que estaba esperando en un semáforo, a menos de una manzana.

La ironía de todo aquello era que el chico salió de la tienda habiendo dejado el billete de veinte en el mostrador y con la gran suma de dieciocho dólares con ochenta y siete centavos en el bolsillo. Sería divertido si no fuera tan trágico.

El hombre herido murió una hora después por culpa de la bala que le había impactado en el pecho.

Se frotó los ojos. Había días que odiaba su trabajo.

—¿Estás? —Alzó la mirada para ver a un tipo de la unidad de asalto junto a su escritorio—. Anda buscándote todo el mundo.

—¿Sí? ¿Por qué? —Ya notaba la acidez en el estómago.

—Tengo a una chica en recepción. Está muy cabreada y dice que quiere hablar con algún jefazo. Asegura que su hermana trabaja en homicidios.

Nathan frunció el ceño.

—En homicidios no hay ninguna mujer.

—Lo sé. —Sonrió—. Pero es posible que quieras hablar con ella. Es una malhablada, pero tiene un cuerpo de infarto.

—¿Qué es lo que quiere?

—No lo sé.

—Dime… ¿por qué voy a querer hablar con ella entonces?

El agente se encogió de hombros.

—Dice que te conoce. Ah, y se llama Corey… O Courtney… Sí, eso es. Courtney Glass.

La casa de Jack era vieja y llena de corrientes de aire, crujidos y gemidos que hacían que resultara imposible dormir. Fiona tiró de las mantas hasta el cuello y se recriminó por la cadena de malas decisiones que la habían hecho llegar hasta ese punto.

Finalmente se había acostado con Jack. Y aunque una parte de ella se deleitaba por eso, la otra ya hacía planes para no volver a hacerlo. Ni siquiera la había besado antes de marcharse y odiaba que tal circunstancia le importara. Odiaba que le gustara tanto ese hombre y que los sentimientos de él no fueran más allá de conseguir lo que quería.

Escuchó el ruido de un coche en la carretera y se puso rígida, esperando que fuera él, pero pasó sin frenar.

Suspiró. Despreciaba esa situación. La mujercita esperando en casa a su hombre. Notó frío en la punta de la nariz y añoró el cálido cuerpo de Jack, que se acoplaba perfectamente al de ella a pesar de lo musculoso que era. Quería sentir el peso de su brazo en la cintura mientras dormía.

Aquello era un desastre; no debería haber cedido a la lujuria.

Había sido la mejor sesión de sexo de su vida, así que no se podía arrepentir por completo. Sin embargo, sí lamentaba estar donde estaba en ese momento, sola en casa de Jack, temblando bajo aquellas sábanas y mantas que olían deliciosamente a Jack Bowman, mientras él luchaba contra los malos con Carlos.

El bolso vibró en la mesilla de noche y ella cerró los ojos. Otra vez no. Jack le había dejado sus cosas en la mesa de la cocina y cuando se levantó para coger el teléfono, vio que estaba configurado para vibrar desde la conferencia de prensa y que tenía dos llamadas perdidas del Departamento de Policía de Austin. No estaba disponible esa noche. No tenía medio de transporte ni deseos de enterarse de un caso en el que no podría echar una mano.

Pero ¿y si era Jack?

Cogió el bolso de la mesilla y comprobó el teléfono. Tal como sospechaba era el Departamento de Policía de Austin. Esperó para ver si habían dejado un mensaje.

Escuchó el chirrido de la puerta mosquitera y cómo se clavaba en silencio contra el marco. Por fin había vuelto Jack.

Pero ¿por qué no había escuchado su camioneta?

La atravesó un helado escalofrío de miedo al darse cuenta de que no había escuchado ningún motor. Se quedó paralizada mientras se esforzaba en escuchar.

Nada.

¿Lo de la puerta sería fruto de su imaginación? En absoluto. Quería llamar a Jack en voz alta… pero ¿y si no era él? ¿Y si era un ladrón que pensaba que no había nadie? ¿Y si era un intruso que sabía

que ella estaba allí, sola y desnuda?

Saltó de la cama. Cogió el bolso y metió el móvil junto al revólver. ¿Dónde estaba su ropa? Vio algo oscuro sobre la silla y lo cogió. Apretó la tela contra el pecho y fue de puntillas hasta el armario. La puerta estaba entreabierta y se coló en el interior.

El armario estaba lleno. Apartó algunas prendas, lo que hizo que las perchas rozaran la barra donde estaban colgadas. Intentó permanecer quieta.

¿Quién estaba allí?

En la casa reinaba el silencio; solo escuchaba los latidos de su corazón.

¿Se había imaginado el sonido? ¿Estaba dejándose llevar por la sugestión? Recordó el pánico que le había hecho sentir aquel hombre en la tienda de la gasolinera. Respiró hondo, tratando de pensar de manera racional. El silencio lo inundaba todo. El armario olía a suavizante y a cuero; a tierra fresca. Sintió bajo los dedos de los pies las zapatillas deportivas de Jack.

Crack…

Se le disparó el pulso. No era su imaginación. Había alguien allí, con ella, y no había escuchado la *pickup* de Jack. Se puso como pudo la sudadera que había cogido de la silla y sacó el Ruger del bolso.

«No te dejes llevar por el pánico. No te asustes». Podría ser Jack. Quizá alguien le había dejado en el camino y estaba siendo cauteloso porque no quería despertarla. Quizá fuera un vecino o un amigo. Tal vez uno de sus sobrinos que había venido a hurtadillas en medio de la noche. Ninguna de esas explicaciones tenía sentido, pero…

Crack…

¡Oh, Dios! Intentó tragar saliva, pero tenía la boca seca. Le ardían los pulmones y el corazón le latía con intensidad. Sostuvo el Ruger apuntando hacia abajo, rezando para no cometer un terrible error.

Y después, un chirrido y *plaf*, la puerta se cerró de golpe.

Soltó el aire. Salió del armario y corrió hasta las ventanas para abrir las persianas. Las luces que rodeaban la casa solo mostraron un campo vacío. Se dirigió a la otra ventana… Nada.

A lo lejos, un motor rugió al cobrar vida. Salió apresurada de la habitación hacia el lado opuesto de la casa, donde las ventanas daban a la carretera, pero no pudo ver nada. No había faros que iluminaran la calzada. El corazón le latió salvajemente mientras el ruido se desvanecía en la nada.

Era bien pasada la medianoche cuando Nathan pudo poner fin a la jornada. Había sido un día infernal, que culminó con una hora en la planta baja pidiendo un montón de favores para librar a la hermana de Fiona de la acusación de vandalismo. La tarea se vio facilitada porque John D. Whosit, propietario del vehículo destrozado, no quiso presentar cargos y solicitó que el incidente se mantuviera en secreto. Lo que no había ayudado fue que la hermana de Fiona estuviera borracha como una cuba y se dedicara a gritar obscenidades a los guardias mientras él hablaba con el supervisor de la cárcel.

¡Joder, vaya noche!

Atravesó el aparcamiento pensando en llegar a casa. Necesitaba una pizza, un whisky y un poco de basura televisiva. Se detuvo bajo una farola tratando de recordar el contenido de su congelador.

La mujer que permanecía de pie en una esquina cercana llamó su atención. Courtney Glass. Alta y delgada, y con demasiada poca ropa para ese clima y aquel barrio. La vio acercarse a Sugar, una de las prostitutas que frecuentaban la zona, y ponerse a conversar con ella. Sugar rebuscó entre sus gigantescos pechos y sacó un mechero.

—Joder —murmuró por lo bajo antes de inclinarse para bajar la ventanilla del pasajero.

Courtney dio a Sugar un cigarrillo y ambas los encendieron como si fueran viejas amigas.

—Hola —gritó él, haciendo que Courtney se diera la vuelta—. ¿Qué estás haciendo?

Ella se pavoneó sobre sus afilados tacones de aguja. Parecía más firme de lo que había estado una hora antes, pero eso no decía demasiado a su favor. Apoyó el antebrazo en la ventanilla del coche y él trató de no bajar la vista a su blusa. ¡Por el amor de Dios!, era la hermana pequeña de Fiona.

—¿Qué estás haciendo, Courtney?

Ella dio una calada y exhaló el humo.

—Estoy esperando el autobús.

—No puedes quedarte aquí parada. No es seguro.

—Estoy a cuatro manzanas de una comisaría.

—Sube al coche. —Ella se rio con un sonido gutural—. Lo he dicho en serio.

La vio incorporarse y cruzar los brazos.

—Gracias, pero estoy bien.

—¡Y una mierda! Tenemos una temperatura bajo cero y ni siquiera llevas abrigo.

Ella lanzó un vistazo por encima del hombro hacia la parada de autobuses, donde Sugar seguía ofreciendo su mercancía.

—Ella tampoco y no lo está pasando mal.

—Courtney… —Estaba acabándosele la paciencia—. Trato de ser amable. Por Fiona. Pero no voy a volver a decírtelo. —Se inclinó y abrió la puerta.

Courtney tiró el cigarrillo y, por fin, deslizó su prieto trasero en el asiento del pasajero. Fue ella la que cerró la puerta, antes de asomarse por la ventanilla.

—¡Oye, Sug! ¿Quieres que te llevemos?

Sugar esbozó una sonrisa y se despidió con la mano.

—Esto no es un servicio de taxi —comentó él mientras doblaban la esquina.

Courtney puso los ojos en blanco.

—No seas capullo. Es muy maja.

—¿Qué pasa? ¿Ahora sois amigas?

Ella se encogió de hombros.

—La conocí en la celda. En casa tiene tres hijos y una madre enferma. Dale un respiro.

Nathan meneó la cabeza. Esa noche había movido todos sus hilos por esa chica, y ella se lo pagaba insinuando que era un capullo.

—¿A dónde te llevo? —preguntó.

—A Lamar con la Novena.

—¿Vives con Fiona? —Vaya sorpresa. Él ni siquiera sabía que Fiona tenía una hermana antes de esa noche, mucho menos que vivía con ella.

—Es un arreglo temporal.

Nathan tomó un desvío y se dirigió hacia la zona de moda donde se encontraba el *loft* de Fiona.

Vio que Courtney pasaba la mano por el salpicadero de su Mustang restaurado del ‘66 antes de lanzar un silbido.

—¿Estás seguro de que eres poli?

—Desde hace quince años.

Ella deslizó la mano por la tapicería, dando una palmadita final.

—Es muy suave. Mi padre conducía un viejo Pontiac.

—¿Tu padre era policía?

Ella movió el botón de la radio.

—Del departamento de San Antonio. ¿No te lo ha contado Fiona?

Nathan sabía que Fiona se había pasado los primeros años de su infancia en Texas, pero no conocía la profesión de su padre. Resultaba extraño que no lo hubiera comentado. Entre los polis estaba muy bien visto pertenecer a la casta policial.

—Jamás lo ha mencionado.

—No suele hablar al respecto. —Courtney puso los ojos en blanco—. Cayó en cumplimiento del deber.

—Lo siento.

—Gracias, pero apenas lo conocía. Mi madre pasó página y se mudó a California después de que ocurriera.

La miró mientras buscaba por las emisoras de radio. Era una mujer muy guapa. Apenas tenía veintiséis años. Demasiado joven, pensó, para llevar todo ese maquillaje y laca en el cabello. Estaría mucho mejor con ropa más decente y menos mierda en la cara. La aventura que había vivido esa noche tampoco la ayudaba; tenía las dos rodillas desolladas y la blusa de seda color turquesa estaba rasgada en el codo.

Él apagó la radio.

—¿Qué ocurrió con el Carrera? ¿Tienes algo contra los coches de importación?

Había comprendido la situación por su cuenta, pero quería escuchar lo que dijera. Para su sorpresa, parecía contrita.

—No sé en qué estaba pensando. —Cruzó las manos en el regazo—. Solo quería… —Miró por la ventanilla y él esperó que no se pusiera a llorar—. No lo sé. Me volví loca. No me gusta que me mientan.

Él la miró de soslayo.

—¿De verdad no sabías que estaba casado?

Ella resopló.

—Ni siquiera sabía su verdadero nombre hasta hoy. Me contó una historia y me la creí hasta el final. —Se volvió hacia él y percibió las manchas de rímel en sus ojos—. Gracias por haber pagado la fianza.

—En realidad no estás bajo fianza. He conseguido que los cargos desaparezcan antes de que comenzaran los trámites burocráticos del sistema. Es diferente.

El edificio de Fiona apareció ante ellos y él detuvo el coche en doble fila. Rodeó el vehículo para abrirle la puerta. El Mustang era bastante bajo y las mujeres solían tener problemas para salir de él, en especial cuando llevaban tacones. La tomó de la mano y pudo disfrutar de una buena vista de sus piernas mientras se apeaba. Miró hacia otro lado.

El barrio de Fiona estaba tranquilo. La calle estaba vacía, salvo por un hombre con aspecto de yuppie paseando a un labrador.

La acompañó hasta la puerta.

—Así que Fiona no está… No ha respondido al teléfono.

Courtney se detuvo, cruzó los brazos sobre el pecho y lo miró con vehemencia.

—No pienso follar contigo.

—¿Puedes repetirlo?

—Agradezco tu ayuda esta noche, pero no pienso irme a la

cama contigo.

Él permaneció allí, aturdido.

—No me lo había planteado. —Ella ladeó la cabeza como si estuviera tratando de medir su honestidad. ¡Joder! Lo decía en serio—. Bien… Buenas noches. —Dio un paso atrás y hundió las manos en los bolsillos—. No te metas en problemas. Deja la pintura a tu hermana.

Se giró y regresó al Mustang, donde podría esperar a que ella entrara sin sentirse incómodo.

—¿Nathan?

Se dio la vuelta.

—¿Qué?

—Lamento haberte llamado capullo.

—Me han llamado cosas peores.

Ella sonrió con timidez. No encajaba con su ropa ni su actitud, pero allí estaba.

—Gracias por tu ayuda —añadió.

—De nada. Oye, ¿conoces la diferencia entre un puercoespín y un Porsche?

Ella lo miró con cautela.

—No.

—Un puercoespín pincha.

A Courtney le llevó un segundo pillarlo. Luego sonrió y abrió la puerta.

Cuando Jack se alejó de Lucy estaba de mal humor. Se sentía fatal por haberse acostado con alguien que había contratado para trabajar en el caso de la violación de su exnovia. Sabía que estaba mal. Muy mal. Jamás hubiera sacado el tema con Lucy, pero a ella siempre se le había dado bien leer su expresión.

Sonó el teléfono en el salpicadero y vio el número de su casa en el identificador de llamadas. ¡Joder! Llevaba ausente más de una hora.

—Ya estoy de vuelta —dijo a Fiona.

—¿Dónde te has metido? He llamado a comisaría.

Su tono parecía irónico.

—Estaba terminando con Carlos. ¿Ha pasado algo? —Esperó un segundo… y otro…—. ¿Fiona? ¿Sigues ahí?

—Han entrado en tu casa.

—¿Cómo?

—Que han entrado en tu casa. Ya sabes cuando alguien se

cuela y…

—¿Qué ha pasado? ¿Estás herida?

—Estoy bien.

—Dame cinco minutos para llegar. —Tres si pisaba el acelerador. No debería haberla dejado sola—. Dime qué ha pasado. Cuéntamelo todo. ¿Seguro que estás bien?

Jack imaginó a Hoyt Dixon pateando la puerta de su casa y comenzó a hervirle la sangre en las venas.

—Estaba en la cama. Después de que te fuiste…

¡Joder! Estaba desnuda. La había dejado allí desnuda y sola, y había entrado alguien.

—Escuché que la puerta se abría…

—¿Qué puerta?

—La de atrás.

—Estaba cerrada con llave. ¿Cómo la abrieron? —Tomó una curva a demasiada velocidad y las ruedas patinaron. Recuperó el control.

—No lo sé.

—Entonces, ¿qué…?

—Me escondí en el armario. Luego oí unos pasos y, más tarde, el chirrido de la puerta. Se fueron.

—¿Eso es todo? ¿Es todo lo que pasó?

—Sí, es todo.

—¿Se han llevado algo?

—No creo.

—¿Han roto algo?

—No creo.

Bueno, era extraño.

—¿Existe alguna posibilidad de que lo que escuchaste no fuera la puerta? Quizá fuera un golpe lejano… En el exterior.

El silencio se alargó.

—No fue en el exterior. Fue la puerta de atrás.

De acuerdo. Estaba enfadada. No la culpaba, pero tenía que hablar con ella. Necesitaba entender qué había pasado. Y recordaba haber cerrado con llave la puerta de atrás.

—Y luego ¿qué?

—Luego llamé a comisaría —repuso ella con frialdad—. Y vino Carlos.

Carlos. ¡Joder!

—Que se ponga.

¡Joder! ¡Joder! ¡Joder!

—¿JB? ¿Dónde te has metido?

—¿Fiona está bien? Dime la verdad.

—A mí me parece que sí.

—¿Hay señales de que hayan forzado la cerradura?

—No, ninguna.

—No lo entiendo.

Carlos soltó un suspiro.

—Ni yo, jefe. Espera.

Esperó a que Carlos intercambiara unas palabras ahogadas con Fiona.

—Tengo que dejarte, JB. Fiona quiere que la lleve a su coche.

—No lo hagas.

—No puedo retenerla. Quiere irse a su casa.

—¡Quédate ahí con ella! Casi he llegado. Rellena un informe o algo así. —Fiona estaba enfadada y, como era habitual en ella, prefería huir.

—Ya lo hemos hecho. No puedo retenerla aquí contra su voluntad, y te aseguro que ahora mismo, su voluntad es marcharse. No sé qué le has hecho, pero ya ha atravesado la puerta, está esperando en el coche patrulla.

—Bueno… conduce despacio. Trataré de llegar a tiempo a su coche.

Diez minutos y un centenar de violaciones del Código de Circulación después, Jack detuvo la *pickup* ante el Edificio Administrativo del Condado de Grainger. Fiona estaba metiendo su maletín en el maletero del Honda y Carlos parecía no poder retrasarla más. Permanecía de pie junto al híbrido, seguramente charlando de cosas intrascendentes mientras ella subía al coche. Cuando él se puso a su lado, ella le lanzó una mirada helada.

—Gracias, Carlos —lo despidió—. Ya me ocupo yo.

Su ayudante arqueó una ceja en gesto claro de censura y se dirigió hacia su coche.

Él retuvo la puerta del Honda mientras ella intentaba cerrarla.

—Espera. Quiero saber lo que pasó.

—Lee el informe —repuso ella encendiendo el motor—. Carlos es muy detallista. No hay señales de que hayan forzado la cerradura. No hay huellas. No hay marcas de neumáticos. No han robado ni roto nada. Debo haberlo imaginado.

Tiró de la puerta pero él la bloqueó de nuevo. Se agachó junto a ella, que clavó los ojos en el parabrisas.

—Lamento no haber estado allí.

—No pasa nada. Es evidente que estabas trabajando… con Carlos.

—Habla conmigo. Quiero entender lo que pasó.

Ella puso el coche en marcha.

—Repito, lee el informe. Ahora, ¿te importaría dejarme en paz? He tenido un día muy largo y me vendría bien dormir un poco

esta noche.

Fiona no lo miraba. Permaneció allí, agachado a su lado y ella ni siquiera intentó establecer contacto visual. Vio que le temblaba la barbilla, como si luchara contra sus emociones. ¡Joder! La había dejado sola y se había asustado, no sabía muy bien de qué. Luego le había mentido y cuestionado sus palabras.

—Lamento que te asustaras.

Ella siguió sin mirarlo, pero se le deslizó una lágrima por la mejilla. Él alzó una mano para secársela y Fiona se encogió.

—Vuelve a casa conmigo. Hablemos de ello.

—No es mi casa, Jack. —Por fin lo miró—. Y no quiero hablar contigo.

16

El Honda blanco que Jack vio camino del trabajo solo podía pertenecer a una persona. Se desvió hacia el aparcamiento de Lorraine's y se abrió paso entre las personas que se habían detenido a desayunar allí, hasta que vio a Fiona sentada al fondo. Vestía el mismo traje pantalón que había llevado el día anterior y el pelo recogido en una coleta. Ella alzó la mirada cuando él se acercó a la mesa. Su expresión se mantuvo invariable, pero puso el maletín en el banco de vinilo, a su lado.

Él se sentó enfrente.

—Pensaba que habías regresado a Austin.

—Es evidente que no lo hice.

—¿Dónde has dormido esta noche?

—En el motel. —Ella bajó la mirada al menú—. Sin embargo, me voy ya. Esperé para volver a entrevistar a Brady esta mañana, pero no va a poder ser. Su madre asegura que tiene un virus estomacal.

—¿Os traigo café?

Él miró a la camarera.

—Estaría genial, gracias. Y dos huevos fritos, acompañados de salchichas. —Miró a Fiona como diciéndole «mala suerte, nena, vas a tener que hablar conmigo».

Ella suspiró.

—Un café, por favor —pidió a la camarera—. Y unas tostadas.

Él notó cómo se ponía la armadura. La vio colocar el menú detrás del dispensador de servilletas de papel, erguir los hombros y alzar la barbilla. Sabía que estaba acorralada.

—No debería haberte mentido.

—Es irrelevante.

Apoyó la espalda en el respaldo del reservado.

—¿Siempre hablas como una abogada cuando estás enfadada?

—No estoy enfadada.

Les llevaron el café y observó cómo ella añadía la leche delicadamente, retirando las tapas de aluminio de los envases y apilándolas a un lado con suma meticulosidad. Él bebió un sorbo de su café negro y decidió cambiar de táctica.

—Estuve con Lucy —confesó—. Ocurrió algo en su casa y quería que la viera.

—Interesante. ¿Por qué no me lo contaste?

—Pensé que no lo entenderías.

—Oh, lo entiendo perfectamente. ¿A quién más iba a llamar para contarle que ocurría algo en medio de la noche? No es necesario

mentir al respecto, como si hubiera algo que ocultar.

Él estaba bastante seguro de que había dos o tres significados ocultos en lo que ella acababa de decir, pero después de haber dormido muy pocas horas, no se sentía con fuerzas para analizarlos.

—¿Qué era lo que ocurrió en casa de Lucy? —preguntó ella.

Él se quedó callado durante un momento y luego decidió contarle la verdad.

—Asegura que vio a alguien merodeando ayer por la noche alrededor de su casa.

Ella arqueó las cejas.

—¿Intentó entrar en su casa?

—No.

—¿Lograste verlo?

—No.

Ella frunció los labios.

—Dos mujeres con delirios la misma noche. Debe de haber algo en el agua.

—No creo que haya tenido delirios. Ni tampoco que los tuvieras tú. Sencillamente no entiendo lo que pasó. Sé que cerré la puerta, así que no me explico que alguien pudiera entrar.

—¿Cuándo la cerraste?

—¿Eh?

—La puerta. ¿Cuándo la cerraste? Saliste dos veces, ¿recuerdas? La primera vez fue para recoger mis cosas del coche, y la otra para ir a ver a Lucy.

Jack tensó los hombros al darse cuenta de lo que ella decía. Pensaba que había sido descuidado. Pensaba que la había dejado sola en una casa con la puerta abierta, mientras corría a ver a Lucy. No era lo que él recordaba, pero tenía que admitir que podía ser posible. Había estado medio dormido y tenía prisa.

—¿Crees que ambos incidentes están relacionados? —preguntó él.

—No lo sé. ¿Y tú?

—No lo sé. —El Shadowman de Sebastian podía ser cualquiera, pero a él no le gustaba la idea. Agradeció que Fiona estuviera a punto de regresar a Austin.

Les sirvieron el desayuno y Fiona cortó el triángulo de pan por la mitad antes de extender la mantequilla con cortos movimientos del cuchillo. Parecía tan fría y remilgada que, de repente, recordó la imagen que presentaba con los pechos al descubierto y las mejillas rojas sobre su regazo. O debajo de él, en la cama.

—Pienso ir a Austin —aseguró—. Quiero volver a verte.

Ella mordió el pan, lo tragó y tomó un sorbo de café.

—¿Cuándo piensas venir?

—¿Cuándo estarás disponible?

Había metido la pata. A ella no le gustó la expresión, y lo vio en sus ojos.

—No voy a estarlo. Ya te lo he dicho, tengo que preparar la exposición…

—Quiero otra oportunidad. —Él le lanzó una mirada profunda con la que le transmitió el tipo de oportunidad que tenía en mente. Necesitaba mucho más tiempo para demostrarle que no era el hombre que había visto la noche anterior. Entonces le había mentido, se había mostrado insensible y demasiado rápido en la cama. Él no era así, y era importante que ella lo supiera.

Necesitaba que lo supiera.

Ella jugueteó con la tostada y él supo que la había hecho sentirse incómoda.

—No creo que sea buena idea —aseguró ella finalmente.

—¿Por qué no?

—Porque esto no va a ninguna parte y no se me da bien el sexo casual.

—Anoche estuviste genial.

La vio enrojecer, y las pecas que salpicaban su nariz destacaron más.

—Espero no interrumpir nada.

Los dos alzaron la vista y vieron al agente Santos a pocos metros de la mesa. Tenía una gabardina gris colgada del brazo y sostenía una de las tazas de café de Lorraine's.

—¿Os importa si…?

—Claro que no. —Fiona movió el maletín y se deslizó hacia la pared para hacer sitio a su lado. Jack apretó los dientes al ver que el agente se sentaba junto a ella.

—¿Cuándo será la entrevista? —preguntó Santos.

—Ha sido cancelada. Brady tiene un virus estomacal. O por lo menos es lo que dice su madre.

Santos frunció el ceño y tomó un sorbo de café sin decir nada antes de mirar a Jack y tenderle la mano por encima de la mesa.

—Ray Santos, del FBI.

Jack se la estrechó.

—Jack Bowman, jefe de policía de Graingerville.

—Lo sé.

—¿Se sabe algo de los resultados del laboratorio? —preguntó Jack.

—Hasta ahora, nada.

—¿Nada sobre qué? —preguntó Fiona.

—Sobre algunas pruebas de ADN que se obtuvieron de Natalie Fuentes —respondió él—. Teníamos la esperanza de que estuvieran

incluidas en alguna base de datos.

—Pero el asesino no está fichado —dijo Santos—. Aunque eso no es nada concluyente porque llevamos un retraso imposible de creer. Hay miles y miles de muestras que todavía no han sido volcadas en la base de datos.

Jack meneó la cabeza.

—Es culpa de los políticos —explicó Santos—. Los laboratorios no logran mantenerse al día con todas las nuevas leyes que se aprueban.

—¿Y las huellas? —preguntó él—. ¿No las contrastáis a través del IAFIS?

Fiona arqueó las cejas.

—¿Habéis encontrado huellas dactilares? ¿Dónde?

—En el coche de Marissa —explicó él. Intercambió una mirada con Santos como diciéndole que Fiona formaba parte de la investigación. Sí, era una consultora externa, pero se podía confiar en ella.

—En el interior del vehículo había sangre —dijo Santos en voz baja. El reservado detrás del suyo estaba vacío, pero esa mañana Lorraine's estaba abarrotado—. Hallamos huellas de un pulgar y un índice en el retrovisor, y también en la sangre de Marisa.

—Así que se metió en el coche, ajustó el espejo y condujo hasta algún lugar —concluyó Fiona.

—Es lo más probable —convino Jack—. ¿Para qué, si no, ajustar el espejo? Pero no habría llegado demasiado lejos con un neumático mal. Seguramente solo alejó el coche de la carretera. Nos lo encontramos cerca de una curva, pero oculto entre los árboles.

—Las huellas no son de la víctima —intervino Santos—. Así que creemos que son de su secuestrador, que se manchó las manos de sangre cuando la sometió a la fuerza, seguramente con un golpe en la cabeza. Esperábamos que las huellas nos dieran algún dato nuevo, pero hasta ahora no ha sido así.

Jack sacudió la cabeza.

—¿Tienes una huella del pulgar? Eso dijo el sheriff.

—Es correcto.

Fiona pasaba la mirada de uno a otro, y él notó cómo seguía la secuencia lógica.

—Esa huella tiene que estar en la base de datos de tráfico —dijo ella—. Si el hombre tiene permiso de conducir en Texas, está registrado.

—Sería lo lógico —intervino Jack—. Así que quizá sea de fuera del estado, aunque yo, personalmente, no lo creo. O le da igual conducir sin permiso. Apuesto por lo segundo.

Santos se inclinó hacia delante, apoyando los codos en la

mesa.

—Parece como si tuvieras una teoría. ¿Cuál es?

Él lo observó durante un rato. Había esperado odiar a ese tipo, pero hasta el momento le caía bastante bien. Estaba pidiendo ayuda a los locales, algo que él aprobaba, y no se pavoneaba por ahí con un ego más grande que él. Todavía quedaba por ver si utilizaba psicología barata o no.

—Creo que es de por aquí —repuso, finalmente—. Por muchas razones, muchas de las cuales tienen que ver con un caso sin resolver, una violación que ocurrió hace algo más de una década.

—María Luz Arrellando —asintió Santos—. Leí el informe. Crees que están relacionados porque utilizaron el mismo *modus operandi*, ¿verdad? Como por ejemplo lo de la cuerda.

—Por eso y por otras cosas. Por ejemplo las víctimas que elige.

Santos ladeó la cabeza. Estaba escuchando con la mente abierta, o eso parecía. Le pareció extraño, porque sabía que Randy y su suegro se habían esforzado mucho para convertir al jefe de policía de Graingerville en una especie de paria. No querían que él les robara plano.

—Creo que tenemos a un solitario —continuó—. Un tipo que cree en la supremacía blanca y que, seguramente, no tenga en buena consideración al Gobierno. Este chico no va a seguir las leyes ni a pagar una cuota para que le tomen las huellas digitales y le concedan permiso para moverse libremente, ya que piensa que es un derecho que Dios le dio. También creo que es de la zona, por la familiaridad que parece tener del terreno y las carreteras. Creo que sabe dónde puede recoger a sus víctimas y a dónde llevarlas para permanecer oculto. Pero debe ser un ermitaño, o de lo contrario cualquiera le habría reconocido a través de los bocetos de Fiona. Ha hecho un buen trabajo. Es la mejor.

Fiona lo miró. Parecía sorprendida por el cumplido.

—Estoy de acuerdo —convino Santos, mirándola—. Sus dibujos son siempre muy exactos.

Ella bajó la mirada, claramente incómoda con los elogios. Él no lograba comprender cómo una mujer con ese don podía ser tan modesta.

—Creo que elige a sus víctimas con mucho cuidado, y que las tantea primero. —Observó la reacción de Fiona. Si sus palabras la asustaron, no lo demostró—. Una vez que sabe qué quiere, por la razón que sea, comienza la espera, como seguramente hizo con María Luz. Luego usa alguna artimaña, como el pinchazo, para pillar a su víctima en una posición vulnerable. Sospecho que si logramos encontrar el coche de Natalie, hallaremos también la evidencia de que se topó con algún problema que propició su secuestro.

Santos asintió.

—Entonces piensas que se trata de un tipo inteligente y organizado.

—¿Tú no?

—Las evidencias parecen demostrarlo. Por lo que sabemos, no está utilizando el coche de la víctima. Era un Hyundai Elantra, ¿verdad? No tiene nada que ver con las huellas que se encontraron en la escena del crimen.

—Eso es —convino él—. Creo que tiene vehículo propio. Quizá más de uno. Creo que tiene una base de operaciones. Quizá más de una. Y creo que se está creciendo. Creo que no es casualidad que haya atacado a la hija de un político de origen latino. Creo que forma parte de un mensaje, pero todavía no sé cómo influye el clima.

—¿El clima? —preguntó Santos.

—Todas las víctimas desaparecieron durante una ola de frío. Con temperaturas bajo cero.

El agente asintió con la cabeza y él se sintió orgullosamente petulante por haberse dado cuenta de algo que se le había escapado al FBI, aunque no supiera lo que significaba.

No compartió el resto de lo que pensaba. No le dijo que sospechaba que el hombre que había merodeado la noche pasada alrededor de la casa de los Arrellando, ni que la persona que había entrado en su casa era también el mismo tipo. Y que si estaba de caza de nuevo, no era un buen presagio para Marissa Pico.

Santos se apoyó en el respaldo del reservado y le observó pensativo. Jack intercambió alguna mirada con Fiona. Su análisis parecía ser una sorpresa para ella, y tuvo que reprimir un comentario sarcástico. ¡Joder! No llevaba dos semanas con el caso, si contaba desde el ataque de Lucy, había tenido once años y dos semanas para rumiar una y otra vez los datos. ¿Pensaba que no tenía desarrollado un perfil del sujeto a esas alturas? No necesitaba un apartamento de lujo ni una temporada en Quantico para ser un buen detective. Era lo que hacía, en lo que era muy bueno. Que su trabajo actual no estuviera acompañado de un buen cargo no significaba que se hubiera olvidado de cómo había qué investigar un caso.

—Hemos estado canalizando muchos de nuestros recursos en el terrorismo interno, tanto de extranjeros como de nativos —explicó Santos.

—¿Te refieres al FBI? —preguntó Jack.

—Y a Seguridad Nacional. No ha habido aumento de la actividad de grupos racistas últimamente. Voy a enterarme de si tenemos bajo observación a alguien que viva por aquí cerca.

—¿Se ha infiltrado alguien en esos grupos? —preguntó sin molestarse en ocultar su escepticismo.

—Sí. Las organizaciones varían, pero hay gente que trabaja encubierta. Veré que puedo averiguar.

Él sacudió la cabeza, deseando que el FBI se hubiera involucrado semanas antes. Era increíble ver de qué recursos se podía echar mano cuando estaba metido en el ajo alguien rico y poderoso.

—Estoy de acuerdo con esa visión de que todo está motivado por el odio, pero no estoy seguro de que sea por un tema de racismo —continuó Santos—. Creo que tiene más móviles.

—¿Cómo por ejemplo? —presionó Jack.

—Son crímenes cercanos y personales. Demuestra mucha emoción. Quizá elija a sus víctimas en función de su raza, pero creo que hay más detrás de la rabia. Existe algún elemento personal que no hemos tenido en cuenta. Su *modus operandi* indica que tiene algún conflicto con esas mujeres.

—Sí, bueno, quizá alguien escriba algún día una tesis al respecto —comentó Jack—. Yo me conformo con atraparlo.

Santos no se dio por aludido. Metió la mano en la chaqueta y sacó el móvil, que había comenzado a sonar.

—Perdón —se disculpó, levantándose del asiento—. Tengo que responder.

Cuando se alejó, él miró a Fiona. Se sentía aliviado y frustrado a la vez, al pensar que regresaba a Austin.

—Bien… —Ella sacó la cartera y dejó unos billetes sobre la mesa—. Creo que trataré de hablar con Brady una vez más antes de irme. A ver si está mejor.

La vio rebuscar en el bolso y el maletín, evitando su mirada a propósito.

—Cuando dije que iría a verte a Austin, hablaba en serio. Me tendrás allí en cuanto me pueda escapar.

—¿Dónde está el móvil? —murmuró ella, dejando un bloc de dibujo bruscamente sobre la mesa—. Estoy segura de que estaba aquí.

—Fiona…

Sacó también una caja de lápices y frunció el ceño cuando su mano se enredó con una cuerda negra.

—¿Qué demonios…?

Jack la miró desenredar la cuerda y se dio cuenta de que estaba cubierta por una sustancia negra, ya seca, pero que las fibras verdes asomaban en algunos puntos. Se le revolvió el estómago.

—Para —ordenó.

Ella tiró del cordel y él le sujetó la muñeca con la mano.

—¡Detente, joder!

Santos se acercó a la mesa de nuevo, farfullando por lo bajo, mientras él miraba la sangre endurecida que cubría la cuerda que rodeaba la mano de Fiona. Aquel puto psicópata la había dejado en el

maletín donde ella guardaba su material.

Miró a Santos y, por fin, entendió lo que estaba diciendo. Algo sobre Marissa Pico. Algo sobre un cuerpo…

—Ahora mismo una unidad se dirige a la escena del crimen. ¿Quieres acompañarme? —El agente frunció el ceño al mirar la mano de Fiona—. ¿Qué es eso?

—Un *souvenir* —apuntó él—. Un regalito que le ha dejado nuestro hombre.

Cuando llegaron al Rancho Pico, los agentes del CSI ya estaban allí.

—El cuerpo fue visto por un repartidor —explicó Santos a Jack mientras detenía el coche en el arcén—. Acababa de dejar un cargamento de piezas de tractor, cuando lo vio. Llamó a la oficina del sheriff con el móvil.

La escena estaba siendo vigilada por uno de los oficiales uniformados de Randy, mientras que el segundo ayudante del sheriff colocaba una serie de conos naranjas y blancos en la entrada del rancho. Él echó un vistazo a todos los demás, pero no encontró ninguna cara conocida.

Santos se abrió paso a través de la cinta protectora con sus brillantes zapatos negros. Mostró las credenciales al guardia y siguió por el camino de grava. Jack observó que el chico de Randy le seguía con el ceño fruncido, prestando mucha atención a las pistas que jalonaban el fangoso camino. Era una mañana húmeda y existía la posibilidad de tomar huellas de neumáticos.

Una mujer con bata blanca se acercó a Santos. Llevaba unos guantes de látex y tenía dos dedos manchados de sangre.

—Tenemos una mujer morena de edad indeterminada. Múltiples heridas de arma blanca en el pecho. Mutilaciones en manos y pies.

Santos le miró, y sospechó que el agente estaba pensando lo mismo que él; su hombre había alterado su rutina.

El federal siguió a la mujer hasta un grupo de árboles, justo a la entrada del rancho. El cuerpo se encontraba tendido en una zanja, entre la carretera y la alambrada. Incluso desde la distancia, Jack se dio cuenta de que había sido un claro exceso. La víctima había sido golpeada en la cara, volviéndola irreconocible. Las heridas de arma blanca no habían sangrado demasiado, por lo que imaginó que habían sido infligidas después de la muerte, pero los forenses podrían determinarlo a ciencia cierta. Supuso que la habían matado por estrangulamiento, pero la gravedad de las lesiones hacía imposible

que él lo supiera con un solo vistazo.

—Está creciéndose —confirmó Santos, sacando el móvil del bolsillo.

De pronto, se escucharon las hélices de un helicóptero acercándose y a su alrededor comenzaron a girar hojarasca y escombros. Alzó la vista para ver a un aparato justo encima de la escena del crimen, cubriendo de polvo cada pizca de evidencia que podría haberse encontrado en el cuerpo y los alrededores.

Se volvió hacia Santos.

—¿Sabías algo de esto?

El agente frunció el ceño al ver el logotipo en el lateral del helicóptero.

—No —confirmó, mirando por encima de su hombro—. Pero es posible que desees preguntarle al sheriff.

Se dio la vuelta y vio a Randy Rudd de pie ante la barricada, haciendo gestos melodramáticos mientras hablaba ante un reportero y su cámara. Una furgoneta blanca había sido aparcada de cualquier manera a un lado de la carretera y había otra en el camino. En unos momentos aquel lugar se convertiría en un circo.

—¿Ha hablado alguien con los Pico? —preguntó.

—No.

Jack pasó junto a la barricada y empujó a Randy.

—¿Han venido en ese helicóptero?

La reportera de ojos brillantes se puso rígida antes de alzar la mirada hacia el aparato en cuestión.

—Es del Canal Seis —dijo—. Nosotros somos del Trece.

Jack tomo nota de a qué lugares llamar para montar la de Dios.

—No tenemos ningún comentario de momento —espetó—. Ahora, salgan de esta propiedad o me aseguraré de que los arresten.

La periodista le miró boquiabierta. Luego pareció recuperarse y lanzó una rápida mirada a su cámara para ver si había filmado la escena.

—Bueno, espera un minuto…

Jack se dio la vuelta.

—Hay que preservar la escena del crimen. ¿Qué te parece si nos dedicamos a realizar el trabajo policial en vez de andar pavoneándonos ante las cámaras?

Randy adquirió un color rojo remolacha y él miró más allá, justo a tiempo de ver a Bob Spivey saliendo de un Cadillac plateado para traspasar la barrera. Jack tomó nota de la escena: el alcalde, el sheriff, un grupo de vehículos de la policía con el logotipo de Rancho Pico flotando en lo alto; parecía el escenario perfecto para un episodio de *CSI: Texas*. Quiso estrangular a alguien.

Eligió a Spivey.

—El retrasado de tu yerno ha convocado una rueda de prensa y ni siquiera han retirado el cuerpo. El Rancho Pico está siendo filmado por las cámaras y la familia todavía no ha recibido ninguna comunicación.

—Tranquilízate. —El alcalde lanzó una mirada llena de nerviosismo por encima del hombro, y él supo que había alguien filmándole.

—¿Quién llamó a los medios de comunicación, Bob? ¿Fuiste tú? ¿Fue él? —Señaló con un dedo a Randy, que acababa de reanudar su actuación ante un número cada vez mayor de periodistas—. ¿Te das cuentas de lo mucho que complica esto las labores de los investigadores? ¿Las del equipo de la Fiscalía que están a punto de llegar? Las pruebas desaparecen mientras tu yerno se dedica a hablar ante las cámaras. Sin duda, es un representante de la ley cojonudo. —Mientras Jack decía todo eso, un Range Rover negro se acercaba desde el interior del rancho hasta detenerse ante la puerta. Un hombre con chándal azul salió y corrió hacia los técnicos forenses, que se inclinaban sobre el cuerpo. Se trataba del senador Pico. ¡Santo Dios! Las cámaras estaban recogiendo toda la escena. El agente Santos interceptó al hombre y lo sostuvo por los hombros mientras gritaba sin control.

—Esto es una vergüenza —dijo él mirando al alcalde—. Me das asco.

—Estás despedido, Jack.

—¿Cómo?

—Que te relego del caso. Ya no eres el jefe de policía.

Aquello fue un golpe casi físico.

—No puedes despedirme. Fui contratado por el Ayuntamiento.

En los ojos de Spivey había una mirada de triunfo.

—Echa un vistazo al Código Municipal de Graingerville, artículo doce, sección tercera. Yo puedo despedirte, y estoy haciéndolo. —El alcalde enderezó su sombrero y se sacudió las solapas—. Quiero tener tu placa y tu pistola encima de mi escritorio antes de que acabe el día.

17

Los golpes resonaron como disparos de fusil.

Cayeron dos bolas y Jack observó con satisfacción cómo la tercera rebotaba en el mullido borde y se aproximaba al agujero más cercano a Nathan. Sentaba bien golpear algo, aunque no fuera al gilipollas de Randy Rudd. Estudió la mesa antes de inclinarse y arriesgarse con una jugada combinada que hizo caer la uno y la siete.

—Necesito otro trago. —Nathan apoyó la botella vacía en una mesa cercana y le hizo una señal a la camarera.

Jack falló en el siguiente disparo y maldijo por lo bajo cuando Nathan metió la doce, que le había dejado a huevo. Se coló justo cuando llegaban las bebidas.

—Era un trabajo de mierda, es mejor que te hayas librado de él —aseguró Nathan, levantando la botella—. Ese puto pueblo no era lugar para ti.

Jack frunció el ceño. Jamás había considerado que ser el jefe de policía de Graingerville fuera un trabajo de mierda, pero Nathan estaba tratando de apoyarle. Durante la última hora había hecho todo lo posible para ayudarle a mejorar su estado de ánimo.

Nathan había sido su segunda opción esa noche, y él lo sabía, pero era demasiado buen amigo como para tomárselo a mal en esa ocasión. Jack se había subido al coche para ver a Fiona y su ya negro humor había empeorado todavía más cuando ella no abrió la puerta tras repetidos golpes ni respondió al teléfono. Así que, tras decidir que si no podía consolarse en los brazos de una cálida y suave mujer podría hacerlo jugando al billar con su amigo, llamó a Nathan.

Quizá no hubiera sido lo mejor, pensó cuando Nathan volvió a meter la bola, haciéndole maldecir entre dientes.

—¿Pensabas que estaba jugando mal para consolarte? —preguntó Nathan, inclinándose de nuevo y alzando la mirada hacia él.

—Ha sido pura chorra.

Como única réplica, su amigo metió otra bola y le miró con aire de suficiencia mientras levantaba el palo.

—¿Dónde se ha metido ella esta noche?

No fingió no saber de quién hablaba. Jamás comentaba nada sobre su vida sexual, pero había cosas que, sencillamente, los amigos sabían.

—Salió —repuso tomando la cerveza.

—Es una buena chica. No la presiones o te mandará a la mierda.

Jack hirvió de furia desde la esquina. De hecho, se sentía como

si ya le hubiera enviado allí. Aunque debería sentirse agradecido, la verdad. Solo quería sexo salvaje, no necesitaba dolores de cabeza sobre relaciones de pareja y cosas por el estilo.

Lo que necesitaba ahora era un trabajo.

Nathan rodeó la mesa, estudiando la disposición de las bolas.

—¿Ya has conocido a su hermana?

—Sí. Es una bomba.

Nathan preparó el disparo.

—Una bomba sexual.

—Eso también.

La catorce se deslizó en el agujero más cercano a él.

—Estuve un rato con ella la otra noche —comentó Nathan—. Me dijo que su padre había trabajado como poli en San Antonio. Le mataron al responder a un atraco en una tienda de licores. Busqué el informe.

Jack frunció el ceño.

—Fiona no lo ha mencionado nunca.

—No es muy habladora.

Jack se quedó mirando la mesa, olvidando cualquier estrategia sobre el juego mientras procesaba aquella nueva información. El padre de Fiona había sido policía. En Texas. Varias piezas del intrigante rompecabezas que era esa mujer encajaron en su lugar y, por alguna razón, sintió un profundo alivio.

Ella no hablaba de sus padres. Por algún comentario había deducido que su madre tenía problemas con la bebida y que no mantenían una relación cordial. Al único pariente masculino que mencionaba era a su abuelo.

Miró a su amigo, que había sido colega y mentor de Fiona durante dos años. Habían trabajado juntos en algunos casos extenuantes, lo sabía, y Nathan la había visto con la guardia baja.

Se aclaró la garganta.

—¿Alguna vez te has preguntado por qué es tan buena en lo que hace? ¿Por qué lo es justo con las víctimas de violaciones y niños?

Nathan levantó la mirada de la mesa, buscando un significado oculto en sus palabras. Lo dejaría allí en caso de que para su amigo aquello supusiera algún tipo de dilema ético.

—Se me ha pasado por la cabeza. Sin embargo, nunca me ha dicho nada. —Nathan realizó un tiro cruzado para impactar a la once, pero no la metió—. Tú eres el detective. Busca y tira del hilo.

Jack hizo una mueca burlona. Ya no era detective. Ni siquiera era poli y los dos lo sabían. Apuntó a la tres, pero dio demasiado impulso al palo y falló.

—¡Joder! —Alzó la mirada y vio que su amigo le miraba con disgusto—. ¿Qué pasa?

—No irás a dejarlo, ¿verdad?

—No me queda otra opción.

—Joder. —Nathan se inclinó sobre la mesa, deshaciéndose sistemáticamente de las bolas restantes mientras a él le subía la tensión arterial. No debería haber ido allí. Había sabido desde el principio qué tipo de consejos obtendría si salía con Nathan esa noche.

—¿Crees que debería pedir que me devolvieran mi trabajo?

Nathan miró a la bola con el número ocho al tiempo que sacudía la cabeza.

—Entonces, ¿qué sugieres que haga?

—Ya lo sabes. A la esquina izquierda. —Golpeó la bola blanca y esta impactó la ocho hacia ese punto. Se apartó de la mesa y le lanzó una mirada que siempre le había recordado a su padre.

—Eres un tío de homicidios, Jack. Siempre lo has sido. No te rindas ahora, cuando estás tan cerca.

Jack se quedó mirando la mesa, pero sabía que Nathan estaba en lo cierto. La putada era que, a pesar de eso, no sabía qué hacer al respecto. Era un detective sin caso. Ni siquiera tenía una placa. ¿Cómo iba a detener a un asesino en serie? Se trataba del caso más importante de su carrera y estaba fracasando. Por completo.

Apuró la cerveza.

—Ve en busca de Fiona —le aconsejó Nathan—. Te dirá lo mismo.

Recibir otra paliza al billar no mejoró el humor de Jack. Fiona seguía sin estar en casa y sin responder al teléfono. Había perdido cuarenta dólares con Nathan y gastado otros veinte en bebidas. Hizo un último intento de encontrarla en el *loft*, pero allí no había nadie. Acababa de decidir regresar a Graingerville cuando, al pasar por delante de una estación de servicio de Exxon, en Lamar Street, frenó en seco. Junto a uno de los suministradores había un Honda blanco y, al lado, una pelirroja muy familiar.

Dio la vuelta con rapidez y se desvió hacia el aparcamiento de la gasolinera, justo cuando ella estaba encendiendo un cigarrillo. Se acercó por detrás.

—No es el mejor sitio para fumar.

Courtney pegó un brinco y giró en redondo.

—¡Joder! —Lo miró con la mano apretada contra el pecho—. ¿Por qué haces eso?

—¿El qué?

—¡Acercarte a mí furtivamente! —Metió el mechero en el

bolsillo. Llevaba una gabardina negra que la cubría hasta las rodillas y unos zapatos de tacón de aguja que dolía con solo mirarlos.

—¿Has visto a Fiona?

—No. —Ella se dio la vuelta y cogió la manguera de suministro, aunque volvió a dejarla en su lugar al darse cuenta de que se había olvidado de abrir la tapa del depósito. Con un resoplido, volvió a apoyarse en el coche.

Jack sacó la cartera y le tendió una tarjeta de crédito. Luego se ocupó de insertar la boquilla y se apoyó en la puerta para ver cómo se desplazaban los números.

Courtney dio una larga calada a su cigarrillo. Tenía las puntas de las uñas pintadas de un brillante color blanco.

—Ya tengo tarjeta de crédito.

—¿De veras? ¿Es tuya o de Fiona?

Cruzó los brazos, molesta de que la hubiera pillado. Pero él también tenía hermanas pequeñas. Observó cómo iba subiendo el número de litros.

Courtney dejó caer el cigarrillo en el cemento y lo apagó con la punta del zapato.

—A ella no le gustará que hagas esto. Es una mujer liberada.

Jack encogió los hombros.

—Imagino que le debo un par de depósitos. Ha ido algunas veces a Graingerville para echarme una mano en el caso.

Courtney se humedeció los labios. Después de mirarlo de arriba abajo durante unos instantes, se acercó bamboleándose. Él no sabía lo que llevaba debajo del abrigo, ni siquiera si llevaba algo, y sospechó que esa era su intención.

—Fiona está ocupada esta noche —ronroneó, pasando los dedos por el borde del bolsillo de su cazadora—. Pero podrías pasar el rato conmigo.

La miró. Se había maquillado de una manera distinta y sus ojos recordaban a los de un gato. Sintió que ella se movía, rozando su muslo con el de él.

—Ya basta, Courtney. ¿Dónde está Fiona?

La joven bajó la mirada con timidez y dio un paso atrás.

—Está ocupada.

—Eso ya lo has dicho. —Jack levantó los limpiaparabrisas y pasó una escobilla de goma por el cristal. Parecía como si el coche hubiera recorrido todo el estado—. ¿Sabes dónde está ocupada? ¿O cuándo llegará a casa? —Era consciente de que si Courtney estaba usando su coche, ella debía disponer de otro medio de transporte. O quizá tuviera una cita.

Pasó la escobilla un par de veces más, tratando de que la idea de que Fiona estuviera con otro hombre no le molestara. Eran libres.

No mantenían una relación de verdad. Aunque lo cierto era que no sabía cómo llamar a lo que había entre ellos.

—¿De verdad quieres saber dónde encontrarla?

—Sí. —Dejó caer la escobilla en el cubo.

En los ojos de Courtney apareció un brillo malicioso y supo que estaba tramando algo.

O que lo estaba tramando Fiona.

—Apura, estamos congelándonos aquí.

Ella sonrió.

—Bueno, no puedo asegurártelo, pero creo que puedes encontrarla en el Club Continental.

Fiona detestaba el Club Continental. Era un local ruidoso que siempre estaba lleno de gente que se consideraba *grunge,* aunque no lo era. Ella había ido allí para llevar a cabo una misión y, en cuanto la realizara, tenía intención de marcharse.

Escuchó la guitarra. Estaba sentada en la barra, frente a un vaso de whisky sour, deseando que el cantante de country alternativo terminara de una vez. Aaron tenía una voz bastante decente y una mirada capaz de vender muchas revistas, pero el sombrero de cowboy hecho jirones y la barba de tres días no entraban en sus gustos personales.

Revolvió la bebida. Salir esa noche había sido un error. No estaba de humor para escuchar música en ese momento; cada uno de sus pensamientos acababa convergiendo en el trabajo. O en Jack. O en trabajar con Jack. Llevaba toda la semana intentando concentrarse en otra cosa, pero su mente regresaba a Graingerville. Se preguntó cómo iría la investigación, cómo estarían los Pico. Se preguntaba también si volvería a ver a Jack o si él se habría concentrado en el caso con la intención de olvidarse de ella.

Había tratado de quitárselo de la cabeza, de concentrarse en sus pinturas. Había pasado horas con los óleos y los pinceles, hasta que casi cayó extenuada, pero su habitual ruta de escape no había funcionado en esta ocasión; sus pensamientos continuaron en la misma dirección.

El camarero se detuvo para mirar su bebida. Ella sonrió y él trató de entablar conversación. Fue inútil. No tenía ganas de cháchara. Miró el reloj y luego lanzó una mirada impaciente al escenario.

—Dime que no has estropeado un buen whisky con zumo de fruta.

Giró la cabeza bruscamente. Jack estaba apoyado en la barra,

mirándola.

—¿Qué haces aquí?

—He venido a ver el espectáculo.

Llevaba los Levi's, la cazadora de cuero llena de marcas y unas botas que seguramente habían pisado muchas más bostas de vaca que las que usaba el hombre que cantaba tras el micrófono.

Aquello iba de mal en peor.

—¿Cómo me has encontrado?

Vio que tensaba la mandíbula.

—Soy un detective cojonudo.

Ella lo miró con atención. Había pasado algo. Rezó para que no se tratara de la desaparición de otra chica.

—¿Qué estás bebiendo? —Él miró su copa y luego alzó la mirada a la botella de cerveza medio vacía que había a pocos centímetros.

—Un whisky sour.

Jack hizo una mueca.

—¿Qué pasa?

—Alguien debería enseñarte a beber. —Le hizo una seña al camarero—. Un Jack Daniel's. Solo.

Ella miró a hurtadillas al escenario donde Aaron premiaba a la audiencia con los acordes finales de su repertorio. Vio que le hacía un gesto por encima de las cabezas de los clientes y luego clavaba los ojos en Jack.

Tenía que salir de allí.

El camarero sirvió el whisky y Jack bebió un sorbo antes de ofrecerle el vaso.

—¿Ves? No es necesario mezclarlo con limonada.

—En serio, Jack, ¿cómo has sabido que estaba aquí?

—Me encontré con Courtney. —Se volvió hacia el club. Su postura era relajada, pero parecía tenso. Estaba escudriñando la multitud, seguramente en busca del dueño de la Heineken a medio terminar. Lo vio bajar la mirada hacia sus piernas—. Son unas botas muy bonitas. Estás muy guapa esta noche.

Ella tomó un sorbo de su bebida. Era el segundo whisky sour, lo único que le había ayudado a soportar aquella última e insoportable hora. Ver a su ex la había llevado al límite.

Y ahora le tocaba lidiar con Jack. Debía despacharlo con rapidez; antes de que terminara la canción. Tomó el vaso de Jack y probó el whisky. Notó un intenso ardor en la garganta y fuego en el estómago. No toleraba esas bebidas.

Él la miró y ella percibió de nuevo aquel duro brillo en sus ojos.

—¿Qué pasa? —le preguntó.

—Nada.

—¿Has conducido desde Graingerville solo para verme? ¿En medio de la investigación de un homicidio?

Él miró hacia otro lado. Sus ojos se detuvieron en Aaron, que observaba su conversación con expresión confusa mientras tocaba los compases finales de su canción. Jack se volvió hacia ella.

—Ya no es cosa mía. Me despidieron ayer.

—Que te han ¿qué?

—Me han despedido.

Ella estudió su expresión y se dio cuenta de que estaba diciendo la verdad. No era una broma.

—Pero… pero… ¿quién va a hacerse cargo de la investigación?

Él encogió los hombros.

—Imagino que el sheriff. Ahora es cosa suya.

—Pero… —Tenía un nudo en la garganta—. ¡Ese tipo es idiota! Jamás lo resolverá. Y si lo hace, meterá la pata hasta el fondo.

Jack se volvió hacia el hombre que se acercaba desde el escenario.

—Tu amigo está de vuelta —la informó.

«¡Oh, Dios!».

Aaron se detuvo frente a ella y cruzó los brazos. Tenía el aspecto de un niño petulante —que es lo que era— y no podía creer que hubiera salido con él durante más de un año. Eso era lo que había conseguido al intentar romper su tendencia a salir con polis e intentarlo con alguien más artístico. Observó que Jack y Aaron se medían el uno al otro y se preguntó qué diría Jack si le decía que se había acostado con alguien que le pedía prestado su rizador de pestañas habitualmente.

—Jack Bowman, este es Aaron Rhodes. —Cogió el bolso y sacó un billete de veinte—. Aaron, ya nos marchábamos.

Jack ofreció la mano y Aaron, siendo Aaron, se la estrechó con poca fuerza.

A ella se le aceleró el pulso. Era increíble verlos juntos. Hacía que todo estuviera más claro. Cogió su vaso y apuró el último sorbo. ¡Dios! ¡Oh, Dios! ¿Cuándo se había enamorado de Jack Bowman?

Aaron la miró.

—Pensaba que íbamos a tomar otra copa más.

—No. Como siempre, no has escuchado nada de lo que decía. —Puso el dinero en la barra y le tendió la mano con la palma hacia arriba—. Me voy.

Aaron entrecerró los ojos. Si Jack no hubiera estado allí, seguramente le habría dicho que era una zorra. Y ella habría tenido que dejarlo estar porque había decidido no permitir que él volviera a

alterarla nunca más.

Su ex metió la mano en el bolsillo de los vaqueros con roturas estratégicas y sacó unas llaves. Lo vio menear la cabeza mientras cogía la llave de su *loft* y se la dejaba en la palma.

Ella la soltó en el interior del bolso. Luego se abrió paso entre la multitud y se dirigió a la puerta. Cuando el aire frío azotó sus mejillas, recordó el abrigo, que había dejado en el taburete contiguo, frente a la barra. Giró sobre su talones y vio que Jack se acercaba a ella, con la prenda bajo el brazo. Se detuvo a su lado y, sin mediar palabra, le ofreció el abrigo y le ayudó a ponérselo.

—Gracias.

Comenzaron a caminar por la acera. Ella se concentró en las líneas del pavimento; llevaba las botas de tacón de aguja y no quería cargarse uno.

Jack se metió las manos en los bolsillos.

—¿Estás acostándote con él?

—Eso no es asunto tuyo.

—Lo es si te acuestas conmigo.

Ella se detuvo en seco.

—¿De qué va esto? ¿Vamos a tener ahora la conversación sobre cómo va a ser nuestra relación? Estoy segura de que no es el mejor momento, yo estoy un poco *contenta* y tú pareces tan cabreado como para emprenderla a golpes con cualquier cosa.

Él apartó la mirada y la clavó en sus botas. Respiró hondo.

—¡Joder! —Lo vio pasarse las manos por el pelo antes de levantar la vista con una sonrisa de disculpa—. Lo siento. Ha sido una semana infernal.

La ira que ella sentía en su interior se aplacó un poco.

—¿Te han echado de verdad?

—Sí.

—¿Qué vas a hacer ahora?

—Ni puta idea.

Podía verlo luchar para contener sus emociones. Tenía que resultar humillante ser despedido del trabajo en tu pueblo natal. Sobre todo en uno tan pequeño como Graingerville, donde los chismes se servían como té helado en cada comida. ¿Qué haría ahora? Había sido policía durante toda su vida adulta. Era mucho más que un medio de vida para él; era su seña de identidad.

Su padre había sido igual. Ella había sido una cría, pero lo recordaba muy bien. De manera clara. El trabajo lo significaba todo para él, más incluso que su familia.

—Aaron y yo hemos terminado —confesó—. Solo vine para que me devolviera las llaves.

Jack asintió con la cabeza.

—Bien.

Empezaron a caminar de nuevo. Quería preguntarle por Lucy. Quería saber si seguía enamorado de esa mujer, si mantenían una relación sexual, pero no se atrevía. Le dolería demasiado que volviera a mentirle.

—¿Llevas el Ruger encima? —pregunto, señalando el bolso.

—Sí. ¿Por qué?

—Creo que nuestro chico se mantendrá en su zona de confort, pero no me gusta el interés que ha mostrado por ti. —Se detuvo y se volvió hacia ella—. Lleva el arma encima. Siempre. Y no salgas sola.

Al parecer, Jack todavía no sabía que el incidente con la cuerda la había aterrorizado.

—Si estás tratando de asustarme, no te molestes —informó—. El FBI todavía tiene mi maletín. Santos me ha dicho que la sangre que había en el cordel pertenece a Marissa. Piensa que el asesino la usó para intimidar a los investigadores. Y ha funcionado, me siento muy intimidada.

—Hay que estar alerta —aseguró él con severidad.

—Lo estoy.

Volvieron a caminar y ella le pilló mirando sus botas otra vez.

—¿Qué va a hacer tu hermana esta noche? —preguntó él de pronto.

—Dímelo tú.

—La última vez que la vi, estaba abasteciéndose de cerveza y aperitivos con tu tarjeta.

Ella cerró los ojos y suspiró. No debería haber permitido que Courtney se mudara a su casa, pero no había sido capaz de negarse. Siempre le pasaba lo mismo. Cuantos más problemas tuviera Courtney, más responsable se sentía ella.

—¿Por qué le permites eso? —preguntó Jack—. Si está volviéndote loca, ponla de patitas en la calle.

—Es complicado.

—Me dijo algo de que iría a Jordan's. —Jack se detuvo y la atrajo hacia su cuerpo. Él le apartó un mechón de pelo del hombro—. ¿Quiere eso decir que no volverá esta noche? Porque te aseguro que quiero estar a solas contigo.

Notó mariposas en el estómago cuando lo miró. ¿Qué le ocurría? ¿Por qué se sentía de esa manera? Quizá fuera por el whisky. O quizá fuera ese hombre.

—No creo que sea buena idea.

La estrechó contra su pecho y ella se acurrucó contra él. Definitivamente era el hombre.

—Es una idea genial. —La besó en la coronilla—. Ven, te lo demostraré.

Sullivan se agachó junto al Mercury Cougar color borgoña y desprendió la lona. Keith Janovic lo miró con ojos ciegos.

—¿Dos en el pecho? —preguntó al oficial a cargo.

—Eso es.

Las luces del coche patrulla cercano dotaban a la piel de Janovic de una tonalidad roja intensa. Azul, roja, azul… Aquel juego de colores junto con la mirada de sus ojos abiertos le hacían parecer un dibujo animado que pasara de la vida a la muerte en segundos.

Pero el hombre que yacía en la calle estaba muerto. Y fuera cual fuera el conocimiento que hubiera tenido almacenado en su retorcido cerebro, iría con él a la tumba.

Sullivan se levantó. Un triste final para un caso desgraciado. Annie Sherwood llevaba casi tres semanas agonizando por saber el paradero de su hija, y la única persona que podría habérselo dicho había fallecido.

—¿Cómo está el policía? —preguntó, refiriéndose al agente que había dado el alto a Janovic.

—En urgencias —informó el funcionario—. Ahora está en el quirófano. Estamos a la espera de noticias.

Un rutinario control de tráfico tomó mal cariz cuando el oficial le pidió la licencia de conducir y se volvió para regresar a su vehículo. Janovic había salido del Mercury y había sacado un arma de fuego, lo que dio pie a un intercambio que acabó con Janovic muerto y el policía herido de gravedad.

Los controles de tráfico nunca son rutinarios.

Sullivan miró al interior del coche, que ya había sido examinado en busca de pistas. Habían encontrado varias, incluyendo una diadema de la niña debajo del asiento delantero y una perturbadora mancha de sangre, enorme, en la alfombrilla que cubría el maletero.

Al igual que los demás policías, que con expresiones silenciosas se ocupaban de la escena del crimen, Sullivan sabía que seguramente aquella sangre pertenecería a Shelby.

La puerta del vehículo estaba abierta. Tenía una tapicería interior de tela gris, con basura y periódicos en el suelo. Introdujo con cuidado una mano enguantada en el interior y recogió la bolsa de McDonalds que había en el asiento del pasajero. Hacía treinta minutos que había salido de un infernal turno de treinta horas. Había estado hambriento, pero ahora solo echar un vistazo a una hamburguesa a medio comer hizo que se le encogiera el estómago.

—Es interesante —dijo.

—¿El qué? —El policía se acercó e iluminó la bolsa con la linterna.

—Una BigMac, una Cola-Cola grande y dos patatas medianas.

—Sí, ¿y?

Sullivan alzó la vista.

—¿Cuál es tamaño más grande disponible en la Mickey D's Diner Box?

El oficial encogió los hombros.

—Ni idea. Mi esposa me ha prohibido comer allí. Es por la hipertensión, ¿sabe? —Se acarició la barriga.

—¿Ha visto *Supersize me*?

El hombre le miró sin comprender. No conocía el reportaje sobre la famosa cadena de comida rápida.

Sullivan dejó la bolsa en el asiento del pasajero y se alejó del coche.

Dieciocho días.

Habían pasado dieciocho días desde la última vez que vieron a Shelby Sherwood viva. Una semana antes, Janovic había pagado una habitación en un motel de Meridian, Mississippi. Al día siguiente, su rostro salió en las noticias y se fue de la ciudad. Cada testigo había dicho que conducía un sedán color burdeos y que viajaba solo. La última llamada de Janovic había sido a un psíquico tres días atrás y fue recogida por una antena de telefonía móvil de Shreveport.

La grava crujía y Sullivan pisó la hierba. Flotaba en el aire el olor a pino que desprendían los imponentes árboles que bordeaban la carretera. Una carretera de dos carriles que serpenteaba hacia el sur desde Shreveport atravesando el este de Lousiana. ¿Janovic se dirigía a México? ¿A la costa? No le gustaba nada que un depredador de niños estuviera atravesando millones de hectáreas de terreno pantanoso. Se preguntó si aquel chalado había elegido Luisiana o si solo estaba de paso.

Eran muchas las preguntas sin respuesta, pero finalmente conocían cuál era su ubicación.

Sacó el móvil del bolsillo de la chaqueta. Notó que se le revolvía el estómago al mirar la pantalla.

No podía hacerlo.

Era una cobardía posponer lo inevitable, pero no estaba preparado para llamar a Annie Sherwood. Antes necesitaba escuchar una voz amiga, una voz femenina a ser posible; alguien que pudiera tranquilizarle antes de enfrentarse a la tarea que consideraba la peor parte de su trabajo. Solo había una persona que encajara en ese perfil y movió el dedo por la agenda hasta encontrar su número.

Jack empezó a desnudarla en el ascensor. Sin quitarle el abrigo, lo que resultaba muy interesante.

Le abrió la blusa, le desabrochó el sujetador y lo empujó a un lado justo en el momento en que se abrieron las puertas de la cabina. Fiona se sentía tan mareada que apenas se tenía en pie.

—Será mejor que se haya marchado. —Jack la agarró por las solapas del abrigo y tiró de ella hacia el pasillo.

—Parece que mi hermana no te cae demasiado bien.

Él la miró por encima del hombro mientras la arrastraba por el corredor.

—Me cae bien.

—¿Entonces…?

Él se detuvo ante la puerta y la apoyó en ella para poder besarle mejor el cuello.

—Hueles muy bien.

Fiona le empujó en el pecho.

—Suéltalo. ¿Qué tienes contra Courtney?

Él dejó caer la cabeza atrás al tiempo que soltaba un gemido.

—¿No podemos hablar de esto más tarde?

—¿Se te insinuó?

—¿Te lo ha contado? —se escandalizó él, con los ojos muy abiertos.

—No. —Ella metió la mano en el bolso para buscar las llaves —. Pero es lo que hace siempre. No lo hace en serio, es su manera de poner a prueba a mis novios.

—¿Pone a prueba a tus novios? Prácticamente se me tiró encima. ¡Dos veces! ¿Te haces una idea de lo peligrosa que es?

Ella se puso de puntillas para besarlo. Tras unos ardientes minutos, se apartó.

—Después. Las luces están apagadas y no hay música, así que creo que estamos solos.

Jack le deslizó la mano debajo de la blusa para acariciarle los pechos mientras ella giraba la llave en la cerradura y abría la puerta.

«¡Genial!». El apartamento estaba vacío. Sus pensamientos debieron ser los mismos que los de él, porque antes de que supiera cómo, la tenía tendida en el sofá. Él luchó para quitarle el abrigo. Luego se despojó de su cazadora y tiró ambas prendas al suelo.

—¿Has cerrado la puerta?

—Sí. —La besó. La mitad del trabajo ya estaba hecho, por lo que no le llevó demasiado tiempo deshacerse del resto de la ropa. La blusa cayó sobre el abrigo y, poco después, el sujetador siguió el mismo camino.

Él se apoyó en las manos y la miró. La única luz era una de cortesía que procedía de la cocina, pero aun así podía ver su

expresión. Otra vez lujuria… Acompañada de algo que ella no había percibido hasta entonces.

—Hoy me lo tomaré con calma —aseguró él.

Ella sonrió.

—Lo digo en serio —insistió Jack—. No te molestes en usar tus trucos. Sé lo que pretendes. —Se arrodilló a su lado para deslizar la falda negra por sus piernas, hasta que solo quedaron las bragas y las botas sobre su cuerpo.

—¿De qué hablas? —Se cubrió los pechos con las manos—. ¿Qué trucos?

Él hizo caso omiso de sus senos y se lanzó a por el ombligo.

—Me encantan tus botas, puedes dejártelas puestas. —La besó en el abdomen y ella se retorció.

—Espera. —Él no la escuchaba, así que se sentó—. No es justo. Soy la única que está desnuda.

Él esbozó aquella lenta sonrisa suya mientras deslizaba la mirada sobre ella. Luego se sentó sobre los talones para que pudiera sacarle el faldón de la camisa de la cinturilla de los vaqueros.

Fiona se tomó su tiempo, desabrochando los botones, acariciándolo, besándolo y mordisqueándolo. Adoraba su pecho. Adoraba su cuerpo. Le encantaba cómo olía, cómo se movía… Todo.

Y no pensaba reflexionar en ese momento sobre lo estúpido que era lo que estaba haciendo.

La camisa de Jack se unió a su blusa en el suelo y ella contuvo las palabras con las que le hubiera dicho lo hermoso que resultaba para ella. Un hombre con un cuerpo así no necesitaba elogios.

—Eso es todo por ahora —dijo él, empujándola contra los cojines.

—¿Por qué? —murmuró ella contra el vello de su pecho, al tiempo que tiraba de él para que se acercara más. Él irradiaba calor y le gustaba sentirlo.

—Me apresuraste la última vez. Llevo días paseándome por ahí con el ego herido. —La besó durante un buen rato, profundamente y, cuando por fin se detuvo, ella sonrió.

—Pues no pareces demasiado herido. —Arqueó las caderas y la llamarada de deseo que vio en sus ojos la hizo sentirse mareada.

Él le subió una de las rodillas para que le rodeara la cadera y se apoderó de su boca una vez más. Fiona se perdió en su calor, en la forma en que su cuerpo se amoldaba contra el de ella, haciéndola palpitar por todas partes. Sentía lo mismo que había sentido la primera vez, un dolor acuciante que no lograba saciar.

—¿Fiona?

—Mmm…

—Es el tuyo

Ella abrió los ojos.

—¿De qué hablas?

Él la miró en la penumbra.

—El teléfono. Es el tuyo.

Ella lanzó una mirada al montón de ropa y escuchó el tono de su móvil.

—Voy a apagarlo. —Se acercó y lo buscó en el bolsillo, pero cuando sacó el aparato para silenciarlo vio un número familiar en la pantalla.

—¿Sí?

Jack se sentó con un suspiro.

—Fiona, soy Garrett.

—¿Qué ha pasado?

Cuando el silencio se alargó, lo supo. Cogió la manta que había en el brazo del sofá y se la puso sobre los hombros, preparándose para escucharlo. Oyó sus palabras y se las arregló para entablar la breve charla que le pidió antes de que colgara para llamar a Annie.

Miró a Jack. Esperaba que se sintiera molesto, pero él se limitó a quedarse allí sentado, observándola.

—Era el agente con el que trabajé en Atlanta.

—Ya me he dado cuenta.

Apagó el móvil y lo lanzó sobre la mesita de café.

—No son buenas noticias.

Se estremeció y buscó el calor de la manta. Jack trató de rodearle los hombros con un brazo, pero ella se zafó.

—Perdona.

Se acercó a la cama. El problema que tenían los apartamentos tipo *loft* era la falta de intimidad. Esa era la principal razón de que no quisiera a Courtney por allí. Se sentó en el borde de la cama, de espaldas a Jack y empezó a quitarse las botas, una tarea difícil. Por fin lo consiguió y las lanzó a un rincón. Dejó caer la manta y se levantó para ponerse una bata de satén verde. Esperaba que Jack pillara la indirecta.

Escuchó sus pasos suaves en el suelo, a su espalda, y tensó los hombros. Antes de que pudiera pensar qué decir, Jack le rodeó la cintura con los brazos y la atrajo hacia su cuerpo.

—Me siento cansada, ¿por qué no…?

—Shhh… —Su aliento era cálido contra su cuello y supo que iba a besarla allí.

—Por favor, no lo hagas.

Permanecieron allí, inmóviles, mientras trataba de sofocar el impulso. Quería decirle que se alejara, que pusiera distancia entre ellos, que necesitaba estar sola…

Pero no era por su culpa y él pensaría que estaba loca.

—Relájate —susurró Jack—. Solo quiero abrazarte.

No quería ser abrazada, pero tampoco quería ser cruel, así que hizo como que no le importaba. Notó un nudo en la garganta y trató de tragarlo.

—Sé cómo te sientes.

Resopló.

—Fiona… —Su voz era suave pero firme—. No eres la única que ha visto cómo se le iba a la mierda un caso.

Un caso… Shelby Sherwood era un caso. Como tantos otros en los que había trabajado durante los últimos años. Aquella niña tenía un maldito número unido a su nombre.

Apartó los brazos de Jack y se dio la vuelta.

—¿Sabes qué? Ese caso es una mierda. Todos mis casos lo son. ¿Sabes por qué? Porque todos son iguales. —Temblaba de rabia, pero no le importaba. Jack metió las manos en los bolsillos y la miró.

»Cada vez que me llaman para dibujar a un asesino, es un hombre. Un psicópata que está como una puta cabra. ¿Y sabes qué? Cada vez que me llaman para dibujar a una víctima, es un niño o una mujer. Una madre, hija o hermana que ha sido asesinada y tratada como basura. Esos son mis casos. Tenía diez años, Jack. ¡Diez años! ¿Qué clase de depravado hace eso? No puedo entenderlo.

—Así son todos los casos que recibimos —convino él en voz baja—. Es la naturaleza de nuestro trabajo.

—¡No me gusta este trabajo! ¡No lo quiero! Y cada vez que trato de dejarlo, alguien tira de mí para que no lo haga.

—No, no es así.

—Sí, lo es. Tú lo hiciste. Nathan lo hizo. La poli de Atlanta, la de Austin, el FBI. ¡Todos!

Él se sentó en la cama y la miró.

—Nadie te pone una pistola en la sien para que sigas. Lo haces porque se te da bien y te sientes obligada a hacerlo… Por la misma razón que yo.

Lo miró fijamente, cada vez más frustrada porque sabía que tenía razón.

Él estaba siendo ecuánime. Nadie la obligaba a hacer lo que hacía. Tomaba sus decisiones y había sido elección suya dejar la pintura en un segundo plano para poder seguir dedicándose a colaborar con la Policía. Era elección suya responder al teléfono o devolver una llamada.

—Ven aquí. —Él le cogió la mano y tiró de ella hacia la cama.

—Jack, estoy cansada.

—Siéntate.

Se sentó a su lado y se frotó los ojos. Estaba muy cansada. No

se trataba de una excusa; de repente estaba exhausta.

Él alzó la mano y le peinó el cabello. Luego la bajó por su espalda y comenzó a dibujar patrones por encima de su columna vertebral, sobre la bata. El contacto era suave como el de una pluma y debería haberle hecho cosquillas. Sin embargo era agradable. La tensión se disolvió poco a poco y apoyó la cabeza en su hombro.

—Recuéstate —susurró él.

Se sentó derecha, tensa de nuevo. Él deslizó la mano por su cuello y le metió un mechón de pelo errante detrás de la oreja.

—Déjame hacer esto por ti. —La besó en la sien—. Quiero hacerlo.

Ella lo miró en la penumbra y el corazón le dio un vuelco. Su voz, ronca y baja, la calentaba por dentro. Deseaba poder estar con él, dejar que la tocara, que lograra que se olvidara de todo, sobre todo de la sensación de culpabilidad por estar viva. Se pasó los dedos por el pelo y le dio un largo beso. Luego se relajaron en la cama juntos y ella cerró los ojos para fingir que flotaba en una nube. Él le abrió la bata y se la bajó por los hombros. Fiona sintió sus manos, sus labios y su aliento en la piel. Él ahuecó la mano sobre su pecho y acercó la boca para juguetear con ella, acariciándola y dejando que la barba incipiente rozara el pezón. Luego se trasladó al otro seno al tiempo que deslizaba la mano bajo la seda, entre sus piernas. Ella apretó los muslos al tiempo que murmuraba algo, incoherente incluso para sí misma. El latido comenzó de nuevo en lo más profundo de su vientre e irradió hasta que palpitó en cada parte de su cuerpo. Entonces lo rodeó con los brazos para acercarlo más. Sus piernas se enredaron, tela vaquera y piel, luchando entre sí por el control.

—Espera… —pidió ella.

—Shhh… —Jack la tocó y la besó con el ritmo que ella adoraba, y el tiempo desapareció mientras se entregaba a las sensaciones. La primera oleada llegó de repente, haciendo que se estremeciera de pies a cabeza. Buscó sus labios y le dio un largo beso mientras la perfección del momento hacía hervir la sangre en sus venas.

Cuando abrió los ojos, él la observaba con atención. Ella sonrió y bajó la mano hacia sus vaqueros. Estaba vez la ayudó, sin apartar la mirada de ella mientras se quitaba las botas. Cuando estuvo desnudo se arrodilló entre sus piernas.

Estaba mostrándole todo lo que sentía y lo sabía. Todos los sentimientos que había liberado, él podía leerlos en su cara, así que cerró los ojos y giró la cabeza.

—Mírame.

Lo hizo y él clavó en ella sus penetrantes ojos azules. Lo vio todo, como siempre. Lo introdujo dentro de su cuerpo al tiempo que

contenía el aliento ante aquel dulce dolor. Él tenía la piel húmeda de sudor y se podía sentir la tensión de sus músculos mientras trataba de contenerse.

—Despacio —dijo, acomodándose entre sus piernas.

Pero ella no quería que fuera poco a poco y tiró de él para que se acercara más.

—Te amo —susurró.

Él se quedó inmóvil y ella notó que se le encogía el estómago cuando alzó la mirada hacia la sorpresa que reflejaba su rostro.

¡Oh, Dios!, ¿qué había hecho? Cerró los ojos tratando de bloquear los remordimientos.

Se movió debajo de él con la esperanza de distraerlo con su cuerpo, y pareció que funcionaba. Jack la besó en la frente, en la mejilla, luego bajó a la boca y comenzaron a balancearse juntos, buscando el ritmo sensual que los hiciera acoplarse a la perfección. El tiempo se alargó y ella supo que él trataba de demostrar algo. De pronto no pudo esperar más.

Hizo que rodaran a un lado.

Él pareció sorprendido, y luego intrigado, cuando ella se acomodó encima de sus caderas y apretó sus muñecas contra el colchón, igual que él había apretado las suyas contra la pared en la trastienda de Becker.

Con una sonrisa, dejó que ella se moviera con el ritmo que más le gustaba, el que le había mostrado la primera vez, cuando estaba tan consumido de deseo por ella que no fue capaz de detenerse. Como ahora, cuando finalmente la sujetó por las caderas y se arqueó hacia ella, desprovisto del control. Por fin, estalló, y durante un lapso demasiado corto, durante un brillante momento, supo que era suyo.

18

Él le pasó el dedo por la espalda, bajándolo y subiéndolo una y otra vez. Ella ubicó la cabeza debajo de su barbilla y apretó la oreja contra su pecho para escuchar el lento latido de su corazón. El tiempo transcurrió inexorable. En la estancia reinaba el silencio, roto tan solo por su respiración y el débil zumbido del tráfico, cuatro pisos más abajo. El silencio empezó a agobiarla, y comenzó a ser consciente de su peso sobre él, así que se sentó.

Él arqueó una ceja al verla coger la bata.

—Solo será un segundo —aseguró ella, metiéndose en el cuarto de baño. Dejó correr el agua mientras se tomaba unos segundos para asimilar lo que acababa de suceder.

Se lo había dicho. No lo había planeado, pero lo había dejado salir, y ahora se sentía enferma porque él no le había respondido nada. Se quedó mirando su reflejo en el espejo del baño y se preparó para la posibilidad de que podría haberlo arruinado todo. Él no era un hombre cruel y no le haría daño con palabras, al menos eso parecía, pero sí que podría lastimarla alejándose sin más.

Debería haber tenido la boca cerrada.

Después de permanecer encerrada durante unos minutos, arreglándose como si eso fuera a servir de ayuda, salió del cuarto de baño.

Él estaba recostado contra el cabecero, con los dedos entrelazados detrás de la cabeza. Había encendido la luz y había acomodado la sábana alrededor de su cintura. Mientras caminaba hacia él, trató de leer su expresión.

—Me gusta ese.

Ella siguió la dirección de su mirada hasta la estantería que separaba la zona de dormitorio del estudio. Jack había cogido su última obra y la había apoyado allí, donde se podía ver desde la cama. Alzó la mirada hacia la lámpara. Él había movido uno de los focos para iluminar la imagen como si estuviera colgada en una galería.

Se aclaró la garganta.

—Es para la exposición. Lo llevaré mañana.

Él se quedó mirando el cuadro hasta que ella comenzó a sentirse nerviosa. ¿Reconocería el tema? Imposible, era demasiado abstracto.

—Es bueno —aseguró él.

—Es tarde.

Él la miró con curiosidad mientras se metía en la cama, a su lado. Jack no se había vestido ni ponía excusas para marcharse. Eso

era una buena señal. Quería hablar de arte, o quizá solo quisiera cambiar de tema, pero podía asumirlo.

—Se suponía que debería estar en la galería la semana pasada, para enmarcarlo. Es el punto central de la exposición. Se inaugurará dentro de dos días y la pintura apenas está seca.

—¿Dentro de dos días? —Él le rodeó los hombros con un brazo y la atrajo hacia él—. No sabía que era tan pronto.

—No me lo preguntaste.

Era un golpe bajo, pero no pudo resistirse. Desde su primer encuentro había dado poca importancia a la exposición.

—En realidad es una pre-inauguración —le explicó—. Asistirán algunos coleccionistas locales, algunos periodistas… El dueño de la galería es amigo mío y quiere presentarme a algunos contactos. Ha organizado un cóctel privado, la abrirá al público más adelante.

Miró la pintura con ojo crítico y decidió que le gustaba. Los vibrantes rojos y dorados contrastaban con los serenos azules del agua. Todo se arremolinaba como un ying yang, y los espectadores no eran conscientes de que estaban viendo un banco de peces.

Decidió quitarse la bata. Resultaba inútil e incómoda. La lanzó al suelo y se acurrucó contra su pecho. Él le acarició el brazo de arriba abajo con la punta de los dedos, haciendo que se le formara un nudo en el estómago.

—Eres como Georgia O'Keeffe —aseguró él—, pero con agua en lugar de flores.

Ella alzó la cabeza para mirarlo. Ni en mil años hubiera sospechado que sabía algo de arte.

Él debió captar su mirada de sorpresa, porque puso los ojos en blanco.

—Oye, que fui a la universidad. Asistí a clases de historia del arte.

Lo que ella estaba pensando podía sonar muy insultante, así que se mantuvo tranquila.

—Me gusta lo que haces en los primeros planos —continuó él—. Algunas veces no sé ni lo que estoy viendo hasta que llevo un rato mirándolo. Como esas de ahí. Son escenas en un río, ¿verdad?

Ella se mordió el labio. No se había imaginado que les hubiera prestado atención.

—El río Blanco. Está cerca de casa de mi abuelo.

No sabía qué más decir, así que cerró los ojos y apoyó la mejilla en su pecho. No iban a hablar sobre lo que había dicho antes. Eso estaba bien. El momento había pasado y ahora parecía fuera de lugar.

Notaba un intenso dolor en el pecho, pero no quería pensar en

ello. Sus sentimientos eran en ese momento demasiado intensos para analizarlos. Lo haría más tarde, cuando estuviera sola.

En ese momento, solo quería dormir a su lado y soñar con la remota posibilidad de que él siguiera allí por la mañana.

Jack despertó temprano y sintió el peso del brazo de Fiona sobre su pecho. Lo retiró con cuidado y caminó en silencio hacia el cuarto de baño. Todos los artículos que ella tenía olían a chica, pero se dio una ducha rápida de todas formas, antes de ponerse los vaqueros. Luego se dirigió descalzo hasta la cocina y empezó a buscar en las alacenas.

¡Joder! Aquella chica californiana era adicta a la comida basura.

Sacudiendo la cabeza, cogió una caja y se puso a preparar el desayuno. Zumo, cereales, leche. Consiguió encontrar filtros de café y puso un poco de agua a hervir. Fiona no tenía huevos, por lo que preparó tostadas. El sexo siempre le abría el apetito y esa mañana estaba famélico.

—Hola…

Alzó la mirada de la tostada que estaba untando con la mantequilla y vio a Fiona al otro lado de la barra.

—Buenos días. —Le puso el plato de tostadas delante. Ella miró con recelo, pero no hizo ningún comentario. Llevaba de nuevo la bata verde, pero el pelo estaba bien, suelto y rizado sobre los hombros. No pudo resistirse y se inclinó para darle un breve beso en los labios—. Creo que necesitas un café.

Ella se sentó en un taburete.

—Estás cocinando.

—Bueno, tanto como cocinando… —Abrió algunas alacenas más en busca de tazas.

—Están encima de la tele.

Cogió un par de tazas y sirvió el café. Fiona no tenía nata, así que añadió leche y dejó una delante de ella. Luego llenó dos cuencos con cereales y los cubrió con leche, arrojando el cartón al cubo de la basura, debajo del fregadero, antes de darse la vuelta.

—¿Tienes apuntada la lista de la compra en algún sitio? —preguntó él.

Ella se limitó a mirarlo.

—Esperaré a que la cafeína haga efecto, pareces un zombi.

—Al lado del teléfono —murmuró antes de dar un sorbo.

Él buscó el teléfono y encontró la lista. Sabía que la tendría; era una mujer muy organizada. Escribió «leche» y «huevos» antes de

coger los tazones con los cereales y ponerlos en la barra. Luego se sentó a su lado y tomó un bocado.

Ella lo miró con los ojos abiertos como platos.

—¿Qué pasa? —Él hizo una pausa, dejando la cuchara en el aire.

—Has tirado el cartón de leche.

—Estaba vacío.

—Y luego has anotado «leche» en la lista de la compra.

Él dejó la cuchara en el cuenco.

—¿Te encuentras bien?

—No lo sé.

—Es que me miras como si acabara de matar a tu gato.

—No tengo gato.

—Gracias a Dios, los odio. —La besó en la nariz—. Venga, come los cereales de chocolate.

Ella los probó con precaución y luego revolvió los granos hasta que la leche se volvió marrón. Se preguntó si Fiona sacaría el tema de lo que había dicho la noche anterior, cuando estaban en la cama, juntos. Esperaba que no; no quería hablar de ello, y sería mucho más fácil para ella tocar el asunto a la luz del día que después de mantener relaciones sexuales.

Escuchó la cerradura y se dio la vuelta. Courtney estaba en la puerta y, por una vez, se alegró de verla.

—Vaya, vaya… —Dejó caer un enorme bolso negro en el suelo y lanzó la gabardina en el banco que había junto a la puerta—. Buenos días, Jack. Veo que has encontrado a mi hermana.

—Buenos días —respondió él.

El misterio de la noche anterior se resolvió: llevaba un vestido negro corto. El cabello y el maquillaje eran un desastre, pero ella parecía llena de energía cuando atravesó la estancia para servirse un café.

Courtney se apoyó en la barra y le miró por encima de la taza. Sus ojos cayeron en sus pectorales y tuvo que contenerse para no revolverse en el asiento.

—Así que… —dijo ella—, eres amigo de Nathan. Imagino que eso significa que conoces mi secreto.

—¿Qué secreto? —preguntó Fiona.

—¿Prefieres contárselo tú, Jack?

—No sé de qué estás hablando.

La expresión de Courtney se volvió recelosa.

—¿Nathan no te ha contado nada?

—¿Contarle qué?

Jack miró a Fiona, que le estudiaba fijamente.

—Oye, no sé de qué habla —aseguró, levantando las manos.

—¿Lo dices en serio? —Courtney dejó la taza en la barra—. ¿De verdad no te lo ha contado?

—No me ha contado nada.

—¿Qué tenía que contarle? —Fiona parecía molesta.

—Nada. —Courtney salió de la cocina—. Tengo que recoger algunas cosas y os dejaré tranquilos. Tengo buenas noticias, Fi. Se supone que mañana entra un frente cálido, así que te falta poco para librarte de mí. —Cogió alguna ropa del armario de su hermana y se encerró en el cuarto de baño.

—¿Sabes a qué se refiere? —exigió Fiona—. Ni se te ocurra mentir.

—No tengo ni idea. Además, no te mentiría.

Ella arqueó las cejas con ironía.

—Me refiero a en el futuro —aclaró—. No volveré a mentirte.

¡Joder! ¿Qué había hecho? Había prometido algo que le sería muy difícil cumplir.

No es que importara, total siempre le pillaba cuando le mentía.

Tomó unas cucharadas más de cereales empapados, luego se levantó y puso el plato en el fregadero.

—Tengo que marcharme.

Ella le siguió hasta el dormitorio, donde se puso la camisa arrugada y se la abrochó.

—¿Estás ocupado hoy? —preguntó ella.

—Sí. —Él sonrió—. Se me ha ocurrido que debería hacer un currículo.

La vio fruncir los labios.

¡Joder! Eso era más difícil de lo que había pensado.

—Además puedo trabajar un poco en el caso. —Se puso los calcetines—. Quiero comprobar un par de cosas.

En cuanto se puso las botas, ella lo siguió hasta la puerta y la abrió. Sin duda no estaba tratando de retenerle. De pronto, lo que le había dicho la noche anterior era una presencia más en la habitación.

Salió al pasillo y la arrastró con él. Vio cómo le brillaban aquellos ojos avellana y supo que tenía que salir de allí.

Se puso la cazadora.

—No me has invitado a la exposición. —Ella se mordió el labio —. Puede que no sepa mucho de arte, pero me gustaría estar allí.

—Supone mucho trayecto en coche para ti —adujo ella, con bastante razón—. Son cuatro horas ida y vuelta.

—Lo sé.

—No quiero que te sientas obligado.

Por la expresión de su rostro, sabía que lo decía de verdad. Aquel era un problema para ella. Si asistía, estaría comprometiéndose

a algo más que a mezclarse unas horas con los culturetas del arte.

—Dime dónde y cuándo será. Intentaré estar allí.

—En la galería Fuller, en la Quinta —dijo ella con un suspiro—. Será mañana a las cinco.

—Fuller, en la Quinta —repitió. La besó, pero ella ya no estaba receptiva. Se había puesto de nuevo en guardia, así que la soltó.

—Cuídate, por favor —pidió—. Seguramente nos veremos mañana.

Al volver a entrar, Fiona vio que Courtney se había sentado en la barra que separaba la cocina del resto del espacio y mordisqueaba una manzana. Se había puesto su camiseta de «Austin City Limits», y tomó nota mental para asegurarse de que no acabara en la bolsa de su hermana cuando se fuera.

—¿Qué fue lo que te pasó con Nathan? —preguntó, cogiendo el café. Jack lo había hecho fuerte, pero necesitaba el chute de cafeína.

—No fue nada.

—Courtney.

Su hermana puso los ojos en blanco.

—¿Es que no puedes olvidar nada?

Ella esperó.

—De acuerdo —concedió Courtney, saltando del mostrador—. Tuve un pequeño choque con la poli la semana pasada. Nathan me ayudó.

Que Nathan la hubiera ayudado en ese caso no era una buena señal.

—¿Qué significa eso, exactamente? ¿Qué es un *pequeño choque* para ti?

Courtney dio un mordisco a la manzana.

—Dime la verdad.

Tragó saliva.

—Destrocé el coche de David.

—¿Qué? ¿Por qué?

La vio arrojar el corazón de la manzana al fregadero.

—Porque no se llama David. Y está casado.

—¡Courtney! —La miró boquiabierta—. ¿Cómo has podido hacerlo?

—No lo sé, ¿vale? Y ya me siento como una mierda, así que no te cebes. Puedes morderte la lengua.

Fiona sintió una oleada de pavor.

—¿Cuándo se involucró Nathan?

—Después de que me arrestaran.

—¿De que te arrestaran? —gritó.

—¡Oye! —Courtney se puso una mano en la cadera—. Te he dicho que nada de sermones. No los necesito. Nathan movió algunos hilos y eso fue todo. ¿De acuerdo?

Miró a su hermana. ¿Se hacía una idea de la cantidad de problemas que eso podía provocar? Un arresto —incluso uno menor— era una molestia, por no hablar del gasto que suponía.

—¿Estás segura de que está todo arreglado? ¿No tenemos que contratar a un abogado o algo así?

—Nada de abogados —se burló Courtney—. Nunca más, gracias. —Se sentó en uno de los taburetes—. Ya basta de hablar de mí. Quiero que me cuentes que hay entre vosotros.

Fiona se sentó a su lado. Si Nathan se había ocupado de todo, no debía preocuparse. Tenía mucha influencia en el departamento y si Courtney tuviera un problema serio, se lo habría dicho. Le sorprendió que no le hubiera mencionado nada, pero quizá su hermana le había hecho prometer que guardaría el secreto.

—¿Y bien? —preguntó Courtney arqueando las cejas—. ¿Qué tienes con Jack?

Fiona cruzó los brazos sobre la barra y apoyó la cabeza en ellos.

—Le he dicho que estoy enamorada de él.

—¿Cómo?

Cerró los ojos.

—Mientras estábamos en la cama.

—¡Oh, Dios mío! ¿Te has vuelto loca? Es una broma, ¿verdad? No es posible que le hayas dicho eso de verdad.

—No, no estoy bromeando.

—¿Y qué te dijo?

—Nada. —Fiona miró a su hermana—. La he cagado, ¿verdad?

Vio que Courtney se mordía el labio.

—Sé sincera.

—Bueno… —Su hermana ladeó la cabeza como si estuviera sopesando las probabilidades—. Parece un tipo educado.

—Sí.

—Un tipo chapado a la antigua.

—Sí. ¿Y eso qué tiene que ver?

—Que seguramente te hará una llamada de cortesía dentro de una semana. —Encogió los hombros—. Quizá quiera pedirte una cita o algo. Luego la cancelará porque le surgirá algo.

Ella dejó caer la cabeza pesadamente.

—No me puedo creer que haya sido tan idiota.

Courtney le dio una palmadita en la espalda.

—Ni yo.

«Cuídate, por favor».

Ella le decía que le amaba y ¿con qué palabras se despedía? «Cuídate, por favor».

Fiona empujó la puerta de su edificio. La saludó el brillante sol de la tarde; por primera vez en semanas, hacía un buen día. Se desabrochó el abrigo y echó un vistazo a la calle, frente al garaje. La gente montaba en bicicleta, corría y paseaba a los perros aprovechando la tarde del sábado. Al parecer toda la ciudad había salido de la hibernación. Se dirigió hacia Lamar Street y se detuvo para alzar la cara hacia el cielo. Era uno de esos días nítidos y claros. El cielo estaba tan azul que parecía como si hubiera sido pintado con pigmentos tomados directamente del tubo. La galería no estaba lejos, así que decidió ir a pie.

El vestido de terciopelo revoloteaba alrededor de sus piernas mientras caminaba. Lo había comprado específicamente para la ocasión. Tenía el escote redondo y la manga larga. La tela se pegaba al cuerpo y el profundo tono violeta de la prenda contrastaba con el dorado de su cabello. Se sentía bien. Incluso guapa. Se le aceleró el pulso al pensar si Jack asistiría a la inauguración.

Era una tontería pensar en él en un momento como ese, pero no podía evitarlo. Estaba enamorada de ese hombre. No sabía si él sentía lo mismo, aunque era posible. Él no parecía querer hablar de ello, pero había visto algo en su expresión cuando hacían el amor. Y luego se había ofrecido a asistir a la inauguración, sabiendo lo importante que era para ella.

Claro que podía haberlo dicho para ser amable y punto.

Era posible que hubiera hecho la oferta para distraerla y evitar una palabra incómoda sobre su declaración. Quizá no tenía intención de asistir.

Se detuvo en la esquina y esperó a que cambiara el semáforo. Respiró hondo y trató de animarse. Era su día. Suyo. Y si Jack no acudía, lo superaría. Habría mucha gente con la que hablar. Y Courtney estaría allí para darle apoyo moral. Su hermana era un incordio a veces, pero se podía contar con ella en las situaciones más importantes.

Sonó su teléfono y lo sacó del bolsillo justo cuando el semáforo se puso en verde. Era un número desconocido.

—¿Hola?

—¿Eres Fiona?

Apenas podía oír por culpa del tráfico.

—Sí.

—Soy… —interferencias—. Tengo que… —Más interferencias.

—No oigo nada —dijo en voz alta—. ¿Puedes repetirlo?

—Soy Brady.

—¿Brady Cox?

—Me dijiste que podía llamarte. Me diste el número.

Ella tensó la mano sobre el teléfono.

—Está bien, Brady. ¿Qué ha ocurrido?

—Nada. —Pero su voz sonaba nerviosa—. Se me acaba de ocurrir algo y he pensado que… Ya sabes, en llamarte.

Escuchó los pitidos de los coches. Se dio cuenta de que había cambiado la luz y estaba parada en mitad de la calzada. Corrió hacia la acera.

—¿Qué se te ha ocurrido? —Se metió en un portal para escapar de la gente y del ruido del tráfico.

—Recordé la camioneta —explicó—. Estaba en el supermercado con mi madre y escuché el motor, me sonó familiar y miré. Estaba allí, con su motor diésel.

—¿Una camioneta? —Se le aceleró el corazón—. ¿La que conducía el hombre que dibujamos juntos? ¿La has visto?

Hubo un silencio.

—¿Brady?

—No lo sé. Quizá no sea la misma. Pero me pasa como con él. Ahora lo recuerdo. Lo recuerdo todo. Estaba pensando que podrías venir y podríamos, ya sabes, dibujarla.

Se le aceleró el corazón. Conocer el vehículo del asesino sería una prueba importante. Tenía que decírselo a Jack. O al agente Santos, ya que Jack había sido apartado del caso.

—Brady, escúchame… Me alegro de que me hayas llamado. Voy a darte un número de teléfono, ¿vale? Es el de un hombre que está trabajando en el caso. Quiero que le cuentes lo mismo que me has dicho a mí y luego descríbele la camioneta. Cuéntaselo todo.

Silencio.

—¿Brady?

—Yo quiero contártelo a ti. Quiero dibujarla contigo.

Fiona miró el reloj, exasperada. Eran casi las tres. La exposición se inauguraba al cabo de dos horas. Eso no podía estar sucediendo.

—Brady, escucha, ahora mismo estoy ocupada. No puedo estar ahí antes de mañana. Pero es muy, muy importante que le cuentes a alguien lo de esa camioneta tan pronto como sea posible, ¿de

acuerdo? Tienes que llamar a este investigador. Es muy bueno.

Clic.

—¿Brady?

Le había colgado.

—¡Joder! —Dio una patada al suelo y miró al teléfono. Movió el dedo hasta dar con el número, pero se detuvo antes de marcarlo. No importaba. Brady era uno de los chicos más testarudos con los que hubiera trabajado. Si solo quería hablar con ella, quería decir que no hablaría con nadie más.

—¡Joder! ¡Joder! ¡Joder!

Se dio la vuelta y miró hacia la calle. A lo lejos vio el toldo negro de la galería Fuller. Había estado allí el día anterior y sabía que dos de sus mejores pinturas colgaban en el escaparate. Su fotografía estaba en un caballete, en el vestíbulo, y la serie *Río Blanco* cubría las paredes. Su preferida, la composición de los peces que había imaginado por primera vez durante su cena con Jack, ocupaba el lugar de honor en la pared principal; un testimonio de dos por dos lleno de agitación impregnada de vida.

Y el dueño de la galería, que se había volcado con ella para ayudarla en su gran debut, la estaba esperando allí para solucionar los detalles de última hora.

Le temblaron las manos mientras dejaba caer el teléfono en el bolso antes de darse la vuelta.

19

Nathan golpeó la puerta de Fiona y esperó. La música estaba a tope, así que había alguien en casa. Volvió a llamar, más fuerte.

Por fin se abrió la puerta… y allí estaba Courtney.

—Fiona no está.

Él la miró de arriba abajo.

—¿Siempre abres la puerta de esa manera?

Ella miró la bata de seda negra que llevaba y se encogió de hombros antes de darse la vuelta para desaparecer en el interior del apartamento.

—¿Sabes dónde está? —preguntó él, siguiéndola.

—Fuera. —Se inclinó junto a la cama y sacó una bolsa de lona de debajo.

Por segunda vez en la misma semana, él perdió la capacidad de hablar al ver sus piernas. Observó desde cierta distancia cómo ponía la bolsa sobre el colchón y abría la cremallera.

—¿Puedes acercarme esa cesta de ropa? —preguntó ella, mirándole por encima del hombro.

Había una canasta llena de prendas encima de la mesita de café. La recogió y la llevó hasta la cama.

—Gracias. —Courtney miró la pistola que tenía en el cinturón. Había colocado la funda sobre la ropa: los habituales pantalones de pinzas y corbata—. ¿Vas camino del trabajo?

—En realidad me voy a casa.

La vio volcar la cesta boca abajo y comenzar a clasificar todo en montones.

—¿Has intentado localizarla llamándola al móvil?

—No me respondió. ¿Sabes dónde puedo encontrarla? Es importante.

—Hoy es la inauguración de la exposición. Yo iré para allá en cuanto me vista. —Terminó de separar la ropa antes de coger el montón de lencería de encaje y meterlo en la bolsa de lona. Sus miradas se encontraron por encima de la cama y, de pronto, sintió un ardiente deseo de saber cuál de aquellos modelitos planeaba usar esa noche—. ¿Quieres que le diga algo? Puedo hacerlo cuando la vea.

—No, tengo que hablar con ella. —Sacó una bolsa de plástico del bolsillo y suspiró. Era la carta que ella le había dado, la que habían tardado semanas en analizar en el laboratorio. La dejó sobre la cómoda.

—¿Qué es eso?

—Una nota que recibió. He tenido que enviarla a analizar.

Courtney se acercó a la cómoda y recogió la bolsa. Leyó las palabras a través del plástico y palideció.

—No han podido sacar nada útil de las huellas, pero he investigado. El matasellos me ha llevado a pensar que tiene algo que ver con uno de los casos que llevó hace tiempo en el condado de Los Ángeles, un violador en serie. Ese tipo tiene familia en un pueblo cerca de Dallas, el mismo desde donde se envió la carta.

—Un violador en serie. Encantador. La última vez fueron pandilleros. —Dejó caer la bolsa en el armario y cruzó los brazos—. ¿Eres consciente de que abandonó su vida y se mudó a miles de kilómetros para alejarse de toda esa mierda?

—Sí.

—No es de extrañar que esté tan estresada todo el tiempo. Necesita un descanso. ¿Por qué no la dejáis en paz?

—Ojalá pudiera —repuso con sinceridad—. Pero los casos siguen llegando y ella es la mejor.

Jack sacó la cartera y cogió un billete de veinte para pagar la gasolina y algunas botellas de Gatorade. El chico con acné que se ocupaba de cobrar se le quedó mirando como si nunca hubiera visto a un hombre con traje.

Él metió la mano en el bolsillo de la chaqueta para coger el boceto que llevaba siempre encima.

—¿Este hombre te resulta familiar?

El chico echó una breve mirada al dibujo de Fiona y se encogió de hombros.

—¿Eso es sí o no?

Lo vio masticar un par de veces antes de negar con la cabeza.

—No.

Jack recogió el cambio y observó el tablón de anuncios que había detrás de la barra, donde se publicitaban algunos vuelos panorámicos y descensos en rafting. Deslizó el boceto sobre el mostrador, tenía muchos más en el coche.

—¿Puedes ponerlo ahí?

El chico apartó la vista.

—Antes debería hablar con mi jefe. Está en la trastienda.

Jack miró el reloj. Si no se ponía ya en camino, llegaría tarde a Austin. Pero esa gasolinera se encontraba en un cruce con mucho tráfico y quería que hubiera allí una copia del dibujo.

El móvil comenzó a vibrar en el bolsillo y lo sacó. Era Fiona.

Buscó una tarjeta profesional que, aunque no impresionaba

tanto como la placa, realizaba su función.

—Avisa a tu jefe. Rápido.

El chico desapareció y Jack respondió la llamada.

—Hola, ahora te llamo.

—Espera. ¿Dónde estás?

—En la Interestatal. A medio camino de Austin.

—Da la vuelta.

—¿Qué?

—Que des la vuelta. Voy hacia ahí.

—¿Por qué?

—Tengo que ver a Brady Cox —dijo ella—. Ha recordado cómo era la camioneta que vio desde el árbol.

—¿Y la exposición?

—Tendrán que hacerlo sin mí.

Se quedó paralizado al constatar que hablaba en serio.

—Pero se trata de tu gran oportunidad. Es posible que no tengas otra igual.

Ella permaneció en silencio al otro lado de la línea, y él imaginó que ya lo sabía.

—Tengo que hablar con Brady —repitió—. Sabe datos importantes.

Jack sintió que alguien se acercaba a él y se dio la vuelta para ver a un anciano justo a su lado, que roía un trozo de cecina.

—Está bien, habla con él —se rindió él—. Pero ¿por qué no lo haces por teléfono? ¿Por qué no le llevo donde estés? No deberías pisar el pueblo.

—Jack, es mi trabajo. Si te sientes mejor, lo entrevistaré en la comisaría, pero no pienso dejar de ir.

—Fiona…

—Tengo que irme ya.

—¡Espera! —¡Joder! Era la mujer más testaruda que hubiera conocido nunca—. Llámame en cuanto llegues al pueblo. Y ten el revólver a mano.

Colgó la llamada y miró al hombre de pelo canoso. Había arrastrado los pies hasta el mostrador y miraba la imagen del boceto, sin dejar de masticar, con una intensidad que hacía pensar en que en cualquier momento se le caerían los dientes.

—Lo sabía —comentó en voz baja—. Es la viva imagen de Melvin.

A Jack se le aceleró el pulso.

—¿Quién es Melvin?

—Mmmm… ¿cómo se apellida? —Se quitó la gorra de la cabeza y se frotó las manchas de la edad que tenía en la sien—. El chico de Husky. Trabaja en la oficina de caza.

—¿Melvin Schenck? ¿El de Parques y Vida Salvaje de Texas?

Los acuosos ojos grises se iluminaron.

—Sí, ese. Claro que ahora está más grueso.

Jack conocía a Melvin y sabía que no era su hombre. Tenía algunas décadas más y era demasiado alto para coincidir con las descripciones de los testigos, pero comenzó a pensar en posibilidades. La oficina de Parques y Vida Salvaje solo les había facilitado el listado de cazadores después de que tuvieran que insistir mucho. Sus dependencias estaban en el condado de Borough, donde Lucy había sido recogida por un cazador muchos años antes.

—¿Melvin tiene algún hijo? —preguntó—. ¿Quizá un sobrino?

El tipo frunció el ceño sin apartar la vista del dibujo y siguió rascándose la cabeza.

—No estoy seguro, pero creo que tenía familia. Recuerdo vagamente que su mujer murió y que luego perdió la granja. O quizá la tenía arrendada… Fueron tiempos difíciles para él. No puedo asegurar ni una cosa ni otra.

Jack esperó para anotar la información de contacto del hombre en la factura de la gasolina y la guardó en el bolsillo.

—Gracias —le dijo—. Ha sido de gran ayuda.

Salió por las puertas en dirección a la *pickup*. Necesitaba un ordenador cuanto antes, por no hablar de un equipo de detectives que le ayudaran a buscar información.

Seguramente no conseguiría ni lo uno ni lo otro, pero había que comprobarlo.

Quince minutos después de llegar a Graingerville, Fiona tuvo claras dos cosas; Jack había sido apartado del caso por completo y Randy Rudd era todavía más idiota de lo que pensó en un principio. El sheriff parecía pensar que permaneciendo sentado detrás de las puertas cerradas de su despacho iba a conseguir que el asesino rindiera cuentas ante la justicia.

Lo único positivo era que alguien —seguramente el agente Santos— se había dado cuenta de que tanto Brady Cox como Lucy Arrellando eran claves en el caso, y muy probablemente testigos si el asunto acababa en un juicio, por lo que los dos estaban bajo protección en ese momento.

Lo negativo era que eran los hombres de Randy los que estaban a cargo de todo, y el propio sheriff le había dicho a su secretaria, Myrna, que le comunicara que sería imposible que entrevistara a Brady en la comisaría de Graingerville. Imaginó que era

otro pulso particular con Jack.

Se puso en camino hacia la casa del niño. Le había prometido a Jack que tendría cuidado, así que supuso que trabajar en presencia de un ayudante del sheriff podía calificarse como «tomar precauciones».

El ayudante estaba sentado en el coche patrulla, frente a la casa de Brady, cuando ella detuvo el Honda. Parecía absorto en una revista y apenas se molestó en saludarla cuando salió del coche y se dirigió hacia la puerta.

—Magnífica seguridad —murmuró mientras tocaba el timbre.

No respondió nadie y lo intentó de nuevo. Y otra vez. Por fin, se acercó al coche patrulla y dio unos golpecitos en el cristal.

El ayudante levantó la vista, sorprendido, de las páginas de *Sport Illustrated* especial bañadores, y bajó la ventanilla.

—Lamento interrumpirle —dijo con dulzura—, pero ¿podría decirme dónde está el testigo?

El hombre frunció el ceño.

—La madre se ha marchado. Dijo que se le hacía tarde para ir al trabajo.

—¿Y Brady? Sabe que es el niño, no su madre, quien será llamado a declarar si el caso va a juicio, ¿verdad? Es posible que deba pensar en custodiarlo a él.

—¿Y usted quién es? —la interrogó con el ceño fruncido.

—Soy la artista forense que ha venido a entrevistarse con Brady sobre el caso.

El tipo abrió la puerta y salió del vehículo. Atravesó la acera para, sin ni siquiera llamar, entrar en la casa. Hizo un breve recorrido por la vivienda antes de volver a salir por la puerta para mirarla con los brazos en jarras.

—Hace un rato estaba aquí…

Fiona sacó el móvil y llamó a Santos, echando humo.

—Hola, soy Fiona —anunció mientras cruzaba la cocina y abría la puerta trasera. Alzó la mirada hacia la fortaleza de Brady y vio que estaba vacía—. Habéis perdido al testigo.

—¿Qué quieres decir con «perdido»?

—Que he venido a entrevistar a Brady. Me llamó esta tarde para decirme que ha recordado cómo es el vehículo, así que quería que nos pusiéramos a dibujarlo juntos. Ahora estoy en su casa, pero ha desaparecido… Y debajo de las narices del ayudante del sheriff.

Santos soltó algo en español que no sonó muy amable.

—¿Has hablado con su madre?

—Está en el trabajo, o eso dice el tipo encargado de la vigilancia. Es camarera en el IHOP. Mira, esto no me gusta nada. Alguien tiene que ir a comprobar que Lucy está bien. —Estudió las

estrechas huellas de neumáticos en el barro que había en el porche trasero. Quizá Brady había salido en bicicleta, lo que significaba que había abandonado el lugar por voluntad propia.

—Ya ha desaparecido con anterioridad —dijo ella—, pero aún así estoy nerviosa. Tenemos que encontrarlo.

—Me pondré a ello —aseguró Santos antes de colgar.

Fiona hizo una búsqueda rápida en la casa, por si se diera la remota posibilidad de que el ayudante hubiera pasado algo por alto. No había señales de Brady, pero había algunos rollos de monedas vacíos encima de la cama y un solitario calcetín de deporte. No vio la pareja.

En el momento en que se dirigió a la puerta, el ayudante estaba apoyado en el coche patrulla, hablando por teléfono, y un 4x4 negro se detenía junto a la acera. Randy Rudd, en toda su gloria, salió del coche y se acercó al oficial, que parecía algo contrito. Ella se puso a un lado, intentando que no pareciera que estaba escuchando a hurtadillas, y esperó a que el sheriff terminara.

Por último, Randy se fijó en ella. Detuvo la mirada en su escote antes de alzar la vista a su cara.

—¿Quién es usted?

—Fiona Glass, la artista forense. He hablado con su ayudante.

El hombre volvió a bajar los ojos y ella cruzó los brazos. Esa era la razón de que siempre llevara trajes chaqueta.

—Tampoco está la bicicleta —anunció en tono seco—. Creo que hay que ponerse en contacto con su madre, a ver si puede informarnos de sus lugares favoritos. Y, si no los sabe, al menos podría proporcionarnos el nombre de algún amigo de Brady que sí pueda decírnoslos.

El sheriff asintió.

—Gracias, señora, pero lo tenemos todo bajo control. —Se volvió hacia su ayudante—. Ve a comprobar todos los parques. Llamaré a otro hombre para que patrulle por el pueblo, a ver si lo vemos.

Ella lo miró boquiabierta.

—¿Parques? Sheriff, ¿conoce a este chico? —Sabía que sí, el día que Brady lo llamó cretino estúpido—. Creo que es muy poco probable que lo encuentre jugando en los toboganes. Al parecer cogió algún dinero en su habitación y…

Randy metió los pulgares en el cinturón del arma y se puso delante de ella, protegiendo los ojos con el ala del sombrero.

—Señora, circule. Este es un asunto de orden público. No tiene nada que ver con el arte.

Ella notó que se le enrojecían las mejillas y buscó la llave del coche en el bolso.

—De acuerdo. Si encuentran a Brady, dígale que estoy de acuerdo con lo que piensa de ustedes.

Jack cogió las páginas de la impresora y se dirigió hacia la puerta. Al salir de la comisaría hizo un guiño a Sharon, cuya preocupada expresión decía que sabía que estaba haciendo algo. Usar el ordenador de Carlos mientras él estaba cenando no era exactamente legal, pero ¡joder! ¿Qué iban a hacer? ¿Despedirle?

Regresó a su *pickup*, que había aparcado discretamente junto al lateral del edificio. Encendió el motor y examinó los papeles en su regazo. Eso era positivo. No era definitivo, pero serviría. Al menos tenía una dirección que seguir. Y también tenía el «factor atracción».

El factor atracción era algo que había utilizado a menudo cuando trabajaba en homicidios, cuando Nathan y él servían en el Departamento de Policía de Houston.

Resultaba bastante sencillo de comprender. Comenzabas a examinar un montón de documentación, o la escena del crimen, o lo que fuera, y cierta prueba llamaba tu atención sobre todo lo demás, aunque no sabías por qué. Eso era el «factor de atracción».

La última dirección conocida de Melvin Karl Schenck tuvo esa facultad. No le parecía correcta y quiso comprobarla.

En ese momento se abrió la puerta del copiloto y entró Carlos.

—Hola, jefe.

—Ya no soy el jefe, ahora lo eres tú —repuso con el ceño fruncido.

Carlos se puso un palillo entre los dientes.

—¿Qué tienes ahí?

—Hazte un favor a ti mismo —le aconsejó—, y entra a trabajar. Finge que no me has visto.

Carlos no se movió.

—¡Joder, hablo en serio! Podrías perder el trabajo por esto y tienes que pensar en tus hijos.

—Estás buscando a nuestro asesino, ¿verdad? Imagino que ese es mi trabajo.

—Carlos…

—Cállate, JB. No pienso largarme. Enséñame qué tienes ahí.

Jack le entregó los papeles y puso el vehículo en movimiento.

—Los antecedentes de Melvin Schenck. Conducir un coche sin permiso; un par de detenciones por conducir borracho; una pelea…

Carlos miró los papeles.

—Todo esto es de hace veinte años. Ahora parece limpio.

—Sí, después de que murió su esposa.

Carlos arqueó las cejas.

—En accidente de caza. He encontrado un artículo de prensa al respecto, pero no me molesté en conseguir una copia.

—Este tipo tiene sesenta años —señaló Carlos—. Demasiado viejo para encajar en el perfil.

—Un testigo me ha dicho que es la viva imagen del boceto del sospechoso, así que habrá que buscar a un pariente masculino más joven.

—Oye, ¿has pensado en entregar todo esto a Randy? ¿O a los federales?

—Tengo intención de hacerlo —aseguró—. En cuanto tenga algo que entregar. En este momento solo estamos dando una vuelta por los alrededores.

Fiona recorrió la sala de juegos recreativos que había en la parada de camiones, pero no vio a ningún niño de nueve años armado con un calcetín lleno de monedas. Entró en la tienda de regalos y echó un rápido vistazo a todos los pasillos antes de decidir probar en el Dairy Queen. Debería llamar a Jack. Se acordó de llamarle cuando entró en el pueblo, pero no había llegado a hacerlo, sobre todo porque sabía que le diría que se metiera en la comisaría y que permaneciera allí hasta que la policía encontrara a Brady.

Lo que era poco probable que ocurriera con Randy al mando.

Caminó con rapidez hasta su coche. Se acercaba el anochecer y volvía a hacer frío. La inauguración estaría ahora en pleno apogeo, y solo de pensarlo se le puso un nudo en la garganta. Sin duda había quemado ese puente cuando le comunicó al gerente de la galería que no podía acudir.

Se acercó al Honda y, de pronto, vio a un niño con una bicicleta de color púrpura al otro lado del enorme aparcamiento. Estaba agachado junto al suministro de aire, inflando la rueda delantera.

—¡Brady! —gritó, acercándose. Sí, era él—. ¡Eh, Brady! —Pero él no podía oírla por culpa de los frenos y los motores de los camiones.

Una camioneta blanca se interpuso entre ellos, impidiéndole la vista. Aceleró el paso.

—¡Brady! —Echó a correr. ¿Qué hacía ese vehículo?

El conductor lanzó la bicicleta en la caja de la camioneta y luego se puso tras el volante para alejarse a toda velocidad.

—¡Brady!

Se le detuvo el corazón. Había desaparecido. Debían de haberlo subido al asiento del copiloto.

La *pickup* rugió y ella se apresuró hacia su coche.

20

—¿Qué sensación te provoca esta dirección? —preguntó Jack a Carlos mientras recorrían la carretera a toda velocidad.

El recién nombrado jefe interino de policía de Graingerville tomó la nota adhesiva y frunció el ceño.

—La he metido en MapQuest —añadió Jack—, y sale un apartado postal de una oficina de correos en Meyersberg. Nada más.

—¿Vive en Oak Trace? ¿No queda hacia donde está ese enorme campo de petróleo? ¿Toro Minerals o algo así?

—Eso es lo que yo pensé también —dijo él, llegando al desvío.

Durante varios kilómetros a lo largo de la carretera de tierra, percibieron olor a sulfuro de hidrógeno, al que Fiona se había referido como tufo a huevo podrido. Bajo la menguante luz solar, Jack miró hacia el otro lado de la cerca de alambre de espino y vio media docena de bombas balanceándose. Menos de dos kilómetros después apareció ante su vista una puerta oxidada y una estropeada señal de madera: «Toro Minerals. Prohibido el paso a personas no autorizadas».

No le desanimó el mensaje tanto como la total falta de farolas, buzones de correo o cualquier otro signo de vida humana en kilómetros a la redonda. Siguió el camino unos cuantos kilómetros, hasta que murió ante una puerta metálica. Detrás de esta, a unos cien metros, había una pequeña casa en ruinas. El kudzu se había apoderado de la fachada oeste, y las ventanas estaban tapiadas con madera contrachapada.

Carlos sacó el móvil.

—Parece que Melvin no vive aquí. O al menos ya no lo hace.

Sin pedirle aprobación —«ya no lo necesita», se recordó— llamó a Santos. Después de poner al día al agente, colgó.

—Dice que va a verlo —le informó Carlos—. Déjame echar un vistazo a esos papeles.

Jack se los entregó y giró el volante para dirigirse a la carretera. Notaba un hormigueo en la espalda; no tenía esa sensación desde que se enfrentó a su último caso de homicidio en Houston. Hacía tiempo que había aprendido que en una investigación el «qué» y el «por qué» solían ser tan importantes como el «cómo». Y en su mente estaba comenzando a formarse un móvil que iba mucho más allá del racismo. Los Schencks habían sido agricultores en el pasado, y atravesaron tiempos difíciles, como había dicho el chico de la gasolinera. Habían vendido las tierras a una compañía petrolífera que se benefició de algo que siempre habían considerado suyo. ¿Y qué podía causar que un granjero lo pasara mal? Influían un montón de

condiciones, como una repentina ola de frío que transformara meses de agotador trabajo en acres de plantas diezmadas en cuestión de días. Quizá alguno de los miembros de la familia Schenck tenía un temperamento violento y se ponía en marcha cada vez que recordaba todas las penurias que había pasado su familia, echándole la culpa a otros.

Pero ¿quién demonios podía saberlo? Tal vez esa teoría suya era solo un montón de mierda psicológica y su asesino sencillamente disfrutaba torturando mujeres.

—Aquí hay algo —comentó Carlos, moviendo una de las fotos—. Melvin tiene un tatuaje. Dos rayos dobles, como Lowell.

—¿Lowell tiene un tatuaje? —se sorprendió Jack frunciendo el ceño—. ¿Dónde?

—En el pecho. Es enorme, de unos quince centímetros. Pero no se le ve, salvo que se quite la camisa.

«No me gustan los tatuajes. No existe dinero en el mundo para que permita que uno de esos locos se me acerque con una aguja».

Jack miró a Carlos, sin saber si creerle.

—¿Has visto a Lowell sin camisa?

Carlos se sacó el palillo de los dientes.

—Sí. El Cuatro de Julio de hace un par de años. Jugando al fútbol. Fue mi hijo el que lo vio y me preguntó si tenía algo que ver con Harry Potter.

—No es una referencia literaria —aclaró él con gravedad.

—¿Qué significa?

—El doble rayo es el símbolo de las SS nazis. —Golpeó el volante—. ¡Joder! No puedo creer que no me haya dado cuenta antes.

—¿De qué?

—De Lowell. Está metido hasta las cejas.

Cuando Fiona llamó, Jack respondió al primer timbrazo.

—¿Dónde estás? —exigió él.

—Han secuestrado a Brady.

—¿Cómo?

—Creo que ha sido el asesino. —Fiona luchó por controlar el pánico en su voz, pero mientras recorría la autopista estaba casi hiperventilando—. Van en una camioneta blanca Ford, matrícula CCZ-6 y algo más. Está manchada y no puedo ver el resto.

—¿La estás siguiendo? ¿Es que te has vuelto loca?

No se molestó en discutir.

—Estamos en Dry Creek Road, en dirección oeste.

—Dry Creek Road. Es por donde vive Viper.

—Lo sé. —Ella se aferró al volante—. Me estoy quedando atrás para que no se dé cuenta de que los sigo, pero cada vez es más difícil porque por aquí no hay apenas tráfico.

—Detente. Llama al 911. Después, llama…

—Ya lo he hecho. También he llamado a Santos, pero se cortó la llamada. Está tratando de reunir un equipo de rescate. No he sido capaz de volver a hablar con él, así que he pensado que sería mejor llamarte a ti. Bueno, acabo de pasar una señal. Estoy entrando en el condado de Borough.

—En el condado de Borough —repitió Jack. Oyó al fondo una voz apagada; él estaba hablando con alguien—. Sí, los está siguiendo. Hay un mapa en la guantera. ¿Fiona?

—Dime. —Estaba demasiado oscuro para tomar puntos de referencia. No había encendido los faros porque no quería llamar la atención, pero no faltaba mucho para que no le quedara otra opción.

—Estés donde estés, detente. Voy hacia ahí. Llegaremos pronto.

—De acuerdo, él está girando. —Frenó hasta casi detenerse. La camioneta blanca se había convertido en un par de distantes luces traseras en el horizonte, pero no se atrevía a acercarse más. Solo esperaba ser capaz de ver el desvío en la oscuridad.

Escuchó murmullos y sonidos de papel arrugándose. Parecía como si Jack estuviera mirando un mapa con otra persona.

Forzó la vista y vio lo que parecía un camino justo delante de ella. El alivio la recorrió de pies a cabeza seguido por recelo.

—Creo que he encontrado el desvío.

—Fiona, tienes que detenerte.

—De acuerdo, estoy internándome por él, pero no lo veo. Estoy haciendo lo correcto. Este camino va hacia el norte, es de tierra. ¡Ay!

—¿Qué ha ocurrido?

—He pillado un bache. Mierda, esto es difícil. Espera, hay un puente de mareas ahí abajo. ¿Jack? ¿Lo localizas?

Escuchó alguna frase amortiguada, parecía Carlos, o quizá Lowell.

—¿Jack? ¿Sabes dónde estoy? No hay ninguna señal a la vista, pero es de los puentes que se cruzan en marea baja.

—Lo tengo.

—Vale, las luces traseras ya no se ven. Creo que ahí delante hay una curva. Quizá sea un camino o una pasarela.

—Fiona. Cariño, por favor, escúchame. —Ella percibió la tensión en su voz y trató de que no le afectara. Lo mismo que el malestar en el estómago. Lo mismo que el hecho de que estaba

siguiendo a su casa a un asesino en serie—. Tienes que dar la vuelta. Regresar a la carretera. Alejarte del peligro.

—Jack, ¿has escuchado lo que he dicho? ¡Tiene a Brady! Tengo que saber adónde lo lleva.

—¡Basta ya, maldita sea! —Su voz era una octava más alta—. ¿Te has vuelto loca? Este tipo es peligroso. ¡Joder! Carlos, léeme ese letrero, ¿quieres? Fiona, pronto estaremos ahí. Solo detente, ¿vale? Si quieres ayudar, llama a Santos. Cuéntale todo lo que me has dicho a mí.

Ella trató de vislumbrar el camino, pero estaba en el campo y la rodeaba una negrura tan intensa como la del alquitrán. No se veía la luna. No sabía si acabaría en el fondo de un río o chocando contra un árbol.

—Está bien, llamaré a Santos. —Levantó el pie del acelerador y notó un nudo en la garganta al pensar en Brady—. Pero tenemos que darnos prisa.

A Jack le bajaban gotas de sudor por la espalda cuando colgó.

—¡De puta madre! —Lanzó el móvil al salpicadero—. Lo ha seguido por el camino. Seguramente esté casi delante de su puta casa.

—No sé nada de esto, jefe.

—¿Qué? ¿Qué es lo que no sabes? —Apartó la mirada de la carretera para ver a Carlos inclinado sobre el mapa.

—Tenemos dos posibilidades: vamos a la guarida de Viper, o a la de Lowell.

—¿Qué ocurre con él?

Carlos sacudió la cabeza y él sintió, de pronto, que su pecho era demasiado pequeño para el frenético ritmo con el que palpitaba su corazón. Le iba a dar un ataque cardíaco allí mismo, a ciento cincuenta kilómetros por hora por la autopista.

Fiona había seguido a ese tipo.

—Dry Creek Road. Lowell también vive allí. No sé la dirección exacta, pero sé que es allí. ¿No recuerdas que siempre está quejándose del estado del camino?

Jack apretó los dientes hasta que le dolieron las encías.

—Vuelve a comprobar el mapa —dijo finalmente—. Fiona habló de un puente de mareas. ¿Hay alguno? ¿Un río? ¿Un arroyo? ¿Cualquier cosa?

—El que hay no tiene puentes.

—¡Joder!

—Está Mesquite Creek al norte, pero transcurre paralelo a toda

la puta carretera. Cualquier camino distinto es imposible cruzarlo. —Carlos le miró—. Así que nos quedan dos opciones: Viper o Lowell.

Él se aferró al volante. No sabía nada de Viper porque había enviado a Lowell a comprobarlo en vez de ocuparse en persona, pero Fiona había mostrado un boceto del sospechoso en el lugar donde Viper trabajaba y nadie lo había reconocido.

Y luego estaba Lowell, que no se parecía en nada al boceto, pero que le había mentido desde que se inició la investigación. Quizá fuera una operación conjunta o estuviera encubriendo a alguien. Lowell había ofrecido su ayuda voluntariamente, una y otra vez, desde el principio. Había sido el que consiguió que Melvin entregara la lista. Quien respondió al teléfono la noche que se hizo público el boceto del sospechoso. Quien había investigado al tatuador. Quien verificó la huella del neumático.

Se le revolvieron las tripas al imaginar la firma de Lowell en la parte inferior del informe policial en el caso de Lucy. Entonces era un novato. Apenas llevaba un año en el puesto cuando entrevistó a su novia después de que sufriera un desgarrador ataque a manos de un capullo racista. Quizá se había puesto cachondo al escucharla y había compuesto mal, a propósito, la cara del sospechoso como si del señor Patata se tratara, tal como había dicho Fiona. Quizá le había importado una mierda si lo atrapaban o no. O, ¡joder!, quizá fuera amigo del asesino.

—Llama a Lowell—dijo mirando cómo fluctuaba el indicador del cuentakilómetros. Ciento cincuenta y cinco. Ciento sesenta. Iba demasiado rápido para hablar y conducir a la vez—. Tenemos que averiguar qué coño está pasando.

—De acuerdo. Pero ¿qué vas a preguntarle? Sabemos que no es el asesino, no se parece en nada al boceto. Lo único que sabemos es que lleva un tatuaje en…

—Sabemos que no es el que arrojó el cadáver ni quien atacó a Lucy, pero eso no significa que no esté involucrado de alguna otra manera. Y me mintió. Eso indica que oculta algo. Puso las manos en el caso todo lo que pudo desde el primer momento.

Carlos sacudió la cabeza.

—No me gusta ver involucrado a un policía.

A él tampoco le gustaba. Y quizá Carlos tuviera razón. Quizá lo estaba sacando todo de quicio. La realidad era que tenían que tomar una decisión, y debían tomarla pronto. Y por mucho que le doliera, tenía que dejar que fuera Carlos quien lo hiciera.

—Ahora el jefe eres tú —dijo—. Tuya es la decisión.

Carlos mordió el palillo con decisión mientras recorrían la carretera. Pasaron ante una señal del límite del condado y el copiloto volvió a mirar el mapa. Llamó a la comisaría y después de un breve

intercambio con Sharon, colgó.

—Lowell está ausente y sin justificación —anunció Carlos—. Y tengo una dirección.

Fiona permaneció sentada en el Honda mientras el sudor le bajaba por la espalda. Tenía la piel ardiendo bajo el terciopelo del vestido y el corazón le latía con tanta fuerza que parecía que fuera a escapársele del pecho. No había logrado contactar con Santos todavía, y no podía volver a llamar a Jack. Jugueteó con el brazalete que llevaba en la muñeca mientras trataba de decidir qué hacer.

Un perro ladró en la distancia. A través del parabrisas vio un resplandor de luces justo encima de la línea de árboles. Se trataba, seguramente, de una casa. Una casa donde alguien estaba reteniendo a Brady.

¿Sería la casa de Viper? No lo sabía. En realidad no sabía nada, salvo que quedarse allí sentada sin hacer nada le parecía una locura. No podía estarse de brazos cruzados. No podía sentarse allí, sin más, cuando el niño corría peligro a tan poca distancia.

Notó una opresión en el pecho y cerró los ojos. Se volvía a sentir como si fuera otra vez una niña, en un pequeño apartamento en Los Ángeles. Un lugar con alfombras sucias y paredes finas como el papel. Recordó la oscuridad, los sonidos y el frenético golpeteo de su corazón, y el terror que le producía salir de la cama y enfrentarse a lo que creía que estaba ocurriendo en la habitación contigua. Courtney la había perdonado hacía años, pero nunca se perdonaría a sí misma.

No podía quedarse allí, pero ¿qué podía hacer?

De pronto le llegó la inspiración y abrió los ojos. Encendió el motor de nuevo y metió la marcha atrás para realizar un lentísimo trayecto de vuelta a la carretera principal. Mantuvo las luces apagadas mientras rezaba por tener una guía divina mientras el coche se hundía y recorría el puente de mareas. No podía ver nada más allá del salpicadero e incluso el débil brillo del panel le ponía nerviosa. Al menos el Honda era relativamente silencioso. Siguió avanzando muy despacio y, cuando sintió que la superficie cambiaba a asfalto bajo sus ruedas, giró a la derecha y frenó en la cuneta. Entonces cogió el móvil de la guantera y se bajó del coche.

Usó el móvil como si fuera una linterna, sosteniéndolo cerca del suelo, para dirigirse al punto donde se unían los dos caminos. Después de unos momentos titubeantes, se encontró un poste y, encima, lo que estaba buscando.

Un buzón. Con una bandera pintada.

Lowell no estaba en casa y por allí no se veía a nadie. Aquel hombre vivía en una pequeña casa de una planta que le recordó su propio hogar, salvo que el de Lowell era un basurero. Las bolsas de basura inundaban el porche y el mosquitero metálico de la puerta casi había sido arrancado. Era evidente que el ayudante no había realizado ninguna obra de mantenimiento desde que se divorció, dos Navidades atrás. Un divorcio que, según el propio Lowell, se había resuelto de forma amistosa.

Pero… ¿sería verdad? Una hora antes habría jurado que conocía a todos y cada uno de sus subordinados directos. Ahora ya no apostaría nada.

Miró a su alrededor y escuchó. El lugar estaba en silencio, interrumpido tan solo por el susurro de la brisa nocturna en la hierba crecida. No había vehículos a la vista y la casa estaba cerrada a cal y canto.

Carlos apareció desde el porche trasero con el arma en la mano.

—Nada. No creo aquí que haya nadie.

Jack quería largarse ya. Estaba seguro de que estaban en el lugar equivocado, pero el destartalado cobertizo para guardar leña de Lowell parecía atraer su atención de una manera inexplicable. Encima de la puerta brillaba una solitaria bombilla amarilla. La estructura, de aproximadamente cuatro metros cuadrados, y la puerta parecían mucho más recientes que el resto de la propiedad.

—Mira esa cerradura —comentó Jack, atravesando el patio.

Carlos sacó una linterna y lo siguió. Cuando iluminó la ventana de la caseta, Jack confirmó sus sospechas de que el vidrio había sido pintado de negro.

—¿Qué crees que guarda ahí?

—Te recuerdo que no tenemos orden judicial.

Jack puso los brazos en jarras y miró el cobertizo durante unos segundos. Cogió una piedra y….

—¡Jack!

…la lanzó al cristal. Luego sacó la mini Mag-Lite e iluminó el interior.

—Joder —murmuró.

Carlos se acercó por detrás y ambos vieron en el interior un Hyundai Elantra de color azul.

Pero más sorprendente que ver allí un coche, era el olor fétido que flotaba a través de la ventana rota.

Carlos tosió.

—Reconozco ese olor.

—Vuelve al coche, jefe —le pidió a Carlos.

—¿Por qué?

Jack rodeó el cobertizo.

—Porque así no serás testigo cuando eche la puerta abajo. —Dio una fuerte patada a la madera que hizo que las astillas volaran por todas partes.

—¡Joder! —exclamó cuando vio la matrícula—. Es el coche de la chica. Aquí está. Lo hemos tenido debajo de las narices durante diez días.

Jack echó un vistazo por las ventanillas del vehículo antes de dirigirse al maletero.

—Pásame esa barra de hierro.

Pero Carlos tuvo una idea mejor. Señaló el faldón de la camisa y lo utilizó para no dejar huellas mientras abría la puerta. Luego se inclinó y pulsó el botón para abrir el maletero.

Jack iluminó el interior.

—¡Dios santo!

—¿Qué hay ahí?

El hedor inundó sus fosas nasales y la imagen era… Las dos heridas de bala en la frente eran precisas y limpias, pero el pecho era harina de otro costal. Parecía como si hubieran destripado a una serpiente gigante. Dio un paso atrás, tratando de no vomitar.

—¿JB? ¿Qué has encontrado?

—Creo que he dado con Viper.

Jack giró de nuevo en la carretera, haciendo que una nube de polvo flotara sobre la casa de Lowell.

—¿A qué distancia estamos? ¿Treinta? ¿Cuarenta kilómetros?

Carlos estaba comprobando cuando sonó su teléfono.

—Es Santos —le dijo antes de responder. Carlos hizo al agente un breve resumen de lo que habían descubierto en el cobertizo de Lowell. Fue un tanto vago sobre cómo se había roto el cristal y después de unos momentos escuchando, le miró.

—Claro, está a mi lado —informó antes de pasarle el teléfono.

—¿Sí? —respondió.

—Soy Santos. Es necesario que hables con Fiona. A ti te escuchará. Convéncela para que se mantenga alejada de esa casa. He investigado sobre la familia Schenck y creo que he localizado al sospechoso.

—Habla, rápido.

—Estamos centrados en Scott Schenck, treinta y ocho años, ocupación desconocida. Nació en Meyersberg, Texas, donde se graduó en secundaria. Su último domicilio conocido fue un parque de caravanas en el condado de Maricopa, Arizona. Resulta que está fichado y tiene un historial de asustar. Fue voluntario en un grupo de milicia civil, pero el líder de la organización le pidió que se fuera porque no se le daba bien, y cito, «trabajar con los demás».

—Vaya sorpresa…

—Atrajo la atención de un par de agentes secretos hace varios años, cuando comenzó a aparecer en las reuniones de las Naciones Arias en Utah y Arizona. Luego le perdieron la pista. Ni declaraciones de impuestos. Nada.

—Parece un ciudadano modelo —replicó Jack con ironía.

—Y hay algo más. Tengo en mi mano un fax del Departamento de Policía de San Antonio, donde Schenck vivía con, agárrate, Gabriela Vega. Al parecer ella presentó una orden de alejamiento contra él hace doce años. Dijo a la policía que habían roto y él no la dejaba en paz. Seis meses más tarde, Gabriela apareció muerta con un agujero de bala en la frente, pero la autopsia concluyó que fue autoinfligida.

—Una herida de bala en la frente. Como Viper.

—Sí, he pensado lo mismo —convino Santos—. La policía interrogó a Schenck, pero tenía una coartada. Estamos hablando de un hombre peligroso con temperamento volátil. Si se te ocurre algo para que Fiona se aleje de allí, tiene que ser ahora. La última vez que hablé con ella parecía estar buscando la manera de liberar al testigo.

—Lo haré. —Colgó y le devolvió el móvil a Carlos. Luego, Jack sacó el suyo y marcó el número de Fiona. Tuvo que intentarlo dos veces porque le temblaban las manos.

Tuvo el corazón en vilo hasta que, por fin, le respondió ella.

—¿Dónde estás? ¿Te encuentras bien?

—Estaba a punto de llamarte —repuso ella—. He encontrado el buzón con la bandera de la Confederación. Estoy en casa de Viper. Creo que es él quien se llevó a Brady. No tuve ocasión de verle bien, pero…

—Viper está muerto. —Jack dejó que las palabras flotaran un momento en el aire, esperando que se asustara antes de intentar razonar con ella—. De dos balazos en la frente. Luego lo destriparon con un cuchillo y lo metieron en el maletero de Natalie.

—¿De Natalie Fuentes?

—Eso es. Escúchame bien, Fiona. No quiero oír nada más. Carlos y yo estamos a quince minutos de ti, y Santos también está en camino con un equipo de rescate. No puedes quedarte ahí, tienes que

marcharte.

Escuchó un gemido al otro lado de la línea.

—¿Fiona?

—Es que… Brady está ahí. Ahora. ¿Y si llegamos demasiado tarde?

—No los puedes salvar a todos. —¡Joder! Ella no le estaba escuchando—. No eres responsable de todos los niños que tienen problemas.

—A veces sí. —Le tembló la voz y él supo que estaba llorando.

—Se trata de Courtney, ¿verdad? ¿Es por algo del pasado? Pero si realmente quieres a tu hermana, no lo hagas. —«Si realmente me amas, no lo hagas».

—Lo siento, Jack. —Y colgó.

Fiona buscó el Ruger en el bolso y comprobó que estaba cargado. Dejó el bolso en el asiento delantero antes de cerrar la puerta. Quería tener las dos manos libres para sostener el arma, por lo que se metió el móvil en el sujetador, donde estaría a buen recaudo. Sabía que Jack volvería a llamar, así que lo había apagado para que las notas de un fragmento de Vivaldi no surgieran en algún momento inoportuno.

Respiró hondo y miró a su alrededor. Estaba muy oscuro. Mucho. El ladrido persistente que sonaba en la distancia hizo que le bajara un escalofrío de miedo por la espalda. Fiona se frotó la cicatriz del cuello y trató de alejar al perro de la mente mientras se arrastraba hasta los matorrales que bordeaban el camino. Por enésima vez en el día, se arrepintió de su atuendo. Las finas suelas de los elegantes Ferragamo hacían crujir la grava, pero no quiso quitárselos por si el suelo estaba lleno de objetos cortantes. Se le enganchó el vestido en unos arbustos y tiró para liberarlo.

A pesar de lo que Jack pensaba, no tenía ningún deseo de morir. No tenía intención de acercarse al secuestrador de Brady si podía evitarlo. Santos se dirigía hacia allí con un equipo de rescate entrenado. Su objetivo era controlar la situación, descubrir la ubicación de Brady para poder comunicársela a Santos lo antes posible. Eso era todo.

A menos, claro está, que alguien tratara de hacer daño al niño. Si eso ocurriera… Bien, no sabía qué haría exactamente, pero apretó la culata del Ruger con fuerza y caminó de puntillas hasta el camino.

—Suéltalo.

Ella contuvo el aliento y se dio la vuelta.

—Tienes tres segundos.

Fiona estaba petrificada, con demasiado miedo incluso para respirar. La voz parecía surgir de la nada y no era capaz de escudriñar nada en la oscuridad.

—Dos.

Bajó la vista al punto rojo y brillante que parpadeaba sobre su pecho. Estuviera donde estuviera, estaba apuntándola.

—Uno.

Dejó caer el arma.

21

—Baja la velocidad, jefe.

Jack lanzó a Carlos una mirada de advertencia mientras conducía por la autopista. El velocímetro sobrepasaba con creces ciento cincuenta kilómetros por hora, pero a él no le parecía que fueran lo suficientemente rápido.

—¿Dónde está ese desvío?

—A unos quince kilómetros de aquí —explicó Carlos. Sonó el móvil, que llevaba en la mano, y él respondió. Por lo que él escuchó, parecía otra vez Santos, para ponerle al día.

—Los del equipo de rescate están en camino —anunció Carlos después de colgar—. Vienen en helicóptero. Acaban de salir de San Antonio, así que quizá tarden un rato. Santos está en camino para ver a Viper. Seguramente llegue dentro de veinte minutos.

Jack se hizo una idea de la logística. Un helicóptero lleno de chicos del SWAT aterrizaría junto a la casa que estaba vigilando Fiona. Ella estaría merodeando por allí, asomando la nariz a las ventanas, lo que supondría una excelente oportunidad de ser pillada en un fuego cruzado, si para entonces todavía no había llamado la atención de los malos. Aquello era de locos.

—No creo que vayan a caer sobre la zona con las armas a punto —comentó Carlos, leyéndole la mente—. No con civiles involucrados.

«Civiles». Jack se rio para sus adentros. Aquella obstinada, ingeniosa y testaruda mujer que había puesto su mundo patas arriba era una civil. No tenía por qué estar involucrada en ese lío, pero se encontraba justo en medio del mismo. ¿Por qué? Porque él la había puesto allí.

Si le sucedía algo no se lo perdonaría jamás.

—Abre la guantera —dijo—. Asegúrate de que tengo la SIG cargada.

Se concentró en la carretera, parpadeando para retirar el sudor de los ojos mientras escuchaba que Carlos comprobaba el seguro de la pistola. La Glock del Departamento de Policía estaba en el depósito de armas de la comisaría. Ahora era un civil y saberlo era una losa.

—Cuando lleguemos —dijo Carlos—, tienes que mantenerte al margen.

Él soltó un gruñido.

—Lo digo en serio, JB. No tienes autoridad para…

—Haz tú la detención, yo solo quiero recuperar a Fiona.

—No estoy hablando de un arresto, sino de que no puedes

inmiscuirte en mi camino. Es algo que no puede ocurrir.

—Ya lo sé. —Le tendió la mano para que le diera el arma. Cuando la tuvo sobre la palma, la metió en la parte trasera de los pantalones, donde el cinturón de cuero negro se apretaba contra su espalda. Deseó tener a mano una funda, pero cuando esa tarde se puso el único traje que tenía, esperaba pasar la velada en una maldita galería de arte.

— *Locote* —murmuró Carlos.

—¿Qué es eso?

—Tú —le espetó—. Sigues pensando con la polla.

Fiona comenzó a respirar más rápido cuando él se acercó. El punto rojo que tenía sobre el pecho pareció expandirse hasta que ocupó toda la superficie, anticipando el agujero que se abriría en su piel si decidía moverse.

Pero no era capaz de hacerlo. Ni siquiera podía pensar. No podía hacer nada, salvo quedarse allí, inmóvil, mientras una figura se materializaba en las sombras. La silueta se recortaba vagamente en medio de la carretera y parecía llevar un arma al hombro. Por el tamaño de la misma parecía un rifle de asalto.

El hombre recogió el Ruger del suelo y luego se colgó el rifle al hombro. En ese momento vio que lo llevaba de una correa.

No era muy alto, pero sí fornido. Ancho de hombros, justo como Lucy lo había descrito. Recordó todos los demás hechos que Lucy le había contado y se le aflojaron las rodillas.

Él metió la Ruger en la cinturilla de los pantalones y luego sacó algo del bolsillo.

—Has invadido mi propiedad.

—Solo quería…

Sintió un lacerante dolor cuando él le puso el brazo en la espalda y le ató las muñecas con algún tipo de cordel, que apretó hasta que le quemó la piel. Contuvo el aliento al notar que le subía más las manos, haciendo que se le llenaran los ojos de lágrimas.

—¿Te ha dolido? —Él dejó caer sus brazos, haciéndola gemir, antes de clavarle el arma en el omóplato—. Será mejor que te endurezcas. Vamos a recorrer un largo camino.

La empujó de nuevo y ella tropezó con la grava. Cuando se acercaron a la casa los ladridos se hicieron más intensos. Podría haber llorado ante la ironía; un psicópata la apuntaba con un rifle de asalto y lo único en lo que podía pensar era en que se hundieran en su piel un par de colmillos afilados. Le pareció que la cicatriz le ardía en el

cuello y comenzó a respirar más superficialmente. Tenía que concentrarse en los pasos para no caerse.

Atravesaron una arboleda y apareció ante su vista una edificación. Era una casa de rancho, construida en ladrillo, con un garaje anexo. El patio, lleno de maleza, estaba iluminado por un par de focos, uno en cada esquina de la casa. Debajo de un árbol había una especie de caravana de aluminio.

Y detrás de la puerta mosquitera vio un perro con un aspecto monstruoso, que ladraba de manera salvaje y arañaba la malla. Ella se detuvo en seco.

Notó que el cañón del arma le pinchaba la espalda.

—Sube los peldaños.

—Sujeta al perro.

—Así que no te gustan los perros, ¿eh? —se burló a su espalda.

Ella no dijo nada y el perro siguió ladrando. El hombre emitió un agudo silbido y el animal se calló.

Ella miró por encima del hombro y contuvo el aliento. El resplandor de los focos iluminaba el rostro de su captor y pudo, por fin, verlo con claridad; nariz ancha, ojos hundidos, mandíbula cuadrada. Era idéntico al boceto que ella había dibujado, incluso en la piel picada de viruela. Era como si su dibujo hubiera cobrado vida. Pero al contrario que Pigmalión, no iba a enamorarse de su creación.

—Muévete —ordenó él.

Ella tragó saliva y subió el primer escalón.

—¿Qué clase de perro es?

—Un rottweiler. —El hombre pasó junto a ella y abrió la mosquitera. El perro salió y le olfateó la entrepierna.

—¡Basta!

No estaba segura de si iba por ella o por el perro, pero el animal obedeció. Otro paso y traspasó el umbral. La bestia tenía las fauces abiertas, mostrando una boca llena de amenazadores dientes y un abundante suministro de saliva. El hombre dio un paso a su espalda.

La puerta chirrió al cerrarse y ella observó, sorprendida, cómo el hombre sacaba un hueso del bolsillo y lo dejaba caer en la boca del perro. Luego la miró.

—Ve al dormitorio.

Ella sintió que se le helaba la sangre.

—¡Ya!

Lanzó una mirada a su alrededor, buscando ayuda con desesperación; otra persona, un arma, cualquier distracción. Lo único que veía era una sala desordenada y una cocina a rebosar de platos sucios y latas de cerveza. El lugar olía a leche agria y marihuana.

Él la miró sin dejar de tamborilear con los dedos el cañón del

arma.

—No quiero tener que repetir las cosas dos veces.

Ella estudió el oscuro pasillo en el lado opuesto de la habitación. Brady podía estar allí.

Se acercó a la sala, dejando a un lado un montón de ejemplares de *Skin & Ink* y un cuenco de agua abandonado en el suelo de la estancia. Se preguntó si Brady y ella tendrían más oportunidades si su secuestrador estuviera drogado. Tenía los ojos inyectados en sangre, pero podría deberse a la intensidad de los últimos días. Si Jack y Santos estaban en lo cierto, el hombre estaba lanzado. Había matado por lo menos a dos personas en los últimos cinco días y había secuestrado a un niño inocente y a una colaboradora de la policía. Su comportamiento ya no era prudente. Estaba convirtiéndose en un ser maníaco y sanguinario, descuidado a la hora de cubrir su rastro. Estaba desmoronándose.

Sintió su presencia a la espalda mientras caminaba por el pasillo alfombrado. Había tres puertas. La primera estaba cerrada y la segunda parcialmente abierta, revelando una sala llena de taburetes y una mesa acolchada. ¿El estudio de Viper quizá?

—Sigue.

Se detuvo ante la última puerta y esperó a que él la abriera. El interior estaba negro como la boca de un lobo y ella se tensó.

Se volvió hacia él y lo miró a los ojos. «Consigue que te vea como un ser humano. Establece una conexión». No sabía de dónde habían surgido esos pensamientos, solo sabía que debía tenerlos en cuenta.

—¿Podrías soltarme las manos, por favor? Me duelen los brazos.

Él la miró, clavándole los ojos en el cuelo durante mucho tiempo, y ella se preguntó si estaba imaginando sus gruesos dedos rodeándolo. Dio un paso atrás.

De pronto, él bajó la culata del arma. Ella cayó hacia atrás, en la oscuridad, y él cerró la puerta de golpe.

Jack notó que vibraba el móvil y el número que apareció en la pantalla le pilló por sorpresa. Ni siquiera se le había ocurrido llamar a Lucy después de que Brady desapareciera.

—¿Estás bien? —le preguntó.

—Muy amable de tu parte haber llamado —respondió ella—. Y sí, estoy bien.

—Lo siento, Luce, pero todo esto ha sido una locura. Estoy en

plena…

—Ya sé dónde estás. Tengo a uno de los ayudantes del sheriff en la cocina y lleva diez minutos colgado del teléfono. Parece que esto está llegando a un punto crítico.

Él derrapó en una curva y Carlos apoyó la mano en el salpicadero. Se suponía que el desvío estaba allí mismo.

—¿Puedo darte un consejo como amiga, Jack? —Él levantó el pie del acelerador para no pasárselo. En cualquier momento…—. Porque seguimos siendo amigos, ¿verdad?

«¡Joder!».

—Ahora no es un buen momento, Lucy. Te llamo más tarde.

—Puede que nunca sea un buen momento si estás haciendo lo que creo que estás haciendo.

—¿Qué?

—Te has puesto una misión, ¿verdad? ¿Quieres rescatar a esa chica? ¿O quizá arreglar cuentas pendientes? Solo vas a conseguir que te vuelen la cabeza.

—Lucy…

—¡Cállate, Jack! Te conozco. Probablemente mejor que nadie, así que escúchame cuando te digo que no vale la pena. Ya has perdido tu trabajo, ¿quieres perder también la vida? Deja que se ocupe el FBI. Podrás estar a mí lado algún día y ver cómo las paga, así que no hagas nada estúpido. No te hagas el héroe.

—¡A la izquierda! —gritó Carlos.

Él dio un frenazo y casi se golpeó la barbilla contra el volante cuando el vehículo se detuvo en seco.

—¡Joder!

Lucy suspiró.

—Es una pena que jamás escuches un buen consejo.

—Te he escuchado. —Giró ciento ochenta grados y detuvo la *pickup* a pocos metros del buzón de Viper. Maldijo por lo bajo. Si todavía llevara él el caso, habría evitado todo aquello.

—Es posible que no me creas, Jack, pero te quiero mucho. Deseo que seas feliz. Quiero ser feliz. Soportaría perderte por otra mujer, pero sería incapaz de asistir a tu funeral.

Metió el vehículo entre la hierba crecida. Lucy tenía un don de la oportunidad como ninguna otra persona.

—Tengo que dejarte. Y ¡Jesús!, deja de planear mi funeral. Todo irá bien.

O eso esperaba.

—Quizá —dijo ella con amargura—. Pero soy pesimista.

Fiona estaba tendida sobre el suelo, tratando de recuperar el aliento. Se había caído torpemente sobre el brazo y le dolía. Le dolía mucho. No creía que estuviera roto, pero estaba segura de que tendría un buen moratón al día siguiente.

Si es que estaba viva.

Se sentó y miró a su alrededor, frustrada una vez más por la oscuridad y las ataduras. El pasillo estaba iluminado, pero ella solo podía ver una franja de color gris por debajo de la puerta. Al otro lado de la estancia había unas tenues y finas rayas de luz que asomaban por debajo de las lamas de la persiana. Tenía que haber un interruptor en algún sitio, seguramente junto a la puerta. Se deslizó hacia ese lugar y se apoyó en la pared para ayudarse a la hora de levantarse. Frotó el hombro bueno contra la superficie y, por fin, encontró el interruptor. Usó la barbilla para moverlo.

Siguió reinando la oscuridad.

Pero percibió un leve ruido sordo muy cerca.

—¿Brady? —susurró entre dientes.

Otro ruido.

—¿Brady? ¿Dónde estás? —Siguió los apagados sonidos hasta que su hombro rozó contra otro marco de una puerta… quizá de un armario. O de un cuarto de baño. Le dio la espalda y tanteó con las manos atadas hasta dar con el picaporte. Lo giró.

La puerta no estaba cerrada con llave, gracias a Dios, y pudo abrirla.

—Brady, soy Fiona, ¿eres tú?

Hubo un gruñido y notó algo en la pierna.

Se agachó.

—¿Tienes algo en la boca?

Otro sonido, que tomó por un sí.

—Será mejor que te tumbes, ¿vale? —susurró en voz baja—. Voy a ver qué puedo hacer, pero tengo las manos atadas, así que ten paciencia, ¿de acuerdo?

Sintió la suave tela sobre los brazos huesudos. Seguramente llevaría puesta una camiseta. A continuación un hombro, el mentón. Había algo suave tenso sobre el rostro y se imaginó que sería cinta americana.

—¿Tienes cinta adhesiva sobre la boca? —Se las arregló para levantar una esquina. Sí, era una especie de cinta—. Te va a doler, no te asustes ¿vale? Lo haré muy rápido. Quédate quieto y no te pongas nervioso, ni siquiera cuando te pique.

Trató de buscar la manera de agarrar el borde de la cinta, luego se incorporó y tiró lo más rápido que pudo. Escuchó un gemido y, al instante, notó una ráfaga caliente en las manos.

—Lo siento —susurró—. ¿Estás bien? Tenemos que hablar en

voz baja.

Él no dijo nada durante un rato, pero ella podía escuchar su respiración sibilante. ¿Brady era asmático? No sabía nada de su historial médico.

—Brady, ¿estás herido? ¿Puedes hablar?

—Sí —repuso con voz áspera—. Es solo que… No lo sé. Me siento raro. Ese hombre me hizo beber algo.

—¿Cómo sabía?

—Quizá como… ¿uva? Era dulce. Creo que era una medicina.

Fiona intentó pensar. Lucy había sido drogada con lo que ella pensaba que era jarabe para la tos. El hecho de que Brady hubiera notado un sabor afrutado era bueno. Quizá su captor hubiera utilizado la fórmula para niños.

—Sé que te sientes aturdido, pero trata de pensar. ¿Recuerdas si hay un interruptor para la luz o una lámpara en alguna parte?

—Aquí hay luz. La encendió cuando me trajo. Este lugar está lleno de ropa y equipamiento deportivo. Hay muchas cosas en el armario.

Fiona se levantó.

—Uno de los interruptores era una cadena. Se accionaba tirando.

Ella se alejó del armario y movió la cabeza a su alrededor, hasta que sintió un roce metálico en la mejilla. Se las arregló para capturarlo con los dientes y tirar.

«Luz».

Brady estaba acurrucado en el suelo. Entrecerraba los ojos para mirarla y ella vio manchas rojizas en la camiseta, seguramente de la medicina. No vio sangre, pero tenía las manos aseguradas en la espalda con cinta adhesiva plateada.

Se alegró de que fuera cinta. La cinta podría romperla, a diferencia del cordón que ataba las suyas; con eso necesitaría algo más afilado.

Se oyó un fuerte ladrido en el frente de la casa y ambos intercambiaron una mirada de temor. No les quedaba mucho tiempo.

—Tenemos que darnos prisa —susurró, agachándose—. Trataré de romper tus ataduras. Luego buscaremos algo afilado para cortar las mías. O quizá tú puedas deshacer los nudos.

Mientras trabajaba frenéticamente en la cinta, escuchó un portazo seguido de voces.

—Ha llegado alguien —dijo Brady.

Las voces se hicieron más fuertes y ella intentó escuchar las palabras. Parecía alguien discutiendo. Sin embargo, el perro se había calmado.

El recién llegado no venía a rescatarlos, era un amigo del

asesino.

Por fin logró romper la capa superior de la cinta. Luego hizo lo mismo con la siguiente. Finalmente, soltó los pegajosos restos y los dejó caer al suelo.

—Ay… —se quejó Brady, moviendo los brazos con una mueca.

—Sé que te duelen, pero ¿podrías ponerte de pie?

La discusión en la habitación contigua se intensificó. Estaba realmente interesada en saber sobre qué hablaban, en conseguir una pizca de información.

—Brady, busca algo afilado para cortar la cuerda que me sujeta las manos, ¿vale? Voy a darme la vuelta. —Se tambaleó por la habitación hasta que chocó con lo que parecía una cama camino de la puerta. Apretó el oído contra ella.

—¡Son dos putos *anglos*, por el amor de Dios! ¿En qué demonios estabas pensando?

Ella no reconoció la voz.

—Estás perdiendo de vista la imagen general. —Su captor sonaba muy tranquilo si se lo comparaba con su visitante.

—¿La imagen general? ¿Es que eres idiota perdido, o qué?

Fiona se volvió hacia Brady.

—¿Has encontrado algo? —susurró

—No.

La discusión seguía en la sala contigua.

—…jamás hubiera permitido que involucraras a un niño. Nunca.

—El enemigo toma muchas formas.

Ella se alejó de la puerta. Tenían que salir de allí. Su mirada cayó sobre la ventana cubierta con las persianas. Pero ¿qué pasaba con el perro? Seguramente empezaría a ladrar en cuanto asomaran la cabeza al exterior.

—Te has vuelto loco, ¿lo sabías? —retumbó la voz—. ¡Hemos terminado! No tengo que pagarle más favores a tu padre, y que me maten si yo… ¿Qué haces?

El Honda estaba vacío. Jack hizo un rápido reconocimiento alrededor en busca de Fiona, pero no vio ninguna pista.

—Debe de estar en la casa —sugirió Carlos—. Vamos a dividirnos. Tú ve por…

¡Pop!

—¿Qué ha sido eso? —Pero Jack ya sabía que se trataba de un disparo. Procedía del interior de la casa. Se volvió hacia Carlos—.

¡Vamos a entrar!

Brady parecía aterrorizado. Fiona lo miró y luego clavó los ojos en la puerta mientras intentaba pensar con claridad. Tenía que salir de allí.

Corrió hacia la ventana.

—Por aquí. Ayúdame.

Brady parecía a punto de vomitar, pero se tambaleó hasta la ventana y levantó las persianas. Era una cerradura sencilla y la desbloqueó con rapidez. Intentó levantar la ventana, pero no se movió.

—¿Qué es lo que pasa?

—No lo sé —dijo el niño.

—Quizá la pintura la haya bloqueado. —Fiona miró a su alrededor con ansiedad. En la casa reinaba ahora la paz.

—Hay un bate de béisbol en el armario —dijo Brady.

—Cógelo.

No llegaron a pasar ni dos minutos cuando la puerta se abrió de golpe. La luz del pasillo iluminó la habitación a oscuras.

—Tú, levántate. —El hombre dio un paso hacia ella; reconoció el Ruger cuando la apuntó con él a la cara—. ¿Dónde está el niño?

—¿Qué niño? —Fiona apoyó los hombros en la cama para ponerse en pie.

Él la agarró del brazo y tiró de ella hacia arriba.

—El niño. ¿Qué has hecho con él?

—No sé a qué… —Un intenso dolor se propagó por su cabeza cuando el hombre estrelló la culata del revólver contra su cara.

—No me mientas, zorra. —Él se abalanzó sobre el armario, abrió la puerta y bajó el interruptor de la luz. El almacén estaba lleno de ropa, cajas y material deportivo, pero Brady no estaba allí. El hombre la miró con el ceño fruncido y luego clavó los ojos en la ventana, a su espalda. Una fría ráfaga de aire movió las persianas.

El hombre dio un paso adelante y le tocó la cara con el revólver. El cañón todavía estaba caliente.

—Debería matarte ahora mismo.

22

Jack atravesó la maleza con Carlos, que volvía a hablar por el móvil, pisándole los talones. Exigía que alguien viniera a apoyarles, pero Jack ya sabía que no llegarían lo suficientemente rápido.

Por fin, la casa apareció ante sus ojos. Él se detuvo detrás del tronco de un cedro caído e indicó a Carlos que guardara silencio mientras calibraba la situación.

Había dos vehículos; una camioneta blanca y un monovolumen color beige. Reconoció el segundo al instante.

—Lowell está aquí —señaló a Carlos.

—Eso va a complicar las cosas. Estará armado y…

Se escuchó un motor detrás de la casa.

—Alguien se larga —dijo él, al borde de un ataque de nervios.

—¿Crees que Fiona y Brady todavía están en el interior?

—No lo sé. Se ha oído un disparo. Cualquiera de los dos podría estar ahí, herido o algo peor.

Carlos estiró el cuello para mirar a la casa.

—O podrían haber escapado.

Al instante, Jack se imaginó a Fiona desangrándose en el suelo.

—Voy a entrar —aseguró—. Ve a ver si puedes ver el vehículo. Imagino que es el de Viper.

Carlos se dirigió hacia un lado de la casa. Jack se concentró en el césped que había delante y se agachó para ocultarse detrás del monovolumen. Después de esperar en silencio, corrió hacia la puerta. Se pegó contra la pared, junto al marco, y escuchó con atención.

Nada. Ni siquiera un gruñido del perro que había oído ladrar de manera desaforada unos minutos antes. La puerta de madera estaba abierta, e imaginó que la mosquitera estaría fuera de los goznes. Preparó el arma.

Con un rápido movimiento abrió la puerta y se agachó, dispuesto a disparar. Hizo un barrido de ciento ochenta grados por la sala.

Lo saludó el silencio… y Lowell, tendido sobre la moqueta empapada en sangre.

Fiona se encogió contra el lateral de la camioneta, intentando poner tanto espacio como fuera posible entre ella y el perro. El rottweiler

apoyó la nariz en el asiento y emitió un gruñido que retumbó en lo más profundo de su garganta.

—Max siente el miedo —se burló el hombre—. Le da ventaja.

¿Lo decía en serio? Max tenía la boca llena de ventajas y un amo que la retenía a punta de pistola. Pensó en lanzarse en marcha del Tahoe, pero tenía las manos atadas y no podía abrir la manilla de la puerta sin llamar la atención.

«Establece una conexión». Se tragó la bilis que le obstruía la garganta e intentó tomar aire.

—¿Cómo se llama? —preguntó.

Él la ignoró mientras continuaba conduciendo a toda velocidad por el terreno lleno de baches. Estaba convencida de que no iban por una carretera, aunque su captor parecía saber muy bien adónde se dirigían y no le preocupaba llevarse por delante cactus y matorrales para llegar a su destino.

—¿Adónde vamos? —preguntó.

Él ladeó la cabeza como si estuviera considerando la cuestión.

—La gente subestima la inteligencia de los perros. Toma a Max como ejemplo, estoy seguro de que su cociente intelectual es mayor que el tuyo.

De acuerdo, imposible buscar la lógica. Lanzó un vistazo a Max, que ocupaba todo el asiento trasero. Había erguido las orejas y parecía saber que hablaban de él. ¡Un genio!

—¿Cuánto tiempo hace que tiene a Max?

Él suspiró.

—¿Sabías que se necesita una licencia para pescar un pez y, sin embargo, cualquier idiota puede entrar en una perrera y conseguir un perro? —Lo vio sacudir la cabeza—. Ese es el cáncer de este país, nadie tiene una buena perspectiva.

No le cupo duda; a aquel tipo le faltaba un tornillo. Pero ella ya lo sabía.

—¿Cómo te llamas? —Lo tuteó, buscando más proximidad.

Él le lanzó una fría mirada.

—¿Y a ti qué te importa?

Le importaba mucho, teniendo en cuenta los sacrificios que había hecho para ayudar a resolver ese caso. Además de eso, tenía que establecer una relación con él.

—Yo me llamo Fiona.

El vehículo se tambaleó al atravesar una cañada. De pronto frenó y se detuvo en mitad del prado.

—Fiona, cierra la puta boca, ¿de acuerdo? Tú y yo no somos amigos.

Max gruñó desde el asiento trasero como si estuviera de acuerdo.

—¿Por qué no me dejas marchar?

—Porque no quiero. —Lo vio entrecerrar los ojos, lo que puso de manifiesto su actitud más depredadora. Ella había visto su obra de cerca y lo sabía capaz de una crueldad atroz. Y ahora que lo tenía tan cerca, podía olerla en su sudor.

—¿Por qué estoy aquí? —El corazón le latió con fuerza contra las costillas mientras esperaba una respuesta.

—Gracias a ti, Fiona, mi foto está en todas las gasolineras y en cada departamento de policía olvidado de Dios. —Metió la mano en el bolsillo y sacó lo que parecía un mango pulido de hueso de animal. Cuando desplegó la afilada hoja, ella respiró hondo.

—Voy a ocultarme. Y como me encuentre con problemas, tú serás mi salvoconducto. Dame las manos.

Ella miró la navaja y supo que las manchas negras que tenía eran de sangre.

Él atrajo el nudo con fuerza para comenzar a cortar las fibras. El hilo se aflojó y el dolor se extendió por las terminaciones nerviosas de sus brazos y muñecas.

Él se deslizó a un lado.

—Pasa por encima de mí. Conducirás tú.

—¿Yo? ¿Por qué?

Él usó una mano para doblar y guardar la navaja, y la otra para empuñar el Ruger.

—Porque lo digo yo.

Esa era su oportunidad. Tenía que hacer algo. Pero tratar de quitarle el arma sería un suicidio. Quizá podría comenzar a…

—¡Ya!

Se subió encima de él ocultando la mano izquierda, que hundió en el sujetador. Cerró los dedos en torno al móvil y lo sacó de su escondite.

—Más vale que el cambio sea automático —balbuceó, intentando distraerle—. Jamás logré conducir bien uno de marchas. —Se dejó caer en el asiento del conductor con el móvil entre los pliegues de la falda. El sujetador negro quedó a la vista y rezó para que él no se diera cuenta y sintiera curiosidad.

—Gira a la izquierda —indicó él—. Y date prisa, que no tenemos toda la noche.

Ella pisó levemente el acelerador y giró con cuidado hacia la izquierda para tomar una carretera asfaltada. No vio ninguna señal, pero no parecía que estuvieran en una propiedad privada.

—Acelera.

Apretó el acelerador, tratando de mostrarse cómoda al volante para que él no se diera cuenta de que dejaba caer la mano en el regazo. Necesitaba activar el móvil y pulsar rellamada, pero tenía que

pensar en cómo cubrir el ruido. Brady estaría de vuelta en la casa, escondido debajo de la cama, y tenía que dar un mensaje a alguien antes de que aparecieran los SWAT y se pusieran a disparar. No conocía sus procedimientos, pero sabía que un niño aturdido no estaría a salvo cuando llegaran.

—Estoy mareándome —dijo—. ¿Podemos detenernos?

—No.

Siguió conduciendo mientras trataba de parecer enferma.

—Por favor… ¿podrías abrir la ventanilla al menos? Creo que si no respiro aire fresco acabaré vomitando.

Él la miró con repugnancia antes de bajar unos centímetros la ventanilla. Max colaboró a la distracción saltando desde el asiento trasero hasta el regazo del hombre para poder asomar el hocico.

—Gracias, así está mucho mejor —aventuró, demasiado efusiva—. A veces me mareo.

Miró al frente con rigidez, rezando para que él no escuchara el pitido revelador de su móvil al encenderse.

Jack y Santos corrieron de vuelta a la camioneta.

—El sospechoso huye —gritaba Carlos al teléfono—. Y hay un oficial herido. Repito, oficial caído. Necesitamos ayuda inmediata.

Jack saltó detrás del volante y puso la *pickup* en marcha. Antes de que Carlos cerrara la puerta siquiera, ya recorría la carretera a toda velocidad.

—Tengo que atajar para llegar a la 964. Si tomaron dirección norte campo a través, es que se dirigen hacia allí.

—El helicóptero está a punto de llegar —le dijo Carlos—. Eso es —repuso al teléfono—, no hay rehenes. Repito, los rehenes están desaparecidos. —Cogió el mapa del suelo y se inclinó sobre él—. Tienes que coger una senda. Sigue recto en el próximo desvío y luego a la derecha.

Apareció ante ellos una señal. Jack giró bruscamente a la derecha y luego aceleró. Notó que el móvil le vibraba en el bolsillo y lo cogió.

—¡Santo Dios, es ella! —pulsó el botón verde—. ¿Dónde estás?

Cuando Fiona no respondió, supo que posiblemente no podría hablar.

—¡Shhh! —Hizo un gesto para que Carlos se callara y luego apretó el móvil contra la oreja.

—… creo que esto está mal. —La voz de Fiona era apenas audible—. Quiero decir que si estás seguro de que vamos hacia el

oeste. Me parece que nos dirigimos al norte… o quizá al este.

Estaba con aquel cabrón en ese mismo instante.

—Está con él —murmuró.

Carlos hizo un gesto para que silenciara el teléfono. Era una buena idea. Lo hizo y trató de prestar atención a la carretera, y al teléfono, y a lo que fuera que estaba diciendo aquel tipo. Pero la única voz que oía era la de Fiona, que apenas era un murmullo.

Sin embargo, estaba viva.

Relajó los hombros aliviado ante aquella pequeña información.

Cuando descubrió la señalización de la ruta 964, tomó a la derecha. Si no se equivocaba, ese camino discurría paralelo a la parte trasera de la propiedad de Viper.

—Está bien, está bien… Pero no quiero que me eches la culpa luego.

—Creo que van hacia el oeste —susurró Jack, a pesar de que el móvil estaba silenciado.

—¡Joder! Vamos a cruzarnos con ellos.

Las palabras acababan de salir de su boca cuando vieron un par de faros en la carretera.

Unos faros que se acercaban con rapidez. Demasiada rapidez. Jack frenó e intentó escuchar.

Ella estaba diciendo algo sobre Brady y una ventana. Seguramente se referiría a la ventana del dormitorio. Al parecer se había roto, pero la apertura no era demasiado grande y no permitía el paso de una persona.

—¿Acaso se le puede culpar? —estaba preguntando ella—. Los niños se asustan con facilidad. Si hubiera sido yo, me habría escondido debajo de la cama.

—Trata de decirnos algo —dedujo él—. Creo que Brady está debajo de alguna cama. Coméntaselo a Santos. Asegúrate de que todo el que aparezca sepa que debe buscar a un niño. Un niño escondido.

Justo en ese momento el coche de los faros pasó junto a ellos y les hizo ráfagas.

Él volvió la cabeza.

—¡Son ellos! ¡Joder! Es ella la que conduce y debe de haber reconocido este vehículo.

Aflojó el pie en el acelerador y vio las luces traseras en el retrovisor. Sintió la tentación de girar de inmediato, pero no quería que el tipo sospechara que los seguían. El 4x4 desapareció tras subir una cuesta y él pisó el freno. Derrapó hasta detenerse y dio la vuelta.

—¿Cuál es el plan, JB?

Jack apagó las luces y pisó el pedal.

—Vamos a seguirlos.

Fiona sintió su mirada, ardiente como un láser.

Se había dado cuenta de lo de las luces. Fue un riesgo hacerlo, y ahora lo había provocado.

—Te crees más lista que yo, ¿verdad? ¿Crees que no sé lo que estás haciendo, zorra?

Ella miró hacia delante y se aferró al volante. Su apuesta había fracasado. Pensó que aquella *pickup* era la de Jack, pero las luces traseras habían desaparecido del espejo retrovisor.

—Si me jodes, hay consecuencias. Es algo que aprenderás. —Él señaló el salpicadero con el dedo y ella le miró, perpleja.

El encendedor de cigarrillos. Lo fulminó con la mirada y él curvó los labios en una sonrisa demoníaca. Lucy le había hablado de esa sonrisa y de que cada vez que la veía sabía que iba a ocurrir algo horrible.

Clavó los ojos en la carretera mientras intentaba tranquilizarse. Tenía que abstraerse…

Clic. El encendedor estaba listo y él lo cogió, admirando el intenso rojo que lo coronaba.

Ella se salió de la carretera y frenó de golpe. El vehículo subió, bajó y el lateral se rozó contra el alambre de espino. A su lado explotaron una miríada de gritos y maldiciones, y su propio cuerpo se impulsó hacia delante y luego hacia atrás.

Durante un instante, todo permaneció en paz.

La adrenalina inundó sus venas y abrió la puerta. Cayó al exterior, aterrizando a cuatro patas, antes de ponerse en pie. Los ladridos inundaron sus oídos. Corrió, con el corazón desbocado, tan rápido como le permitieron sus piernas.

Jack se detuvo en seco detrás de los restos del vehículo y saltó al suelo con la SIG en la mano. ¿Dónde estaba Fiona? La puerta del conductor estaba abierta, pero…

¡*Bang*! ¡*Bang*!

—¡A cubierto! —gritó Carlos, agachándose detrás de la puerta —. ¿Desde dónde vienen los disparos?

—¡No lo sé! —¿Dónde estaba Fiona?

—¡Policía! ¡Suelta el arma! —bramó Carlos.

El parabrisas se hizo añicos.

—Ponte a cubierto dentro del coche —gritó Jack, y Carlos se introdujo de nuevo en la cabina, arrastrándose por encima del asiento. Tres toneladas de metal se interponían entre ellos y el pistolero, agazapado en el exterior. Los furiosos ladridos sonaban muy cerca.

—No puedo verlo —dijo Carlos, jadeando—. ¿Sigue ahí?

—No lo sé. ¿Has visto a Fiona?

Sacudió la cabeza. Luego interrumpió la llamada y, apretando el móvil, pidió refuerzos.

Se inclinó hacia el parabrisas delantero y miró por encima del capó. ¿Dónde estaría? No veía una mierda.

—Quédate en la cabina y enciende las luces —dijo a Carlos—. Voy a tratar de provocarle para que dispare. Espera mi señal.

Jack puso los brazos sobre el capó y esperó. Tenía que estar seguro por completo… Si confundiera el objetivo… El sudor le bajaba por las sienes, respiró hondo y asintió.

Carlos encendió los faros y una sombra se movió en el interior del vehículo accidentado. Jack tenía el dedo en el gatillo, pero no estaba seguro.

¡*Bang*!

Dio un salto hacia atrás como si le hubieran chamuscado.

—¡Hijo de perra! —Se deslizó y se apoyó en la rueda para poder llevarse la mano al hombro.

—¿Estás herido?

—Me ha rozado —confirmó Jack, cerrando los ojos.

—¿Estás seguro de que solo te rozó?

No.

—Sí, estoy seguro.

—¡Joder! Estás sangrando como un cerdo.

—Olvídalo. —¡Joder! ¿Cómo había llegado a ocurrir eso? Creía que la ventaja era suya. Miró a Carlos—. Necesitamos un plan B. Sobre cómo…

—¡Abajo!

Carlos le tiró al suelo y a su alrededor resonaron disparos de largo alcance. Jack apuntó al ruido, pero el tirador estaba abajo, tendido delante del vehículo.

—¡Ya lo tienes!

—¿Has visto eso? —farfulló Carlos—. ¡Un puto AK-47! ¡Quiere dejarnos como un queso Gruyère!

—Creo que está vivo. —Jack apuntó con el arma al hombre armado y se acercó con cautela. En efecto, el tipo movió uno de los brazos como si tratara de alcanzar algo.

Con la velocidad del rayo, Carlos le hizo rodar sobre el estómago y le esposó las manos; tenía una hemorragia en la pierna derecha.

Jack saltó por encima y corrió hacia la camioneta.

Allí solo había un rottweiler cabreado. Alguien había atado la correa a la manilla de la puerta, seguramente para evitar que arruinara el ataque.

—¡Fiona! —Corrió hacia los restos del accidente y miró a su alrededor con frenesí. Los altos faros del vehículo creaban un surrealista paisaje blanco sobre las hierbas, las rocas y los postes de la cerca, pero a ella no se la veía por ningún lado. ¿Dónde podía estar? Debía de haber huido hacia la derecha después del impacto.

Justo antes de que comenzara el tiroteo.

—¡Fiona! —Desesperado, giró sobre sí mismo. Quizá estaba escondida. Quizá había corrido hacia el otro lado.

Y entonces la vio. Un bulto oscuro en la parte baja de una zanja.

Corrió hacia ella y cayó de rodillas. Se recostó a su lado entre la hojarasca y el polvo.

—¿Fiona? ¡Oh, Dios! —Vio que intentaba abrir los párpados, pero los volvía a cerrar. Se volvió hacia Carlos—. ¡Una ambulancia!

La tendió de espaldas con suavidad. Tenía el pelo pegajoso y caliente.

—¿Fiona? ¿Puedes oírme? —Le pasó las manos por la cara, la cabeza, el cuello, buscando el origen de la sangre. Parecía que brotaba de un lugar cerca de la oreja—. Cariño, quédate conmigo.

Se quitó la ensangrentada camisa y formó una bola con ella. La apretó contra la cabeza de Fiona mientras un torrente de palabras incoherentes manaba de sus labios. No sabía lo que decía, solo que le suplicaba que estuviera dispuesta a escucharle.

—Fiona, aguanta…

Ella abrió los ojos, haciendo que le diera un vuelco el corazón. La escuchó murmurar algo.

—¿Qué? —Se acercó más.

—Tengo… miedo…

—Todo está bien. Pronto vendrá ayuda. —Las sirenas gemían débilmente en la distancia, pero no parecían acercarse con la suficiente rapidez.

¡Dios! Sus llenos y hermosos labios estaban grises. Tenía los ojos abiertos por la sorpresa.

—Quédate conmigo. —Le cogió la mano y la apretó contra su pecho—. Ya viene ayuda, ¿de acuerdo? Solo aguanta un poco más.

23

Shelby Sherwood tenía hambre.

Y no era un poco de apetito como cuando se iba a la cama sin cenar, era un hambre feroz; como si un animal con dientes y garras se revolviera en sus entrañas.

Dio otros dos pasos y se sentó al lado de una roca. Se sentía mareada. Echó hacia atrás la cabeza y miró los altos pinos, imponentes como rascacielos, deseando poder comer.

Una pizza con extra de queso de Dino's. Se comería ella sola toda la caja, sin compartir nada con Colter.

Bueno, quizá le daría un trozo.

Un nuevo retortijón en el estómago le hizo recordar lo que había tratado de olvidar durante días, noches, semanas…

«Quiero volver a casa».

Pero no sabía dónde estaba su casa. Solo que no estaba allí.

Miró los rayos de sol que atravesaban las ramas. Eran blancas y gruesas y le hacían pensar en Dios. De hecho, últimamente había pensado mucho en Él, preguntándose si su padre estaría a su lado en el Cielo, mirándola desde allí.

En una ocasión escuchó decir a su abuela que su padre era un pecador porque bebía demasiado y jamás pisaba la iglesia. Su madre había intentando defenderlo, pero Shelby sabía que su abuela tenía razón; al menos en lo que correspondía a la parte del alcohol y la iglesia.

Pero también pensaba que quizá Dios opinara de distinta manera. Quizá Él entendiera todo lo peor, como el alcoholismo de su padre o la manera en que a veces ella misma mentía a su madre y utilizaba el ordenador a pesar de que no se lo permitía. Sabía que lo que le había ocurrido era culpa solo de ella misma, pero esperaba que Dios no lo viera así.

Cerró los ojos y dejó que el sol le calentara la cara. Las lágrimas que no podía contener trazaban fríos regueros en su cara y volvió a notar un retortijón en el estómago.

Se apartó el cabello de la cara antes de levantarse. Tenía que encontrar comida. Llevaba cuatro días sin comer apenas nada, tres desde que el hombre se marchó, diciendo que volvería con hamburguesas. Al ver que no regresaba había decidido escapar de aquel lugar lo antes posible. Él había clavado las ventanas con tablas y había cerrado la puerta con llave antes de marcharse, advirtiéndole que sería mejor que no diera problemas o lo lamentaría.

Y ya le había hecho lamentarlo antes, así que le creyó. Pero

cuando se hizo de día y vio que no regresaba, decidió intentar escapar.

Siguió caminando por el bosque buscando moras y zarzamoras, como hacía con Colter cerca de casa de su abuela. No quería recordar a ese hombre. Odiaba sus manos feas y sentir su apestoso olor en el rostro. Odiaba todo lo relacionado con él.

«Quiero ir a casa».

Desechó el pensamiento y siguió andando. El suelo era blando bajo las deportivas Skechers y no sentía los pies, así que las ampollas apenas le molestaban.

Había arbustos a los lados del camino. Había visto ardillas y hasta un conejo, pero a ninguna persona desde que había dejado la cabaña. Le daba igual. Dormir sobre el musgo y las hojas sería mejor que estar allí.

Se tambaleó y le fallaron un poco las piernas, pero siguió su camino. No quería detenerse hasta encontrar algo de comer. Quizá si escuchara atentamente pudiera encontrar al menos un arroyo en el que beber, así que anduvo más despacio. Los árboles comenzaban a escasear y la tierra no era tan blanda. Algo blanco la hizo detenerse.

Era un tejocote. Su abuela tenía algunos en su casa. Recogía las bayas cada año para hacer jalea que cocinaba en una olla enorme. A ella le gustaba verla verter el jugo rojo en frascos a los que ponía una etiqueta en los laterales.

Se acercó al árbol. Era pequeño, casi enano en comparación con los enormes pinos. No vio ninguna baya, solo las flores blancas, pero se apoyó en el tronco con ambas manos y comenzó a sacudirlo. Se estremeció cuando las flores cayeron como copos de nieve.

—Niña, ¿qué le haces a mi árbol?

Shelby se dio la vuelta. Al principio no vio a la mujer. Su cuerpo flaco y la ropa marrón hacían que se confundiera con los troncos de los pinos.

—Las bayas todavía tardarán en crecer. Solo vas a conseguir que se caigan las flores.

Dio un paso atrás cuando la mujer se acercó y la miró de arriba abajo desde debajo de un sombrero de paja.

—Chica, estás hecha un desastre.

—Solo estaba… —Miró al árbol—. Solo estaba buscando bayas.

La mujer tenía algo en la boca y giró la cabeza para escupirlo en el suelo antes de estudiarla con los ojos entrecerrados.

—¿Tienes hambre? —Shelby asintió—. Pues venga, ven.

Esperó un instante, pero luego siguió a la mujer desde el desangelado camino hasta otro más brillante, donde los árboles eran más bajos. Había una cabaña de bloques rodeada de tejocotes llenos de flores blancas.

—Espera en el porche.

Shelby se sentó en el último escalón de madera y frotó las palmas de las manos en los vaqueros. Las tenía sucias, y seguramente su cara no estaría mucho mejor. El cabello sin vida le caía sobre los hombros y necesitaba lavarse los dientes.

Pero luego oyó crepitar el aceite y el olor a beicon le hizo olvidar todo lo demás. Se le hizo la boca agua y se pasó la lengua por el lugar donde le faltaba un diente desde que él le propinó un puñetazo el primer día. No le gustaba pensar en eso, pero a veces no podía evitarlo porque seguía encontrando el vacío con la lengua. Tensó los hombros al mirar a la cabaña. Quizá esa no era una buena idea. Quizá debería esconderse en el bosque.

Su barriga gruñó de nuevo, así que se quedó. La mujer se acercó al porche con una bandeja metálica azul y una taza.

—Bebe con cuidado, el café está caliente. —Lo dejó todo junto a ella y se sentó en el escalón superior.

Shelby miró la comida y tuvo ganas de llorar. Había dos trozos de pan untado con mantequilla y mermelada. Tres lonchas de beicon. Se metió una en la boca y después de masticarla cogió el pan.

La mujer la miró desde debajo del ala del sombrero.

—No hay mejor jalea de tejocote que la de Sabine Parish. Vendo más frascos que Miss Mayhaw y Southern Best juntos.

Ella siguió masticando el pan, aunque se sentía mal porque apenas lo saboreaba.

La mujer miró el patio.

—Alguna gente dice que estos árboles son milagrosos. En teoría no deberían estar en flor hasta dentro de tres semanas… y después de la ola de frío, pensábamos que ni siquiera florecerían. Pero en pleno febrero están llenos de flores.

La mujer la miró durante un buen rato. Shelby intentó detenerse, pero le resultaba imposible detener las mandíbulas.

—¿De dónde eres, chica? ¿Estás sola?

Ella bajó la vista y trago saliva. No sabía qué decir, así que tomó otra loncha de beicon.

La mujer volvió a mirar el patio.

—Mmmm… ¿Árboles milagrosos? —Escupió en la tierra—. Aquí nos trabajamos los milagros superando las sequías y las plagas, sufriendo el Katrina o el Rita. Lo único que mantuvo mi negocio en marcha fue un generador y un pozo, y una espalda fuerte con la que salvarlo todo de la inundación.

A Shelby no le gustaba el café, pero tenía la boca seca, por lo que bebió un poco. Estaba caliente y el amargor la hizo estremecer.

—Eres esa niña de Georgia.

Shelby se quedó paralizada.

—Están buscándote. Ayer mismo preguntó por ti en la gasolinera un hombre del FBI. Alguien vio el coche en el camping. En el pueblo hablaban de ello.

No podía respirar. La comida formó una enorme bola grasienta en su estómago y creyó que vomitaría. Echó un vistazo al bosque.

La mujer se acercó y puso sobre ella una mano muy bronceada.

—No tengas miedo —le dijo con suavidad—. Aquí no te hará daño nadie.

Con la otra mano, sacó un móvil del bolsillo. Era gris y tan grande como un mando a distancia.

—¿Quieres que llame a alguien, guapa? Hazlo tú misma.

Le cogió la mano y le puso el aparato en la palma. Ella bajó la vista; su pulgar parecía recordar los números. Se lo acercó a la oreja.

Un fuerte pitido hizo que pegara un brinco.

—Tienes que marcar antes el uno, hija. Estamos en Luisiana.

Lo intentó de nuevo y esperó a los timbrazos. Luego escuchó la voz de su madre y sintió que volvía a marearse.

—Mamá, soy yo. —Y las lágrimas comenzaron a caer sin control—. Quiero volver a casa.

Fiona sentía pesadez por todas partes. Trató de mover el brazo y luego la pierna, pero las dos extremidades parecían ancladas al suelo con cemento.

Aunque no estaba en el suelo, sino en algo firme pero suave, con la cabeza algo más elevada que el resto. Olía a hospital. Abrió los ojos y se estremeció por la deslumbrante luz. De pronto, le pareció que tenía la cabeza a punto de estallar. Gimió.

Notó que le levantaban el brazo y que algo caliente se cerraba en torno a su mano. Parecía familiar. Recordaba haber sentido ese calor en los dedos en algún momento anterior. ¿Cuándo? Justo después de las luces brillantes y los pinchazos, del hombre de la mascarilla azul.

—¿Estás despierta?

Abrió los ojos de nuevo. Esta vez la figura grande y oscura de Jack bloqueó el resplandor de la lámpara que había junto a la cama.

Pero no era su cama. Miró a su alrededor y comenzó a sentir pánico. Trató de incorporarse. Un dolor tan intenso como para dejarla sin aliento se lo impidió.

—Reclínate.

—¿Dónde…? —No tenía aire para terminar el pensamiento.

Su garganta estaba demasiado seca.

—Estás en el hospital. —La voz de Jack estaba muy cerca—. Ahora todo está bien. Te curarás.

Él le apretó la mano y el calor de sus dedos hizo que se diera cuenta de lo helada que estaba ella.

—Tengo frío.

Él le soltó la mano por un momento y ella volvió a sentir pánico. Pero pronto notó encima una gruesa manta.

—¿Mejor ahora?

Trató de asentir, lo que fue un enorme error. Parecía que alguien le golpeaba la frente con un mazo. Gimió y cerró los ojos.

Percibió una conmoción en la habitación. Escuchó la voz de Jack, la de una mujer y, finalmente, cuando se deslizaba ya de nuevo hacia la oscuridad, habló otro hombre.

Fiona abrió los ojos de nuevo y la habitación estaba más brillante. Sin embargo, ahora no resultó tan doloroso como antes. Dejó que su mirada recorriera el entorno lentamente, disfrutando de las paredes color azul claro, de las cortinas marrones, la mesa llena de tazas de café… Del sillón beige donde reposaba un bolso rojo gigantesco.

—¡Bueno, bueno! ¡Mira quién ha despertado! —Courtney apareció en su campo de visión. Tenía una sonrisa tan grande como las ojeras que había bajo sus ojos.

—Hola… —Fiona estaba segura de que nunca había tenido la garganta tan seca—. ¿Agua…?

—Marchando una de agua. —La vio acercarse al lavabo y llenar de agua un vaso de plástico color rosa—. Así que has decidido volver al mundo de los vivos. Supongo que se ha disipado ya el efecto del medicamento, ¿verdad? Les he pedido más, pero son un poco cutres.

Regresó y le puso una pajita en los labios.

El agua sabía genial. Quería un cubo entero.

—No te pases. —Courtney retiró el vaso demasiado pronto. A pesar de la sonrisa que lucía su hermana, Fiona reconoció los signos de tensión. Su pelo parecía sucio y ni siquiera llevaba lápiz de labios.

¿Era ya por la mañana? Antes la habitación estaba más oscura. Recordó la mano de Jack.

—¿Dónde está Jack?

— *Mmm*… ¿Te refieres a mi persona favorita? ¿Al hombre que rescató a mi hermana de un psicópata? ¿Al que peor juega al Texas Hold'Em? —Courtney puso el vaso sobre la mesilla—. Le he enviado a

buscar sándwiches. Parece un cadáver; no ha salido del hospital durante tres días.

¿Tres días? Pero…

—Al parecer, que su novia reciba un disparo en la cabeza hace que un chico envejezca de golpe. ¿Te imaginas? Ya le he asegurado que no pasa nada, pero está un poco nervioso al respecto.

Ella desgranó las palabras. ¿Le habían disparado en la cabeza? ¿Por eso sentía como si el cráneo fuera dos tallas más pequeño de lo necesario?

Courtney se sentó en la cama con cuidado para no tirar de la vía que ella tenía conectada al brazo. Movió una bolsa de plástico transparente llena de líquido. Estaba segura de que eran los fármacos los que hacían que tuviera unos pensamientos tan difusos.

Su hermana le cogió la mano con sus pálidos y delgados dedos. Su mano era pequeña y estaba fría, nada que ver con la reconfortante comodidad que transmitía la de Jack.

—¡Dios, Fiona! —Le tembló la voz—. ¿Te haces una idea del miedo que he pasado? No vuelvas a hacer nada parecido, ¿vale? Ni a mí ni a Jack. Jamás había visto a un hombre tan afectado como cuando entré aquí y le vi en la sala de espera, con la ropa manchada de sangre. Y tenía sus propias heridas de las que preocuparse, pero no permitió que nadie se ocupara de él hasta saber cómo estabas tú.

—¿Qué heridas? —Le dio un vuelco al corazón.

—El loco ese le alcanzó en el hombro. Atravesó el músculo solamente, así que ha tenido suerte. Dice que está bien, pero estoy segura de que le duele un montón.

Habían disparado a Jack. Y había sido por su culpa. Se sintió mal, mucho peor que por el dolor de cabeza, que era insoportable.

—¿Cómo estás?

Cerró los ojos.

—¿Recuerdas cuando cumpliste veintiuno? ¿La borrachera de tequila? Pues esto es como esa resaca multiplicada por diez. —Alzó la mano y se tocó el vendaje de la frente de manera vacilante—. ¿Qué me ha pasado exactamente?

—¿Quieres que te dé la versión vulgar? —La voz de Courtney era ahora más estable—. Porque puedo llamar al doctor Macizo para que te lo cuente en lenguaje técnico, aunque estoy segura de que no te enterarías de nada.

Una enfermera asomó la cabeza y sonrió.

—Tengo que ponerle el termómetro —dijo antes de comenzar a empujarla y pincharla con diversos instrumentos.

—En pocas palabras, has tenido una suerte del carajo —continuó su hermana—. La bala te rozó el cuero cabelludo por encima de la oreja izquierda. Ocho puntos. Vas a tener que raparte una zona

de pelo, pero no va a ser horrible. El mayor daño se produjo cuando tropezaste y te golpeaste la cabeza contra una roca. Has sufrido una conmoción cerebral, pero el médico cree que a última hora de hoy estarás bien. —Courtney se puso en pie y dio un paso atrás para que la enfermera comprobara la vía—. Además, tienes un moratón en el pecho con un aspecto horrible, cortes en las muñecas y un ojo a la funerala. Jack y yo estábamos bastante preocupados.

Courtney cruzó los brazos y se quedó mirando hacia ella.

—Pero si me lo pides con amabilidad, podría ayudarte con el corte de pelo y también consideraría maquillarte. Tienes un aspecto horrible.

—Gracias.

—De nada.

La enfermera se marchó y Courtney retiró el bolso del sillón para sentarse.

—Para tu información, me he encargado de tu vida social. Has recibido dos llamadas de un tal Garrett Sullivan, una visita de Nathan, un ramo de claveles de alguien que firma como «la mamá de Brady» y dos «visto y no visto» del agente especial Santos, que al parecer tiene que interrogarte tan pronto como sea posible. Está muy bueno, así que puede interrogarme a mí si tú no quieres hablar con él.

—Guau… —Fiona la miró parpadeando.

—Ni que lo digas. No sabía que tenías a tantos hombres pendientes de ti. Estoy planteándome trabajar en la policía. —Courtney miró por encima del hombro al escuchar una voz masculina en el pasillo—. Bien, aquí está el doctor Macizo. Di que te encuentras bien, ¿vale? Queremos marcharnos a casa hoy.

24

Fiona estuvo segura de que se trataba de una conspiración cuando Courtney desapareció al llegar el momento en el que le dieron el alta, lo que significó que tuvo que enfrentarse a un incómodo trayecto a solas con Jack.

No sabía qué decirle. Cada vez que le miraba y veía el bulto del vendaje bajo la camisa, quería llorar. Él había recibido un disparo. Por su culpa. Y en un terrible giro del destino, el arma que le hirió fue su Ruger, que ella misma había cargado.

—¿Estás cómoda? —Jack ajustó las rejillas de ventilación hacia ella—. Si el aire te resulta demasiado caliente, dímelo y lo bajo.

—Estoy bien.

Estaba un poco harta de tanta sobreprotección. Durante las últimas veinticuatro horas no le había dejado hacer nada por sí misma, ni siquiera ir al cuarto de baño. De hecho, había tenido que echarlo de allí, con las mejillas ardiendo, para poder orinar a solas. Parecía haberse nombrado a sí mismo su guardaespaldas personal, niñera y chófer.

Tras entrar en el garaje, Jack aparcó el Honda en una plaza cerca de la salida. Ella miró a su alrededor.

—¿Dónde está tu coche?

—En el taller —repuso él—. Imagino que pronto estará listo. Solo necesitaba que le retocaran un poco la carrocería.

¿La carrocería? Esa era una de las muchas cuestiones sobre las que no había oído hablar. Jack había sido parco en detalles sobre la noche del sábado, y ella sabía que tenían pendiente una conversación para aclarar todo lo ocurrido.

Santos, por lo menos, le había dado una amplia visión durante el interrogatorio. El hombre que había matado a Natalie y a Marissa, el mismo que atacó a Lucy, estaba entre rejas. Se llamaba Scott Schenck y sus muestras de ADN coincidían con las que se habían recuperado de los cuerpos de las víctimas. Schenck no había cooperado todavía con las autoridades, sin embargo esperaban sonsacarle una confesión en el momento oportuno, así como que les dijera el paradero de Verónica Morales.

Jack la ayudó a salir del coche. Llegaron a su apartamento sin incidentes y él le sujetó el codo mientras cruzaba el umbral, igual que si fuera una frágil ancianita. Después de ayudarla a quitarse el abrigo y colgarlo, dejó su bolsa sobre la cama. Lo vio poner el ramo de claveles en la cómoda, junto a un jarrón de rosas amarillas de tallo largo que solo podía haberlo enviado él. Ella se mordió el labio y miró

hacia otro lado.

Le parecía raro estar en casa. El leve olor a aceite de linaza y trementina le resultaba maravilloso y familiar, pero de alguna manera todo parecía diferente. Su mirada cayó sobre la chaqueta de cuero que había colgada en un perchero, cerca de la puerta. Justo debajo, en el suelo, había unas botas de cowboy.

Fiona se dirigió al sofá y se sentó. Se notaba mareada y se preguntó si sería por culpa de la Vicodina. Apoyó la cabeza en el respaldo.

—¿Te encuentras bien? —Jack la miraba con el ceño fruncido.

—Estoy cansada.

—¿Necesitas una pastilla?

—No. —Suspiró—. Lo único que necesito es poder cerrar los ojos un segundo.

Lo hizo, pero cuando los abrió, estaba mirando el despertador. Las siete y cincuenta y un minutos. No sabía cómo, pero había terminado bajo las sábanas de la cama. Echó un vistazo a la ventana, había luz.

«¡Las siete y cincuenta y uno!», pensó, sentándose de golpe sobre el colchón. El brusco movimiento hizo que la cabeza estuviera a punto de estallarle y se quedó inmóvil durante un momento, hasta que el dolor se desvaneció.

Había dormido quince horas. Bajó la mirada y se dio cuenta de que en algún momento había despertado, se había puesto una camiseta a modo de camisón y se había metido en la cama. El recuerdo estaba borrado por completo, así que decidió que esa misma mañana tiraría todas las demás pastillas de Vicodina a la basura.

Escuchó correr el agua en el cuarto de baño y se sentó en el borde de la cama. Le llegó el olor a crema de afeitar mientras cruzaba el *loft,* y encontró a un hombre impresionante y medio desnudo frente al lavabo. Se inclinaba hacia el espejo al tiempo que se pasaba una cuchilla por la mandíbula con mano experta.

—Buenos días, cielo —la saludó, guiñándole un ojo a través del espejo.

—No puedo creerme que haya dormido tanto tiempo. —Se miró en el espejo y contuvo el aliento al ver el aspecto que mostraba. Tenía la parte izquierda de la frente de color púrpura, con matices verdes en el borde. La evaluación de Courtney sobre su pelo había sido muy generosa; con los puntos a la vista parecía Frankenstein. Su hermana parecía pensar que podría arreglarse con un buen corte de pelo, pero al verse en el espejo pensó que solo una peluca lograría tal proeza.

Sin pensar, se colocó el pelo para que cubriera la herida y atrapó a Jack mirándola en el espejo. Entonces se concentró en el

vendaje blanco que él llevaba en el hombro. Era menos voluminoso que el día anterior, pero seguía sin soportar mirarlo. «Un rasguño». ¡Maldito bruto! ¿Por qué siempre tenía que ser tan estoico?

Lo vio lavar la cuchilla y golpearla contra el lavabo antes de coger una toalla del estante.

—Tengo algunas citas hoy —comentó él antes de secarse la cara—. Courtney me dijo que se pasaría para almorzar contigo y comprobar cómo te encuentras.

—No es necesario —repuso ella, siguiéndolo hasta el dormitorio. Él abrió el armario y ella miró sorprendida la hilera de camisas masculinas perfectamente colgadas que había en el interior. Jack cogió unos pantalones negros de una de las perchas y se los puso. Luego eligió una camisa blanca almidonada para cubrir la parte superior del cuerpo. Ella arqueó las cejas pero, al instante, se recordó a sí misma que debía minimizar en lo posible cualquier expresión facial.

—¿Qué citas? —preguntó.

Él se acercó al estante superior del armario —al que ella no podía acceder sin subirse a una escalera— y Fiona vio unas zapatillas deportivas que no habían estado allí una semana antes. Al lado había unos zapatos negros de caballero, que él cogió, junto con un cinturón de cuero negro.

—Son entrevistas de trabajo —explicó él—. Tengo dos reuniones con algunas personas de la Oficina del Fiscal esta mañana. Luego tengo que regresar a Graingerville para recoger algunas cosas; carpetas, mi ordenador… Ya sabes.

Su cerebro obvió la parte referente al ordenador y se concentró en lo primero.

—¿Entrevistas de trabajo? ¿Quieres buscar un trabajo aquí?

Él abrió el cajón de la cómoda que Courtney se había apropiado con anterioridad y sacó unos ejecutivos negros. Ella no pudo dejar de fijarse en el montón de calzoncillos que había allí dentro antes de que lo cerrara.

Jack se había mudado a su apartamento.

Fiona se giró de nuevo hacia el armario e hizo inventario de su contenido. Uno de los estantes, antaño ocupado por sus suéteres, albergaba un ordenado montón de camisetas masculinas.

—¿Te has venido a vivir aquí? Quiero decir, ¿a Austin?

Él se sentó en la cama para ponerse los calcetines y la miró fijamente.

—Exacto.

—Pero… ¿qué vas a hacer con tu casa?

—Voy a venderla. —Apoyó el tobillo en la rodilla contraria y se ató el zapato.

—P-pero… ¿Y tu familia? ¿Qué vas a hacer con los conejos?

Él curvó los labios.

—No les pasará nada. Puedo ir de visita.

A ella le daba vueltas la cabeza. Aquello iba demasiado rápido. ¡Jack no podía vender su casa y buscar trabajo allí! Ese era el tipo de decisiones que llevaba meses —¡años!— planificar.

—¿No crees que antes deberíamos hablar sobre ello? Quiero decir, trasladarte a Austin es algo que suena muy definitivo. ¿Y si no somos compatibles? ¿Y si… —agitó una mano, señalándolos a ambos—, acabamos llevándonos mal? —«¿Y si no me amas?».

Él se puso en pie y le apoyó las manos en los hombros. Se inclinó para besarla suavemente en los labios.

—¿Ya estás harta de mí?

—No.

—Bien, porque no tengo intención de marcharme.

Ella dio un paso atrás y cruzó los brazos. ¡Dios!, odiaba esa camiseta. ¿De dónde había salido? No podía creerse que estuviera manteniendo esa conversación con aquel horrible aspecto.

—Quiero decir que… es un paso importante. Estaba segura de que querrías volver a ser detective de homicidios.

—Jamás he dicho eso.

—Ya, pero eres un *poli*.

Él apretó los dientes.

—Hay una plaza de investigador en la Oficina del Fiscal. Creo que es un buen lugar para mí.

—Pero… Pero siempre tuve la impresión de que… —De pronto, se le iluminó la mente y se cubrió la boca con la mano—. Es por mi culpa, ¿verdad? No puedes volver a trabajar como policía por mi culpa.

Lo vio fruncir el ceño.

—¿Por qué piensas eso?

—Por tu lesión. —La culpa le revolvía el estómago—. Si no te hubieran disparado con mi Ruger, podrías aspirar a un trabajo que quisieras de verdad.

Él puso los brazos en jarras. Tenía las caderas muy estrechas en comparación con los anchos hombros y ella no estaba acostumbrada a verlo sin un arma. Siempre había sido policía y ella había destruido esa posibilidad.

—No sigas por ahí —la advirtió—. Ya veo por dónde vas y no es así, ¿vale? Hoy tienes que descansar. La semana que viene debes regresar a la universidad y tienes que estar curada por completo. ¿Por qué no te dedicas hoy a ver la tele, tirada en el sofá?

—A estar en el sofá… —Lo siguió a la cocina. Él abrió la nevera y ella se sorprendió de nuevo al ver que estaba abastecida por

completo; zumo de naranja, Gatorade, leche, huevos, yogur desnatado, Coca-cola light, que evidentemente eran para ella… Había incluso una ensalada y una cazuela cubierta con plástico transparente.

Él cogió un Gatorade.

—¿Quién ha cocinado lo que hay en la cazuela?

—Mi madre —dijo Jack con una sonrisa—. Quería que te recuperaras pronto, así que te mandó un poco de pollo al estilo ranchero.

—Tu madre ha cocinado para mí…

—Para nosotros. —Bebió un poco de Gatorade.

—¿Le has dicho a tu madre que te mudabas a Austin para vivir conmigo? ¿Lejos de tu familia, de tu casa y del pueblo donde has vivido toda tu vida?

Él dejó la botella en la encimera.

—No he vivido allí toda mi vida. Y una casa es solo eso, una casa. No es para tanto. Puedo conseguir una en Austin después de que venda la otra.

—Las casas aquí son muy caras.

—Tengo dinero ahorrado.

No sabía qué más decir. No podía hablar. Aquello era demasiado. ¿Y si empezaban a vivir juntos, trasladaba a Austin toda su existencia y comenzaban a odiarse al cabo de una semana? ¿Y si resultaba ser tan voluble como Aaron?

—Creo —dijo ella entrelazando las manos— que lo mejor sería que habláramos un poco de todo esto antes de tomar decisiones tan drásticas.

Él sacudió la cabeza.

—Ya estamos otra vez. Vuelves a hablar como si fueras abogada.

—Solo estoy siendo lógica.

La rodeó con los brazos y la atrajo hacia él con suavidad.

—Por favor, no te preocupes por nada de eso hoy, ¿vale? Tú tienes que ponerte bien y yo tengo que conseguir un trabajo. Una vez que solucionemos eso, mantendremos esa charla sobre nuestra relación que tanto deseas. Ahora mismo se me está haciendo tarde.

Él la besó en la boca antes de dirigirse hacia la puerta.

—Pero…

—Ah, y espero una entrega. Tienen que traer un paquete.

«Charla sobre nuestra relación». Él ni siquiera le había dicho que la amaba y, sin embargo, ya estaba actuando como si tuvieran un futuro común. Y ella… Ella era tan estúpida que se sentía feliz con la idea.

—Pero…

La puerta se cerró después de que él saliera.

Ella se dirigió al salón y se dejó caer en el sofá.

Jack se había ido a vivir con ella. Aún más, estaba buscando trabajo en Austin. Quería comprar una casa y mantener una relación con ella. Era como si sus anhelos más profundos se hicieran realidad, pero ella se sentía aterrorizada por completo.

Cogió el mando a distancia y encendió la televisión que había encima del aparador.

«Una televisión».

Junto con la ropa, las botas y el pollo al estilo ranchero, Jack se había traído su tele. Por supuesto, sintonizada en un canal deportivo como ESPN. Sacudió la cabeza y comenzó a hacer zapping sin pensar.

Jack la amaba. No se lo había dicho, pero ella lo sentía en su corazón. No podía recordarlo con precisión, pero tenía la inquebrantable sensación de que le había repetido las palabras una y otra vez mientras yacía en la cuneta. Estaba casi segura de que las había vuelto a decir en el hospital, en medio de la oscuridad, mientras le besaba la mano, haciéndole sentir su barba incipiente en la piel. Ahora lo recordaba con más claridad; Jack Bowman encorvado junto a su cama diciéndole que la amaba y que iba a ponerse bien.

De pronto, su mirada se fijó en la pantalla. Había una mujer joven con melena recta subida a un podio. Había perdido mucho peso, al punto de casi parecer anoréxica, pero tenía el rostro iluminado por una enorme sonrisa.

Annie Sherwood.

Fiona se inclinó hacia delante y subió el volumen. El presentador de las noticias de la CNN hablaba de milagros, y la cámara enfocó a una niña muy seria con el pelo castaño y los ojos iguales a los de Annie. Estaba sentada junto a Colter.

—¡Santo Dios! —murmuró buscando el móvil. Esa era la razón de que Sullivan la hubiera llamado cuatro veces desde el sábado.

Shelby Sherwood había fulminado todas las estadísticas.

Fiona se despertó agitada cuando Jack se metió en la cama. Él se acomodó a su espalda y la estrechó contra la cálida dureza de su pecho.

—Lamento llegar tan tarde —se disculpó en voz baja.

—No es tarde. —Ella apoyó la cabeza contra él—. Es bastante temprano, pero no era capaz de mantenerme despierta. ¿Qué tal te ha ido en Graingerville?

—Bien. —Jack deslizó las manos por el ceñido camisón negro,

mucho más sugerente que la camiseta que había usado la noche anterior.

—¿Has visto las noticias de hoy?

La besó en el cuello.

—¿Lo de Shelby Sherwood? Lo escuché en la radio.

—He hablado con mi amigo en el FBI. Volveré a aceptar casos.

Notó que él se tensaba y esperó sus protestas.

—Deberías tomarte un tiempo —sugirió él—. Dedícate a tu pintura un par de años.

—Sabes que no puedo hacerlo. Que no quiero hacerlo.

Lo oyó suspirar.

—Lo sé. Y creo que incluso lo entiendo.

Fiona se giró hacia él y, durante un rato, se miraron el uno al otro en la penumbra.

—Tengo una sorpresa para ti —recordó él—. ¿Por qué de pronto pones esa expresión culpable?

Ella se mordió el labio.

—Lo siento. No pude resistirme y lo he abierto ya.

—¿Te refieres al paquete? ¿Al que debían enviar de la galería Fuller?

Ella se arqueó para besarlo.

—Es mi pintura favorita, ¿cómo lo supiste?

—Fijándome en los detalles.

—Era muy caro. No era necesario —argumentó ella, aunque se alegraba muchísimo de tener ese cuadro en su poder. La idea de separarse de su pintura del banco de peces era algo que le molestaba mucho.

—Lo quise tener desde que lo vi por primera vez. —Puso la palma de la mano sobre su estómago—. Pero mi sorpresa no es esa.

—¿Y cuál es? —Y lo supo mientras le miraba a la cara—. Has conseguido el trabajo.

Él sonrió.

Ella se sintió eufórica y, al mismo tiempo, la inundó la ansiedad. Ahora no quedaba ninguna duda de que él se mudaría a Austin.

—¿Estás seguro de que no vamos muy deprisa? Quizá necesitemos un poco más de tiempo. Los dos acabamos de pasar por una situación traumática…

—Detente. —Estaba muy serio ahora—. En una ocasión dejé que alguien que me importaba me alejara, pero no pienso permitir que vuelva a ocurrir. Yo también te amo.

Ella sonrió; la felicidad echó a un lado cualquier preocupación.

—Te amo. ¿Estás seguro de que esto es lo que quieres?

—Sí. —Él se inclinó y la besó—. Esto es exactamente lo que

quiero.

Agradecimientos

Gracias a todas las personas que me ayudaron en la investigación de este libro, incluyendo a Chris Herndon, Phyllis Middleton y Tracy Pullan. Estoy especialmente agradecida a Lois Gibson y a los entregados profesionales en el —espero que en expansión— campo del arte forense. También gracias a Kevan Lyon y Abby Zidle por su constante apoyo y por creer en esta historia. Por último, mi agradecimiento especial a Leonard Folgarait por enseñarme a amar el arte, en todas sus formas.